



3e

**CARTER DAMON**



**CODIGO  
ESTELAR**

Lectulandia

En las primeras décadas del siglo XXI la humanidad logra establecer comunicación con otros seres inteligentes.

Inofensivo en apariencia, el contacto deriva progresivamente en algo mucho más peligroso de lo que nadie jamás imaginó. No será como habíamos esperado.

*Código estelar* aborda un tema estrella de la ciencia ficción con un planteamiento radicalmente original cuyo desarrollo y desenlace sorprenderán al lector, tanto al aficionado al género como al que simplemente busca un libro entretenido y adictivo.

**Lectulandia**

Damon Carter

# **Código estelar**

ePub r1.0

Titivillus 17.08.16

Título original: *Código estelar*  
Damon Carter, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Exo; del griego, significa exterior. En ciencias astronómicas tiene que ver con el estudio de todo lo que se refiere a lo que está más allá de nuestro planeta o sistema solar; exobiología (estudio de la vida extraterrestre), exoplaneta (planeta más allá de nuestro sistema solar), etc.

01000011	01001111	01000100
01001001	01000111	01001111
00100000	01000101	01010011
01010100	01000101	01001100
01000001	01010010	

# Capítulo 1

Manley se incorporó del suelo sobre el que había permanecido tendido largo tiempo. Su cuerpo clamaba dolorido un descanso y un fuerte dolor de cabeza le advertía que había sido alcanzado por un objeto contundente. Sin embargo sobre el cansancio y el dolor se imponía una emoción con mucha más fuerza. Era miedo, puro miedo.

Un clamor apocalíptico, un retumbar sordo afectaba a todo cuanto le rodeaba.

La tierra vibraba en un terremoto interminable.

El polvo del cemento desmenuzado flotaba irreal en el aire, mientras las luces de su despacho iban y venían. En la semioscuridad Manley palpaba el suelo. Necesitaba imperiosamente localizar su portátil. Sus manos frágiles le parecían ancianas y torpes. Al fin dio con la funda de cuero que recubría el pequeño ordenador y miró en torno a sí. Parecía que todo estaba cambiado de lugar, los muebles arrinconados por los temblores, junto a la pared. Una estantería caída impedía acercarse siquiera a la puerta. Tironeó de la misma pero sus fuerzas eran escasas. Se sentía como un viejo decrepito. A duras penas, casi a cuatro patas, logró sortear el mueble caído, y a pesar de las vibraciones del suelo, se situó junto a la puerta.

El edificio gemía cruelmente, como una bestia moribunda, o como una caja de sonajero que un niño agita ignorando que en su interior una hormiga pelea por su vida.

Forcejeó con la cerradura, pero resultaba casi imposible desplazar la puerta y apenas logró entreabrirla unos pocos centímetros. Algo de la claridad del exterior del edificio alumbraba el pasillo y la sala de estar. Unas piernas tendidas en el suelo, uniformadas y pertrechadas de botas militares, indicaban un cuerpo por lo demás semienterrado por una avalancha de escombros. Manley no tenía tiempo para sentimientos. Sólo una idea, una certidumbre, alumbraba su cerebro con una luz cierta, con una idea de cuánto debía hacerse. Agarró con más fuerza su portátil. Allí estaba su salvación... la de todos.

De pronto, Manley no supo si fue por un aumento repentino de las vibraciones, o porque el edificio se desmoronaba, parte de la pared que incorporaba la puerta a la que estaba arrimado, se resquebrajó, y al hacerlo, la hoja de madera se separó de sus goznes abriendo un paso como si se tratara de un nuevo milagro del Mar Rojo retrocediendo ante Moisés. Manley se abalanzó por la apertura en busca de la salida del edificio. Se apoyó en una de las paredes mientras avanzaba a trompicones. Un fulgor luminoso, pero antinatural, se filtraba por entre ventanas resquebrajadas y las grietas de las paredes, proveniente del exterior. Pero era una claridad que no era diurna. Manley esquivó las piernas del cadáver sepultado y se dirigió a la antesala del edificio. Las puertas estaban abiertas, deshechas. A su espalda se oían cascotes que caían, cristales rotos... el caos.

Por fin salió al exterior.

Los árboles se agitaban desacompañados mientras un rumor sordo hacía gemir el suelo. Una densa polvareda impedía distinguir el horizonte, y el valle, que debía desparramarse a sus pies, con las luces de la ciudad en lontananza, resultaba indistinguible y oscuro. Manley tosió y se cubrió la cara con la manga de la camisa, intentando así filtrar el aire.

Pero a pesar de la atmósfera cargada, una luminosidad insana confería al paisaje un aspecto irreal, como de ensueño. Elevó la vista al cielo, y en la noche, descubrió la Luna.

Pero no era la Luna de siempre, pálida e inamovible, que observaba a la Tierra impasible desde su órbita perpetua y conocida. Era una Luna amenazadoramente cercana, tanto que Manley al descubrirla de improviso así, sintió un repentino miedo que le sobrecogió. Intuía el Fin.

La Luna abarcaba medio horizonte bañando la noche de la Tierra con una luz pálida pero potente, que era capaz de atravesar la atmósfera caliginosa e iluminar la oscuridad como un raro día de niebla. Era fácil distinguir sus montañas, sus cráteres contoneados pero abruptos, la sombra del sol en los valles dibujando puntiagudas siluetas. Su cercanía, la nitidez de sus detalles, quitaba el aliento.

Pero a pesar de esa vista de por sí aterradora, Manley sabía que no iba a chocar con la Tierra. Intuía de alguna manera, tal vez a través de cálculos complicados que en ese momento ya no recordaba cómo había realizado, que el satélite iba a pasar cerca de la Tierra en un último giro y en aquel momento se encontraba en su perigeo de despedida, porque la Luna iba a dejar de orbitar la Tierra para siempre. Según creía recordar en su profunda desorientación, saldría despedida en una órbita expansiva, alrededor del sol. Era prácticamente seguro que en no demasiadas orbitas solares, colapsara contra Júpiter.

Y la Tierra... la Tierra tenía un futuro aún más comprometido. Su órbita se había alterado irremisiblemente, en una cuyo radio iba a decrecer paulatinamente. El impulso que había generado la rotura del enlace Tierra-Luna era lo suficientemente fuerte para arrastrar a la Tierra en una apocalíptica caída hacia el Sol. Nada podía sobrevivir a ese desenlace. No haría falta esperar demasiado tiempo para ver cómo la vida en el planeta se volvía impracticable.

Manley salió de su estupor. Parecía una auténtica pesadilla. ¿Qué había que hacer para despertar?

Desplegó el teclado de su portátil. La batería estaba en su nivel más bajo, a punto de consumirse por completo. Esta circunstancia sobresaltó al científico. «No tengo tiempo de realizar una transmisión de video... tal vez algo más simple». Su cerebro bullía en dos clamores enfrentados de pánico contra serenidad.

Se sentó en un banco en mal estado, junto al antiguo parking, y a pesar de las vibraciones del suelo, con el aparato apoyado en sus rodillas, tecleó concienzudamente. Una sensación como de pesadilla le atenazaba. Sintió que de su frente resbalaba sangre, que al alcanzar la ceja se acumulaba hasta caer como una



espesa gota. Algún cascote debía haberle alcanzado... pero no recordaba nada.

Sobre su cabeza las copas de los pinos agitaban sus ramas, vibrantes, en un murmullo antinatural y perturbador. Parecía como si le susurrasen algo al oído... «todo es inútil».

«Una comunicación sencilla ha de bastar», se dijo.

## Capítulo 2

Manley se despertó sobresaltado, víctima de una fuerte resaca, experimentaba el estómago revuelto, intenso dolor de cabeza y una sensación desagradable producto sin duda de un mal sueño. Sí, había sufrido una pesadilla sumamente desagradable.

Recordó la víspera y sonrió. La despedida de sus colegas había sido bárbara. Al menos se lo habían pasado bien. Recordaba vagamente escenas entremezcladas sin sentido alguno; la sensación de reírse a mandíbula batiente con sus amigos, un arranque de ira que a punto estuvo a punto en derivar en una pelea de bar, o la más placentera de haber ligado con varias chicas de un pub ubicado en la zona victoriana de San Francisco. Sí, recordaba un pub *chillout* en el que predominaba una música extravagante y rítmica, en donde habían iniciado la noche. Le habían dado un número de teléfono... ¿o eran dos? Rachel, una chica estrafalaria, hippie, que estudiaba ciencias políticas o algo así. Recordaba que no había dejado de hablar en toda la noche y Manley la había provocado incesantemente asumiendo el papel de joven republicano proclive a resolver todos los conflictos del mundo a través de las pertinentes intervenciones militares. Sus puntos de vista imposibles, radicales y disparatados, enfurecían a la vez que hacían reír de impotencia a su preciosa antagonista. Había sido divertido. Pero esa había sido sólo una de sus poses... recordaba vagamente otras.

Sí, a Manley le gustaba de vez en cuando hacer un *reseteo* mental, como él mismo lo denominaba. Emborracharse de tal manera que resultaba imposible pensar en otras cosas. Eso y no parar de reír. ¡Qué terapia tan buena! Y verdaderamente era importante conseguirlo, porque el paso profesional que acababa de dar le daba vértigo. Sabía que se iban a acabar las juergas por una buena temporada. «Y ¡qué diablos!... aún no he llegado a los treinta», se dijo.

Se duchó con agua tibia que fue enfriando progresivamente y tuvo la impresión de que parte del malestar se iba por el desagüe del plato de ducha. Se enfundó un mullido albornoz y se dirigió a la cocina. Se preparó un desayuno a conciencia a base de huevos fritos y tocino, acompañado de algo de arroz que tenía en la nevera. Le gustaba empezar el día con fuerza.

Mientras contemplaba el lejano Golden Gate en un azulado día de verano por la ventana del salón y revolvía los huevos fritos con el tocino, recordaba alguno de los momentos divertidos de la noche. Se sonreía mientras lo hacía. Activó el contestador del móvil para que sonara a través de los altavoces del equipo.

—Hola Manley —una voz juvenil, de una chica con tono divertido y mucho ruido de fondo, voces, música— Soy Rachel... quedamos en que te llamaba para que tuvieras mi número. Llámame antes de que te embarques en esa misión secreta a otro planeta de la que hablabas— finalizaba con algunas risas. Manley sonrió. Lástima que fuera a abandonar San Francisco.

—Cabrón —Era Max Cooper, un amigo de estudios que se había colocado en una

empresa de ingeniería— ¿Se puede saber qué has estado diciendo toda la noche? ¿Qué es eso de que vas a empezar a comunicarte con marcianos y todas esas tonterías? Hablabas con tanta convicción que Jennifer y Karl están convencidos de que hablabas completamente en serio. Ya les he dicho que estas colgado. En fin... creo que ayer te pasaste con el ron, siempre te lo digo, a ti el ron no te sienta. —Max colgó. Nunca se despedía, era así.

Manley enarcó las cejas. «¿En serio que había dicho eso?». Pensó que a fin de cuentas era un desliz inocente.

Un pitido avisó que no había más mensajes.

Su mirada se posó finalmente sobre los papeles esparcidos en la mesa redonda del comedor. Era la parte de la casa en la que le gustaba trabajar. Manley disfrutaba con su trabajo, física teórica, astronomía, cosmología, y todo ello aglutinado por la argamasa de las matemáticas... El trabajo jamás finalizaba cuando abandonaba las aulas de la Universidad donde impartía clases, siempre, inexorablemente, le acompañaba a casa. Su mente era un hervidero de ideas que necesitaban plasmarse en un papel y que con el tiempo se habían confinado en varias libretas en las que anotaba esmeradamente. A menudo mientras explicaba un tema en las aulas, su discurso se alejaba más y más del objeto de la clase y divagaba hasta llegar a curiosas reflexiones, aventuras matemáticas decía él, que le conducían a relacionar un teorema con otro, a aplicar en medio de una explicación de lo más prosaica una teoría extraída de otra rama de la física a la que quería poner a prueba. En ocasiones se sumía en un profundo ensimismamiento, se rascaba el pelo castaño claro esporádicamente... y dejaba de hablar a la clase mientras la pizarra se iba llenando de fórmulas que después fotografiaba con su móvil para seguir trabajando con ellas en casa. Más de una vez la clase finalizaba, los alumnos la abandonaban... y él seguía trabajando hasta que llegaban los empleados de la limpieza así, saliendo abruptamente de su profundo estado de concentración, se daba cuenta... de que estaba hambriento.

Ojeó los papeles que tenía sobre la mesa del escritorio. Era información relevante que había reunido en las últimas semanas. Desde hacía algo menos de un año se había fijado un objetivo para desarrollar una línea de investigación que consideraba apasionante. Pero para ello había llegado a la conclusión que necesitaba recluirse en un lugar aislado, con un equipo de personas que pudiera dirigir... o controlar, o al menos confiar en ellas y sentirse cómodo. Debía ser un número de colaboradores reducido. Después de tener una lista de casi una veintena de laboratorios, departamentos de universidad, y emplazamientos diversos de todo género de investigaciones que fueran susceptibles de aceptar su propuesta, eligió uno. Le había llevado tiempo tomar aquella decisión, pero se sentía seguro. Allí tenía sobre la mesa una serie de flejes ordenados en los que, agrupados por cinta elástica cada uno, figuraban los nombres, fotografías, y logros científicos de media docena de astrónomos que vivían recluidos y casi olvidados por el mundo de la ciencia, en un pequeño observatorio, en el Monte Lemmon, dedicados a la loable tarea de localizar

y catalogar NEOs, es decir, asteroides cercanos a la Tierra, que tal vez tuvieran un día el aventurado atrevimiento de impactar contra nuestro planeta.

Manley los había estudiado concienzudamente. Y sí, aquel era su lugar. En esa espléndida mañana de julio, mientras saboreaba un capuchino sentado en el sillón, admiraba las vistas bajo un cielo azul intachable y apoyaba los pies sobre la mesita del salón, terminó de decidirse.

## Capítulo 3

### Dos meses más tarde

Cuando el veterano y calvo Jason Donovan le echó la vista encima al joven Manley Stuart según desembarcaba sus enseres, pertenencias y equipo de investigación de una pesada roulotte que había «atracado» en el parking de monte Lemmon, supo de inmediato que iban a tener problemas con él. Presentía que, de algún modo, el observatorio no volvería a ser el mismo.

El observatorio es un lugar de trabajo «apretado», como le gustaba decir al cincuentenario astrónomo. Bien era cierto que se encontraba en las más altas cumbres de la sierra de Santa Catalina, al norte de Tucson, en el estado de Arizona, lo cual invitaba a pensar en lugares amplios y paseos interminables por la montaña, pero el clima desapacible del exterior, especialmente durante la tarde y la noche, no invitaba a permanecer fuera demasiado tiempo. Eran escasos los días de verano y primavera que resultaban agradables perderse por la montaña simplemente en mangas de camisa. Así que las inclemencias de la naturaleza y las dependencias estrechas del observatorio obligaban a sus habitantes y trabajadores a mantener una convivencia próxima en la que eran fáciles los roces y habituales las pequeñas disputas. Si a este ya de por sí desapacible coctel de personalidades se añadía un personaje excéntrico cuyo coeficiente intelectual bien podría dejar en ridículo al de cualquiera de los científicos del observatorio (Jason se había tomado la molestia de averiguarlo), se diría que la mezcla había alcanzado un punto de experimentación crítico. A Jason le gustaba pensar así de su pequeño equipo de astrónomos y el hecho de tener la prejubilación tan tentadoramente al alcance de la mano le otorgaba la perspectiva de los próximos conflictos no como un inconveniente, sino más bien como un divertido epílogo a su polifacética carrera de astrofísico.

Nadie del observatorio pareció prestar especial atención a la llegada del «nuevo» salvo Jason. Era habitual que siempre hubiera un par de comodines en el observatorio; becarios, investigadores de paso, astrónomos con ambición que deseaban hallar hueco junto a los telescopios más potentes o en la misma NASA y que finalmente desaparecían refunfuñando regresando a un destino mediocre, similar al que habían tenido antes del monte Lemmon. Todos ellos, la vieja familia del observatorio, presidida por el veterano Jason, los veían ir y venir sin prestar especial atención. Manley parecía ser uno más de esos. Llegaba pletórico, con una sonrisa segura en su rostro agraciado, lleno de convicción, moviéndose rápido y nervioso de un lado a otro, hasta el punto que Jason procuró tranquilizarlo mientras lo veía sudoroso en su ajetreada labor de instalación en el despacho más minúsculo de la edificación. «Tranquilo muchacho... las estrellas no se van a escapar» murmuraba socarrón mientras se echaba para atrás su sombrero tejano y contemplaba divertido la

exhibición de descarga. Varios ordenadores y un sin fin de cajas de archivo resultaban de lo más normal. Sin embargo llamó la atención de Jason un par de pesadas cajas embaladas que eran transportados por el equipo de mudanzas. Era equipo pesado que costó mover hasta la sala del telescopio principal. Allí se quedaron mientras Jason fisgaba a su alrededor intentado deducir qué clase de artefacto se escondía en su interior. Pero cuando le pregunto al «muchacho» éste le sonrió tan enormemente como su mandíbula era capaz, le miró con ojos francos y... eso sí, no dio explicación alguna.

Todos los astrónomos del observatorio Lemmon se tenían por mediocres investigadores. No era algo que reconocían abiertamente, eso es obvio, pero sí se asumía implícitamente en sus conversaciones. Aquel sitio era «el agujero», del cual «no había escapatoria», y su carrera profesional «estaba en dique seco». Todas aquellas expresiones eran habituales entre ellos, como si de náufragos que han asumido que deben aclimatarse a la isla en la que se encuentran, sin esperanza alguna de auxilio ni escape. Ninguno había sobresalido en ningún campo científico en especial, pese a haberlo intentado, la mayoría de ellos, de forma insistente durante años. El hecho de haber fallado en sus expectativas profesionales había hecho que en el grupo medrara una cierta sensación de fatalismo y resignación. Por diversas razones, ninguna de mérito, todos habían acabado allí. Se encontraban atrapados en la cima de aquel monte acompañados de un equipo obsoleto consistente en varios telescopios sin actualizar, incluso algunos de ellos defectuosos, sin grandes posibilidades de salir del anonimato científico. Ni qué decir de realizar una aportación extraordinaria a la ciencia, algo por completo descartado. El tiempo de observación se distribuía entre anodinas rutinas... caza de asteroides cercanos a la Tierra, observaciones del espectro de una ristra de estrellas inacabables, y otros trabajos menores y accesorios de investigaciones principales la mayoría de las cuales se llevaban a cabo a miles de kilómetros de allí, «estamos en la era de internet» se decían entre ellos, y de cuyos relativos éxitos obtenían las migajas de discretos «enhorabuenas». Aquel sitio era el «agujero negro de Tucson», un lugar del cual ningún astrónomo que traspasara el umbral de su horizonte de sucesos sería capaz de escapar.

Quizás el alma que más se había enfrentado a esa funesta resignación que imperaba en el ambiente era el recalcitrante David Spencer, que había intentado por activa y por pasiva destinos más honorables. Así había dirigido multitud de solicitudes para trasladarse al archifamoso Keck, de Hawái, donde proclamaba tener importantes contactos. Cada vez que le había llegado una negativa, sus compañeros, a instancias del propio Jason, le hacían un pequeño obsequio a modo de bufonada de consolación; una vez un llavero con una tabla de surf, otra una hawaiana bamboleante para el salpicadero del coche, y así seguían sus chanzas conforme se acumulaban las negativas. Spencer sonreía de forma forzada, aceptaba la gracia y con discreción arrojaba el regalo en la papelera de su despacho cuando nadie miraba, síntoma de

que, efectivamente, la broma zahería su orgullo. Cuando más tarde Jeremy Hudson, un simpático becario con vocación de convertirse en uno más de la tribu, la recuperaba y la mostraba con gesto triunfal al resto del equipo en ausencia de David, el grupo bullía en un regocijo lujurioso. Jason sonreía al considerar que seguramente las risas podían oírse en varios kilómetros a la redonda.

Sin embargo intuía que Manley no era de ese tipo de personas a las que se le podía herir en el orgullo. Advertía en el joven la existencia de un carácter tan obstinado y firme como el propio monte Lemmon y no sabía de qué manera resolvería ese tipo de roces y bromas con el resto de la «familia».

—... y aquí tenemos la máquina de café, y ¡ojo!, que la señora de la limpieza que lo abastece, a menudo se equivoca y echa el matarratas en el dispensador... y te aseguro que es difícil saber cuál es cuál —le dijo Jason sarcástico mientras le paseaba por el interior de las instalaciones. Manley le seguía cargado con una voluminosa caja de cartón camino de su despacho, el más miserable de los cuchitriles que había en el observatorio. Claro estaba que Manley había sido el último en llegar.

Y Manley asentía a todas sus chistes con una buena risotada, como si fuera la broma más ingeniosa que había oído en su vida. Pasearon por el exterior y Jason fue enumerando cada uno de los telescopios que integraban el complejo. Hablaba de ellos como viejos animales de carga que ya han hecho más de lo que debían, «el viejo Steward», «el tuerto de Dahl», «el chino» —aunque con el mote se refería a un telescopio que era operado desde Corea— y así sucesivamente. Manley sonreía ante la desfachatez de Jason que se paseaba por sus dominios con la arrogancia de un vaquero que muestra su ganado.

Desde luego Manley no era el habitual superdotado callado y retrotraído que Jason había colegido tras una primera lectura de su currículum. De hecho Jason empezaba a sentir simpatía por aquel joven exultante y cargado de vitalidad. «¿Qué diablos le habrá traído al culo del mundo? Cualquier universidad se lo habría rifado»... pensaba mientras le hablaba de la capacidad del telescopio principal y de algunos trucos a emplear para cuando tal o cual mecanismo se atascaba.

Pero en un momento dado Manley se abstraía. Jason se dio cuenta de que estaba hablando solo, porque el joven se había quedado haciendo cálculos sobre el espacio disponible. Se encontraban en el hangar de la cúpula del telescopio Steward. Empezó a murmurar de manera ininteligible para Jason, tomando medidas y calculando dónde podría instalar sus ordenadores y equipos como si ya los estuviera viendo. Señalando las cajas embaladas que estaban apiladas a un lado de la sala. «Esto puede ir aquí, y los equipos informáticos allí mismo, para que no interrumpan el paso». Cuando Jason preguntó para qué diablos necesitaba más equipos informáticos y qué demonios era el artefacto que pensaba montar allí en seguida se perdió en el argot de partículas cuánticas en el que fue apabullado por Manley. Tenía dos opciones, quedar como un palurdo y rogar que le explicara de nuevo todo aquello, o dar cierta impresión de comprender lo que le había dicho y asentir con cierto aire de aburrimiento. Fue esto

último lo que hizo con cierta resignación interior. Se sentía viejo.

Jason lo vio tan decidido y con tanta energía que él mismo se sintió contagiado por ese entusiasmo juvenil y por un momento olvidó que estaban allí, en el «sumidero», que era un veterano cerca de la prejubilación y se dejó llevar presa de la vivacidad y decisión de aquel joven. Incomprensiblemente, Manley, siendo un perfecto bicho raro... le estaba cayendo bien. También es cierto que pensó lleno de compasión, «pobre ingenuo», recordando qué poco rendimiento podría obtenerse de aquellas vetustas instalaciones.



## Capítulo 4

### Dos semanas después

Era un día soleado, pero frío, y como era habitual a esas horas, los escasos astrónomos residentes de monte Lemmon se habían citado en la sala de estar a tomar el café de media mañana. Jason buen conocedor de las costumbres sociales de la base se presentó puntual enfundado en un grueso jersey de lana. Acababa de dar un paseo por el exterior y todavía no se le había quitado el frío de encima.

—¿Qué tal Darcy? ¿Alguna supernova hoy?

Darcy era una astrónoma adscrita al observatorio, treintañera, capaz de resultar encantadoramente atractiva en su sencillez, de buen corazón y carácter exigente. Trabajadora y eficiente, Jason siempre había contado con ella como su mano derecha. Desde hacía unos años se había independizado en cuanto a líneas de investigación del propio Jason, lo cual en cierto sentido lamentaba, y se había unido a un grupo de astrofísicos del smithsoniano de Cambridge, Massachusetts, para un trabajo de observación de supernovas en la que el tiempo de colaboración de los telescopios del observatorio era casi testimonial. Darcy esperaba encontrar una aguja en un pajar... «como casi todos nosotros», pensaba con un deje de amargura Jason.

También se encontraba en la sala David, que muy ufano, charlaba con el benjamín del observatorio, Jeremy. Al único que echaba en falta era a Manley, que como siempre, obviaba esos rutinarios momentos de vida social de la base. Era en general raro verlo levantar la cabeza de su portátil y salir de su cuchitril. Había convertido su exiguo despacho en un auténtico camarote de los hermanos Marx. No cabía allí ni un solo alfiler más. Cajas de documentos apiladas unas sobre otras ocupaban cada una de las esquinas del exiguo cuarto. Su pequeña mesa escritorio se había atiborrado de documentos, revistas, y sobre todo, un par de portátiles, siempre encendidos, y conectados vía red con el aparatoso instrumental que había desplegado en la sala de la cúpula. La única que tenía cierto trato de privilegio y accedía al santa sanctorum de Manley puesto que se había ganado la confianza del empecinado astrónomo, aparte de Jason, claro está, era la propia Darcy, que al parecer le estaba ayudando a Manley con algún asuntillo de papeleos burocráticos que la astrónoma no había querido aclarar a sus compañeros en qué consistía. Al parecer Manley le había insistido en que no estuviera divulgando sus proyectos más allá de la puerta de su despacho. Y Darcy era muy fiel a su palabra.

—¿Qué tenemos hoy por aquí? —preguntó Jason en voz alta a guisa de saludo general, invitando a David y Jeremy a salir de su cuchicheo particular y compartirlo.

David sonrió complacido. Se diría que tenía ganas de divulgar cuanto iba a decir.

—Se trata de nuestro amigo Manley. Jeremy ha estado haciendo los deberes y no veáis el currículo de semejante elemento. —David silbó.

—Ya lo creo —apostilló de inmediato Jeremy, que se tenía por un manitas con los ordenadores y no dejaba ocasión de presumir de su capacidad de extraer información de la red.— Por supuesto ya os podéis imaginar que he estado indagando vida y milagros de nuestra última adquisición y... ¡tachán!, podemos estar contentos... ¡tenemos un auténtico Einstein entre nosotros!

Darcy sonrió ingenua. Jason puso cara de circunstancias. Entre colegas era inevitable indagar, fisgonear más bien, quién era quién. Artículos publicados, expedientes académicos, foros universitarios, incluso redes sociales. Un experto, y Jeremy lo era, sería capaz de reconstruir la vida y milagros de todo aquel que se pusiera a tiro. Manley lo había hecho, así que el escrutinio pertinente era ineludible.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso Jeremy?

—Pues que nuestro Manley es un cum laude absoluto. Inició la carrera de astrofísica con quince años. Su coeficiente intelectual está más allá de nuestra comprensión, mi pequeño saltamontes. —Aunque Jeremy era el más joven de todos, su carácter burlesco y bufón le hacía tomarse muchas prerrogativas con todos. Darcy era «pequeño saltamontes»—. Terminó la carrera en un pis pas y la completó con varios doctorados... no uno precisamente —enarcó exageradamente las cejas—. Un lumbreras.

—Pero... explícales cómo acabó sus días en este apartado destierro... venga, nos vamos a reír —apostilló David.

—Ah, sí. Quizás los más inquietante o llamativo o... sobresaliente de nuestro joven invitado —prosiguió entusiasmado Jeremy— es su tendencia a proclamar teorías disparatadas, de todo género. Debe pensarse que como es muy inteligente y muy sabio pues... suelta por su boca todo lo que se le ocurre creyéndose poseedor del don de la infalibilidad. En suma... su carrera profesional sin embargo, a pesar de lo que pudiera vaticinar su espléndida vida académica, ha sido un profundo fiasco. Ha intentado publicar teorías de lo más diverso en diferentes medios científicos de nombre... —Jeremy rió muy divertido— y sin embargo tan sólo ha logrado que determinados medios de dudosa calidad científica las reproduzcan... ya sabéis, de ese tipo de revistas que al lado de tu artículo aparece una entrevista a un fulano que dice que fue abducido.

Jeremy y David rieron socarronamente la broma, mientras Darcy enarcaba censora una ceja y Jason los observaba con cierto escepticismo. A Jeremy le encantaba tomar el pelo a la gente, y David era feliz cuando creía encontrar más amargura en un semejante de la que él mismo portaba.

—¿Y se puede saber esas teorías tan extrañas y... «esotéricas» que ha planteado Manley cuáles son? —preguntó Darcy desconfiada.

David iba a tomar la palabra pero Jeremy se impacientó y puso su mano en su pecho como para detenerlo.

—No, no, no... he sido yo el que ha dado con ella así que me permitirás que sea yo el que la enuncie. —Jeremy resopló— Bueno... Es sin duda muy original y muy

simple. Yo la denomino «Marte rasgado», y es básicamente una explicación de la cicatriz del gran valle marciano, el *Valles Marineris*. ¿Verdad que todos recordáis cómo es? Pues Manley hizo una observación muy original. Para él la explicación de un repliegue de la corteza derivada de la actividad del volcán Tharsis, que siempre se ha contemplado como causa más probable de dicho accidente geológico, es puro error decimonónico. Para él es clarísimo que se trata de un nuevo género de impacto meteórico, que podríamos denominar, «tipo tajo». Su teoría defiende que un asteroide de tamaño considerable y forma de hueso no impactó contra Marte, sino que, literalmente, lo rozó... —Jeremy rió muy divertido— ¿Os imagináis eso? ¡Lo rozó! —Tomó aliento— En fin... lo que es tener imaginación. El caso es que según él esa forma irregular de hueso del asteroide explicaría que existieran tres o hasta cuatro puntos de fricción, todos ellos paralelos, claro. El canal inferior o principal, el superior, un par de ellos de menor longitud más al norte, y un montón de pequeños surcos, siempre todos manteniendo la misma dirección que serían despojos del asteroide que colisionaron con el planeta. Además existe un punto donde el «roce» o la fricción devino en un rebote que es precisamente la zona central del valle... en la que se aprecia algo remotamente similar a un cráter de impacto de aspecto amorfo...

—¡Qué explicación tan original! —exclamó Darcy, pero con un aire que era todo un aviso a navegantes. Miraba con una ceja enarcada a Jeremy advirtiéndole que no le gustaba un pelo ese tono burlón.

Jason meneó la cabeza. No era su fuerte Marte, precisamente, pero había leído lo suficiente como para saber que rebatir la teoría oficial no era simplemente una cuestión de lanzarse a la palestra con una buena ocurrencia. Precisamente una fotografía de Marte con su *Valles Marineris* decoraba una de las paredes de la sala. Jason la observó largo rato mientras saboreaba su taza humeante de café con leche y se olvidaba de la conversación que mantenían el resto de «muchachos». Sí, resultaba asombroso que todas las líneas longitudinales fueran rectas, paralelas de hecho. ¿Fortuito? En la Tierra era difícil hallar un fenómeno similar, desde luego... El debate más allá proseguía. En cualquier caso no era su campo ni le pensaba dedicar un segundo adicional al asunto.

—Por favor Darcy... ¡no seas ilusa!... la teoría de Marte rasgado es la necesidad más grande que se ha escrito nunca sobre el planeta roj...

La voz de Jeremy se cortó de improviso.

Jason dejó de observar a Marte y se volvió parsimoniosamente hacia la sala de estar. Manley Stuart acababa de llegar, y quien sabría decir desde hacía cuánto tiempo llevaba escuchando sin decir esta boca es mía, pero sin duda sí había tomado nota de la valiosa opinión que vertía Jeremy sobre su conjetura. El becario había descubierto con horror que acababa de meter la pata hasta el fondo. David jugueteaba con su cucharilla en su taza de café, la mirada centrada en el remolino que causaba, satisfecho por no ser él el antipático del grupo, sambenito que siempre le tocaba y que por una vez se había descolgado.

Darcy parecía ser la única persona contrariada de todos los presentes, y miraba furibunda a Jeremy por su falta de consideración.

Manley esbozó una amplia sonrisa. Parecía realmente divertido, a pesar del tono burlesco con el que Jeremy había expuesto su teoría. Su semblante, no sabría decir Jason, si por timidez o por indiferencia supina, no parecía mostrar ningún género de contrariedad, ni tampoco la más leve inseguridad, lo que le llevó a emitir un largo suspiro de alivio. Intuía que Manley era de armas tomar. Se notaba que su cuerpo era atlético y a Jason le constaba que Manley iba al gimnasio a diario.

—Doctor Donovan, necesitaría un minuto de su tiempo, por favor. —Sus palabras cortaron el aire electrificado de la estancia.

Estaban ya saliendo de la sala de estar por la puerta cuando Manley se volvió hacia Jeremy. No había ningún deje de resentimiento en su voz, cuando dijo tras un suspiro;

—Por cierto Jeremy, varios supercomputadores están ocupados en verificar la exactitud de mis cálculos, que son harto complejos, como te puedes imaginar. Tenemos a la Cry Titan y la IBM Sequoia en Estados Unidos, y la Juqueen en Alemania, para más detalles. Obviamente la teoría de una colisión de un cuerpo grande con un planeta de la manera que planteo es algo completamente nuevo, Jeremy, y es obvio que confronta muchos de los paradigmas establecidos, pero confío en que cuando comprueben la validez de mi hipótesis, en un par de años de cálculo a lo sumo, se aceptará sin ningún problema. Y me gusta ese nombre que le has dado... «Marte rasgado»... suena bien. Si no te importa me lo quedo para cuando se publique el trabajo...

El rostro de Jeremy, colorado como un fresón, contrastaba enormemente con su pelambreira rubia chillona.

## Capítulo 5

### Días más tarde

—¿Estás casado?

Era raro que Manley hiciera una pregunta personal, y el hecho de que se la hiciera a Jason denotaba que sentía por él un respeto o una deferencia que al veterano le hacía sentirse alguien especial. Aquel interés era «todo un honor».

—Por supuesto. Tengo en casa a alguien que me aguarda cada día... Y también cuando llego de madrugada —gruñó mientras le daba una calada a su vieja pipa.

La siguiente pregunta dentro del orden de las conversaciones personales o al menos, de conveniencia, habría sido indagar por cómo llevaba su mujer una profesión tan sacrificada que le obligaba a permanecer tanto tiempo apartado de él. Jason tenía una retahíla de comentarios jocosos muy ocurrentes para satisfacer esa curiosidad, pero los derroteros de Manley resultaban impredecibles. Se quedó sumido en un profundo silencio con rostro serio y grave, como si Jason le acabara de dar un sofisticado resultado de una observación y necesitara de la más absoluta concentración para interpretarlo.

El cielo negro salpicado de una infinidad de puntos brillantes invitaba a una conversación intimista. Ambos permanecían en sus respectivas sillas de teca, con el respaldo reclinado al máximo, cubiertos por una gruesa manta y bien abrigados, dejando pasar las horas mientras el gigantesco telescopio chirriaba ocasionalmente y seguía las instrucciones prescritas en el programa. Pacientemente recogía la luz de desapercibidos fotones que llegaban de una distante galaxia. Realmente no era imprescindible aquella vigilia, pero ocasionalmente Jason lograba convencer a algunos del observatorio y de esa manera refrescaban los incentivos que les habían estimulado a desempeñar su profesión.

La noche estaba destinada a un proyecto consistente en dibujar el mapa local de galaxias y se desarrollaba en conjunción con varias decenas de otros telescopios de todo el mundo. Una labor ingente, en colaboración con muchos otros científicos, que procuraría sí, un trabajo insigne pero anónimo que no sacaría al observatorio de las ligas inferiores, meditaba Jason en silencio. Debía reconocer, se decía el viejo astrofísico, que siempre había deseado realizar un descubrimiento destacado. Finalmente no iba a poder ser. Había estado cerca, eso sí.

—¿Alguna vez ha colaborado con el programa SETI?

Manley resultaba ser una persona muy singular. Jason habría dado un buen dinero por saber de qué manera se articulaban sus líneas de pensamiento, capaz de seguir caminos dialécticos tan dispares. ¿O es que acaso sabía algo de él?, se preguntó antes de responder.

—Pues ciertamente, que sí, siendo mucho más joven. Estuve unos meses con

ellos, en plena euforia del comienzo, ¿sabes? De hecho, ¿recuerdas la señal WOW? Yo estaba allí cuando sucedió... fue algo formidable. Pero era un lugar donde había poco dinero y escasas posibilidades de mantenerse con el cuello a salvo, me entiendes, ¿no? Además estábamos a punto de casarnos y queríamos formar familia. Así que me incliné por derroteros más profesionales... y al final, ya ves, aquí me tienes... ah... —Jason suspiró— pero lo cierto es que disfruto con este trabajo como pocos. Me encanta levantar la vista de este planeta y preguntarme qué es lo que hay más arriba. ¿Tú crees que ellos existen?...

—Por supuesto.

Manley respondió con tanta rapidez y seguridad que Jason giró la vista hacia él, un tanto escéptico. Sólo faltaba que dijera un «yo los he visto» para completar la rotundidad de su frase.

—Sí, pero sin embargo se llevan décadas mirando las ondas de radio de media galaxia sin encontrar un atisbo de señal inteligente Manley... ¿verdad que es raro eso?

—Eso no tiene nada de raro, doctor Donovan —repuso Manley con voz paciente. — Verá, a mi modo de ver es una cuestión muy sencilla. Imaginemos el modo de comunicación utilizado por el imperio romano. Para ellos resultaría impensable que les habláramos de ondas de radio ¿no es así? Lo mismo sucede con nuestra necia humanidad. Pensamos que forzosamente han de comunicarse por nuestros precarios y lentos medios técnicos. Es un absurdo que adolece de prepotencia y cortedad de miras. Sencillamente buscamos torpemente y mal.

—Vaya, jovencito. Le veo a usted un tanto arrogante en sus planteamientos. Así que según usted el veredicto es... —a Jason le encantaba referirse de usted en cuanto Manley asumía ese aire de superioridad intelectual. De hecho el joven lo hacía sin malicia y sin darse cuenta, como si realmente le aburriera tener que explicar todo a todos, y en esos casos también llamaba a Jason por su apelativo profesional, Dr. Donovan.

—El veredicto es que sin duda alguna estamos intentando encontrar señales en medios arcaicos y desfasados que habrán sido utilizados en su día por civilizaciones incipientes pero que rápidamente fueron dejados de lado al encontrarse otros medios más universales y efectivos, como sin duda acabará sucediendo con la humanidad.

—Ah... —el doctor Donovan enarcó las cejas un tanto ufano— Así que según usted la Humanidad está a punto de salir de su cloaca mental, desfasada y como dijo... ¡arcaica!, y se halla próxima a descubrir nuevos y sofisticados medios de telecomunicación.

—Por supuesto, así es.

—Esa rotundidad me lleva a pensar que ambos tendremos la suerte de ser testigos de algo así.

Manley le miró de reojo, pero no dijo nada.

—¡Ja! —exclamó sardónico Jason, que se quedó en silencio, pensativo. Después

prosiguió—. Hay quienes dice que la vida en nuestro planeta acumula una serie de circunstancias tan extraordinarias que a pesar de la existencia de miles de millones de planetas similares al nuestro, habrá pocos en los que la vida inteligente se desarrolle. Ya sabe, hablamos de un planeta del tamaño adecuado, que disponga de una atmósfera tenue, con un satélite de dimensiones significativas y dicho sistema binario gire alrededor de un sol apto a la distancia justa, que a su vez se situé en una zona idónea de una galaxia en un momento preciso de su evolución. Simplemente con esos requisitos se descartan un número muy significativo de mundos. Además, nuestro propio planeta tuvo durante miles de millones de años insignificante vida microbiana... de pronto llegó la intrigante explosión de vida del Cámbrico, tras la cual necesitamos cuatrocientos millones de años para llegar a ti y a mi sentados aquí esta noche divagando sobre la vida y la inteligencia. ¿Qué implica todo eso?

—Que el nuestro es uno entre miles de millones de planeta, doctor —respondió un tanto vehemente Manley.

Jason gruñó.

A veces el joven astrónomo le recordaba a sí mismo, pero cuando tenía su misma edad, ya que mostraba una similar y divertida capacidad de ofenderse por los debates más triviales.

Una sombra se movía en la penumbra medio tambaleándose por el peso que cargaba en dirección de los astrónomos. No tardaron en distinguir a Darcy, que enfundada en un enorme plumífero y con un gorro de lana, cargaba otra de las sillas del observatorio, dispuesta a compartir tertulia nocturna con sus compañeros. Jason siguió con curiosidad los movimientos de su pupila, y observó con cierta desazón que elegía situar su silla junto a Manley. A su edad todavía era presa de los celos más infantiles, admitió para sí, mientras apretaba contrariado los labios. Llegaba un intruso al observatorio y en seguida la gente del lugar cambiaba sus preferencias.

Soplaba una gélida brisa nocturna sobre los pinos del monte Lemmon que producía un leve susurro que invitaba a ser escuchado y reflexionar. No en vano era habitual mantener conversaciones extraordinariamente lentas, pues cada cual, tras escuchar un comentario, parecía quedar sumido en una profunda reflexión hipnotizado por el brillo de las estrellas y la apacibilidad del bosque circundante.

Una vez Darcy se acurrucó bajo su manta guardó silencio a fin de integrarse discretamente en la conversación que se suponía había interrumpido, pero al ver que ambos hombres guardaban silencio decidió tomar la iniciativa.

—Bueno Jason, —terció al fin la astrónoma— ¿le has contado ya como conociste a Miriam? Eso es algo que tarde o temprano todo novato ha de conocer

Manley rió al verse aludido como novato.

—¿Miriam? Nadie me ha dicho nada de ella. ¿Quién es?

—Mi mujer —explicó Jason un tanto incómodo, que se retrepó en su silla— Vaya con Darcy... ¿pocas supernovas esta noche eh? ¿Te aburres?

Darcy abrió el termo y repartió tazas de chocolate caliente ente sus compañeros.

—Menos quejarse y más conversación.

Manley le instó a que desembuchara.

—Vamos a ver... a lo que se refiere Darcy tan indiscretamente es a cómo conocí a mi actual mujer. Esto sucedió treinta años atrás... que ya son años.

—Y algún año más también... no te quites edad, viejo —apostilló Darcy divertida.

—Mmmm... esta es una historia que hace especial gracia a Darcy. Ignoro por qué. Veamos. En aquella época me habían llamado para dar una conferencia en la Universidad de Savannah. Yo había alquilado un coche por esos días y justo cuando empezaba el curso que debía impartir llegaba tarde a la facultad de física. No se me había ocurrido ir antes para averiguar exactamente dónde era el aula magna. Un verdadero novato en ese noble arte del conferenciar. Entonces, cuando buscaba aparcamiento cerca del lugar de las conferencias, vi un coche salir de un aparcamiento. Rápidamente ocupé su lugar. Pero sucedió que había otro vehículo que al parecer llevaba un tiempo esperando a que el que se acababa de ir desalojara su plaza. Me había colado. Resultó que la señorita que estaba al volante del coche me soltó todo género de epítetos calificativos que no voy a reproducir ahora.

—¿Era ella? —preguntó Manley divertido

—Por supuesto. Nunca una relación habrá empezado con tal mal pie.

—¿Y cómo lo arreglaste?

—Oh, fue muy fácil. Cinco minutos después la presentadora del curso se deshacía en halagos hacia mi persona por mis méritos, títulos y publicaciones y por mi gentilidad de haber participado en aquel ciclo de conferencias.

—Ah... y ¿Miriam era una de las asistentes?

—Nooo... ¡ella era la presentadora!



## Capítulo 6

### Ha transcurrido un mes

El bar de la estación de *Summerhaven*, el Nick's, era una cafetería amplia y desvencijada, que sólo funcionaba cuando la pequeña instalación de esquí del monte Lemmon abría, esto era, un par de meses al año. Ya había nevado por entonces y Darcy había invitado a Manley a tomar un desayuno y hacer una pausa en aquella helada pero soleada mañana de sábado invernal.

Las paredes de madera y la decoración clásica de una estación de esquí que abre pocos meses al año daba un aspecto un tanto caduco y abandonado al local. Muebles vetustos, decoración pasada de moda. Hasta la vajilla parecía reflejar esa estética. Manley tenía la sensación de haber retrocedido en una máquina del tiempo a los años ochenta. Cuando sonó el grupo Abba en el hilo musical pareció que se confirmaba aquella impresión.

—Dime Darcy... como es que malgastas tu vida en un sitio como éste —preguntó malévolamente Manley mientras destrozaba parte de un cruasán con las manos para después sumergirlo en su café con leche.

Darcy le miró divertida.

—¿Y qué hace un cretino como tú perdiendo el tiempo en un observatorio con tanta solera como este?

Manley se rió.

—Veamos... había que ir a algún sitio, y aquí me vine. En el fondo, presa de una profunda depresión, quería retirarme al emplazamiento más olvidado del planeta Tierra en el que pudiera ganarme la vida como investigador. Estaba esto... y también una base en la Antártida.

Darcy le hizo una mueca.

—Pues según Jason es como si un equipo de la NBA se pusiera a jugar con la liga juvenil. La verdad es que no sé que ve en ti tan inteligente... pero según dice tu expediente académico...

—Tonterías y exageraciones. No le hagas mucho caso.

—Pero entonces... ¿qué eso que vas a investigar que no dices nada a nadie?

—Ah... como si fuera eso un gran secreto...

—Jason dice que tiene que ver con la expansión del universo. La cuestión es que... nuestro observatorio no tiene capacidad para grandes análisis. Da igual que hablemos de capacidad óptica, infrarrojos... no podrías sacar nada en claro con el cacharro que tenemos montado aquí, Manley.

—Ah, pero no se trata tanto de capacidad como de teoría revolucionaria, pequeña.

A Darcy no le gustó un pelo el tono de chulo que le salió a Manley cuando dijo «pequeña» pero decidió obviarlo por aquello de mantener abierta la vía diplomática.

—A ver, no te hagas el listo conmigo y explícate.

—Bueno, me imagino que habrás oído hablar de la energía oscura, ¿no?

—No... en serio, ¿qué es eso? —Darcy puso cara de palurda y bizqueó. Soltó su respuesta cargada de ironía.

—Por supuesto que ya sé que sabes... Vamos a ver. Lo que voy a plantear, de una manera completamente diferente, y de hecho, la razón por la cual apenas necesito soporte físico para mi conjetura, es que la energía oscura es algo muy distinto a lo que se sospecha. De hecho afirmo categóricamente que es una fuerza física que ya conocemos... pero que es capaz de actuar, en determinados ratios, de forma completamente distinta.

—¿Y eso lo demuestras?

—Sí, es pura matemática.

—Y me imagino que esa fuerza física de la que hablas no puede ser otra que...

—La gravedad —dijeron ambos al unísono.

Darcy se echó para atrás en su silla.

—Ya se ha intentado antes... Te estás burlando de mí. Cuando era estudiante decíamos en broma que sólo había que mirar debajo del felpudo para descubrir una nueva teoría de la gravedad modificada.

—En absoluto pequeña.

«Otra vez pequeña... a ver si voy a llamarte yo a ti capullo» pensó Darcy. Sonrió

—Explícate

—Vamos a ver cariño —los ojos de Darcy brillaron eléctricos cuando Manley dijo «cariño»—. Lo que hago con las matemáticas que he desarrollado es comprender el espacio de una manera diferente. A menudo se habla del tejido espacio-tiempo, pero dicho tejido es simplemente una forma de hablar. No existe realmente como ente. En las matemáticas ese tejido... está vacío.

—¿Y?

—Yo me he decidido a darle una propiedad que denomino... textura.

—¿Textura?

—Si, debía ser una propiedad distinta. Me habría gustado llamarla «densidad» pero habrían surgido equívocos inmediatamente... —Manley suspiró con expresión autosuficiente, como dando a entender que el común de los físicos y cosmólogos no habrían llegado a entender su conceptualización. Darcy frunció el ceño.

—Te sigo

—Bien, lo que predice mi matemática es que existen tensiones gravitacionales tan potentes que son capaces de cambiar la «textura» del espacio. Dicho cambio altera sus propiedades y consecuencia de dicha alteración... el universo se expande cada vez más rápido.

—¿Y qué es lo que altera la textura según me dices?

—Ah... los agujeros negros supermasivos, aunque bueno, yo creo una nueva categoría que denominaría agujero negro abisal. En el fondo lo que vengo a decir es

que esos colosos gravitacionales estiran tanto el espacio que se hundan, no sólo ellos, sino todo el universo circundante, y a una velocidad creciente... cayendo en un agujero que no tiene fin, porque el espacio se expande al ritmo de su caída. Como comprenderás la palabra «caída» da pie a equívocos. En cierto sentido las galaxias, o enjambres de galaxias, se precipitan en pos del espacio que sus agujeros negros supermasivos están horadando. El resultado global es el ahondamiento del Universo... es decir, su expansión acelerada.

—Lo comprendo perfectamente... estás hablando con una lega.

Manley sonrió satisfecho de su explicación, lleno de una vanidad y arrogancia que exasperaba a Darcy. Ella sonreía tontamente a aquel joven guapo, ególatra y creído, y dudaba cuál sería la mejor manera de regresar al observatorio sin estropear con un desplante el desayuno.

—De todas formas Darcy aquí te lo he explicado burdamente... pero si me acompañas a casa te podría mostrar los sistemas de ecuaciones. Son bastante sofisticados...

—A tu casa...

—Sí, claro, ahora mismo podríamos ir... Así descansaríamos un poco de tanto trasiego

Darcy asintió como distraída. Ya veía de qué pie cojeaba aquel chico. Se sentía un tanto decepcionada pero lo disimuló.

—Sí, la verdad, no estaría de más relajarse un poco.

Manley sonrió estúpidamente. Darcy, a su vez, acababa de otorgarle el título de cretino integral.

—Podríamos darnos un baño en la bañera-spa. Alquilé una casa con todo tipo de comodidades

Manley rió ufano y Darcy también soltó una carcajada grácil y femenina y sus pestañas parecieron cerrarse un poco más despacio de lo normal.

—Me parece un plan fenomenal cariño —susurró.— ¿Me esperas que voy al baño? Quiero retocarme el contorno de ojos.

Manley se recostó en el asiento mientras observaba la figura de Darcy, enfundada en sus vaqueros ajustados y su talle embutido en una chaqueta de piel que le quedaba de maravilla.

Después se quedó pensando en lo afortunado que se sentía de gozar de una compañía tan atractiva y simpática. Su estancia en Monte Lemmon iba a ser mucho más placentera de lo que había imaginado. Así daba gusto realizar un descubrimiento portentoso. No iba a echar de menos en absoluto sus esporádicos momentos de vida disipada de San Francisco, con los que de vez en cuando alegraba su absorbente vida de investigador.

Tras unos largos minutos de espera empezó a extrañarse de que Darcy tardará tanto tiempo en reaparecer.

# Capítulo 7

## Hacia el final del invierno

El aula en la que Jason impartía clases era pequeña. Eran pocos los alumnos que culminaban los estudios y menos aún los que elegían su especialidad, por lo que en poco tiempo se creaba un ambiente de cierta familiaridad que el veterano astrofísico procuraba propiciar. Ciertamente, más que una clase impartida a la manera convencional, sus lecciones a menudo generaban interesantes debates en los que era habitual citar las últimas publicaciones científicas a las que habían tenido acceso. De esa manera Jason fomentaba que se mantuvieran largas disquisiciones que a menudo se posponían de una clase a la siguiente y de la que con cierta frecuencia salían propuestas de doctorados a las que se adscribían sus alumnos y que asumían plenamente motivados. Si bien él mismo se consideraba que no había resultado un astrofísico brillante, al menos se enorgullecía de haber contribuido a conformar una generación de jóvenes astrofísicos de mentes prolíficas.

Cuando la clase concluía Jason observó que Darcy le aguardaba en la puerta del aula. Cuando hubo despedido a sus alumnos ésta se introdujo en el aula.

—Veo que has afinado tu técnica pedagógica. Recuerdo tus clases perfectamente. Eras... y eres un motivador nato. Nunca has seguido un guión por lo que veo...

Jason rió.

—Bueno... alguna vez, si no me queda más remedio. Pero prefiero picar la curiosidad de los alumnos, y sobre todo, que ellos propongan ideas, por muy inconcebibles que sean... siempre es agradable oír cosas nuevas y no repetir una y otra vez lo mismo, como el viejo mecanismo de un reloj de cuerda...

—Sí, eres un viejo de espíritu joven —sonrió Darcy—. Parece que no hace tanto tiempo yo era una de tus alumnas predilectas.

Jason recogía sus bártulos de la mesa que presidía el aula.

—Dime... ¿qué querías comentarme? —preguntó Darcy. A fin de cuentas el que le había pedido hablar era él.

Jason le indicó que se sentara en uno de los pupitres y él termino de recoger sus cosas y vino a sentarse en una silla cercana.

—Dime Darcy... ¿qué piensas de nuestra nueva adquisición, el señor Manley? —interrogó el astrofísico mientras se sentaba lentamente a su lado. Sentía que le crujían los huesos después de permanecer de pie una hora seguida.

—¿Manley? ¿Ese cretino prepotente?... bueno... tal vez no es oro todo lo que reluce.

Jason rió divertido por el comentario de su antigua pupila.

—De los que trabajamos en el observatorio tú y yo somos los que tenemos algo más de contacto con él. Parece muy ensimismado en lo que hace y... mmmmm, no

sabría decir.

—¿Qué te preocupa?

—No sabría decirlo Darcy... ¿has visto o notado algo en él que te parezca raro?

—¿Raro? Bueno, en cierto sentido me he desilusionado. Pensé que tal vez podríamos ser buenos amigos. Ya sabes que en general allí arriba todos somos un poco bichos raros... y él parecía un tanto normal. El otro día sin embargo quedamos a tomar un café y ya me estaba echando los tejos...

—Bueno, Darcy, tú eres una jovencita atractiva, no tiene eso nada de especial...

—Oh, sí que lo tiene si lo haces con la típica prepotencia de californiano que se cree que tiene a todas las chicas comiendo de la mano...

—Ah, ¡caramba!, así que Manley no es tímido precisamente... sí, me va cuadrando su personalidad. Un tío listo y sin complejos...

—Sí, pero parece que hay algo en él que te preocupa.

Jason se retrepó en su asiento mientras carraspeaba.

—Sí, hay algo en él que no me acaba de dar buena espina. Esos estudios que dice estar realizando...

—Sobre la teoría de la gravedad modificada y la expansión del universo.

—Exacto. Creo, que... se trata de un coartada. Esta tras otra cosa, Darcy, y me intriga enormemente.

—¿Otra cosa? Pero si cualquiera diría que estamos en plena Guerra Fría y todo ha de mantenerse en secreto. No sé quién está siendo ahora más paranoico. Tú, que ves conspiraciones donde no las hay, o Manley que esconde sus trabajos como si cualquiera pudiera llegar y birlárselos como el que sustrae un lapicero a su compañero de trabajo. Parece ridículo.

Jason negó efusivamente con la cabeza mientras Darcy terminaba su discurso.

—Verás... tú sabes que suelo tener bastante intuición con las personas. Esos aparatos que ha dispuesto en la cúpula no son para nada relacionado con su teoría de la expansión gravitatoria. Sirven para detectar y medir rayos cósmicos. Atrapan partículas del espacio y mide sus cualidades energéticas.

—¿Y eso lo sabes...? —Darcy miraba asombrada a Jason porque intuía que tal vez se había extralimitado en sus funciones de coordinador del observatorio.

—He indagado en la Universidad de Boulder. Es de allí de donde provienen. Tengo conocidos en el departamento de física cuántica que los han fabricado siguiendo las especificaciones de Manley según tengo entendido. Están encantados con él... aunque no entienden muy bien qué es lo que pretenden con ellos, ni tampoco qué hace en este observatorio perdido. Lo tienen por un genio. Al parecer ha sugerido importantes mejoras en sus diseños.

—Viva Manley —dijo Darcy sin ningún entusiasmo

—El caso es que... Darcy... he indagado en los ordenadores de Manley.

—¡Jason!

—Sí... bueno, iba a hacer una consulta a Manley y no estaba en su despacho.

Pero no pude evitar reconocer uno de los programas que se ejecutaban en uno de sus monitores. Era un programa del SETI. Sabes que hace mil años colaboré con ellos. Pues era uno de esos programas que usábamos para intentar reconocer —Jason hizo el signo de poner comillas a esa última palabra— señales de comunicación alienígenas. Tenía una versión actualizada de aquel programa... pero era el mismo. Tenía todos sus ordenadores trabajando con eso. Te aseguro que no tiene nada que ver con la expansión gravitatoria del universo... y es algo que me resulta por completo desconcertante. ¿Para qué tanto secreto? —Jason extendió sus brazos, como preguntando a todo un foro invisible.

—Manley está loco Jason, no le des más vueltas. A veces tener demasiada inteligencia lleva a esas cosas. Un cretino prepotente... y además loco. Tengo el cuadro completo —sentenció.

—Bueno Darcy, me gustaría que si hablas con él y descubres de qué va su trabajo... me lo comentaras. Ya sé que es pura curiosidad académica pero... me parece tan raro que nos mienta con algo así que no sé qué pensar. ¿Ok?

—Vale, pero tú no te preocupes. Manley no está en contacto con inteligencias alienígenas precisamente.

Y Darcy se alejó riéndose a mandíbula batiente. «En este observatorio estamos todos como cabras», pensaba mientras cerraba la puerta tras de sí.

## Capítulo 8

### Mientras tanto...

Manley se echaba para atrás en la silla de su despacho. Hacía calor en su cubículo. Los portátiles calentaban el ambiente como pequeñas estufas y la piel del científico brillaba bajo una pequeña pátina de sudor. Frenético, pensaba.

Su mente siempre bullía a un ritmo infernal. Ideas, ecuaciones, sistemas complejos, matrices... Una cuestión llevaba a otra y ésta a la siguiente. Descubrir las matemáticas en su infancia había supuesto un gran alivio. Por fin podía expresarse sin la rémora de los demás, sin tener que explicar punto por punto, como arcaicos mojones de una calzada romana, el recorrido de sus ideas. Las matemáticas eran bellas y eran eficaces. El vértigo que sentía dentro de sí hallaba un medio capaz de expresarse sin límites. La cárcel en la que hasta entonces había vivido su mente había perdido sus barrotes. Era capaz de enfrentarse a todo y a todos pertrechado con ellas. La vida se había iluminado y su mente simplificado. Sí, había sido un gran alivio.

*Y ahora estaba cerca, muy cerca.*

Pero ahora sentía de nuevo la impaciencia. Toda su capacidad estaba volcada en un proyecto... y este se demoraba. Sí... la humanidad era lenta, terriblemente lenta, y ya había sufrido lo suyo por intentar amoldarse a su paso, como si él mismo fuera un plusmarquista mundial pero que de pronto se viera obligado a caminar con el paso de un anciano centenario al que debe acompañar. Llevaba pesados grilletes en sus tobillos. Pero tenía dudas... ¿era conveniente liberarse? ¿Estaban los demás preparados?

La Fundación Rockefeller había sido generosa, no podía negarlo, si bien habían tardado más de lo debido en comprender la magnitud de su proyecto. «No entendían». Incluso uno de los jueces que valoraban sus ideas le reprendió, «es usted demasiado arrogante jovencito», a lo cual él le interpeló; «tal vez sea usted demasiado lento para comprender las implicaciones del proyecto que pongo en sus manos. Lo que les ofrezco no es una conjetura, sino un descubrimiento formidable».

*Faltaba tan poco. Manley revisaba el programa una y otra vez. Miles de líneas de código. ¿Funcionaría a la primera?*

Algunos de los consejeros parecían un tanto escandalizados y murmuraban represiones del estilo: «debería hablar con más respeto». «Debe ser usted jovencito algo más humilde». Pero aunque la junta, integrada por veteranos ejecutivos y algún que otro carcamal, se retiró a deliberar lo cierto es que la decisión de la aportación de fondos a su proyecto quedó en el aire. Aquella pasividad le resultó frustrante, ya que no soportaba perder un segundo de su vida sin hacer nada. Aprovechó aquellos meses de inactividad para pulir las matemáticas de su teoría de la gravedad modificada, «otra más», con la que esperaba generar una notable controversia, tanto por las ideas

que implicaba como por las potentes matemáticas en las que se apoyaba. Sonreía de placer al pensar en ello... Pero sin embargo... eso simplemente era un divertimento, sí.

*Al final le habían llamado. Se habían arrodillado ante él. Habían reconocido que tenía algo verdaderamente importante. Y ahora lo había logrado, casi al alcance de su mano.*

Sabía que era cuestión de tiempo. A pesar de que su carácter y personalidad obraba en su contra al menos tenía la esperanza de que la sensatez y la cordura se impusieran. Sus postulados eran correctos. Ahí estaba la mecánica cuántica para corroborarlo fielmente... tan fielmente como sus sorprendentes implicaciones establecían. Entonces... ¿no era acaso su currículum académico claramente indicativo?, y lo que era más importante, ¿no eran los modelos propuestos y la ingeniería aplicada coherente con todo su enunciado? La fortaleza de su propuesta era más sólida que el Everest. Sólo un miope orgulloso se habría negado a verla.

*Sentía vértigo. ¿Estaría la humanidad lista?*

Le asignaron una cuantiosa suma. Mucho más de lo que necesitaba. Se suponía que parte de la misma formaba parte de su propia remuneración. Pero Manley era parco en gastos. No sabía diferenciar qué cuestiones eran personales y cuáles laborales. Él mismo, como ser humano, ¿no formaba parte de un gran experimento del Universo que había sido capaz de sintetizar a través de un elaborado proceso, cada uno de los átomos que lo componían, de dotarle de vida y sobre todo, conciencia de sí mismo? En conclusión, todo cuanto se destinaba a su propia manutención, comida, vestido, bienestar... no era sino en suma un presupuesto empleado en preservar la continuidad de su propia labor científica. ¿Qué parte del dinero le pertenecía a él o cuál al proyecto? Manley no sabría decir cuál. De hecho le daba absolutamente igual.

Hizo el pedido del equipo sobre la marcha. Tenía ya todo debidamente presupuestado y apalabrado. Tan pronto dispuso del dinero éste se movió rápido. Desgraciadamente muchas de sus peticiones habían resultado arduas de construir. El equipo informático tenía muchos requerimientos y se aprovechaba de los últimos chips en línea de montaje. Otros aparatos eran prototipos modificados; trampas cuánticas, generadores de campos magnéticos y eléctricos... Un espectrógrafo de última generación y numerosos sensores de partículas completaban la lista. Contactó personalmente con el departamento de física cuántica de Boulder, donde no tardó en establecer amistad con todo un premio Nobel ante cuya fama y reputación Manley no se intimidó lo más mínimo, y al final se demostró ser una excelente idea habida cuenta de la colaboración que se entabló. El dinero seguía fluyendo.

El equipo de campos magnéticos tenía unos requerimientos bárbaros. Su proyecto combinada disciplinas científicas astronómicas con mecánica cuántica y sospechaba que cuando lo revelara a sus compañeros iba a contar con numerosas reticencias y hasta burlas. Tal vez debía seguir esperando. Manley cabeceaba escéptico al pensar



en las cualidades del género humano. Había de reconocer que contaban con muchas más debilidades que puntos fuertes. Era increíble que hubieran llegado hasta dónde habían llegado.

*Sí, debía mantener sus ideas en secreto. Debía revelarlas conforme fuera necesario.*

Por esa misma razón había estudiado numerosos observatorios de toda Norteamérica e incluso de otros continentes, buscando aquella ubicación que pudiera ser la idónea, tanto por tratarse de un observatorio marginal, como por contar con una reducida asignación de científicos que no despuntara especialmente. El monte Lemmon había sido su mejor opción, y cada vez estaba más convencido de que había sido un acierto, sí.

Lástima que su asunto con Darcy no hubiera progresado.

*Pero maldita sea, ¿otra vez pensando en ella?*

## Capítulo 9

### Una semana después

—¡Jason!

La voz era de Darcy.

Pero no era la Darcy amable, simpática y atractiva que Jason adoraba. Era la Darcy realmente enfadada, a la que Jason temía. Era un explosivo difícil de manejar.

—¡Jason! —Darcy entró en el despacho de Jason como un vendaval. El veterano científico había tenido tiempo de templar su semblante y su ánimo, a fin de soportar la embestida de la científica— ¿Se puede saber —la entonación y la pronunciación de Darcy era lenta mientras que el timbre de su voz subía en un crescendo cada vez más agudo y amenazador— quién ha consentido la instalación de todos esos aparatos en la sala del telescopio?

Jason se sorprendió pensando que Darcy cabreada resultaba extraordinariamente atractiva. Se atragantó al responder.

—Creo que en la adjudicación de tiempo de uso del telescopio se disponía que Manley ocupara parte del recinto con...

—¿¡Parte del recinto!?, ¿parte del recinto?... ¿qué diablos de parte si lo ha ocupado «todo»?

Darcy dio varias vueltas por el despacho, como para tomar aire o encontrar una explicación a esas palabras que su nerviosismo histérico era incapaz de hallar. En ese momento Jeremy se asomó al despacho y tras observar la escena cerró la puerta discretamente sin decir palabra. Jason lo agradeció con un gesto.

—Tranquilízate Darcy. Sabes que el tiempo de uso del telescopio que le corresponde va a ser escaso. Sin embargo requería mucho instrumental para sus observaciones y sinceramente no hay otro sitio. Además sabes bien que ha atraído una buena suma de dinero al observatorio. Nuestro presupuesto se va a incrementar notablemente. Son buenas noticias.

—¿¡Buenas noticias?! ¡¿Buenas noticias?!

Jason se preguntaba si ese remedo de Darcy cada vez que él decía algo era una ayuda que aliviaba la tensión, o todo lo contrario. Desde luego el llevarse las manos a la cabeza no parecía ser buena señal.

—Sí, Darcy, son buenas noticias —dijo lleno de parsimonia

—Pero si el tío casi no nos ha dejado ni espacio para movernos por allí. Mi ordenador está en un punto inaccesible. ¿Y sabes lo que ha dicho «él»? —«Él» fue pronunciado con un tono que implicaba máxima repugnancia.

—No, Darcy, no sé lo que ha dicho «él» exactamente.

—Pues ha dicho que pensaba que mi ordenador era un viejo cacharro fuera de uso.

Jason tuvo que intentar contener una carcajada pero su semblante le traicionó.  
Darcy salió del despacho dando un fuerte portazo.  
—¡Sí!, ¡él también se ha reído como tú!  
Jason bufó. «Vaya, así que ahora Darcy también está enfadada conmigo».

## Capítulo 10

### Al día siguiente

Darcy se sentó en el borde de la mesa de Manley displicente, dispuesta a darle conversación. Manley le miraba de reojo, un tanto intimidado. Se sentía como un ratoncillo que es observado por una pitón que siente un gran vacío en su estómago. Sabía que todavía estaba molesta con él a raíz de su «malentendido» con la instalación del equipamiento nuevo. También había que sumar su conversación infructuosa en el bar de la estación. Había tenido que tomar un taxi y aguantar durante una larga semana los saludos de Darcy cargados de ironías; «pequeño» y «cariño» eran epítetos usados refiriéndose a él que hacían reír a más de un compañero del observatorio y que ella pronunciaba con acentuada feminidad. Y eso había sido hacía más de un mes atrás. «Cómo se las gastaba la chica» pensaba Manley entre intimidado y curioso.

No tenía ganas de ahondar en los malos entendidos, pero parecía que Darcy no estaba precisamente a buenas con él. Debido a eso le extrañaba esa rara visita de cortesía a su despacho.

—¿Qué tal Manley? ¿Todo en orden por aquí?

Manley suspiró mientras volvía la vista a la pantalla de su portátil. Una larga serie de ecuaciones se deslizaba verticalmente mientras él la inspeccionaba con cara de aburrimiento.

—¿Qué tal va el trabajo? ¿Todo bien?

—Un poco aburrido a veces. Tengo alguna que otra discrepancia matemática que depurar. No es cosa seria pero implica revisar teoremas bastante complicados

—Un asunto aburrido ese ¿no?

—Sí... la verdad es que sí

Darcy se levantó y se acercó a una de las estanterías del despacho, atiborradas de libros. Los ojeó distraídamente mientras Manley le miraba de reojo con cierto recelo. Había dejado de escrutar sus ecuaciones.

—Mmm... sin embargo los chicos dicen que te lo pasas pipa... que estas todo el día metido en conversaciones. Te oyen reírte... o exclamar. ¿Qué sucede? ¿Las ecuaciones te hacen cosquillas? —Darcy clavó la mirada en un sorprendido Manley que no esperaba semejante tema de la conversación.

Sonrió ampliamente para rearmarse.

—Ah... Darcy, tú sabes cómo soy yo. Todo extroversión. Cuando me estoy peleando con las matemáticas río, grito, lloro... para mí es un auténtico combate. — Manley lució su sonrisa franca que siempre le había servido para encaminar hasta la conversación más difícil.

—Ajá... no sabía que las matemáticas fueran tan... apasionantes —dijo Darcy

con unos ojos chispeantes de escepticismo arrastrando la última palabra casi hasta con tono seductor—. Habrás de saber que tus compañeros de observatorio hacen apuestas por todo tipo de conjeturas... pero claro, como eres el que ha aportado fondos a través de «tu» Fundación... nadie se atreve a chistarte.

Darcy le guiñó el ojo y salió del laboratorio.

Manley se dejó caer en el respaldo reclinable del asiento, que osciló hacia atrás. Se sentía un tanto incómodo, pero sobre todo estúpido. Debía de haberse preocupado más de ser discreto. Pero claro... «su investigación» resultaba tan apasionante... era tan... increíble todo lo que estaba sucediendo que la adrenalina se le disparaba.

El cursor se movió por la pantalla hasta activar un programa que le permitía alterar la fuente de suministro de imagen y la pantalla de ecuaciones desapareció, y en su lugar figuró una pantalla completamente distinta, la imagen congelada de un rostro de apariencia insectoide que no tardó en desvanecerse.

«Lástima de conversación». Pensó Manley.

# Capítulo 11

## A la semana siguiente

Jeremy no podía quitarse de la cabeza al cada vez más misterioso e intrigante Manley. Apenas se dejaba ver, y aunque mantenía un trato correcto con todos, raras veces compartía unas palabras con alguien. Parecía la mayor parte del tiempo profundamente abstraído, como si un problema personal lo abrumara, pues se hallaba imbuido en una creciente preocupación. Y no le gustaba ese áurea de misterio que envolvía al joven astrónomo, o habría de reconocer que quizás esa misma envoltura era la que en cierto sentido le atraía. No conocía bien a Manley pero intuía que ese problema «personal» que lo ocupaba más bien pudiera ser de índole matemática.

La cuestión era que Jeremy no aguantaba un misterio sin resolver.

Sí, él siempre había sido muy curioso, «más que un gato», decía su abuela, que atesoraba media docena de ellos en el jardín trasero de su casa. Precisamente por eso Jeremy había estudiado astrofísica. La cuestión estribaba en que no se hacía las preguntas que de ordinario se hace la gente.

—Así que Jason aún no te ha contado sus pinitos en el SETI ¿no?

Manley gruñó, más que respondió.

Le daba igual que Jeremy o quien fuera entrara y saliera de su despacho. Lo único que sucedía es que no se sentía cómodo entre chismorreos, y para él, todo lo que no fuera exclusivamente actividad laboral entraba dentro de ese rango.

—Sin embargo estoy seguro que no te ha dicho nada de su «éxito fallido»... fue algo muy sonado, pero su modestia le impide mencionarlo. Uno lo tiene que averiguar rebuscando entre libros, buceando por internet y formulando las preguntas correctas.

Manley seguía entretenido mirando fijamente a su portátil mientras cotejaba datos entre la pantalla y una serie de tablas impresas. Ocasionalmente murmuraba para sí algo que Jeremy era incapaz de entender.

—Verás —dijo Jeremy bajando la voz e inclinándose hacia el astrónomo, que no pudo evitar pensar que tal vez habría sido buena idea el uso de algún género de desodorante por parte de su joven colega—. Resulta que Jason, nuestro Jason, trabajaba hace unos años en una teoría muy similar a la del universo inflacionario...

—Alan Gurth —murmuró casi sin darse cuenta Manley indiferente.

—Exacto. Fue una teoría brillante y muy sonada. Nuestro Jason llevaba tiempo rondándola pero no había acabado de decidirse a enviarla a los medios.

—Sí, eso requiere una buena dosis de ausencia de amor propio.

Jeremy soltó una carcajada y Manley le miró sorprendido.

—Por supuesto. Es la dichosa autoestima, o el orgullo, o como se quiera denominar a esa especie de lastre psicológico propio del ser humano, el que muchas

veces impide volcar en los demás las mejores ideas. He leído mucho al respecto... porque sinceramente, me considero un afortunado porque de alguna manera mi cerebro está exento de ese lastre... —se explicó Jeremy.

Jeremy sonrió abiertamente, satisfecho de sí mismo.

—Caramba, eso explica muchas cosas de ti... y por eso eres tan endiabladamente raro, muchacho —respondió Manley con cierta cordialidad. Le interesaba aquello que le contaba Jeremy.

—No sé si soy raro —repuso un tanto molesto—, pero si yo hubiera tenido una teoría entre manos como la que tenía Jason no habría tardado ni dos minutos en ponerla en el disparadero, ya habría tiempo después de corregir los errorcillos —sentenció resuelto e inflexible.

Manley asintió, pero volvió con renovadas energías a su tarea de cotejar tablas. Jeremy le miró largamente, agitó su cabeza levemente, mientras parecía realizar unas serie de consideraciones personales y sonrió.

—Jason es mucho más brillante de lo que puedas pensar. Por eso está aquí al mando. No te creas que es un tío acabado que ha terminado sus días en ese monte apartado... eso es todo.

Movió levemente la mano a guisa de saludo mientras salía resuelto del cuarto. Al quedarse solo nuevamente, Manley, accionó rápidamente el teclado a fin de alternar la fuente de la imagen de la pantalla. Por fin volvía a lo interesante.

## Capítulo 12

### Al día siguiente

Larry Coleman era un hombre negro, de elevada estatura pero de movimientos gráciles y elegantes que hacían olvidar a quien lo observara cualquier sensación de desgarrado o torpeza que a menudo acompañan a las personas muy altas. Su pelo era corto y rizado y su mirada siempre iba acentuada por una sonrisa en su boca. Diríase que siempre estaba de buen humor y dispuesto a gastar una broma.

Era el único miembro del equipo al que Manley aún no había conocido debido a una excedencia de varios meses que había culminado con unas vacaciones en compañía de su mujer en Hawái. El día que regresó al trabajo hubo un gran revuelo y todos, a excepción de Manley, que como siempre en los últimos tiempos estaba encerrado con sus ordenadores, pasaron gran parte de la mañana compartiendo las anécdotas interminables del astrofísico recién incorporado. Parecía una mañana festiva.

—Ah... muchachos... ¡el Keck!, eso es tener medios y no esto que tenemos aquí. No os lo quería decir, pero mientras estábamos Sarah y yo de visita por sus instalaciones vimos un despacho en la zona principal de trabajo que tenía un aspecto formidable. Amplio, mesa a todo lujo, un *Mac* última generación con un *pantallón* enorme y un sillón ergonómico de cuero que parecía que quería abrazarle a uno... ¿Y a qué no sabéis qué nombre figuraba en la placa de la puerta?

Jeremy que adivinaba por dónde iba a ir el comentario soltó una gran carcajada.

—Era el mejor despacho de astrofísico que he visto en mi vida... El superdeportivo de los despachos... y en letras doradas figuraba flamante... ¡David Spencer!

David soltó un bufido mientras los demás aplaudían, reían, aullaban.

—Basta ya Larry...

El hielo estaba roto y todos bromeaban a gusto. David estaba molesto hasta cierto punto.

—Ah, perdona David... era una broma demasiado fácil para resistirse... —Larry se acercó a David y le dio una palmada en el hombro. No le había hecho demasiado gracia la chanza. Su sonrisa era forzada.

—¿Tenemos un nuevo ratón de observatorio, me había dicho Jason en el último correo? —preguntó Larry mientras se dejaba caer de nuevo en el sillón de la sala de reuniones, que estaba más mullido por viejo y usado que por las cualidades originales del mueble.

Jason asintió con una expresión socarrona pero no dijo nada.

—Sí... es un auténtico ratón de biblioteca. No sale nunca de su despacho. Ahora mismo está ahí —explicó Jeremy mientras indicaba con el dedo gordo en dirección a



la zona de despachos— mirando tablas de números como si fuera capaz de ver en ellos las líneas de código de un programa.

—¿Y no ha salido ni a recibirme ni a tomarse un café... ni a charlar...?

Todos asintieron pero quedaron en silencio, como si fuera una familia obligada a dar explicaciones que no apetecen sobre el comportamiento raro de uno de sus miembros.

—Creemos que es por culpa de Darcy —añadió David, que veía una oportunidad de salirse de en medio de las bromas—. Le ha hecho un marcaje que no lo ha dejado ni respirar.

Está vez fue Larry el que rió con ganas.

—Darcy... Darcy... ¿qué pasó? ¿Intentó ligarte con malas artes?

—Darcy no suelta prenda, no insistas... Él es una especie de lumbreras... no sólo tiene un currículum académico impresionante, sino que además construye teorías de lo más interesantes y está muy bien considerado —Jeremy intentaba corregir siempre que podía su metedura de pata inicial, y procuraba hablar de Manley bien y alto, con la esperanza de propiciar la ocasión de que éste le oyera y compensara de ese modo su primer desliz.

—Las malas lenguas dicen otras cosas —dijo David malicioso—. Algunos creen que se pasa las horas en chats porno —dijo mientras propinaba un codazo a Jeremy, que debía ser el principal comentarista de ese rumor, a lo cual su semblante pecoso e imberbe intentó mostrarse inútilmente serio y ofendido.

Larry enarcó las cejas asombrado y divertido por esa revelación. Se levantó y se dirigió hacia el pasillo a través del cual se llegaba al despacho del susodicho. Se movía con gestos exagerados de discreción y silencio, dando grandes brincos y apoyándose sobre la punta de cada pie alternativamente, imitando los gestos de los héroes infantiles de dibujos animados, lo cual causó la hilaridad del grupo.

Finalmente se situó junto a la puerta del despacho de Manley, más allá del campo visual de sus compañeros, y puso el oído en la misma, intentando averiguar si había alguien allí dentro. Llamó con los nudillos y no esperó a que le dieran el visto bueno para abrir levemente la puerta y asomar su cabeza.

Manley enarcó las cejas y le miró con expresión curiosa, de la misma manera que podría haber visto aparecer un conejo de la chistera de un mago.

—Hola, soy Larry —saludó sonriente mientras se adentraba en el despacho. Con su cuerpo de gigante parecía que aquel pequeño cubículo no iba a ser capaz de admitirle.

—Manley —saludó éste extendiendo su mano al encuentro de la gran mano negra de Larry, sin incorporarse de su asiento, con una sonrisa forzada. Tenía la mesa atiborrada de papeles que se apresuró a ordenar mientras algunos de los cuales se desparramaban por el suelo. Se estrecharon las manos tendidas.

—No te apures —tranquilizó Larry—. Sé lo incómoda que resulta esta jaula. Yo también empecé haciendo mis pinitos en este cuchitril... —Larry rió—. También

creía que iba a ser un lugar de paso y ya llevo metido en el sumidero, unos buenos años... pero la verdad es que resulta un sitio agradable con gente diez. ¿Quién demonios querría cambiar esto por Hawái, sus playas de ensueño y sus tablas de surf? Odio eso —Larry puso una mueca de asco, pero Manley no pareció pillar su sentido del humor y mantuvo su semblante sereno, como quien oye hablar del tiempo. Se notaba a la legua que su mente estaba a años luz de allí.

—Oye —prosiguió Larry rehaciéndose sobre la marcha— estamos tomando algo en la sala de estar, ¿por qué no te apuntas y charlamos un rato?

Manley asintió. Después de unos segundos, como se veía que Larry esperaba que se incorporase sobre la marcha tomó la palabra.

—Sí, no te preocupes, termino lo que tengo entre manos y en unos minutos estaré allí.

Larry asintió y dejó a Manley encerrado en su despacho. Cuando se reincorporó a la reunión dibujaba con su boca una expresión de extrañeza.

—Caramba, se nota que es un tipo raro en cuanto le echas la vista encima. ¿Está todo el día encerrado en su jaula?, pero ¿qué hace?

—Así es... no sale más que para mear y comer algo... si es que come —explicó de inmediato Jeremy— Yo creo que se alimenta por vía USB de uno de esos portátiles —le dijo por lo bajo a Larry cuando se sentó a su lado y este rió la broma.

—Yo creo que es gracias a Jason que se ocupa de llevarle un par de sandwichs de vez en cuando, porque de lo contrario lo que tendríamos en ese despacho ya sería más bien un esqueleto —explicó Darcy con semblante serio.

—Pero ya está bien de chanzas. Hay que hablar de trabajo —interrumpió por último Jason con un tono de voz que disolvió como por ensalmo el tono festivo del encuentro—. Vamos a ver Jeremy. ¿Qué plan de trabajo tenemos para ésta noche? ¿Has puesto al día a Larry? Si hay que pillar al asteroide bastardo y cabrón que va a impactar contra la Tierra tenemos que ser nosotros, joder, los que lo hagamos y poner así de una puñetera vez nuestros nombres en el sitio que se merece, aunque sea en una lápida del tamaño de Arkansas —gruñó finalmente Jason.

Y la reunión dio comienzo.

# Capítulo 13

## Unos días más tarde

A Jason le encantaba pasear por los montes de la Sierra de Santa Catalina. Abridado en su mullido anorak y enfundada su cabeza con un gorro de montaña de lana, paseaba por entre los árboles, buscando siempre algún claro soleado donde acomodarse y entrar en calor. El frío todavía imperaba a pesar de haberse iniciado la primavera y era intenso incluso al mediodía. Algunas nieves tardías blanqueaban el paisaje en las zonas más umbrías y parecía helar el aire de la montaña. Su paseo preferido era el que le alejaba de las vistas de la desparramada Tucson, una ciudad que se extendía por el valle, al sur, sin apenas edificios altos, y cuya enorme extensión se debía a una cuadrícula extensa de viviendas unifamiliares de escasa altura y colocadas una al lado de la otra en orden riguroso. Jason prefería las vistas del norte. Descendía por las crestas de las montañas por senderos impensables, pero que conocía bien, hasta llegar a un punto donde se sentaba a contemplar un valle cuyo nombre desconocía, despoblado y salvaje, alejado de la pista de esquí y de la carretera que llegaba hasta el observatorio, que eran los únicos signos de civilización que podían apreciarse por aquella vertiente.

Allí tenía la costumbre de sentarse a tomar su almuerzo en los días en los que el tiempo acompañaba, y meditar un tanto serenamente sobre el trabajo, la familia y la vida, según fuera su estado de ánimo y sus preocupaciones.

Una refrescante brisa le humedecía un tanto los ojos. Las cumbres de la montaña eran de piedra blanca, pero más allá adoptaba unos tonos pardos más discretos, y se bifurcaba creando un misterioso valle boscoso que moría en el desierto de Arizona, que en la lontananza, se asemejaba a un mar sereno y terroso que invitaba a ser navegado en la imaginación.

A Jason le gustaba refugiarse en la soledad del cerro. Desde allí no había atisbo de civilización. Era un momento para él sólo. Y lo disfrutaba.

Abrió el envase de cartón y extrajo una succulenta hamburguesa que le habían hecho en el Nick's, en Summerhaven, el pueblecito de montaña que estaba a los pies de la estación de esquí. En el termo tenía café caliente y le bastaba pensar en él para anticipar una plácida sensación de bienestar.

Era consciente de que se encontraba al final de su vida profesional, una vida que siempre había estado volcada en la ciencia, su auténtica pasión, su razón de vivir. Sentía que esa pasión había estado a punto de costarle su felicidad, pues Miriam, su esposa, no había visto nunca con buenos ojos instalarse en Tucson, en pleno desierto de la árida Arizona. Ella, que era una mujer de los espesos y verdes bosques de la sureña Savannah, acostumbrada al encanto un tanto británico de su ciudad, había estado a punto de dejarlo plantado más de una vez en aquel secarral. Le había

resultado muy difícil adaptarse al estilo de vida desabrido y áspero del desierto, su calor sofocante del verano, sus cierzos invernales y helados, y sobre todo, sus gentes, tan sencillas y cultas como las tierras sobre las que se asentaban, según ella misma solía recalcarle irónica para hacerle sufrir. Con grandes dificultades había logrado Jason engatusarla y finalmente, una vez derrotada más que convencida, pudo aceptar la plaza de astrónomo residente en aquel conjunto de telescopios, que sin ser una maravilla, satisfacían sus aspiraciones científicas juveniles. Además se trataba de un destino temporal a todas luces. Ese al menos había sido el anzuelo con él que había picado y aceptado la plaza y con el que igualmente había aplacado los resquemores de Miriam.

Ahora había perdido la cuenta de los años transcurridos allí. Se le hacía impensable un género de vida distinto a aquél, a ese plácido ritmo de vida en el que se alternaba, sin quebrantos, la apacible vida familiar con el comfortable ambiente del observatorio y la universidad. Ahora parecía que un nubarrón cargado de tormenta amenazaba con destruir esa armonía. Abrió el *tapper* dispuesto a centrar la mente en otras ideas que alejaran la repentina inquietud que le había invadido. No, no quería pensar en ello.

Había consumido su vida. Todo en loor de la ciencia...

¿Y qué le había dado ésta?

Ninguna fama, mucho sacrificio, ningún reconocimiento. Bueno... un cierto reconocimiento podía admitirse en su bagaje, pero tal vez el proveniente exclusivamente de sus allegados. También debían incluirse en el saldo algunas amistades sinceras y muchos celos y envidias insoportables, eso sí. La ciencia le había ocasionado en cualquier caso una gran frustración. Era difícil de definir. En una carrera por lograr un reconocimiento público, Jason se daba cuenta de que tenía buenas cualidades de partida, pero tal vez no había tenido la fortuna de su lado, o tal vez la valentía cuando ostentaba la fuerza y la juventud para arriesgar su carrera. Apuró un largo trago de café, tal vez con la intención de eliminar la amargura que le ocasionaba el pensar en su fallida teoría inflacionaria, aquella que le arrebataron mientras el repasaba sus cálculos quizás con excesivo escrúpulo.

La fama había llamado a su puerta, pero él tardó en abrir.

Después de eso no había quedado nada para él. De poco sirve decir que tu trabajo ratifica las conclusiones a las que ha llegado un premio Kavli, salvo para que te den una palmadita en la espalda y te digan «Ah ¿sí?», lo cual a su vez solo ahonda un profundo sentimiento de insatisfacción y apatía. Sí, la ciencia, su pasión, no le había devuelto los intereses devengados por toda la inversión de tiempo y esfuerzo que había depositado en ella.

Y los años que le quedaban por delante le resultaban insulsos.

No había tiempo para grandes proyectos... ni tampoco ganas. Era impensable a esas alturas mudarse a otra ciudad, a un observatorio importante, empezar su vida de cero, nuevos proyectos, más contactos... No, ya ni él ni Miriam estaban para esos

troles. Además Miriam... ¿qué haría él si ella faltaba? Siempre había pensado que le aguardaban unos años plácidos en los que le gustaría disfrutar de lo que más le agradaba... pero era absurdo considerar ese placer si quedaba sólo... Otra vez la inquietud lo sobresaltaba.

Recordó entonces su pensamiento favorito: Mirar el cielo y gozar de ese raro sentimiento místico que en ocasiones lo embargaba cuando consideraba la infinitud, la enorme y vasta extensión que difícilmente el ser humano puede imaginar, aún cuando tuviera los conocimientos imprescindibles para comprender siquiera el orden de magnitud requerido que implicaba abarcar el universo entero con el pensamiento. Aquella idea inmensurable lo pacificaba... se sentía como el grano de polen mecido por el viento sobre un océano sin orillas.

Pero era mediodía. Las estrellas, ausentes, no lograron despejar la sombra que se cernía sobre su ánimo.

# Capítulo 14

## El lunes siguiente

La reunión era para planificar el trabajo de las próximas noches. En ella se repasaban los últimos resultados, las cancelaciones, los datos perdidos o que no alcanzaban los cánones mínimos de calidad y entonces se valoraba qué sesiones de observación habían de repetirse. También se cuantificaban los logros obtenidos, si es que había alguno que mereciera ser comentado. Una de las principales misiones, por no decir que casi en exclusiva, a la que se dedicaba aquel observatorio era al descubrimiento de NEOs, una misión, la de descubrir objetos (asteroides) cercanos a la Tierra, que cuando se explicaba a los escolares en los colegios en las conferencias a las que eran invitados con cierta regularidad, lograba despertar la curiosidad de los chiquillos y que estos abrieran enormemente sus bocas en señal de sorpresa y admiración, sobre todo al enterarse que entraba dentro de lo probable que una roca malvada y enorme pudiera un día chocar contra la Tierra y acabar con todos y con todo, incluidos los Estados Unidos de América, como en su día les había sucedido a los dinosaurios. Esa era otra de las palabras mágicas que conseguía dejar a los más pequeñajos con los ojos abiertos de par en par: «dinosaurios». Cuantas más veces la repitieras mayor era el éxito según habían podido corroborar una y mil veces.

Y de hecho era un trabajo fascinante... hasta que se ponían sobre la mesa las cifras, frías y crueles. Miles de esos objetos figuraban en un censo mundial que crecía año tras año y la aportación del equipo de Jason a ese censo creciente resultaba minúscula. Sí, el observatorio incorporaba un porcentaje mínimo de NEOs cada año. Sofisticados telescopios por todo el mundo a través de procesos cada día más informatizados y autónomos ampliaban el catálogo con más eficacia y rotundidad que aquel equipo del Lemmon, y vistas las cosas, su contribución resultaba ridícula. Mucho tiempo de observación, de detección de movimientos de puntos luminosos en fotografías dónde había miles de ellos, y aún más tedioso el tiempo dedicado a calcular las órbitas de los objetos detectados. Además, como guinda que resultaba un tanto desmoralizante, si algún día se diera el caso de localizar un NEO con probabilidades altas de impacto en la Tierra, ser el descubridor de semejante eventualidad no parecía ser precisamente un honor por el que pelearse. Pero era lo que había y todos lo sabían. Los únicos que estaban al margen de esa investigación eran Darcy, que tenía una colaboración con la universidad de Harvard para el estudio de supernovas, y Manley, cuyo trabajo le resultaba a Jason tan opaco como la gran nebulosa del Saco de Carbón.

Jason estaba dando por concluido el encuentro, en el que participaban Jeremy, Larry y David, cuando vio pasar ante la puerta de su despacho al distraído Manley que o bien iba al baño o bien a buscarse un café a la sala de descanso, únicas razones

conocidas por las que ocasionalmente y en las últimas semanas se le veía deambular por los pasillos. Le llamó.

—Manley, ¡vente!, pasa y charla un poco con nosotros, que a veces pareces más un fantasma que otra cosa —le dijo Jason mientras movía efusivamente la mano derecha haciéndole gestos para que se acercara.

Manley cabeceó, como si una poderosa fuerza le impidiera cambiar de rumbo y supusiera un gran trastorno, pero finalmente cedió, dispuso su espléndida sonrisa como si acabaran de contarle un chiste de lo más simpático, y se incorporó a la reunión, sentándose con gran formalidad en una de las sillas que quedaba libre frente al amplio escritorio de Jason. Larry estaba medio derrengado en su silla y David parecía, con las piernas cruzadas una sobre otra, en una actitud relajada pero más educada. Jeremy estaba estirándose hacia atrás sobre una silla que se apoyaba en sus patas traseras, en una de las esquinas del despacho.

—Venga Manley, suelta prenda y coméntanos qué haces aquí. Ya está bien de hacer tantas elucubraciones... No utilizas tiempo de observación de los telescopios, tienes dispuestos esos raros artefactos en el hangar principal, te pasas las horas encerrado en tu despacho... ¿qué diablos te financia esa gente de Rockefeller? ¿Unas vacaciones pagadas? —Larry preguntó con una amplia sonrisa en la boca que eliminaba cualquier posible mala interpretación de sus palabras.

Manley hizo una mueca antes de responder y se estiró, como si fuera a dar una larga y engorrosa explicación, colocando las palmas de sus manos en su nuca. Era un gesto que Jason había observado hacía muy a menudo cuando era interpelado con una pregunta directa.

—Bueno... la verdad es que tengo una teoría revolucionaria entre manos... algo que no está muy relacionado con el campo de investigación en el que trabajáis, por cierto... pero dado que era un observatorio que tenía cierta facilidad de tiempo de observación y yo por otra parte no requería de grandes instrumentales para certificar mis conjeturas... pues resultó idóneo el trasladarme a este lugar...

—Bueno bueno... —interrumpió David, que se desesperaba y que en el fondo tenía tanta curiosidad como cualquier otro por saber a qué se dedicaba el joven investigador—. Cuéntanos a qué te dedicas...

Manley suspiró. Tomó aire antes de contestar.

—Bien... aunque es simplemente una teoría más de la gravedad modificada, resuelve una de las grandes incógnitas de la cosmología moderna, la energía oscura. Este asunto me empezó a interesar cuando estudiaba el Gran Atractor. ¿Qué diablos era eso?, me dije. Ya sabéis a lo que me refiero, un río de miles de galaxias que se precipitan... ¿hacia donde?... a un punto de inmenso poder gravitacional e invisible al que denominamos Gran Atractor. Y por otro lado ¿qué empuja al universo a expandirse cada vez más rápido? La energía oscura, respondemos... pero en el fondo no sabemos nada, ni lo que es ni por qué actúa como lo hace. Mi teoría del universo parte de unas matemáticas un tanto diferentes a las convencionales. En mi universo

matemático el espacio no es simplemente una dimensión más... o mejor dicho, como estructura dimensional se comporta de forma distinta en relación a la gravedad. Parece un matiz pero sus implicaciones matemáticas y cosmológicas son importantes. El espacio no sólo se deforma, sino que es capaz de dilatarse, de crecer, como un efecto adicional de la gravedad... de una serie de focos de gravedad tan inmensos que nuestra mente no es capaz siquiera de imaginar... Es un concepto tan enorme que referirse a ello como agujeros negros sería ridículo.

—Perdona —le interrumpió Larry—. No vayas tan rápido. Es decir que nosotros mismos, o nuestro planeta, o el Sol, al deformar el espacio también lo expandimos.

—Correcto, aunque de manera infinitesimal e inapreciable. Para que el universo, su espacio, se expande como lo hace, he calculado que es necesario la existencia de unos tensores cósmicos con una capacidad gravitacional...

Jason rió.

—Hablando en plata muchacho, ¿qué es lo que sugieres?

—Bueno, yo considero que deben existir algo que podríamos llamar agujeros negros abisales... esparcidos por todo el cosmos. Se trataría de un género de abismo gravitatorio cuya masa puede equivaler a la de centenares, o tal vez millares de galaxias como las visibles... todo concentrado en una singularidad de poder inconcebible.

—En comparación con eso, los agujeros negros supermasivos que conocemos serían poca cosa... casi un chiste. Y por supuesto, estableces que son igualmente invisibles... —conjeturó Larry en voz baja.

—Correcto, no emitiría radiación alguna porque ya habrían engullido cualquier género de materia en su entorno... y la luz que incluso habría emitido en el pasado habría sido atrapada en su horizonte de sucesos. Nunca habría podido llegar hasta nosotros.

—¿Y entonces? —solicitó David.

—Ah... demuestro que si por ejemplo, nosotros, observadores, estuviéramos a mitad de camino de dos engendros como esos, dos tensores cósmicos, observaríamos que el espacio a nuestro alrededor se dilata, independientemente de que hubiera un proceso de expansión inicial, como por ejemplo a través del big bang, las galaxias se alejarían de nosotros cada vez más rápidamente, en direcciones opuestas, puesto que el espacio mismo esta dilatándose como efecto de que está precipitándose en dichos abismos... Veríamos justamente lo que vemos, un Universo donde las galaxias se agrupan en filamentos en expansión.

—Los agujeros negros no sólo devorarían materia, sino también serían agentes creadores... ¡de espacio!, ¿las tres dimensiones se expanden conforme un agujero negro devora materia? —concluyó Larry.

—Y también significa que si fuera cierto... pondrías en jaque la teoría del Big Bang.

—Y el tiempo, por supuesto, sería un verdadero sumidero del universo mismo...



tal vez fueran capaces de rasgar nuestro universo y precipitar todo cuanto han devorado en otro universo espejo... —elucubró David.

—Resulta una teoría fascinante —sentenció Jason.

—Resuelve definitivamente el problema de la energía oscura, según considero —concluyó Manley—. Claro está que esto es fácil de decir. Las matemáticas que subyacen tras estas ideas son otra historia. Y lo curioso es que también tiene profundas implicaciones en lo que atañe a nuestra percepción del tiempo... pero no os aburriré con mecánica cuántica ahora.

Los cinco se quedaron callados. El hecho de por un momento abandonar su pueril caza del asteroide y abordar cuestiones cosmológicas dejaba a los cuatro astrónomos del observatorio fuera de juego, como si de pronto hubieran sido trasladados a su época universitaria en la que era habitual enfrascarse en todo género de conjeturas y divagaciones, por más fantasiosas que fueran, mientras se tomaban un café en la universidad. La vida los había conducido a trabajos pueriles, rutinarios y aburridos, y hete que aquí, de pronto, un joven avisado les «abofeteaba» diciéndoles; «pobres estúpidos, yo no sólo he ideado una teoría revolucionaria, sino que además he conseguido un patrocinador que me financie».

El trabajo del día a día los había encorsetado en labores prosaicas, mezquinas, que habían consumido su vida. Se cruzaron las miradas entre ellos silenciosamente. El único que sonreía de oreja a oreja era Manley.

# Capítulo 15

## Un día de esos

Jeremy se desperezó como un gato en su cama, esparciendo sábanas y mantas en todas direcciones. Abrió los ojos. Primero uno, después otro.

Su habitación era el caos. Había restos de comida sobre un taburete cercano que utilizaba como improvisada mesa de noche. Más allá sobre la silla del escritorio se amontonaba ropa en una sucesión de mudas cuyo origen habría que remontarse a dos semanas atrás. La amplia mesa del escritorio contaba con un flamante equipo informático, eso sí, sepultado entre papeles, poster, figuritas de Star Wars, grandes altavoces que eran la pesadilla de sus vecinos y compañeros de piso, y todo tipo de objetos desparramados y tazas de café con posos en su interior cuya eliminación le llevarían horas de concienzudo fregar.

También había ropa acumulada por el suelo, especialmente en las esquinas del cuarto, algunas mochilas abiertas aquí y allá, libros cerrados, abiertos y medio abiertos esparcidos en un singular esfuerzo por abarcar las cuatro esquinas del cuarto... y saliendo de la habitación el anorak de abrigo que no había atinado a colgar bien en el perchero que había tras la puerta. Sí, su habitación era una auténtica leonera. Toda la gente con la que compartía piso se lo reprochaba. Y él, misteriosamente, disfrutaba con sus quejas, tal vez porque de alguna manera le hacía sentirse protagonista de aquel pequeño universo.

Ya desde pequeño se había acostumbrado a ser un rebelde doméstico. Su familia, texana, ostentaba el título de ser uno de los principales representantes de distribución de neumáticos de Dallas. Su padre, un texano alto de prominente barriga, bigote pelirrojo, que lucía amplio sombrero vaquero en cuanto el tiempo lo permitía, era un fanático del orden y el método. Siempre había querido que su familia continuara el negocio, y él, de los cuatro hermanos que conformaban la camada familiar, había sido sin lugar a dudas, la oveja negra. No aceptó ninguna de las recomendaciones académicas de su progenitor. Era habitualmente inconstante y de bajo rendimiento escolar... hasta que un día en una clase de ciencias empezaron a hablar de estrellas y de lo que suponía ver un cielo estrellado. Cuando una noche se fueron al campo a observar el espacio profundo con un pequeño telescopio Jeremy descubrió su pasión. «Están mirando al pasado». Aquella frase dicha por su profesora le fascinó. ¡Las estrellas titilantes que veían eran señales del pasado!, algo que había sido tal cual ahora lo vemos, hace cientos, miles... decenas de miles de años atrás. Ese pensamiento le sobrecogió, como si de improviso un insospechado hechicero le hubiera mostrado cómo obrar magia. Y cuando enfocaron Andrómeda la profesora les explicó que esa luz que veían había sido emitida cuando aún, en la Tierra, apenas existían lo que iban a ser los ancestros del hombre moderno. Jeremy sintió que su

suerte estaba echada. Ya sabía lo que iba a hacer en la vida.

Y la rebeldía de Jeremy respecto de su multimillonario padre arreció. No sólo no iba a estudiar ciencias económicas... o cualquier rama del saber que pudiera asimilarse a lo que le esperaba en la vida, esto es, regentar un imperio empresarial, sino que emprendía la más temeraria de las aventuras académicas; la astrofísica. Como decía su viejo cargado de ira: «Eso se le da bien, está todo el día en las nubes». Su madre, más benévola, terciaba y ayudaba a sobrellevar el conflicto familiar de la mejor manera posible.

Consiguió acabar los estudios a base de becas y trabajos típicos de universitarios, clases particulares, dependiente en pizzerias, repartidor de comida... y todo aquel esfuerzo disciplinó un tanto su desorganizada vida... bueno, al menos un poco. Su amor al desorden y el caos no había menguado precisamente e incluso influía en su pensamiento político, favorable a la anarquía.

Por otro lado también se dio cuenta de que esta filosofía vital tenía sus serios inconvenientes. El día en que llevó a su cuarto de la universidad a la que pretendía fuera su primera novia pudo comprobarlo. El horror del desbarajuste imperante enfrió por completo la incipiente relación, pues Jeremy pasó de ser un joven universitario con ciertas extravagancias a la categoría de ser un extravagante que era universitario y joven, algo que al parecer, a los ojos de una chica que selecciona pareja, tiene significados profundamente distintos. Jeremy estaba convencido que su media naranja le esperaba a la vuelta de la esquina, y este pensamiento llenaba de optimismo su existencia.

También lo había intentado con Darcy. De hecho Jeremy era acusado por sus compañeros de piso de que «intentarlo, lo intentaba con todas».

Y simplemente fue eso, un intento. Darcy ya le había dicho que «no» antes de que el terminara de formular su propuesta de cine y cena. Seguramente había intuido por su mirada y conversación que sus intenciones no estaban exentas de cierta lascivia.

Disfrutaba del ambiente de Monte Lemmon, pero también sentía que los sueños infantiles que le habían empujado a aquella profesión se asemejaban a un traje que se ha quedado pequeño. ¿Dónde estaba ese romanticismo, esa aventura, ese misterio de mirar hacia lo desconocido? Indudablemente, en el Monte Lemmon no había nada de eso.

Eso sí, se reía un montón, especialmente con Larry y David, y disfrutaba de la confianza que le dispensaban sus colegas más veteranos, pero muy dentro de sí, lo sabía muy bien, una inquietud lo aguijoneaba. ¿Eso era todo?

## Capítulo 16

David Spencer se retrepó en su asiento del jardín, junto a la piscina. En su mano derecha acunaba una amplia copa con un whisky y dos piedras de hielo mientras en la otra mantenía un sobre, destinado al observatorio Keck en Hawái. Llevaba varios días con él, sopesándolo, decidiendo si era conveniente o no dar curso a la correspondencia en la que solicitaba formalmente su traslado. Era el último paso de un elaborado trabajo por obtener plaza en la isla del Pacífico que sería respondido afirmativamente según le habían hecho constar extraoficialmente. Ahora que sólo faltaba cumplimentar el último formalismo, dudada.

La tarde desapacible no invitaba a estar a la intemperie. Unos oscuros nubarrones procedentes del oeste amenazaban con lluvia y el mismo viento parecía ya cargado de fría humedad. Sin embargo el interior de la casona le agobiaba y siempre que podía se sentaba allí a tomar su copa de media tarde. Se sentía particularmente triste.

Acababa de regresar de su sesión del gabinete psicológico. Era una terapia que había iniciado un año atrás, cuando se separó y sintió sobre sus hombros el peso de un mundo que se venía abajo. Todas aquellas metas de su juventud parecían que se desvanecían, y ahora que acababa de superar la cuarentena, sentía que se había decepcionado a sí mismo. Con ese ánimo había iniciado una terapia no sin cierto escepticismo. Después descubrió que la psicóloga a la que había acudido le gustaba verdaderamente. Era una mujer inteligente y atractiva de sonrisa cautivadora. Sin embargo después de tantos meses infructuosos había sido incapaz de trasladar sus conversaciones con ella a un ámbito distinto al de la consulta.

Por si fuera poco ésta había acabado por conocerle en profundidad, y el diagnóstico de su desencanto vital era tan atinado como hiriente. Decía de él que actuaba como un niño enfadado al que se le ha roto su juguete. El juguete no era otra cosa sino sus anhelos insatisfechos. Tan pendiente de su carrera profesional y de su nivel de vida, su matrimonio había acabado fracasando —su mujer le dejó por otro— y finalmente, después de un largo pleito, pudo quedarse con la casa «de sus sueños», aquella misma cuyos jardines estaban repletos de hojarasca sin barrer, de aquella piscina que clamaba a gritos un par de pastillas de cloro porque ya estaba enverdeciendo, la casa en la que muchas de sus paredes interiores echaban en falta una nueva mano de pintura. Y eso sin tener en cuenta la necesidad clamorosa de zanjar de una vez su amueblamiento, pues muchas de las habitaciones parecían salas vacías de una exposición aguardando pinturas con las que cubrir la desnudez de sus paredes.

La satisfacción por ocupar aquella espléndida mansión de estilo español no acababa de llegar.

Se preguntaba si el ardor con el que había perseguido la perfección en los detalles más nimios y que le habían deparado tantas discusiones con su exmujer y otras no menos desagradables con el contratista, que tenía la frustrante costumbre de exagerar

los costes dinerarios de cualquier modificación fuera de plano, habían merecido la pena. Era cierto que dos personas bien remuneradas podían aprovechar aquella magnífica casa llena de posibilidades, pero para un astrofísico solitario de tres al cuarto aquel inmueble tan cuidadosamente diseñado se convertía en una fastuosa carga.

Por si fuera poco, y para completar su cuadro de males, diría que estaba perdiendo cabello. Todas las mañanas se examinaba compulsivamente sus engrandecidas entradas. Su antaño cabellera rubia que siempre había gustado dejar crecer exuberante, porque le confería un aire bohemio e intelectual, ya no era tal.

El colmo de su contradicción interior que le deparaba una rara mezcla de sinsabores; decepción, sufrimiento, indecisión, se lo proporcionaba el hecho de que después de haber peleado tanto por aquella propiedad a la que se había aferrado con todas las fuerzas de su ser, ésta se convertía en un lastre más, una pesada ancla profundamente hundida en el cieno, que le impedía, o al menos le frenaba en gran medida, su otro gran anhelo; trabajar en el observatorio Keck.

Era cierto que tenía grandes amistades allí, en Hawái. Tenía el traslado en el bolsillo. De hecho a menudo había realizado la pantomima ante sus compañeros, pero finalmente era incapaz de hacer oficial el traslado. Presentía que tras su huída hacia isla del Pacífico se erigían muchos sueños tan ilusorios como los que en su día le habían llevado a estar allí sentado sólo, frente a su piscina llena de algas, mirando estúpidamente como el viento arremolinaba hojas secas en una esquina del jardín, y valoraba si iba a ser esa misma tarde, o quizás mejor la de mañana, cuando se dispusiera a coger escoba y pala y limpiar de una vez el «amplio» y ahora «denostado» jardín. Sospechaba que tras su huida a tres mil kilómetros Pacífico adentro no iba a encontrar otra cosa distinta de lo que ya tenía allí mismo. Desengaño. Y esta funesta convicción le impedía moverse. Lo paralizaba.

Así que allí se sentaba las tardes, antes de que anoheciera y tuviera que encaminarse al monte Lemmon cuya cima nevada ya no era distinguible en lontananza, oculta tras los nubarrones del turbio atardecer de Tucson. Si la noche fuera propicia para la observación tal vez la nostalgia le trajera recuerdos de otra época, que añoraba en el fondo de su corazón, cuando era un astrónomo noctámbulo y bohemio y la vida se extendía ante él pletórica de posibilidades. Ahora tan sólo parecía que le restaba pasar las horas buscando asteroides que acabaran quizás, ojalá, chocando contra la Tierra y poniendo, de esa manera espectacular, punto y final a su malgastada e insípida vida.

David levantó su copa al cielo, como brindando por ello, y bebió un largo trago.

## Capítulo 17

Darcy agitaba inquieta el tenedor. Diríase que ese movimiento nervioso era fiel reflejo de su estado de ánimo. Se estaba haciendo una tortilla y usaba el método clásico de batir las yemas en un plato. Iba a hacerse una cena sencilla que iba a llevar al observatorio en una *sandwichera* junto con un termo de chocolate caliente. Además se había preparado una ensalada con lo que ya tendría todo listo. No era necesario ir al observatorio... pero daba igual, le gustaba pasar las noches que le correspondía al pie del cañón. A menudo coincidía con algún compañero y la mayoría de las veces se prestaba la observación a tertulias agradables.

No podía evitar pensar en Manley. De hecho sentía una fatal inclinación a pensar en él, y esto la enfurecía.

Ignoraba por qué, pero su atención permanecía pendiente de él, sus palabras, sus gestos, sus ausencias. Inicialmente le había caído bien su desparpajo, pero cuando se dio cuenta de que se trataba del típico científico con complejo de estrella de rock, su tirria por él no había hecho más que crecer. Tras la conversación en el Nick's no habían vuelto a tener un verdadero encuentro privado, salvo alguna que otra conversación en el observatorio, pero la arrogancia con la que había llegado Manley al monte Lemmon, disponiendo del espacio y sabiéndose algo así como un mesías salvador que acompañaba del brazo a un patrocinador que iba a acabar eliminando la obsolescencia del observatorio, había provocado que Jason mantuviera con él una actitud que a ella le parecía servil, lo cual la irritaba sobremanera.

Era verdad que Manley disponía de poco tiempo de observación, pero Jason no dudaba el cambiar los *timings* asignados a los proyectos si de repente Manley quería adelantar o retrasar caprichosamente sus horarios de uso, como había sido el caso. Esa noche de viernes Darcy libraba, pero una alteración en los planes de Manley había desplazado los horarios de todo el observatorio y se encontraba, tras un breve aviso de Jason, que esa noche era para ella o si no... perdía su tiempo, algo que ni de lejos se podía permitir. Así que se pasó su día libre rehaciendo cálculos, programando la observación nocturna, y maldiciendo por lo bajo a Manley. «Arrogante cretino».

Sonaba música de jazz en la sala de estar. No le gustaba el silencio en su apartamento, situado en la zona universitaria de Tucson, la parte más jovial y animada que había encontrado en una ciudad, que por lo demás, poca cosa le decía. Agradecía el tiempo que pasaba en el monte Lemmon. Había sido un destino que había aceptado con cierta resignación por un lado, le habría gustado algún observatorio más potente, incluso en el extranjero casi lo habría preferido, pero su beca no llegaba para más. Por otro lado también había supuesto un alivio, debía reconocerlo. Se había alejado de su familia, especialmente de su hermana gemela Jessica.

Darcy se había dado cuenta desde muy joven, ya en la adolescencia, que su

hermana iba a suponer un serio hándicap en su vida. Jessica era una perfecta estudiante, aplicada en todo cuanto hacía, sobresalía igualmente en equitación, su deporte favorito, había aprendido solfeo y tocaba el piano espléndidamente, y además era una atenta lectora, capaz de deslumbrar con su conocimiento y capacidad de razonar al más erudito de los críticos literarios. Darcy por contra era una chica absolutamente normal, con los gustos y preocupaciones propios de su edad, que sin sobresalir especialmente en nada, había cursado estudios con un expediente digno, había practicado deporte por afición, y consideraba que la vida no consistía en «hacer» un montón de cosas bien. En consecuencia estaba completamente apabullada por los éxitos de todo género de su hermana gemela. Así que la constante comparación con ella, más o menos velada, suponía una permanente sensación de asfixia. Además Jessica, cuando llegó a los veinte años, adoptó, casi sin darse cuenta, una actitud protectora, más similar a la de un tutor o a la de una hermana mucho mayor que realmente no era, aconsejando qué cosas debía o no debía hacer Darcy, que estaba propiciando que Darcy le tomara cierta antipatía y que tendiera a remedar a su hermana cuando no estaba para desahogarse. Huir de su hogar a través de aquel trabajo había sido un alivio.

Pero ni Tucson era un destino soñado ni la labor que estaba haciendo le satisfacía profesionalmente. Fotografiar supernovas tipo IA a fin de realizar trabajos de verificación de una teoría, la de la expansión acelerada del universo, no era precisamente un trabajo puntero, porque de hecho ya se habían realizado otras comprobaciones similares. Lo peor era que ni su propia tesis doctoral le había convencido. Se había limitado a seguir las indicaciones de su profesor-director sin que ella aportara nada realmente digno de interés. Presentía que muchas puertas académicas se le habían abierto porque era una chica realmente atractiva, pero poco más.

«¿Qué quieres hacer en la vida, Darcy?» se interpeló en silencio mientras veía su rostro reflejado en el cristal de la ventana de la cocina y sostenía entre sus manos un plato con huevos batidos.

## Capítulo 18

### Unos días después

Jeremy había aguardado pacientemente. Todo lo que los compañeros rumoreaban sobre Manley era estrictamente cierto, y él quizás había sido el que más atento había estado a los cambios que se habían producido en él desde el día en que había llegado a Monte Lemmon. Pasaba casi todas las horas en su despacho sin apenas salir, hablaba poco con el resto, y la mayor parte del tiempo parecía más preocupado que otra cosa, como si el descubrimiento de su teoría cósmica particular pudiera repercutir en el futuro inmediato de sus vidas, algo así como un anuncio apocalíptico del fin de la Tierra y de paso de la especie humana y esa hecatombe le tuviera preocupado por la humanidad entera.

Y por otro lado Jeremy era un fisgón, el mismo lo reconocía y... no iba a cambiar ahora. Al final se había decidido. Era conveniente saber, y para ello debía actuar. Tuvo una serie de vacilaciones iniciales antes de tomar la determinación, pero sus escrúpulos no solían aguantar durante demasiado tiempo los embates de su carácter metomentodo.

Era el día. Cuando Manley no acudía al observatorio su despacho estaba cerrado herméticamente. Jeremy no recordaba que ese despacho tuviera cerradura, y por otro lado, nadie solía cerrar con llave. Pero aquella mañana Manley estaba encerrado en su cuartucho desde temprano. Así que Jeremy dejó pasar gran parte de la mañana yendo de un despacho a otro, echando fugaces vistazos a la puerta blanca de melanina tras la cual desarrollaba su misterioso trabajo. Hizo un descanso de una larga hora tumbado en la informal sala de reuniones, hablando y saludando a todo el que se dejaban caer por allí. La mayoría de ellos también compartían instalaciones en la Universidad de Arizona en Tucson, donde entre otras cosas impartían clases, pero acudir al observatorio suponía un ambiente alejado del desierto, la ciudad, el tráfico, que muchos de ellos agradecían. A media mañana sólo Jason y Manley permanecían allí. Darcy había pasado brevemente a buscar algo en sus oficinas. Había coincidido con David a primera hora cuando se retiraba. También había ido a echar un vistazo fugaz al trabajo que había programado para el telescopio durante la noche. Jason y Manley habían pasado gran parte del tiempo encerrados en sus respectivos despachos.

Pero la paciencia felina de Jeremy tuvo finalmente su recompensa. Manley salió de su despacho con aspecto cansado y se sirvió un café en la sala de reuniones. Su saludo a Jeremy fue con un «hola» pronunciado con voz bronca, acompañado de una sonrisa casi forzada. Una vez se sirvió el café Manley fue a conversar al despacho de Jason. La puerta del despacho se cerró tras él. Era el momento.

Jeremy que había estado apostado en su sillón, con aspecto relajado, ojeando una revista de astronomía, pegó un brinco y un segundo después se colaba en el despacho



de Manley. Si oía que la puerta del despacho de Jason se abría tendría el tiempo de dar un salto y ponerse junto a la puerta y fingiría que acababa de entrar, como buscando a Manley para tener conversación intrascendente, algo que se le daba especialmente bien al rubio melenas.

Se dirigió al ordenador de Manley. Como siempre la pantalla de ecuaciones, negro sobre blanco, abarcaba todo el rango visible del cuadrilátero. Era aquella una de las cuestiones que le escamaba a Jeremy. Siempre el mismo decorado. Resultaba sospechoso. Y era el único programa que tenía en activo.

En un segundo inspeccionó el historial de navegación. Comprendió que Manley no perdía mucho tiempo navegando por internet. Sus consultas eran escasas y el tiempo en el navegador esporádico. No había nada truculento en su historial y éste no se había borrado en mucho tiempo. Nada sospechoso.

La segunda de las acciones que realizó fue verificar los programas que tenía instalados, por si había alguno que llamara su atención. En esa labor estuvo entretenido varios minutos. Tomó nota de algunos nombres, pero en general no veía nada que le resultara extraño. Ni siquiera encontró los programas de video chat que esperaba encontrar, aunque fuera para uso profesional. Pero eran varios los compañeros, él entre ellos, que jurarían que le habían oído cuchichear estando él solo en su cuarto, incluso reír y exclamar.

Inspeccionó la posibilidad de que tuviera escritorios alternativos o de incógnito entre los que pudiera moverse con facilidad, pero la búsqueda resultó igualmente infructuosa. Se sentía decepcionado. Esperaba encontrar «algo».

Ya se iba.

Se levantaba del asiento de Manley, ojeando los papeles, pensando que tal vez tuviera otro ordenador, un portátil, o algo oculto en su pequeña mesa, cuando reparó en algo.

Su monitor contaba con dos fuentes de suministro de imagen, dos puertos hdmi con su correspondiente cable. Es decir, uno provenía de la caja de su ordenador, el otro... el otro era un cable que se perdía junto con otros de red que iban casi con total seguridad al hangar del telescopio, donde se encontraban los artilugios de Manley. Pero efectivamente, uno de los cables no era de red, como sería lo lógico, pues era a través de la red que llegaba la conexión con el servidor del telescopio y cómo se podía programar el tiempo de observación de cada astrónomo e incluso las imágenes captadas por el telescopio. Jeremy comprendió. Una fuente de imagen secundaria significaba que, fuera lo que fuera, Manley podía tener la pantalla recibiendo la imagen de su ordenador, o alternativamente, la imagen procedente de una segunda fuente, que sin duda, debía ser parte del equipo que había acoplado al ordenador. Pero... ¿qué es lo que miraba Manley?

No tardó ni un segundo en sentarse de nuevo y manipular el teclado. En un instante la pantalla titiló brevemente y mostró una imagen alternativa completamente diferente a las anodinas ecuaciones. Jeremy dio un respingo en el asiento. Una

especie de cabeza de insecto, que abarcaba casi la pantalla completa, mostraba infinidad de celdas oculares, como las de una mosca, brillando con destellos irisados. Aquella cabeza tenía un aspecto queratinoso, con un bello ralo de aspecto áspero que resultaba completamente repelente.

Y se movió.

Ladeó ligeramente el rostro. Era como si fuera la imagen de la cabeza de una mosca mirada a través del microscopio... pero de un insecto vivo. Resultó algo por completo repugnante. Sin embargo para lo que no estaba preparado era para que aquel ser emitiera una especie de sonido gorgoteante, desagradable a más no poder, de efecto profundamente inquietante, que hizo que Jeremy echará a rodar la silla hacia atrás como alejándose de aquella imagen. Una subtítulo apareció a la vez que los gorjeos le producían escalofríos.

«Veo-observo te que eres otro ser gelatinoso-repulsivo con aberturas-agujeros-huecos en rostro... Nombre-nombre-nombrar».

Jeremy volvió a manipular el teclado y el ratón y la pantalla volvió a su posición anodina. El joven científico salió del despacho cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí y sintiendo que su corazón latía frenéticamente. Tomó aire, pues se sentía sin aliento, como si hubiera corrido los mil metros y hubiera batido su récord. Se sentía profundamente aturdido... y asustado.

## Capítulo 19

### A la semana siguiente

Jeremy no había dado señales de vida durante una larga semana. Sin embargo como la mayoría de los astrónomos de monte Lemmon compartían labores en la Universidad no era raro echar en falta a nadie. Por esa razón cuando Jason recibió en su despacho de la Universidad, en Tucson, a Jeremy, le saludó escuetamente, como si fuera tan sólo hacía cinco minutos que no se hubieran visto.

—¿Qué te trae por aquí, rubiales? —El pelo amarillo chillón de Jeremy siempre era un buen pretexto para que Jason se dirigiera a él informalmente.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Jason seguía abstraído corrigiendo unos documentos. Jeremy sospechó que se trataba de algún examen o trabajo de estudiantes.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió finalmente Jason, que no apartaba la vista de lo que estaba haciendo.

—Se trata de Manley.

—¿Manley? —Jason enarcó las cejas y dirigió la vista por primera vez hacia Jeremy por encima de sus lentes de presbicia. Jeremy sentía que al fin había logrado, desde que se había presentado en el despacho, materializarse como un ente real en la mente del astrofísico.

—Sí, Manley —aseveró—. Creo que nos está engañando con su investigación y se maneja algo muy gordo.

Jason se echó para atrás en su asiento y se quitó las lentes, que dejó caer sobre la mesa. Se sintió intrigado por el hecho de que Jeremy hubiera llegado a la misma conclusión que él.

—Así que nos engaña... ¿y cómo sabes eso? —No iba a mostrar sus cartas y su tono sonaba desconfiado, escéptico.

—Bueno... él, cada vez que le preguntas algo te sale con su teoría de la gravedad modificada, como bien sabes. Sospecho que no es oro todo lo que reluce.

—Bien, Jeremy... y sinceramente... ¿qué más te da?... ¿y por qué debía importarme eso a mí? Su nómina no sale de nuestro presupuesto. Como si se dedica a escribir poesía. —Jason mantenía el farol. Era la mejor manera de forzar a Jeremy a soltar prenda, bien lo conocía él.

Jeremy bufó.

—Vamos Jason. ¿De verdad no quieres saber de qué va la investigación de Manley? Todas esas horas encerrado en su despacho, esa cara que pone a veces cuando saluda con su sonrisa forzada. Cualquiera diría que ha encontrado la piedra filosofal y teme mostrarla al mundo...

Jason era perro viejo.

—Jeremy, desembucha, no tengo tiempo para chismorreos, la verdad —su última carta.

Jeremy se cruzó de brazos enérgicamente. Miró hacia el suelo, a la izquierda, como si hubiera descubierto en un punto anónimo del suelo una señal clarificadora. Jason dejó de prestarle atención y se volvía a sus correcciones mientras Jeremy se rebullía en su silla, como si tuviera un grave problema de urticaria. Pero sus labios permanecían firmemente cerrados.

—¿No te has preguntado para qué sirven todos esos «aparatejos» que Jason ha colocado en el telescopio? ¿No crees que puede tratarse de algo más que un simple receptor... de... rayos cósmicos... dice él? ¿No podría tratarse de algo más? ¿Un receptor-transmisor... por ejemplo, capaz de enviar señales más allá del sistema solar?

—Jeremy, tranquilízate. ¿Enviar? ¿Recibir? ¡Cielo santo! ¡No! Conoces tan bien como yo los límites relativistas impuestos por la velocidad de la luz. No hay posibilidad alguna de enviar y recibir nada. No domino muy bien el aparataje que tiene montado ahí arriba, pero una cosa te puedo asegurar. Parte del instrumental es para capturar rayos cósmicos, tan cierto es eso como me llamo Jason Donovan. Sé de lo que te hablo, muchacho porque sé de donde provienen esos chismes y para lo que sirven. Y no... no hay nada en absoluto de transmisor-receptor en esos aparatos. Incluso te diría más... para emitir una cierta señal, aunque fuera al espacio cercano, se necesita una cierta potencia eléctrica que sustente la emisión. No es algo que pueda funcionar con pilas.

Jason finalizó su exabrupto con unas risas y Jeremy bufó por la nariz. Estaba contrariado con la actitud de Jason y con lo que éste acababa de decirle. Finalmente se puso de pie mientras Jason volvía a mirarlo por encima de los cristales de sus lentes. Casi parecía que se había olvidado que estaba allí el joven rubio.

Jeremy ya salía por la puerta cuando en un arrebato final se giró hacia Jason, y le dijo, quizás con voz más alta de lo que habría sido apropiado.

—Creo que Manley... ha contactado con alguien... o algo.

Y cerró la puerta tras de sí, también de una manera más abrupta de lo que habría sido conveniente.

Jason iba a soltar una carcajada, pero al final optó por sonreír levemente.

Volvió a sus correcciones.

Después las dejó.

Siempre había sabido que Manley iba a alterarlo todo de alguna forma.

## Capítulo 20

### Tres días después

—Darcy... ¿tienes un momento?

Estaban solos en el observatorio. Era mediodía de un lunes de cielo turbulento, lluvioso y tremendamente frío. Incluso dentro de las instalaciones y a pesar de la calefacción, cada uno de ellos llevaba su anorak de plumón puesto. El de Darcy tenía mangas y cuellos rematados con algún género de pelaje que a juicio de Manley le sentaban muy bien. Estaba maquillada, como si fuera a tener una cita justo después del trabajo. Sus labios eran de un rojo vivo y el contorno de ojos realzaba la belleza de su rostro. Un sentimiento de fastidio se apoderó de él al pensar que la atención de la chica iba a perderse en un competidor. Cada día se arrepentía más de su atolondrado comportamiento meses atrás en el Nick's. La animosidad de Darcy se acrecentaba en la medida que crecía su interés por ella. Sin embargo debía intentar una aproximación.

—Dime Manley.

Manley estaba sentado en el sillón de la sala de reuniones y Darcy se sentó en el otro extremo, «como si fuera radioactivo», pensó él. Hacía tiempo que no estaban a solas.

—Tengo un dilema moral con el objeto de mi estudio.

—Veamos... la expansión gravitacional...

—Bueno, la gravedad modificada prefiero decir —le corrigió Manley suavemente.

—Pues eso, sigue.

—Lo cierto es que... digamos que he estudiado paralelamente otra cuestión... y ahora que la tengo resuelta me está planteando un dilema... inesperado.

Darcy sonrió. Parecía que Manley, de alguna manera, quería congraciarse con ella. Al fin tanto maquillaje y arreglarse iba a merecer la pena. En ese preciso instante estaba admitiendo por primera vez, para ella misma, que en el fondo ansiaba agradar a Manley. Era una revelación sorprendente que la hizo sentirse alerta.

—Esto me resulta muy embarazoso... pero debo confiar en alguien en el observatorio. Había pensado que tal vez tú pudieras aconsejarme... creo que hablar contigo puede resultarme de gran ayuda. Con Jason también puedo contar.

—Venga Manley, desembucha. —Darcy sentía el aguijón de la curiosidad, pero también una alarma en su interior le recordaba que Manley no había sido trigo limpio en el pasado.

—Bien... es un proceso complicado de explicar. Ya en la universidad, antes de terminar mi doctorado, me había especializado en mecánica cuántica. En concreto estudié a fondo una de las propiedades más controvertidas; el entrelazamiento.

¿Sabes algo al respecto?

—Por supuesto Manley. Se dice que dos partículas están entrelazadas cuando una modificación en una de ellas afecta a la otra de igual manera, independientemente de dónde se encuentre.

—Exacto. Mi tesis se centraba en la conjetura del «dónde». ¿Era realmente cierto que esa modificación podría superar la velocidad de la luz, es decir, si modifica la partícula entrelazada alfa aquí en Tucson, su alter ego beta, en Sidney se modifica instantáneamente, al unísono, incluso más rápido que la transmisión de esa información a la velocidad de la luz?

—Eso ya se ha demostrado que es así.

—Efectivamente, mi experimento fue uno de los primeros que lo confirmó. De hecho mi doctorado cum laude se basó en ese trabajo.

Manley hizo una pausa y se atusó la cabellera, ganando unos segundos, como para pensar bien por dónde iba a seguir su discurso. Esperaba no haber vuelto a resultar prepotente.

—Bien, pero quise ir más allá con ésta propiedad. Me pregunté qué pasaría en el mundo de las comunicaciones si se aplicara esta propiedad... ¿te imaginas? Pero yo no quería ganar dinero, no quería idear un nuevo sistema de telecomunicaciones. En seguida descarté esa vía porque se me ocurrió una posibilidad aún más descabellada... y demencial. Me pregunté lo siguiente: ¿No sería ideal que esta propiedad del entrelazamiento fuera la utilizada por razas alienígenas para comunicarse? El uso de ondas de radio limitadas por la velocidad de la luz supone unas restricciones insoportables para una civilización avanzada. Implica que toda civilización planetaria estará siempre constreñida a su mundo, aislados como náufragos en una isla remota en medio de un océano vastísimo e insuperable, imposibilitados de comunicarnos más allá de nuestras costas. Es como si nosotros, en este tiempo, nos viéramos obligados al uso del antiguo correo postal. Un verdadero despropósito. La tecnología de una civilización más avanzada forzosamente ha de superar el límite lumínico, al menos para las comunicaciones. Es casi necesario que así sea. Me puse manos a la obra.

Darcy le miraba con cierto escepticismo. El terreno que estaba empezando a pisar parecía demasiado resbaladizo y no sabía si Manley estaba siendo absolutamente sincero, o le iba a devolver con creces sus desplantes públicos de los últimos meses gastándole una broma. Y lo peor de todo; ¿y si finalmente todo era una vuelta de tuerca sobre sus métodos equívocos de concertar una cita comprometida? Odiaba los subterfugios. Un rictus en su ceja mostró cierta aprensión ante esa idea.

—¿Y? —preguntó ella mientras Manley se alarmaba un tanto al percibir un tono de desconfianza justamente cuando él intentaba limar asperezas.

—Veamos... lo he conseguido Darcy. Ha sido mucho más complejo de lo que te puedas imaginar, pero lo conseguí. Tengo comunicación con una raza alienígena —dijo finalmente casi con un suspiro.

—Has de admitir que me estás pidiendo que crea una afirmación demasiado fantasiosa... tú, el creador de la teoría del Marte rasgado.

—Es cierto. Es la pura verdad. Sé que debo dar pasos para hacer público este descubrimiento... pero hay temas que me asustan...

—¿Hacerte famoso? ¿Premios?

Manley empezaba a tensarse. El tono de voz de Darcy era claramente irónico, a la defensiva.

—Sí, digo ¡no! Piensa en la conmoción mundial que va a provocar, las consecuencias de ésta comunicación afectará a cada uno de los individuos de éste planeta. Me imagino que habrá gente que hasta se suicide... es algo que hace tiempo ni había considerado. Pero... el hecho de mantener esta comunicación me ha hecho percibir riesgos que ni se nos habrían ocurrido. Incluso me preocupan aún más aquellas razones que ni siquiera he considerado.

—Resulta conmovedor ver tu rango de inquietudes por el género humano, Manley... pero, ¿no sería conveniente que me mostrarás esa gran comunicación en primer término, antes de seguir pensando en la gente que al ver un marciano verde se tire por la ventana?

—Muy bien... debemos ir a un recinto que he acondicionado... —dijo Manley con resolución.

Darcy soltó un gemido.

—Ah, no... nooo... No me puedo creer que todo esto es una nueva maquinación tuya para llevarme al huerto.

—No Darcy, tranquilízate. Para nada de eso... Verás. Sé que unos días atrás alguien accedió a mi estación de comunicaciones, en mi despacho... por eso opté por trasladar el equipo a un lugar apartado. No sé quién fue ni con qué propósito... pero tengo certeza absoluta de que así fue.

—¿Alguien lo ha descubierto?

—Sí, estoy seguro... sospecho además quien ha sido.

—Y ¿no ha dicho nada?

—Es obvio... salvo que me digas que ya sabías algo, que hay rumores...

—¿Y no sabes quién ha sido? ¿Sospechas de alguien? ¿Cómo es eso posible?

—Es muy complicado de explicar. Digamos que el ser con el que me comuniqué me advirtió que había conversado con otro que no era yo.

Darcy se puso en pie.

—Esta bien... ¿dónde has escondido las cámaras Manley? Conozco bien a la gente como tú. Te di calabazas en su día y como te he machacado tanto ahora tú quieres venganza gastándome una buena broma. Vale... pues te ha salido mal. He leído cosas sobre ti. Eras un superdotado académico, lo reconozco, pero también un *enfant terrible* en la Universidad de San Francisco. Tus bromas y calaveradas todavía ocupan muchos blogs universitarios.

—Por Dios, Darcy, que no te miento...

—Hasta luego Manley. Lo siento por tus marcianitos verdes. Dales mi número de móvil y ya hablaré con ellos a solas.

Y cuando ya salía del salón de reuniones se volvió.

—Y por cierto Manley. En lo que permanezcas en este observatorio prefiero que ni me dirijas la palabra, ¿vale? Estoy harta de tus gansadas.

Manley estaba con el semblante descompuesto, sin saber qué decir. Así se quedó solo, durante un buen rato, con la mano derecha sosteniendo levemente su frente y los ojos semicerrados. Resoplaba.



# Capítulo 21

## Mientras tanto...

Larry Coleman se consideraba un tipo optimista. Siempre, incluso en la peor de las situaciones, era capaz de ver la parte positiva de algo, y agarrarse a ese algo como si fuera su tabla de salvación. La sonrisa era su expresión dominante y su primera reacción ante cualquier circunstancia. Había descubierto que eso le granjeaba simpatías, agradaba a la gente, infundía seguridad, reforzaba su personalidad. A veces comprendía que podía ser un inconveniente, como cuando falleció el padre de un amigo del instituto y le dijo a éste en el funeral «Bueno Charlie, ya no vas a tener a nadie que te eche una bronca por tener malas notas», pero era su forma de ser.

En otros ámbitos también su humor expansivo no resultaba necesariamente idóneo. En especial a Geraldine, su mujer, había ocasiones en las que gustaba deleitarse en sus pequeñas depresiones. Era inútil, y contraproducente, muy contraproducente, intentar hacer ver el lado bueno de una mala noticia en esas ocasiones y Larry había aprendido a reconocer con el tiempo que ante determinadas expresiones faciales más valía adoptar una actitud de silencio y cautela. Había llegado a la conclusión de que en tales momentos su cordialidad exuberante podría interpretarse como un acto de frivolidad frente al dolor femenino, y entonces se convertía en víctima propiciatoria para que descargarán sobre él todo género de recriminaciones nacidas de la frustración, el resentimiento y aquel amplio e inacabable cajón de «asuntos pendientes o mal resueltos» que Geraldine tuviera a bien despachar con él. En esos momentos era capaz de recordar anécdotas sobre meteduras de pata de Larry que se habían perdido en la noche de los tiempos, que se remontaban incluso a su noviazgo universitario... «tiempos aquellos». Larry decía a sus amigos que fuera cual fuera la capacidad de memoria que pudiera tener un ordenador... terabytes, pentabytes o lo que fuera... Geraldine la superaba con creces.

Larry meditaba en todas estas cosas mientras realizaba sus comprobaciones rutinarias de la observación nocturna de la víspera. Tenía libertad para realizar su trabajo desde casa, cuestión que aprovechaba siempre que podía. Desde que los telescopios se habían conectado a ordenadores y estos a servidores el trabajo de un astrónomo había ganado una gran comodidad. Nada de noches frías y húmedas en vela, con sus correspondientes secuelas al día siguiente, provocando un trastorno del sueño y un incómodo desacompañamiento en la vida familiar que podía ser un grave inconveniente, por no hablar de gripes y catarros mal curados. Ahora las tornas habían cambiado, y aunque a Larry le encantaba estar con la gente, se le hacía pesado ir al observatorio. De hecho era el que menos lo frecuentaba de todo el grupo. Muchos kilómetros zigzagueantes carretera arriba y otro tanto para volver, encontrándose muchas veces con casi nadie, algo que le dejaba un mal sabor de boca.

Necesitaba gente a su alrededor, charlar, reír... incluso debatir. Era preferible ir cuando había reuniones de trabajo programadas y entonces se podía despachar a gusto.

Por eso estaba encantado con su vida universitaria. Allí, en las aulas, podía explayar toda su pletórica personalidad, bromear, divagar, en suma, desplegar su ego dominante y quedar como el rey de la manada, pues Larry solía ser espléndido a la hora de conversar, salvo que, por la razón que fuera, se le cruzaran los cables, y entonces se convertía en uno de los huesos más duros de roer. Esa fama bipolar era ya conocida por el universo estudiantil y había generado una camarería con el alumnado no exenta de cierto respeto de fondo.

Pero la ambición de Larry, más que académica, era de índole política. Era un devorador nato de asambleas y grupos, del orden que fuera. Allí donde había gente era él capaz de aglutinarlos, ilusionarlos, indignarlos... lo que fuera menester. Sabía que tenía un don para ello. En el observatorio respetaba la dirección de Jason. Además de que ese cargo representaba un objetivo muy menor para sus ambiciones personales no le atraía en absoluto. Allí dejaba hacer y casi ni se inmiscuía. Sus ojos de depredador estaban fijos en otra meta. Prefería asaltar el rectorado. Contaba con simpatías en todo el ámbito de la universidad pues era de sobra conocida su capacidad. Sin embargo no era un adversario conflictivo ni belicoso. No quería llegar a ese puesto a toda costa y cuanto antes, pues detestaba granjearse enemigos. Si tal desenlace debía llegar un día lo haría sin tener que enfrentarse a sangre y fuego con otras candidaturas...

Al menos ese era su planteamiento inicial. Después ya se vería.

Quedó unos segundos ensimismados en lo que le gustaría hacer caso de ser designado rector. No dudaba que no tardaría ni dos semanas en ser el rector más popular y querido de cuantos había contado la Universidad de Arizona.

Tras ese agradable pensamiento se volvió a sumergir en su análisis. Allí tenía sucesivas hileras de números y letras, asteroides NEOs recientemente detectados. No... ninguno iba a chocar contra la Tierra.

«¡Bien!».

## Capítulo 22

### Una semana después

La reunión por fin iba a tener lugar.

Bastaba que Manley se hubiera decidido a convocar a todo el personal científico del observatorio a fin de comunicar algo de «gran» importancia, para que de improviso se diese cuenta de cuán difícil podía resultar concertar un encuentro con todo el grupo. Había hablado con Jason en primer lugar para explicarle, sin entrar en detalles, que quería trasladar una serie de «descubrimientos» a sus compañeros y que dada su importancia era conveniente hacerlo cuanto antes. Jason sonrió lleno de veteranía y paciencia y le indicó, que por muy importante que fueran sus descubrimientos su «anuncio» no iba a conseguir adelantar la rutina establecida del Monte Lemmon, que decía que la próxima reunión tendría lugar el viernes de la semana siguiente a las doce en punto del mediodía. Manley aceptó el reto e intentó convocar la reunión para el día siguiente, pero fue un tentativa completamente infructuosa. Tropezó con días libres, con clases que se impartían en la universidad, con compromisos particulares de toda índole. Lo intentó entonces de otra manera, y convocó un encuentro informal fuera de horas, durante el fin de semana —él invitaba a cenar— pero entonces se vio envuelto en una serie de debates acerca de cuál iba a ser el lugar escogido para ese evento —al parecer David era bastante exigente y no quería ir a cualquier cuchitril, y sorprendentemente Jeremy, que era celíaco, se puso muy pesado con saber también «dónde» iban a cenar, por no mencionar a Larry que preguntaba si podría ir con Geraldine, sin la cual sería difícil acudir a ningún sitio fuera de horas, y en particular si después del encuentro habría baile... «porque habría baile, ¿no?»... a Darcy ni se atrevió a llamarla so pena de verse envuelto en una denuncia por acoso —ya que había llegado al convencimiento íntimo de que era bipolar—, así que desistió en vista del panorama.

Los intentos de adelantar el encuentro al lunes, martes y miércoles tropezaron con dificultades similares, en las que se intercambiaban los conceptos y las personas, como en un fatídico juego imposible de ganar; días libres, clases en la universidad, reuniones de trabajo en los departamentos universitarios, etc... y habría que reconocer que casi logró que se adelantara la reunión al jueves, pero visto el esfuerzo que estaba suponiendo esa ingente coordinación de agendas, se rindió, optó por claudicar, y anunciar resignado a un Jason silencioso pero de sonrisa socarrona, que el viernes sería finalmente el día «ideal» para la reunión.

Al fin estaban todos allí reunidos y el único que parecía verdaderamente impaciente era Manley. Cuando se presentó Larry, el último en llegar —ya había avisado que se había demorado en la Universidad, algo en él inevitable, dada su popularidad y el hecho de encontrar siempre en los pasillos alguien con quién tuviera

verdadero interés en charlar un rato sobre algún asunto de máxima importancia—, la reunión pudo dar comienzo.

—Bien, colegas —Jason tomó la palabra para poner orden y finalizar los chascarrillos académicos de la última semana, que todos comentaban con mezcla de desinterés, desidia y a veces sorpresa—, como sabéis el orden del día de la reunión de hoy es para Manley. Me ha jurado y perjurado que con el tema que traía al cónclave tendríamos de sobra, así que Manley... todos tuyos.

Manley carraspeó. Su aspecto era serio, y aunque sonrió nervioso un par de veces, se notaba cierta tensión en su voz. Murmuró algo por lo bajo, que Jason intuyó como un «este día no lo vais a olvidar». Comenzó su discurso.

—No sé si conocéis la leyenda... o mejor dicho, el mito, de Pandora —algunas voces diciendo que sí, que no, que habían visto una película... Manley optó por interrumpir el alboroto y las risas de Larry y David—. Bien, me da igual. Como es importante para mi exposición considero que en primer término debo refrescaros la memoria. El mito griego de Pandora es la historia de una venganza. Zeus, para resarcirse de Prometeo, que ha robado el fuego a los dioses del Olimpo para dárselo a los hombres, envía a Pandora, una criatura hecha exprefeso para maldición de la humanidad. Ella es hermosa, sí, pero también miente y engaña —risa guasona de Larry que murmura algo al oído de David que también ríe—. Junto con ella lleva la famosa caja... aunque según creo se trataba un ánfora... en la que estaban contenidos todos los bienes y males de la humanidad. Una de las cualidades de Pandora era la curiosidad, así que no tardó en abrir la fatídica ánfora desparramando sobre el género humano todo género de males, como una maldición, pues cuando se vierten ya no pueden devolverse al ánfora. De ahí la expresión que viene tan a cuento de «abrir la caja de Pandora» para referirse a un mal que, la mayoría de las veces, una vez provocado, ya no cabe manera de deshacerlo. Esto viene a cuento por lo que sigue.

Manley se puso en pie mientras exponía. El grupo observaba con interés, algunos tirados cómodamente en el sillón, otros sentados en la mesa de reuniones.

—Bien. Como ya comenté hace unos días con alguno de ustedes, he de confesarles que mi campo de trabajo no es exclusivamente el astronómico. Siempre me ha interesado la mecánica cuántica. No en vano estudié bajo las directrices del que ha sido recientemente premio nobel por sus trabajos de física cuántica, el Dr. David Wineland de la universidad de Boulder, Colorado —murmullos de asentimiento— y bien... mi doctorado lo basé en el entrelazamiento cuántico. Quería especular con esa propiedad cuántica de consecuencias sorprendentes. —Manley se movía, paseaba, de un lado a otro mientras hablaba. Darcy pensó que parecía tenso—. Mi propuesta, por resumirla muy brevemente, consistía en lo siguiente. Consideremos que en una estrella distante, por ejemplo, a mil años luz de nosotros, en un determinado momento, fruto de las reacciones de fusión de su núcleo, se origina una pareja de iones entrelazados. Al cabo de un tiempo, millones de años por ejemplo, la estrella estalla en una supernova. Entonces una de esas partícula sale disparada a casi

la velocidad de la luz en nuestra dirección. La otra emerge sale disparada en otra dirección completamente diferente. No olvidemos que estamos hablando de partículas entrelazadas, esto es, la alteración que sufre una partícula se traslada inmediatamente a su «hermana».

Manley observó a su público. El único que parecía en trance era Jeremy. David intentaba evitar un bostezo, Larry ojeaba su móvil incesantemente y ocasionalmente escribía algún breve mensaje de texto. Jason le miraba con cierto interés y sonrisa inescrutable. Darcy parecía seria, ligeramente sonrosada, seguramente comprendía ahora que su charla de días atrás no había sido ningún camelo con ínfulas seductoras.

—Bien, ¿a dónde quiero llegar con esta breve exposición es a la pregunta que me formulé dos años atrás? Pues a la siguiente cuestión: ¿Qué pasaría si yo, aquí, en el planeta Tierra, capturo esa partícula entrelazada y otro ser inteligente atrapa su alter ego entrelazado en un planeta a veinte mil años luz de nosotros?

Murmullos y reacciones varias. Se oye un murmullo de agitación. Jeremy agita el puño mientras susurra un enérgico y contundente «lo sabía». Jason se incorpora en su asiento echándose hacia delante. David pone cara de extrañeza como si no entendiera lo que Manley acaba de decir mientras extiende las manos como si necesitara que le repitieran aquello. Darcy está colorada como un pimiento rojo. Larry sigue con el móvil entretenido. Está en Babia.

—La cuestión es que la teleportación cuántica de la que hablas no puede transmitir información útil a una velocidad superior a la de la luz... Eso es lo que ha dicho siempre la teoría —murmuró casi para sí Jason.

—Pues bien... —Manley ignoró su comentario— evidentemente la cuestión no es atrapar una partícula cualesquiera, y subrayo lo de una, y observar su espín, es decir, en cuál de los dos sentidos posibles gira una partícula, porque efectivamente siendo la muestra tan pequeña las probabilidades se reducen considerablemente. Así que ideé un colector de partículas, de rayos cósmicos, en lo que todo sea dicho de paso la Universidad de Boulder, Colorado, me echó un par de buenos cabos... son punteros en estas tecnologías, especialmente en el diseño de aparatos que sirven para atrapar y retener partículas denominados trampa de Paul. Pero resumiendo, logré idear un rápido proceso de selección que me permitía observar variaciones aleatorias e inexplicables de espín de un gran número de partículas. Tuve suerte. No me llevó mucho tiempo dar con una partícula cuyo espín variaba inexplicablemente. Obviamente, llegado ese momento, grité un contundente: ¡Eureka!

Manley interrumpió aquí su monólogo. Tras el grito todos se habían sobresaltado, incluso Larry, que había abandonado su distracción y prestaba ahora atención a Manley por primera vez.

—¿Quieres decir que tienes una partícula que cambia de espín arbitrariamente y eso te lleva a pensar que... una civilización extraterrestre está usando su hermana gemela para comunicarse con nosotros? ¿No te parece una presunción aventurada? —objetó David casi riéndose. Se le veía completamente relajado y cómodo sentado en

un extremo del sillón.

—Bueno... si me dejas seguir... tengo mucho más que contar... me temo.

Manley se sentó en la presidencia de la mesa de juntas, y se secó el sudor de su frente pasándose la manga de la camisa. A pesar de su permanente sonrisa se le notaba tenso.

—Veamos —prosiguió—. La tarea inicial estaba lograda, ahora tenía una partícula atrapada capaz de generar un sistema binario de información, ceros y unos, que establecía un código indescifrable a una velocidad endiablada. Esta fue una cuestión que me resultó ardua de resolver. Afortunadamente el departamento de física cuántica de Boulder tuvo a bien solventar muchas de las cuestiones técnicas, como ya mencioné anteriormente, que debí sortear en esta primera fase. Así que llegó un momento en el que el obstáculo era descifrar el código. En este proceso conté con una ayuda inestimable, «K», el ordenador más potente del mundo hoy por hoy. Debí de ingeniármelas para acceder al tiempo de uso que requería, y he de decir que la gente de Fujitsu, sus dueños y creadores, se portaron formidablemente conmigo... aunque creo que se quedaron preocupados porque los cálculos que realizó la máquina la llevó al límite de sus posibilidades y según tengo entendido se vieron obligados a mejorar los sistemas de refrigeración... pero bueno, no os quiero aburrir... el código estelar quedó desentrañado. No debo atribuirme ningún mérito especial en este punto para ser sincero. Estaba diseñado para que su decodificación fuera fácil así como la introducción de parámetros...

—¿Quieres decir que has decodificado una señal de recepción de una civilización alienígena?! —preguntó en el colmo de incredulidad David. Su laxitud se había evaporado. En ese momento Larry dejó de mirar de reojo a su móvil y decidió prestar atención a la charla porque intuía que el asunto había ganado un interés repentino aunque no sabía de qué se hablaba exactamente. Mientras, Jeremy seguía agitando el puño diciendo «lo sabía, no estaba loco». La cara de Darcy era todo un poema.

—Bueno... creo que he hecho algo más que eso —susurró Manley.

—¿Algo más que eso? —preguntó Darcy con un hilo de voz— ¿qué quieres decir?

—Desentrañado el código, comprendí que se trataba de un programa de comunicación preparado para que dos razas se comunicaran, incorporando una base de datos que permite la traducción no sólo de idiomas, sino de medidas de tiempo, magnitudes... labor que me resultó muy ardua, por cierto. Lo importante es que implicaba tanto la capacidad de recibir, como la de emitir. El código se puede utilizar en sentido inverso, solo basta modificar el espín de la partícula provocando el consiguiente efecto en su partícula homóloga, y mediante la correspondiente generación de un código binario... en suma, responder.

Entonces se produjo un verdadero alboroto en la sala. Cada cual habló o gritó, según los casos, en una verdadera sinfonía de risas nerviosas, gritos de incredulidad,

Jason clamando silencio para que Manley finalizara su exposición, Larry preguntando qué quería decir todo aquello y si era cierto lo que creía estar comprendiendo, David interrogando a Jeremy que repetía frases incoherentes sobre lo que él había visto en el despacho de Manley... y Manley intentando recomponer la reunión y aplacando a Jeremy que no cesaba de tirarle de un brazo diciéndole que él había visto «algo». Darcy tenía la cabeza hundida en el pecho, mientras la movía de un lado a otro en un gesto de «no me lo puedo creer» que se repetía como un bucle interminable.

—Bien, ha llegado el momento de que conozcáis a Moscus.

El revuelo iba en aumento, algunos gritaban, otros le preguntaban y David repetía sin cesar que aquello era un disparate, pero Manley no perdió más tiempo. Levantó la tapa de su portátil y activó el cañón del proyector al que estaba conectada la salida de video. Sobre la pantalla que presidía la mesa de reuniones apareció el tal Moscus.

Hubo un sobresalto general. Jeremy fue el único que estaba preparado para ver aquel rostro insectoide, de ojos esféricos en forma de colmena, sumamente desagradable con el que esperaba reencontrarse desde hacía días, tal vez con el propósito de confirmar que no se había tratado de una alucinación consecuencia de alguna sustancia que hubiera fumado (lo cual podía ser efectivamente una de las causas de su visión). Darcy pegó un fuerte grito, y cayó al suelo con silla y todo. Sus piernas agitándose en el aire al caer habrían supuesto una escena simpática para alguien que hubiera estado atenta a la misma. David que estaba repantigado en el sillón dio un brinco imposible, que desplazó el pesado mueble casi un metro hacia atrás. Jason se llevó la mano al pecho sintiendo que la respiración le resultaba más dificultosa, mientras que Larry estaba con la boca abierta y los ojos como platos; no estaba muy seguro de entender qué es lo que estaba viendo.

—Hola Moscus, tal y como te prometí, aquí está mi grupo de compañeros...

La figura que ocupaba toda la pantalla inició un breve movimiento, con un revoloteo vibrante de diversas membranas de su piel queratinosa, a la vez que la sala se llenaba con un inquietante sonido como de papeles frotándose y gorgoteos líquidos. Paralelamente un texto, como un subtítulo, aparecía en la base de la imagen.

—Masticaré-deglutiré-tragaré de mi alimento local en señal-aviso de bien-recibido-saludo.

—Es la manera que tiene esa gente de decir que están encantados de conocernos —intervino Manley a guisa de intérprete—. Como comprenderéis el sistema de traducción no aspira a transcribir todos los giros idiomáticos...

—¿El sistema de traducción...? —preguntó Jason desfallecido.

—No hay tiempo para hablar de eso ahora, la explicación es demasiado larga... aprovechad para hablar con Moscus —instó Manley.

—¿En qué sistema solar te encuentras? —preguntó Jeremy, que de alguna manera era el que más fácilmente había asimilado la novedad de comunicarse con un alienígena y estaba deseando formular sus preguntas.

—En mapa-galáctico que tu hermano en la sangre-especie enseñar-dar, colmena-pueblo mundo habita a veinte mil años luz de mi colmena-pueblo-mundo. Mi colmena-pueblo-mundo se sitúa en mapa-galáctico vuestro en brazo-pata de Sagitario.

—¿Y estamos hablando... en directo? —preguntó David con expresión perpleja  
Moscus permaneció en silencio.

—No olvidéis que debéis hablar para una especie de traductor automático... hay expresiones que no va a detectar. La pregunta correcta sería... —y Manley se giró hacia Moscus, dado que el capturador de video y el micro estaban situado estratégicamente para las videoconferencias sobre la pantalla, y preguntó—. Moscus, ¿está conversación tiene lugar ahora?

—Afirmativo-sí —no tardó en responder Moscus.

—¿Por qué ese nombre... se llama verdaderamente así? —intervino cambiando de tema Darcy.

—No, claro que no. El nombre de Moscus es intraducible. Se lo puse yo porque... de alguna manera me recordaba al aspecto de la cabeza de una mosca...

—La cabeza de una mosca es algo infinitamente más agradable, por favor —terció Darcy.

—Moscus —Manley se encaró con el alienígena— ¿podrías decirnos que aspecto te merecemos?

—Sois seres repugnantes-repulsivos-simpáticos que conozco, duda-no-seguro. Aspecto gelatinoso, inquietantes orificios-móviles-oscuros. Apéndices corporales-escasos-raros-amorfos. Sí amorfos-sí-seguro.

Manley sonrió, por primera vez, sinceramente divertido.

—Por Dios... no me digas que nuestra primera conversación con una especie inteligente que se halla a miles de años luz de distancia es para cruzar insultos... —intervino Jason cuyo rostro estaba rojo y que a Manley se le antojaba a punto de sufrir una apoplejía. Se complació porque se daba cuenta de que había conseguido aniquilar su habitual aire socarrón.

El grupo parecía descompuesto. Incredulidad y horror se mezclaban en expresiones faciales, manifestaciones desordenadas, gestos nerviosos... Manley decidió que la exhibición de Moscus había cumplido su función, así que se despidió cortésmente del alienígena y se encaró con el grupo. Darcy suspiró aliviada cuando el retroproyector fue atenuando la imagen proyectada hasta desvanecerse. El grupo quedó sumido en silencio, que ella rompió finalmente.

—¿Quieres decirme Manley, que esa criatura con la que hemos conversado existe realmente a unos veinte mil años luz de distancia de aquí? Esta conversación es imposible según las leyes relativistas.

—Al parecer la mecánica cuántica tiene sus propias leyes Larry —respondió Manley—, tal y como yo intuía —apuntilló.

—¿Cuánto tiempo llevas comunicándote con... Moscus? —preguntó David.



Manley cabeceó.

—Un par de meses.

—¡Cielo Santo! —exclamo Jeremy pletórico de felicidad—. Yo descubrí a Moscus... por casualidad hace unos días...

—Casualidad... o ¿curiosidad tal vez? —preguntó a su vez incisivo Manley, haciendo que Jeremy se atragantara.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Jason—. Agradezco que hayas querido compartirlo con nosotros pero... ¿qué te impedía haberlo divulgado por tu cuenta y arrogarte todo el mérito tú sólo? ¿Por qué incluirnos a nosotros? —Jason hablaba como confundido. Aún estaba impresionado por la conversación—. Desde luego resulta impactante la revelación de que no estamos solos en el Universo... pero, jamás creí que esa verificación podría hacerse de una manera tan contundente... y fácil. Creo que si hubiera visto un platillo volante aterrizando en mi jardín no me habría impresionado tanto... pero Manley, respóndeme... ¿por qué con nosotros?

Manley suspiró y tomó asiento de nuevo en la presidencia de la mesa de reuniones.

—Sí, en esa pregunta estriban muchos porqués. Efectivamente, podía haber tomado a Moscus y presentarlo a la prensa sin más. Pero se me ocurren infinidad de objeciones... que me gustaría compartir. En primer lugar tenemos las reacciones de la gente, algo que no sé cómo evaluar yo sólo. Tampoco sé cómo reaccionarán los países, ni mucho menos nuestro gobierno. También es posible que me tomen por un pirado que lo único que hace es colgar videos trucados en *youtube*. A fin de cuentas esto podía ser un montaje...

—Si fuera así tendríamos que darte un óscar por el maquillaje de Moscus... que criatura tan horrible. —exclamó Darcy.

—Hay infinidad de preguntas que has obviado... No nos has contado nada de Moscus, ni de su civilización, no sé hasta qué punto suponen un riesgo para nosotros ahora que saben que existimos —explicó Jason.

—Bueno, por ese lado no temáis... creo que los límites relativistas de velocidad no han sido superados, al menos por la gente de Moscus. Viven enclaustrados en su sistema solar, que al igual que el nuestro, sólo ofrece un planeta habitable para su especie. No es eso lo que me preocupa precisamente.

—Bien Manley, pues termina tu exposición y cuéntanos que te desvela —preguntó Larry un tanto irónico—. Me imagino que hablar con esa horrible bestia debe alterar el sueño.

Manley aguardó unos instantes a que se hiciera el silencio. Deseaba captar de nuevo la atención de todos.

—Mi conferencia empezaba con el mito de Pandora. Es esa consideración la que me ha estado rondando la cabeza todo este tiempo. Yo mismo cuando he conversado con Moscus he preguntado por infinidad de cuestiones científicas que permitirían adelantar mis trabajos de manera formidable. Y me doy perfecta del riesgo que eso

supone. Esa es una de las consideraciones que me frena a divulgar el contacto. En primer lugar nuestro gobierno intentaría sacar tajada de una ventaja estratégica sin precedentes por monopolizar este contacto. Pero si otra nación consiguiera finalmente copiar esta tecnología... ¿qué sucedería? Si diversas naciones se pusieran en comunicación abierta con la gente de Moscus se iniciaría inevitablemente una carrera armamentística imparable, todos intentando dominar la última tecnología de destrucción... Y esto es solo por decir lo primero que se me ocurre. Y... ¿qué pasaría con la gente normal y corriente? Estados de pánico generalizados podrían acarrear una crisis imprevisible... bufff, la bolsa, no quiero ni pensar. Ya sabéis cómo funciona la gente cuando pierde el control. Los medios de comunicación tienden a ser sensacionalistas, ellos solo van a mirar índices de audiencia, y el pánico llena sus bolsillos... Las consecuencias sociales son absolutamente imprevisibles.

—Pero también habría tecnologías que salvarían vidas, que nos servirían para generar energía limpia de forma ilimitada. Seguro que son más avanzados tecnológicamente que nosotros... —aseveró Larry—. El contacto siempre será un salto en el progreso y en la ciencia, no lo olvides Manley. —La calculadora mental de Larry ya estaba extrayendo un caudal de valoraciones políticas en relación al descubrimiento y su cercanía al mismo. Podía casi oírse el rumiar de la mente de Larry con sus cuentas y cálculos.

—En efecto, por lo que me ha contado, dominan la energía de fusión de una manera impensable para nosotros —corroboró Manley—. Así que la consideración de Larry es cierta. Pero hemos de ser conscientes de que es la caja de Pandora, se derramarían muchos bienes sobre la humanidad, pero también muchos males.

—Bueno... y la tecnología que has usado... ¿hasta qué punto es secreta? De nada vale que estemos pensando en guardar un secreto si dentro de una semana otro Manley del otro lado del Atlántico hace público un descubrimiento similar —apuntó David, que aún no había recuperado el aire relajado en su cómoda poltrona del sillón.

—De momento es absolutamente secreta. Sólo está en mi cabeza. Si alguno de vosotros fuera a la prensa corriendo con este «secreto», destruiría mi decodificador y no habría nada que hacer... al menos en mucho tiempo, hasta que alguien fuera capaz de emularla. —Manley se encogió de hombros.

—Así que... Manley, nos has contado esto... ¿por? —preguntó Jason, cuyo rostro parecía extraordinariamente serio, casi severo.

—Porque necesito que me ayudéis a determinar qué uso hacemos de este invento. Lo mostramos al mundo... o lo destruimos como si jamás hubiera sido descubierto. Es algo que tendremos que decidir entre todos.

## Capítulo 23

### Dos días después

Darcy estaba enfadada consigo misma. Había olvidado la visita de Jessica.

Hacía dos días que había sido la famosa reunión y desde entonces vivía en un estado febril, un estado, que por cierto, le impedía atender debidamente sus propias obligaciones, y como consecuencia del mismo había sufrido un odioso despiste; olvidar que esa mañana llegaba al aeropuerto de Tucson, procedente de California, su hermana Jessica.

Por supuesto que Jessica le perdonó su desliz, pero con un rictus de formalidad que era quizás la peor de las recriminaciones. Darcy se sentía mortificada por aquel esquivo silencio, porque su hermana parecía poner poco de su parte para encauzar la conversación hacia otros temas. Aquella se suponía que era una visita de cortesía, pero Darcy leía entre líneas la preocupación maternal, que auspiciada por su propia hermana, había conducido a aquella especie de punto de control, para ver si su vida se desenvolvía adecuadamente... «o algo así», pensaba Darcy fastidiada.

El camino a casa fue rápido, no había mucho tráfico, y un tanto silencioso. Las preguntas de Darcy sobre sus padres fueron respondidas muy escuetamente. Cuando Darcy no tuvo más remedio que preguntar por cómo le iba a su gemela le llegó una incontenible retahíla de méritos y datos que la dejó apabullada. Había fichado por uno de los más potentes bufetes de abogados de San Francisco. Le habían sugerido que no era ninguna tontería que se planteara abordar la fiscalía del Estado y ser la mujer más joven en conseguirlo. Darcy preguntó inocentemente si sería la mujer más joven en conseguirlo del «estado», a lo cual Jessica casi respondió ofendida que no, que del «país». Parecía que ya era la fiscal en jefe del Estado de California, que sólo era cuestión de que se decidiera a optar por la plaza y sería cosa hecha. Darcy apretó los labios.

—Y a ti qué tal te va, ¿Darcy?

—Bien, como siempre. —En comparación con su hermana se sentía como una hormiguita llevando pedacitos de hierba de un lugar a otro.

—¿Sigues con aquella aburrida comprobación de las supernovas tipo B?

—No es aburrido... y son supernovas tipo IA. Creo que ya te he explicado la teoría del universo de expansión acelerada...

—Ah... ni te molestes en volvérmelo a explicar. Creo que en la vida hay cosas más interesantes... aunque comprendo que a ti te pueda interesar. Siempre te gustaron los temas científicos y eras un hacha con las matemáticas.

Darcy gruñó en señal de que efectivamente, así era. Era la única materia en la que Jessica resultaba por completo incompetente.

—¿Y qué tal vas de amores? Ha aparecido ya algún príncipe azul a lomos del

cometa Halley.

—Buff, Jessi, me temo que por aquí más que príncipes lo que hay son vaqueros, y alguno que se cree la estrella del rock.

—Ajá, así que ya tienes a alguien entre ceja y ceja —exclamó Jessica como si hubiera acertado una predicción que se había hecho a sí misma.

—Yo... ¡no por favor!

—¿Quién es ese entonces que se cree una estrella del rock?

—No es nadie. Un compañero de trabajo que apareció hace unos meses pero que me resulta pretencioso y además... el típico que cree que basta con chistar para que las chicas vayan corriendo tras de él. Odio a los que van en ese plan, autosuficientes resabiados... y todo porque son guapos y listos. Repulsivo.

—Vaya, esa es una categoría nueva, pero me gusta. Siempre en el instituto rechazabas a todos los chicos. A cada cual le ponías una pega de lo más simpática. Si hasta al pobre John Muller, que era más bueno que el pan, me decías que no te fiabas de él, que te daba mala espina.

—Que quieres que te diga...

—El chico es pastor evangélico, querida. No debía ser tan oveja negra.

Darcy odiaba cuando Jessica le decía «querida». Tenía un retintín maternal de superioridad que le resultaba especialmente molesto.

—Bueno... ¿y tú cuándo vas a tener hijos con Percy?

Jessica rió

—No hace falta que te pongas agresiva. Ya sabes que no tenemos ninguna prisa. Él está muy liado con un proyecto público. Deja que llegue a treinta y cinco y veremos.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Mientras tanto Darcy no podía evitar pensar en Moscus. No se lo quitaba de la cabeza ni por un segundo. Una incómoda sensación la agobiaba por el mero hecho de recordar que una criatura como aquella existiera, aunque fuera a una distancia de años luz más que considerable... Por otro lado le gustaría presentar Moscus a Jessica. Palabras como aburrido y astrofísica, que tan a menudo repetía ella a la par, dejarían de estar definitivamente unidas en su léxico. Bien era cierto que si la revelación se hacía pública la haría salir de su absoluto anonimato científico, aunque sólo fuera por el hecho de estar junto al genuino artífice del contacto. Sería una sensación agradable por una vez estar junto al origen de lo que sin duda sería el acontecimiento más importante en la historia de la humanidad. Aunque en buena parte todo dependía de Manley...

Y ahora pensar en Manley le ponía de pésimo humor. Cómo era posible que hubiera metido la pata de semejante manera cuando él intentó sincerarse con ella... «¡¿Cómo había sido tan estúpida?!». ¿Tendría arreglo su comportamiento incalificable? Lo que sí estaba claro es que jamás admitiría a su hermana que el vaquero no era tan cretino y que quizás ella misma pecaba una y otra vez por prejuzgar a los hombres.

—Desde luego Darcy cada día conduces peor... ¿en qué andas pensando que parece que te vas a comer el parachoques del autocar que tenemos delante?

Sí, definitivamente Jessica tendría que hablar con Moscus. Intentaría convencer a Manley para fijar una cita.

## Capítulo 24

### Al día siguiente

Jason estaba terriblemente serio, con cara de pocos amigos. Manley nunca le había visto así.

Habían quedado en una amplia cafetería cerca de la Universidad de Arizona, en el centro de Tucson. Tras los cristales, en el interior de la cafetería, veían el viento agitar las ramas de los árboles del campus en un desapacible día que parecía invernal. Más allá de la arboleda se distinguían los inconfundibles edificios de ladrillo rojo de la Universidad.

Permanecieron en silencio hasta que la camarera les sirvió los correspondientes y humeantes cafés con leche. Ambos habían interrumpido sus tareas ordinarias. En concreto Jason había dejado en suspenso una de sus clases, pero no había querido demorar aquella conversación ni un minuto. Se había pasado la noche en vela, y en tanto su cerebro se iba calentando, su enfado aumentaba. Tenía ganas de aclarar puntos con Manley. Empezó directamente al ataque.

—Me parece muy mal Manley lo que hiciste hace un par de días. Y déjame que me explique —Extendió la mano antes de que su interlocutor dijera nada, pues ya hacía ademán de tomar la palabra para explicarse—. ¿Qué crees? ¿Que no me cuentas de lo que estabas haciendo? Quedó muy bonito tu discurso participativo... tu búsqueda de consejo y asesoramiento... Dios mío, ¡querer compartir un descubrimiento! No había visto tanta generosidad desde que el profesor de astrofísica de la universidad dio un aprobado general a la clase el año que se jubilaba... bendito hombre aquel. Pero salvo esos alardes generosos excepcionales, no creo en el altruismo científico. Creo en la avaricia y en la ambición, en la competitividad entre pares... así que a mí no me vas a engañar. Y es una lástima, porque en el fondo me caes bien, Manley... y haré todo lo posible para que tu descubrimiento no salga a la luz... pero... me temo que eso ya será inútil ¿verdad? Y vuelvo a mi pregunta anterior. ¿Crees que no sé lo que hiciste ayer? Soy perro viejo en estas lides, jovencito. Al exponer tu descubrimiento públicamente delegaste, compartiste, una responsabilidad que te agobiaba. Y ésta responsabilidad no era la de callarte tu descubrimiento, pues a buen seguro sospechas lo que puede desencadenar, sino más bien buscabas tu coartada, la de implicar a más personas por si algo sale mal... diluirte, en suma. Y tú sabes... y yo sé, quién es quién en el observatorio. Dios mío... Larry, que persigue el rectorado como un perro a una perra en celo, será incapaz de levantar la vista un poco más allá de la popularidad que le va a deparar salir en la foto. No va a hacer más que un análisis simplista de todo ello. De David ni te cuento. Está resentido con la vida, no sabe ni lo que quiere... ¿pero fama y dinero?, él, que tiene una hipoteca que le trae de cabeza y un amargo resentimiento con su ex... se

lanzará de cabeza a divulgarlo. Jeremy es un anarquista nato. Para él es impensable callar algo así. De hecho vino a verme unos días antes para contarme que había descubierto a Moscus. Por supuesto que no le creí... pero caso de que no hubieras convocado la reunión... En fin, con Jeremy puedes contar para tu coartada porque será un milagro si el mismo no lo está divulgando ahora mismo. De Darcy no estoy seguro. Tiene sus problemas de autoestima... sí, aunque no lo creas siendo tan atractiva se siente enormemente insegura, ignoro el por qué, y es muy probable que debido a ello se decante por difundir la comunicación extraterrestre. Sería embarcarse en algo grande y creo que ella tiene ansias de algo así... pero no estoy seguro. Me temo que yo soy el único que se va a oponer a este desaguisado. Pero quería decirte que me parece muy mal lo que has hecho... Tú eres más listo que yo... que todos nosotros juntos, y si llevas tiempo comunicándote con ese ser has de sospechar, saber, que como tú muy bien expusiste en la reunión, para que después no te podamos decir nada, que tu invento es una verdadera caja de Pandora. ¡Tú sabrás lo que haces!

Jason concluyó su exabrupto. Se echó para atrás en la silla y tomó un largo trago de café.

Manley sonreía y miraba ora a un sitio, ora a otro, como si estuviera a punto de iniciar un discurso, pero fuera incapaz de elegir las palabras. Finalmente habló.

—Estoy estupefacto Jason. No me puedo creer lo que has dicho. ¿Crees que debería haberme callado lo que tengo entre manos? No lo entiendo. Pues obré en conciencia. Sí, sé que es un riesgo... pero era demasiado para mí, no podía guardármelo para mí sólo. Y de todas formas, con el corazón en la mano, creo que fui un tanto tremendista por lo de la caja de Pandora. Llevo tiempo hablando con... Moscus... no es realmente tan peligroso como podría parecer... bueno, al menos de entrada. Lo cierto es que no me ha facilitado mucho conocimiento científico, la verdad.

Pero Jason le interrumpió.

—¿Por eso te viniste a nuestro observatorio? Éramos pocos, éramos manejables, predecibles. Nos estudiaste y llegaste a la conclusión de que era un destino ideal. Ni demasiado numeroso ni reducido. No muy brillantes, ni lumbreras intelectuales.

Manley sonrió abiertamente.

—¿Cómo puedes pensar tan mal de mí? ¿Qué pasa? ¿Te habría gustado que este tema te lo consultara sólo a ti? ¿Tal vez así no te sentirías marginado... o que has perdido influencia o poder?

Jason rió abiertamente.

—Te equivocas conmigo. Hace tiempo que dejé aparcada la ambición. Es más... me beneficiaría por variadas razones, alguna de ellas por motivos que ni sospechas, el apoyar que sí, que adelante con la divulgación de tu descubrimiento. Pero aún así, en conciencia, debo decir no, y debo procurar que los demás hagan lo propio.

Jason cabeceó antes de seguir.

—Lo que no entiendo aún es cómo, a pesar de tu pequeña y ridícula conspiración

democrática, aún me sigues cayendo bien. Pero no sé si tus cálculos van a salir bien del todo. Creo que buscas seguir una opción mayoritaria sin que tú tengas que asumir particularmente ninguna responsabilidad. Pero fíjate. Si Darcy no apoya la difusión del descubrimiento... todo dependerá de ti, que es algo que me temo querías eludir. Si te opones igualarías el debate y lo dejarías en tablas. No hacer nada o votar que sí supone dar el paso. Al final todo va a depender de ti. No podrás escudarte en los demás si quieres que esto salga a la luz.

Jason sonrió satisfecho. Se había desahogado mientras que Manley se había quedado con el semblante serio. Una palabra cruzó por la mente de Jason fugazmente: «touché».



## Capítulo 25

### Aquel mismo día

Jason llegó media hora más tarde a su casa. Iba a tomarse el día libre. Estaba agotado. El peso del debate que había mantenido consigo mismo era formidable. Sabía que su opción le hacía daño, más de lo que el impredecible Manley podía siquiera imaginar.

Cuando llegó a casa fue al dormitorio principal. Allí estaba Miriam tendida en cama, sobre la colcha. Le recibió con una sonrisa cansada.

—¿Qué tal estás cariño? Te veo muy bien —saludó Jason mientras le daba un beso en la frente.

—He tenido días mejores, pero voy bien. ¿Cómo es que has llegado tan temprano?

—Hoy he decidido tomarme un día libre... tenemos asuntos muy gordos en el observatorio.

Miriam le miró atentamente. Conocía cada arruga de su rostro, cada inflexión de su voz bronca.

—Sí, estos días te observo muy alterado... pero preferí que me contaras cuando estuvieras más tranquilo. Es raro verte tan agitado. Me recordaba a los días de la teoría del universo inflacionario... cuando te quedaste a las puertas de publicarlo. Pienso que a estas alturas no puede ser algo tan importante ¿verdad?

Jason sonrió para sí. No tenía ningún secreto para su mujer. Sabía perfectamente de qué pie cojeaba.

—¿Te apetece tomar un rato el sol fuera? En la terraza acristalada se está muy bien.

Miriam asintió y Jason la ayudó a incorporarse y sentarse en la silla de ruedas que tenía junto a la cama. En sus días buenos podía ir andando ella sola perfectamente, pero cuando no era así la debilidad y los mareos requerían de la silla. En los días verdaderamente malos acudía una enfermera y pasaba gran parte del día atendiéndola.

Las vistas desde la terraza al jardín esmerado y creativo que Miriam se había esforzado tanto en cuidar y hacer medrar, eran verdaderamente relajantes. Siempre había intentado reproducir la exuberancia y colorido de los jardines de su casa paternal, allá en Savannah; rosales profusos que llenaban el aire con un olor suave y dulzón, coloridos iris, cuya flor abarcaba colores que se degradaban unos en otros y que se habían colocado estratégicamente, alternando con hibiscos rojos, blancos, naranjas, junto a ellas espléndidas buganvillas de color malva radiante, traídas de la Europa mediterránea, flores del nuevo mundo que asemejaban pequeños fuegos artificiales de distintas tonalidades en cada una de las esquinas de aquel espacio

reducido pero pletórico de vida. Una fuente de piedra con forma de niño cargando un ánfora y rodeada de flores alegraba aún más aquel espacio.

Jason reconocía en el jardín una obra de arte.

Y cuando apareció la enfermedad, un par de años atrás, y ya no pudo seguir por su propia mano «pintando aquel cuadro de flores», ese espacio que era su particular retablo, contrataron a un jardinero que obraba como el pincel en la mano de su artista.

—¿Qué sucede, Jason? —preguntó su mujer mientras miraba sus flores llena de calma.

Pero Jason no pudo responderle. Era demasiado complejo. ¿Cómo iba a explicarle que tal vez, sólo tal vez, podrían tener la cura del cáncer que la consumía al alcance de su mano... y que él iba a hacer lo posible para malograr su curación?

Jason sentía dentro de sí una profunda y dolorosa contradicción.

## Capítulo 26

David se preparaba un café en la cocina de su casa mientras el teléfono, en modo manos libres, le permitía mantener una conversación con Gary Dexter, su abogado. La voz de éste sonaba incansable, monótona, profesional. Habían dado vueltas y vueltas en torno a las posibles acciones que podía acometer David para hacer frente a la compra de la parte de la casa titularidad de su ex. Gary le había llevado en los últimos meses todo género de recursos y negociaciones con los abogados de Mary, pero con resultados infructuosos, el último de los cuales implicaba una sentencia adversa que Gary le acababa de transmitir. Era ese tipo de llamadas difíciles al que todo abogado ha de enfrentarse con más o menos frecuencia, y que generalmente se preparan ofreciendo al cliente posibilidades, recursos, sobre todo cuando el cliente es bueno y el abogado no quiere perderlo definitivamente. Todo vale con tal de mantener viva la llama de la esperanza.

—Verás David, podemos pleitear todo lo que tú quieras. Sabes que me gusta pelear hasta el final y nunca doy una batalla por perdida. Pero lo cierto es que no tienes donde agarrarte en cuanto a la valoración de la vivienda. A pesar de lo que ha caído el mercado inmobiliario era más que probable que el juez determinase el valor de acuerdo con vuestra propia estipulación de separación... como así ha sucedido. Que ya te dije en su día que si hubiera estado yo avisado de esto y no hubieras estado firmando papeles a tontas y a locas nuestra situación sería diferente. —A Gary le gustaba hablar en primera persona del plural en ocasiones porque sabía que eso solía agradar a sus clientes del despacho—. Y la tasación que rige vuestra disolución matrimonial establece que para quedarte con la casa debes pagar una suma a tu ex, que es la suma que es. Y da igual que alegues lo que te está dando el banco de hipoteca y cuáles sean las valoraciones a fecha de hoy de tu vivienda... por muy devaluada que esté no tienes más remedio que vender... o pedir además de la hipoteca un préstamo personal... o cualquier otra fórmula de financiación que se te ocurra.

—Gary, esa es una opción descabellada. ¿Sabes los tipos de un préstamo personal y lo que me supone pagar de cuota? Mi sueldo se me iría en la dichosa casa.

—Fue una trastada lo que te hizo el banco, desde luego —corroboró Gary.

—Sí, una verdadera faena —musitó David.

Sí, el banco le había prometido todo tipo de facilidades, pero cuando llegó la hora de la verdad el mercado se desinfló de improviso, y de un día para otro los agentes comerciales desaparecieron y en su lugar aparecieron directores de oficina con cara de pocos amigos y aires de funcionario intransigente.

David se sirvió el café al que agregó espuma después para tener su capuchino a punto. Tomó el teléfono mientras se dirigía a la sala de estar, donde se sentó en un mullido sillón, frente al televisor.

—¿Estás ahí David?

—Sí... aquí estoy... es que estaba pensando que... tal vez tenga un golpe de suerte...

Gary rió al otro lado de la línea.

—¿Estás jugando a la lotería o algo así? ¿Qué pasa? ¿Utilizas tus conocimientos científicos para adivinar los resultados?

Gary y David eran amigos del colegio desde la infancia, y aunque pronto dejaron de compartir clase, dado que Gary era un negado para los números, siempre habían mantenido un estrecho lazo de camarería.

—No... nada de eso. Tenemos algo grande en el observatorio. No lo sé, pero intuyo que me puede beneficiar mucho, Gary.

Gary volvió a reír.

—¿En el observatorio?... ¡caramba! ¿Qué? ¿Habéis descubierto una manera de extraer oro de la Luna o algo así?

David se rió también. Por primera vez en mucho tiempo se sentía distendido.

—Verás Gary. Es muy probable que te quedes alucinando... tú... y la humanidad al completo.

## Capítulo 27

Larry se había mostrado extraordinariamente agitado durante todo el día, pero cuando llegó a su casa tomó a Geraldine por la cintura y la llevó en volandas por todo el salón. Mientras que Larry era un hombre de color corpulento y de considerable masa muscular, su mujer era delgada y de corta estatura. Juntos siempre habían formado una pareja muy bien avenida, pero de apariencia muy contrastada.

—Suéltame Larry —protestó Geraldine entre risas—. ¿Qué sucede para que estés tan alegre esta tarde? ¿Te han nombrado ya rector?

Larry sonrió.

—No... pero casi.

Sí, era cierto que esa idea planeaba en sus pensamientos, sobre todo desde que obtuvo su plaza de profesor en la Universidad y se dio cuenta de que había nacido para aquel mundo. Sabía moverse entre departamentos, coordinar todo género de iniciativas, académicas o deportivas. Él era ambivalente, como un anfibio que sabe cambiar de ambiente sin inmutarse. Con la misma naturalidad se colaba en un partido de baloncesto, robaba la pelota y la «clavaba» en la canasta, que irrumpía en una reunión del decanato, tomaba la palabra, y sugería una política universitaria que convenía a todos. Rompía el hielo en cuanto entraba en una sala de reuniones, y era incluso capaz de darle la vuelta a los representantes sindicales cuando estos se ponían muy pesados en temas de horarios o retribuciones, lo cual le había granjeado muy merecida fama de hábil diplomático dentro del mundo de la política. Sabía que incluso caía simpáticos a sus adversarios académicos. Tenía un don.

Pero lo que no osaba imaginarse es cómo influiría en su carrera el Descubrimiento... la comunicación con una raza alienígena inteligente. Semejante noticia requeriría una cara pública que afrontase y coordinase a medios de comunicación, científicos, políticos... y él sabía cómo hacerlo. Y además se daba cuenta que sobresalía claramente en esa tarea por encima de sus compañeros. Jason no estaba preparado para asumir ese peso. Era buena persona, excelente científico, pero incapaz de soportar la presión, ni mucho menos decir las palabras adecuadas, dosificar los descubrimientos, controlar los tiempos, advertir con suficiente antelación —hacía falta olfato— quién quería robarte la primicia. Pausar tiempos, «eso es vital», se repetía Larry mientras su mente acelerada repasaba lo que debía hacerse. «Crear impases para después realizar la pertinente rueda de prensa... establecer un ritmo». Y mientras, entre bambalinas, exigir aumento de presupuestos públicos, tener a gente redactando anteproyectos, generar todo un movimiento institucional cuya cúspide sería la primera facultad de exociencia del planeta Tierra, y él sería el rector de una Universidad pionera a nivel mundial. Todo un abanico de disciplinas se abría en su mente y él ya las organizaba con su imaginación, incluso sabía quién debía estar al frente de cada facultad. En el centro de ese terremoto estaría por supuesto Manley, asesorado por Jason y por un elenco de científicos... un

grupo de sabios... pero la información debía llegar al comité universitario... Y él estaría al frente. Y mucho ojo con el Gobierno Federal.

Mientras Geraldine hablaba y le contaba las compras que había hecho y cómo le había ido el día, y de algún incidente de Larry junior en el instituto, la mente de Larry viajaba a años luz, imaginando un universo universitario expandiéndose a una velocidad acelerada.

## Capítulo 28

### Al día siguiente

Jason ansiaba una réplica del grupo a la propuesta de Manley.

El comité del Monte Lemmon había quedado en reunirse aquel día, después de un largo fin de semana donde cada cual habría tenido de sopesar los pros y los contras de hacer público el descubrimiento de Manley.

Cuando Jason llegó todos le esperaban ansiosos. Se saludaron sonrientes. Tal vez Manley parecía un poco taciturno, mientras que Darcy tenía aire de pocos amigos... pero solía ser ese su semblante habitual de los lunes. Jeremy, David y Larry parecían extraordinariamente animados. Manley sentía que iba a volcar un jarro de agua fría en la cabeza calenturienta de todos ellos y a Jason parecía que se le había muerto el gato.

—Buenos días, Jason. —Larry se explayaba exultante—. Estábamos aquí charlando, entusiasmados con el proyecto de Manley. Es algo que va a suponer una verdadera revolución para la universidad de Arizona. Crearemos facultades especializadas en exociencia, desde los aspectos sociales a los tecnológicos, pero el hallazgo de vida inteligente más allá de nuestro planeta será todo un hito que creará un flujo de conocimiento formidable...

—Ya lo creo —se apuntó entusiasta Jeremy—. Estoy deseando saber tantas cosas de... esos bichos. Insisto en que conocer sus pautas de conducta sexual puede resultar revolucionario... ¿serán seres bisexuales? Probablemente sean asexuales, con lo feos que son pero...

Darcy hizo un gesto asqueada, como si Jeremy llevara hablando de la misma cuestión desde que había llegado esa mañana al observatorio y se sintiera aburrida de orbitar tanto en torno a la misma idea.

—No le hagas caso a Jeremy, Darcy. Está claro que cada cual buscará en esa civilización lo que quiera buscar —sentenció David—. No te extrañe que haya cientos de miles... que digo, millones de personas, que cambien de religión por la que tengan esos... Moscú, por llamarlos de alguna manera.

Jason bufó. Le parecía un debate de estudiantes de instituto el oír, aunque fuera en broma, semejantes consideraciones. Intervino en la conversación con gesto de enfado.

—La verdad es que estoy bastante contrariado por cómo se ha planteado todo este asunto. Lo primero que he de decir, por enfriar un tanto los ánimos, es que nosotros nos somos ni de lejos, las personas aptas para considerar un tema como el que Manley nos ha presentado.

Murmullos y exclamaciones de protestas generales, salvo de Manley, que permanece en silencio.

—Por supuesto que tengo razón, y lo sabéis. ¿Quiénes somos nosotros? Pues un

grupo de astrofísicos no especialmente brillantes. Por muy difícil que sea nuestra carrera y muy brillante nuestra mente, somos un grupo de personas de conocimientos científicos muy específicos, incapaces de valorar el impacto social, económico, científico... y las consecuencias descabelladas que una comunicación así podrían llevar aparejadas. Hacer pública este contacto sin más me parece de entrada precipitado. Estamos hablando de abrir un canal de comunicación con una civilización muy superior a la nuestra... ¿qué puede surgir de un contacto así?

—Perdona Jason —interrumpió Larry con semblante contrariado—. ¿No estarás sugiriendo que... esto se parece a una especie de colonización dónde el pueblo más avanzado conquista y destruye al menos desarrollado tecnológicamente? Esto no se puede comparar al descubrimiento de América, o a la colonización de África... Están a veinte mil años luz de distancia... y Manley ya ha confirmado que están tan recluidos en su sistema solar como lo estamos nosotros.

—En cierto sentido me temo que sí que puede ser así, Larry, me temo —replicó Jason de inmediato—. No somos sociólogos y no podemos evaluar adecuadamente como puede influir en la sociedad semejante comunicación. ¿Puede apoderarse el caos social y económico de nuestro mundo? Imposible saberlo. Por eso insisto que no somos las personas aptas para considerar esto. Y no quiero ni hablar de tecnologías. El contacto será acaparado por el ejército tarde o temprano y nosotros seremos educadamente puestos de lado. Sobre todo a Manley que rápidamente será apartado, honoríficamente, eso sí, pero apartado. Obviamente, por todo lo que pueda implicar de desarrollo armamentístico copará una parte importantísima de ese canal de comunicación. Inmediatamente todos los países del mundo con una cierta inquietud bélica harán lo posible por emular nuestra comunicación. No me hace la más mínima gracia pensar en la carrera belicista que esto puede involucrar...

Jason concluyó suspirando apesadumbrado.

—El hecho de que hayas vivido los tiempos de la Bahía de Cochinos y los misiles de Cuba no quiere decir que volvamos a esa época Jason —sentenció un tanto irónico Jeremy, aunque nadie sonrió con su broma.

—Aún así las tecnologías que se descubran acabarán redundando en el bienestar de la población... siempre ha sucedido así —Larry volvía al ataque—. Estamos hablando de curar enfermedades, de permitir que la gente viva más tiempo... de mejorar la calidad de vida, de mil descubrimientos que pueden hacer la vida más fácil y agradable. —Daba la impresión de que estaba hablando más para una multitud oculta que para el grupo de viejos colegas de siempre.

Jason replicó convencido.

—No comparto ese optimismo. El progreso ha traído efectivamente muchas mejoras, pero siempre ha venido acompañado de terribles tragedias. El desarrollo de la sociedad industrial ha venido de la mano de guerras cada vez más virulentas y amenazas más peligrosas. Y lo que me preocupa es el caudal de información que se va a generar. En el último siglo la humanidad está avanzado a un ritmo tan rápido que



las personas ni siquiera tienen tiempo de asimilar un invento antes del siguiente. ¿Qué pasará si esta civilización multiplica nuestro ritmo de progreso? Actualmente apenas se tiene tiempo de realizar ningún género de debate ético sobre los avances científicos, se mira hacia delante sin pensar qué sociedad y qué valores queremos para ella. La Ciencia se abre camino a través de la Historia pero no sabemos a qué lugar nos lleva. Este descubrimiento... ¿a dónde nos puede llevar?

—Por favor Jason —terció Jeremy— hablas como mi abuelo. Ética, moral... parece el Antiguo Régimen antes de perecer guillotinado por la revolución.

Jeremy nunca había hablado tan enardecido. Siempre era el joven chistoso del grupo, pero ahora empezaba a hacerse evidente por sus objeciones a los argumentos de Jason, que hablaba por convicción propia, como si fuera aquel descubrimiento algo que trascendiera de él mismo, una convicción sagrada que no podía ser sacrificada por ninguna razón.

Su vehemencia hizo que todos se callaran, sorprendidos.

—¿Qué piensas Darcy? —preguntó finalmente Manley que llevaba con gesto sombrío toda la reunión.

Darcy estaba tamborileando con las uñas sobre la mesa de formica. Hizo una mueca con la boca antes de contestar. Llevaba un chaleco rojo que ocultaba una blusa, también de manga corta. Su pelo rubio contrastaba con el pintalabios rojo explosivo. Manley la juzgaba tan guapa que se sentía impresionado.

—Por muchas razones me encantaría sentirme en el centro del mundo haciendo público un anuncio como ése desde este puñetero monte en mitad del desierto. Estoy harta de mi trabajo de investigación que tiene más de burócrata o de bibliotecaria que de descubrir algo verdaderamente importante. Siempre pensé que rebuscar en el cielo a través de un potente telescopio se asemejaba a un explorador que descubre nuevas fronteras. Echo en falta el misterio, las preguntas, el riesgo... Salvo Manley ninguno de nosotros está haciendo nada verdaderamente importante. Nuestra vida está llena de rutina, rutina con erre mayúscula, por si no lo habéis notado. Todos nos sentimos un poco «nada» en este sitio que llamamos el sumidero. ¿Verdad David? El único que está aquí, pero que «no está» realmente, si me entendéis lo que quiero decir, es Larry, que le tiene echado el ojo a la carrera político-académica de la universidad y eso es lo que le mantiene entretenido... pero el resto...

Jeremy asentía sonriente a las palabras de Darcy. Se identificaba con ese pensamiento. Darcy siguió hablando con la vista clavada en la mesa.

—En fin... que me encantaría dar con la puerta en las narices a la vida y decirle, «mira, me van a permitir participar en el mayor descubrimiento en la historia de la Humanidad»... y sin embargo hay algo en mi cabeza que me advierte, me avisa, me previene... algo que me da un miedo que no puedo identificar. En cierto sentido son como las palabras que ha dicho Jason. Este tema nos viene grande... infinitamente grande. ¡A saber qué locura se va a desencadenar a expensas de esa comunicación! Llevo dos días teniendo pesadillas con Moscus. Mi sentido de la realidad ha variado

por completo... y no estoy segura de si eso ha sido bueno o malo... y eso ya de por sí me resulta inquietante.

Jeremy la miró escamado.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó— ¿Crees que debemos callarnos el mayor descubrimiento que ha hecho la humanidad en toda su historia? De hecho considerad esto. A partir de este momento empieza otro nivel de la historia. Se dirá año cero para referirse a este contacto... Pensadlo bien.

—Si no lo divulgamos nosotros tarde o temprano habrá otro que lo haga —dijo con apatía David, buscando dar con su indiferencia, más rotundidad a su aseveración.

—¡Exacto! —exclamó como colofón Larry.

—Antes ya ha habido intentos por frenar a la Ciencia cuando se consideraba que «peligraba» el orden establecido —Jeremy volvía a la carga—. ¿Qué vamos a hacer nosotros? ¿Frenar el progreso otra vez... una especie de órgano censor inquisitorial, y decidir qué conviene o qué no?

—No es tan sencillo Jeremy, y tranquilízate muchacho —Jason intervino para aplacar un tanto a Jeremy, cuyo rostro se había sonrojado por la rotundidad con la que había intervenido—. Hasta ahora el progreso siempre había sido un proceso endogámico... era la humanidad la que construía ladrillo a ladrillo su edificio científico... y a pesar de eso se han cometido errores y a menudo ha entrañado peligros. Ahora estamos hablando de adquirir edificios enteros de conocimiento que no sabemos ni para lo que sirven, ni de las consecuencias que puede tener para nuestra sociedad y nuestro mundo. En la actualidad estamos convulsionados por una molécula, el CO<sub>2</sub>, que muchos creen puede alterar negativamente la continuación de la vida y la civilización en nuestro mundo... ¿y hablamos de «contaminarnos», dicho esto entre comillas, con cientos de tecnologías cuyos efectos desconocemos?

—Ah Jason... tus teorías alarmistas... el conocimiento ha traído bienestar y esperanza de vida. Gracias a él existen vacunas, curas a enfermedades antes mortales, la revolución verde... —Larry intervino conciliador, con su voz modulada y suave parecía disolver las preocupaciones de Jason como si fuera una persona neurótica que ha olvidado la toma de su medicación. Cada uno de los postulantes a favor de la divulgación del contacto utilizaba armas dialécticas distintas.

Finalmente se hizo el silencio. Larry puso palabras a lo que más de uno consideraba entonces. Las miradas estaban pendientes de Manley. De su postura podía surgir o bien un posible empate o bien dar la victoria a los postores de la divulgación del contacto. Larry se dirigió hacia él.

—Bueno Manley. Eres tú el único que no ha dicho nada. Me imagino que estarás por la idea de divulgar el descubrimiento. Creo que ya he pensado en la manera de hacerlo. Debemos tomar una serie de precauciones para que no nos pisoteen ni otros observatorios, ni universidades... y por supuesto, el Gobierno. Esa debería ser nuestra próxima prioridad; decidir cómo llevar este asunto. Tengo experiencia en relaciones institucionales y...

—Perdona Larry. Pero me parece que tus consideraciones resultan prematuras. Veréis. Dejad que os diga lo que pienso. —Manley suspiró, como para tomar fuerzas antes de proseguir, aunque su aspecto denotaba cierto abatimiento—. Siempre hemos abordado el asunto alienígena bajo los premisas que nos ha dado el cine y..., por otro lado tenemos las teorías de la conspiración. El cine, en general, nos ha mostrado especies invasoras, agresivas. Decir «Alienígena» suponía pensar en enemigos físicos, invasores, con los que combatimos para salvar nuestro mundo... aunque existen excepciones a esto, claro está. Pero en general no había otra consideración más que la bélica, quizás porque sea la más taquillera. Las teorías de la conspiración nos hablan de OVNIs, de alienígenas que ya están aquí, que nos estudian, nos gobiernan para bien o para mal, o incluso nos ayudan veladamente desde la sombra tras la que se esconden, obedeciendo un pacto galáctico que desconocemos por el cual las razas más inteligentes no pueden inmiscuirse en la historia de las culturas más retrasadas, como sería la nuestra. Ya sabéis como es ese mundo de lo *conspiranoico*. Existen teorías para todos los gustos. Pues bien... es posible que la realidad esté a caballo de ambos extremos. No creo que hayamos topado con una raza agresiva, pero tampoco creo que el contacto sea inocuo en absoluto... considero más bien que se desencadenaría un efecto que yo denominaría de «agresión involuntaria». Es un efecto que no podemos ponderar pero podría ser traumático de una manera que tal vez ni sospechamos. La verdad es que esta conclusión, las enormes incertidumbres que se generan, me tiene profundamente abatido. ¿Puede desencadenarse violencia o caos a partir de la divulgación del Contacto? Es algo que cuando emprendí este proyecto no se me había ocurrido tener en cuenta. Estaba tan centrado en la posibilidad técnica, en el cómo, que nunca me paré a pensar en otras variables. Sin embargo ahora que he llegado a este punto he de reconocer que siento algo de vértigo. Esto es lo que hay.

Todos se quedaron estupefactos ante estas palabras, mirándose unos a otros con cara atónita, incluso con enfado en el caso de Jeremy que no cesaba de protestar la argumentación final de Manley. David dejó su rostro hundido, apoyado en su mano derecha, como incrédulo ante el veredicto final. Larry negaba con la cabeza. Jason seguía la figura de Manley, que abandonaba la sala de reuniones, con la boca abierta, incrédulo. Jeremy finalmente se silenció. Su rostro estaba colorado como la grana, sus mandíbulas cerradas con fuerza, su mirada fija en la mesa mostraba una resolución iracunda.

Manley chasqueó los dedos, tomó su anorak, y abandonó la reunión. Darcy estuvo a punto de salir corriendo tras el joven astrofísico, pero finalmente se quedó clavada en su asiento, tan desconcertada por ese impulso como por las palabras de Manley.

## Capítulo 29

### La madrugada siguiente

No se podía creer la hora que era. Las seis de la mañana y el teléfono móvil no paraba de vibrar en su mesa de noche. Manley se giró de mala gana en la cama dispuesto a apagar el maldito aparato. Cuando vio que el que insistía en llamarle era Jason se lo pensó un segundo y acabó descolgando con un profundo sentimiento de fastidio. Su voz sonó ronca al gemir un murmullo ininteligible de saludo.

—Manley, vístete corriendo. Tenemos que reunirnos urgentemente, cuanto antes... es importante. ¿Dónde tienes tu invento del demonio?

—¿Qué pasa Jason? ¿Me tengo que preocupar?

—Dime ¿dónde tienes tu dichoso decodificador marciano?... —Jason insistía—  
¿en el observatorio?

—Sí, está allí arriba...

—Pues voy a buscarte a tu casa. Vístete cuanto antes. Tenemos que vernos... hay que parar esto cuanto antes.

—Parar... ¿parar el qué? —Manley había conseguido abrir su ojo izquierdo.

—¡El video!... el dichoso video... se ha hecho viral.

Y Jason colgó.

\* \* \*

Jason giró su coche en la esquina con exceso de velocidad, haciendo chirriar ligeramente las ruedas. Manley pensó que seguramente el veterano astrónomo nunca había sometido su vieja rubia a tan despiadados trotes.

Cuando se subió al automóvil Jason apenas murmuró un saludo. Aceleró rápido y condujo en busca de la carretera camino del observatorio.

—¿Cabrás en este vehículo?

—¿El qué? —A Manley le habría gustado ser capaz de sonreír, pero se sentía de pésimo humor. No le gustaba el frío, y se sentía helado.

—¿Qué va a ser?, Manley, despierta... ¡tu decodificador estelar! ¿Cabrás aquí?

Manley echó un vistazo a la parte posterior de la carlinga y valoró que sí, que no costaría mucho meter la parte principal que era el colector de rayos cósmicos allí.

—Y ahora con calma, puesto que tenemos tiempo, cuéntame qué ha pasado —insistió Manley.

—No sé quien ha sido... pero descarto a Larry porque él nunca juega sucio. De David podría esperarme alguna jugada... pero me cuesta creer que se meta en un enredo como este. No es su estilo. Sólo me queda pensar en Jeremy... porque a ti te tengo descartado. Y la verdad es que la fechoría tiene su firma, sin duda.

—¿Jeremy? ¿Qué ha hecho Jeremy?

—Nos grabó, Manley... nos grabó en la primera reunión...

—Pero...

—Sí, al parecer había dejado su móvil en algún estante del fondo de la sala de reuniones, enfocando a la mesa y grabando vídeo. Como estaba fijo y no se le ocurrió pensar que ibas a utilizar el proyector, la captura de imagen no abarcaba la pantalla, ¡a Dios gracias! Pero se ve toda la reunión, perfectamente, lo que dice cada uno... y después, cuando activas la comunicación con Moscus se aprecia perfectamente la reacción del grupo, la gente asustada, los comentarios... ¡todo!

—Es terrible... —Manley estaba absorto pensando en las consecuencias—. ¿Tendrá credibilidad un video así?

—Sí... muchos pensarán que se trata de un montaje... pero ya hay gente que nos conoce y se da cuenta que muy difícilmente se trataría de algo así. Tengo colegas que me han visto por casualidad y que me ha llamado de inmediato para confirmar que se trataba de una broma... pero se les notaba preocupados. No les he dado ninguna explicación convincente y me imagino que cuando consulten a Larry y David no van a negar en redondo lo que parece a todas luces que es el vídeo. Al principio pensé en dejar pasar el tema... pero he sido incapaz de dormir. Cuando me levanté insomne a echar un vistazo al video descubrí que ya va por millones de reproducciones, y eso que está colgado desde sólo ayer tarde... He pasado la madrugada viendo aumentar el contador de visitas hasta que me harté y te llamé. Hay que hacer algo. Es un video demasiado realista, Manley... y es muy probable que los medios de comunicación se intenten poner en contacto con nosotros.

Manley suspiró.

—Ah... ¡es algo horrible! —prosiguió Jason, mientras maniobraba y tomaba la carretera que les llevaba hacia las montañas. El cielo de la madrugada empezaba a clarear en un albur pálido y frío—. Viendo la reacción nuestra al aparecer Moscus, que como te digo, afortunadamente no se le ve en el video... se comprende de inmediato que no es teatro. Cualquiera que nos conozca lo sabe. Sólo hay que ver la reacción de David brincando hacia atrás, Darcy... yo mismo... He visualizado el video y ha resultado por completo desagradable, especialmente cuando se oía el hablar al alienígena, ¡qué sonido tan... extraterrestre!... es una vibración desagradable.

Se quedaron en silencio un rato. Manley se desperezaba aún. Jason estaba furibundo.

—¡Por Dios Manley!

—¡¿Qué?!

—¡Ya podías haber contactado con una criatura de aspecto más angelical! —Jasón terminó su protesta con varios exabruptos.

\* \* \*

El trabajo de desmontaje del soporte de colector de rayos fue arduo y pesado, pero en dos horas habían dejado todo en el coche, junto con los equipos informáticos de apoyo donde se encontraba el decodificador. No había nadie en el observatorio cuando llegaron ni tampoco cuando se fueron. Sin embargo durante el descenso hacia Tucson, en uno de los meandros de la carretera se cruzaron con varios coches.

Jason parecía un tanto más tranquilo. Puso un cedé en el lector del coche y una música de los años setenta y rítmica empezó a sonar.

—*Papa was a rolling stone*, de *The Temptations*... de la *Motown*, es una banda sonora apropiada para este momento, ¿no crees? —preguntó Jason con un humor al que Manley consideró mejor no replicar, e inconscientemente movió la cabeza al ritmo de los platillos de la batería.

—¿No era ese el coche de Jeremy? —preguntó receloso Manley al observar el coche con el que se cruzaron fugazmente.

—Un coche rojo, pequeño... pudiera ser, no me he fijado. Lo que sí me ha parecido ver era la furgoneta de la televisión local justo detrás de él.

Manley estaba por completo despierto. De hecho su ánimo era muy próximo al enfado. Al ver pasar a Jeremy fugazmente sintió que su sangre hervía en las venas.

—Ese cabrón de Jeremy —murmuró.

—No conoces bien a Jeremy. Es un bromista y un guasón... —explicó Jason— pero bajo esa piel inocentona de oveja vive un auténtico idealista, o radical, según prefieras. Jeremy es un *conspiranoico nato*. Sencillamente: no dejaría pasar una oportunidad de sacar a la luz algo que un grupo de personas desinteresadas pero responsables quisiera ocultar a la opinión pública, por muy loables que fueran nuestras intenciones.

—La verdad ante todo, ¿no?

—La verdad... cueste lo que cueste, pase lo que pase.

—Pero debería haberse atenido al resultado de la votación... haber esperado a un nuevo encuentro y plantear sus objeciones... Hablar, debatir.

—Ha decidido emprender la guerra por su cuenta y por sus propios medios. Llevaba tiempo dándole vueltas a la cabeza a este descubrimiento. Tiene el cerebro a mil por hora. Y me temo que ha tomado una extraordinaria ventaja. Vamos a ver qué podemos hacer o decir ahora. Digamos la excusa que digamos él la negará como mínimo, y Larry y David no van a mentir nunca abiertamente para ocultar el contacto. De momento lo más prudente es esconder este artilugio... Y por cierto Manley... ¿Dónde vamos? ¿Dónde escondemos tu artilugio del demonio?

Manley pareció dudar, finalmente miró a Jason y le dio una dirección. Hacia allí se dirigieron. Se trataba de un pequeño hangar en las afueras de la ciudad. El viaje transcurrió en un tenso silencio. Por más que lo intentaban los dos escrutaban el futuro pero les parecía por completo impredecible.

—Es allí —señaló Manley al fin.

—Caramba Manley... ¿Y esta nave industrial?

—Mis patrocinadores cubren gastos accesorios.

Manley se bajó del coche y abrió un candado. Después empujó una verja de alambre en forma de celdas hexagonales mientras una polvareda enorme se elevaba conforme la arrastraba. Una vez entró el vehículo hizo la operación contraria y cerró con candado.

El hangar, en penumbras, dejaba adivinar que estaba desaprovechado en gran parte, pues se encontraba casi totalmente vacío. Los ventanales impregnados de polvo dejaban pasar al trasluz de la mañana escasos rayos que iluminaban aquí y allá algunas mesas de trabajo, equipos informáticos, y unas estructuras metálicas que a Jason le recordaba vagamente al colector cósmico que acababan de descargar del coche. Aquel ambiente se le antojó a Jason irreal, misterioso, el preludio de algo mucho más grande que aún quedaba por llegar. Mientras Manley se entretenía en uno de los equipos, Jason observaba el escenario irreal, que le hacía sentir como el descubridor de una ancestral recinto sagrado que ya barrunta sus más ocultos misterios.

—¡Jason! ¡Ven aquí!

Manley le llamaba desde una de las mesas. La pantalla encendida de un ordenador iluminaba el rostro animado del astrofísico y lo mantenía por completo hipnotizado.

—¿Qué sucede? —Jason se colocó al lado del joven mientras observaba una pantalla llena de ceros. De pronto apareció un uno que se multiplicó avanzando y comiéndose progresivamente todos los ceros. Tras unos segundos un nuevo cero empezó a comerse a los unos. Era una secuencia de ceros y unos alternos que se generaba indefinidamente y que recorrían la pantalla línea a línea. Jason iba a preguntar cuando Manley se le adelantó.

—¡Tengo otro! ¡Es otro, Jason! —Manley se sosegó finalmente y se explicó—. Es otro entrelazamiento... un espín de un electrón alfa atrapado en mi trampa de rayos cósmicos que cambia de sentido de giro inesperadamente y al que yo obligo al cabo de un segundo a tomar su giro original. Lo que ves ahí es la señal de reconocimiento. Ellos le dan un valor al espín que se traduce en ceros. Mi ordenador, aquí, al cabo de unos segundos, le devuelve la señal de escucha haciendo cambiar el valor de espín de la partícula entrelazada, y eso se traduce en un uno. La teleportación cuántica altera el electrón beta simultáneamente a veinte o cuarenta o mil años luz de distancia, allá donde esté esa partícula. Es comunicación simultánea Jason.

—Es lenguaje binario... —dijo pensativo Jason en voz alta.

Jason suspiró antes de atreverse a preguntar

—¿Quieres decir que es otro Moscus?

—¿Otro Moscus?... ¡No!... claro que no. Por supuesto que es otro contacto, pero completamente diferente, es otro ser inteligente, otra civilización, otro planeta... no hay duda. ¿De dónde? ¿Quién? Ya habrá tiempo de averiguarlo

—Pero eso es asombroso... —Jason necesitaba un sitio para sentarse. Una sensación de mareo le estaba afectando. No sabía si había dicho algo realmente o simplemente lo había pensado. Se sentía confundido.

—¿Quieres... quieres decir que ya tienes un segundo contacto con otra civilización extraterrestre?

—¿Segundo contacto? —preguntó Manley sonriente— ¿Qué crees que tengo en esta nave Jason?

De pronto Jason comprendió. Su intuición se materializó de pronto. Intentó contar las mesas de trabajo. Los aparatos de recolección y manipulación de rayos cósmicos, ordenadamente alineados uno junto a otro.

—Tengo seis contactos establecidos... —interrumpió Manley, cuando se dio cuenta de que Jason intentaba hacerse una idea exacta— además de éste último que acabo de verificar pero con el cual aún no existe conexión de comunicación. Pero en cuanto pueda dedicar un poco de tiempo la conexión será establecida, sin duda, y pondré un decodificador asociado a la señal... y entonces podremos hablar con quien sea.

—Seis... por Dios.

—Si Jason. Te los presentaré brevemente. Es posible que no estén disponibles. No siempre uno puede atender una llamada telefónica, por muy intergaláctica que sea la línea.

Manley se dirigió orgulloso a un primer monitor. Lo activó moviendo el ratón y activó rápidamente uno de los controles disponibles. La imagen se difuminó y en seguida apareció un ser de rostro blanco como la nieve, de rasgos etéreos, casi indiscernibles. Sus ojos ovalados que parecían espejos, boca pequeña, extrañas protuberancias alargadas en la cabeza de aspecto liviano y estética delicada. Su pequeña boca dejaba ver una lengua rosada que creaba un curioso contraste con la blancura de su piel... que no era tal. El recubrimiento externo de aquel ser parecía ser rígido a la par que delicado, como si fuera un fino cristal de murano. Cuando habló un sonido femenino y armonioso, casi cantarín, llegó a los oídos de Jason. Manley le ofreció una silla justo a tiempo de impedir que las temblorosas piernas de su compañero dejaran de sostenerlo. La pantalla de subtítulo fluía a la par que la voz de aquel ser raro pero hermoso llegaba hasta ellos.

—Saludos venturosos humanos. Observo Manley que estás acompañado por un congénere... Me atrevería a decir que tiene un aspecto afectado. ¿Enfermo?

—Sí Kler. Ya te advertí que mis congéneres podrían tener dificultades en asimilar este contacto.

—Lo entiendo y lo asimilo convenientemente, mi estimado amigo humano —aseguró Kler.

Jason parecía tener dificultades para respirar y en ocasiones apoyaba los brazos sobre la mesa y dejaba caer la cabeza entre ambos para facilitar la circulación sanguínea en la parte superior del cuerpo. Se sentía a punto de desmayarse.



—Kler, cuéntale a mi amigo Jason desde dónde nos hablas. Recuerda el mapa galáctico que te facilité, por favor —inquirió Manley.

—Por supuesto amigo. Nuestra raza autodenominada Quedantiana, se halla en el extrarradio galáctico, cerca de lo que denomináis la Gran Nube de Magallanes.

—Dios mío —murmuró Jason que no creía lo que estaba leyendo en la pantalla.

—Jason, al igual que yo, es astrofísico. Tal vez por eso el comprender que estamos en comunicación directa con un ser inteligente a una distancia tan... extraordinaria le da vértigo.

—Lo comprendo Jason. Nuestra raza también sufrió en su día cuando se produjo el primer contacto, de eso ya un notable tiempo atrás. Comprendo que obres con prudencia y mesura.

—Dinos algo más de ti Kler... ¿a qué te dedicas? Es para que Jason lo sepa.

—Por supuesto. Soy una cuidadora de infantes. Nuestra raza dedica una muy especial atención a las crías de nuestra especie en sus primeros diez años de vida. Soy especialista en atención infantil en nuestras superguarderías de cuidado de menores.

—Bueno Kler... debo seguir hablando con mi compañero. Ya ves que le cuesta asumir esta comunicación. Necesita descanso. Te deseo un próspero día Kler.

—Igualmente Manley y Jason. Que tengáis un agradable fin de ciclo.

La pantalla ennegreció.

Jason no dejaba de gemir. Cada vez que intentaba levantar la cabeza debía de nuevo inclinarse hacia las rodillas, sobre las que apoyaba los antebrazos. Se sentía débil y mareado, en estado de shock.

—Al menos esta criatura es visualmente más agradable... —musitó.

—Sí, lástima que Jeremy tuviera que descubrir a Moscus. Si no habría optado por Kler... o también por Aleiouli que es un ser de lo más simpático...

—Me imagino que ese bicho, Moscus, es el más horrible de cuantos has... contactado.

—Oh... no por favor. Hay algunos que me... resultan muy desagradables. A fin de cuentas Moscus... no sé... tiene la piel seca, ojos... yo que sé. Te aseguro que algunas razas resultan... repulsivas de verdad.

Jason se sofocó y Manley se alejó y regresó en pocos minutos. Le acercaba un vaso de agua fresca con azúcar que Jason bebió de un trago. Finalmente fue capaz de incorporarse y sentarse apoyándose en el respaldo de su asiento.

—Vamos a ver Manley. Lo que no entiendo es cómo es posible que toda una civilización como la Que... Que...

—Quedantiana —completó Manley.

—Eso... toda una civilización que se supone al menos tan avanzada como la nuestra, pone al frente de un dispositivo de comunicación intergaláctica... ¡a una niñera! Me... me... ¿me puedes explicar eso? —el estupor en Jason le provocó tartamudez.

Manley sonrió un tanto despreocupado.

—Bueno... eso es porque no llegamos a hablar mucho más con Moscus. Si se lo hubieras preguntado te hubiera resultado curiosa su respuesta. Trabaja en la construcción.

—¿Moscus? Algo así como ingeniero... o arquitecto tal vez...

—No, no me entiendes. Obrero de la construcción.

Jason se quedó aún más desconcertado.

—¿Qué significa eso Manley? Estoy volviéndome loco. ¿Qué sentido tiene eso? ¿Dispositivos de comunicación intergaláctica en manos de niñeras y obreros?

—Sí... yo creo... tener una teoría al respecto... pero no estoy seguro y no te la voy a contar porque te veo alterado y lo último que necesitas es llevarte una impresión más. ¿Qué le vas a decir a Miriam? En fin... de todas formas es una conjetura. También me he comunicado con especies representadas por científicos... En ese monitor está la raza Sepus.

Jason miró en esa dirección y observó un monitor apagado pero frente al cual reaccionó como si fuera un ser dotado de vida y resultara peligroso, y se apartó de él un tanto y extendió la mano en un acto reflejo, como de protección.

—Relájate Jason. Esto es como hablar por teléfono. Piensa que por muy desagradable que resulte, son seres que están a decenas de miles de años luz de nosotros... ¡decenas de miles! Piénsalo.

—Por favor Manley, no me recuerdes más eso. —Jason parecía enfadarse, aunque Manley no sabía si era con él o consigo mismo.

Jason se enjuagó el sudor que perlaba su frente con un pañuelo que extrajo del bolsillo. Parecía estar concibiendo una idea.

—Ah Manley. Esto es un verdadero shock. Me doy cuenta de que para mí todo ha cambiado. No sé qué implicaciones tiene ahora mismo, pero siento que dentro de mí algo ha cambiado irremisiblemente... y no sólo yo... todo lo que me rodea. No sé si es que se ha derrumbado algo en mi interior o es al revés... una percepción del mundo, el sistema solar, la vida, de todo... que se ha trastocado... Nunca he renegado de la existencia de Dios... ¿pero esto? Esto lo pone todo bocabajo. Lo entiendo todo de una forma nueva Manley —Jason fijó la vista en Manley—. Y no estoy seguro de si esa nueva visión de todo me gusta más o menos que la que tenía antes. Y esa duda me resulta en extremo desagradable.

—Ánimo Jason. Todo es para bien. Vamos a hablar con Siszis. No es que se llame así. Su nombre es impronunciable para nosotros pero dicho como lo digo yo es como más se parece.

Desplazaron las sillas hacia el monitor que indicaba Manley.

—Espera Manley. Quiero estar preparado y no poner una cara de espanto como la que puse cuando conocí a Moscus. Este bicho... ¿cómo es exactamente?

Manley sonrió tranquilizador. Parecía que los papeles estaban invertidos, el veterano parecía el novato. Se dio cuenta de que estaba disfrutando de la situación.

—Tranquilo Jason. Este no es de los desagradables... es de los raros más bien.

Jason meneó la cabeza. Se decían científicos, pero aquella conversación le parecía la de dos niños en el patio del colegio cuando intercambian cromos.

Manley activó la pantalla en cuestión. Jason tuvo ocasión de fijarse un tanto mejor en la interfaz que parecía un tanto sofisticada, pero su joven compañero rápidamente activó el botón de contacto y la pantalla del programa de comunicación se desvaneció. En su lugar apareció un escenario etéreo, de color azul turquesa que se degradaba hacia un tono más oscuro en la parte inferior de la imagen. En un primer lugar Jason no supo cómo interpretar. ¿Era una superficie desenfocada? Pero sin embargo se intuía algún género de movimiento, de oscilación. Finalmente terminó por comprender. Se trataba de un medio acuoso, más o menos denso, pues tenía más consistencia que el agua a juzgar por las oscilaciones aceitosas que se producían. Cuando Jason empezó a impacientarse Manley le tranquilizó.

—Sizis siempre tarda en aparecer... pero acude a la llamada.

Y efectivamente. Al cabo de unos segundos una figura fantasmal apareció flotando por uno de los laterales de la pantalla y se situó de tal manera que Manley y Jason podían observar su cuerpo alargado, esbelto y... Jason no sabría cómo calificarlo, hidrodinámico quizás, oscilaba elegantemente a fin de desplazarse flotando conforme a su voluntad. De improviso dos largos brazos, delgados, como estrechos filamentos, se separaron de ambos costados y se extendieron hacia la pantalla. Evidentemente Sizis estaba manipulando algo.

—Está tecleando —explicó Manley—. Los Sepus tienen capacidades telepáticas, pero resultan inoperativas para nuestro código estelar. Se ven obligados a escribir. Sin embargo nosotros podemos seguir hablando. El software hace posible la codificación y la traducción simultánea y el subtulado en su monitor.

—Hola seres secos. Un placer percibir de nuevo tu presencia Manley.

Era raro no tener ningún sonido asociado a la «voz» de aquel ser, consideró Jason, para inmediatamente después pensar en lo rápido que había adquirido «costumbres» y «expectativas» en sus diálogos interestelares.

—Hola Sizis —saludó Manley.

—Hola Sizis —saludó igualmente Jason que ya estaba más repuesto y al que la presentación de un científico había logrado sacudirle el estado de estupor—. Mi nombre es Jason. Al igual que Manley, mi amigo, soy astrofísico —su voz temblaba, reconoció Jason con fastidio.

—Hola Jason. Manley me ha explicado vuestra ocupación. Esa es una labor o un trabajo que no tenemos en nuestra especie. Vivimos en un medio acuático y la atmósfera más allá del mismo nos supone un medio hostil. Nunca miramos al cielo seco.

—Me imagino que tendréis medios para poder salir al exterior de vuestro mar.

—Sí... pero nunca nos ha interesado demasiado. Además los territorios secos pertenecían a otra raza inteligente de nuestro planeta... los Esculutum, una raza un tanto bárbara y belicosa que no cesaba de causar molestias.

—¿Hablas de ellos en pasado? —interrogó Jason— ¿Tuvisteis algún conflicto con ellos?

—¿Conflicto? No, mi raza es muy pacífica. —De pronto el color de la piel de aquel ser delgado y con forma de pez alteró su color, y un gris pálido se transformó rápidamente en varios tonos rosas y naranjas que alternaron entre sí rápidamente.

—Caramba —musitó Manley— esos cambios de color... significa que se está riendo. Me lo explicó cuando nos conocimos.

—¿Qué les pasó a los Esculutum, Siszis? —preguntó Jason lleno de curiosidad, aún sabiendo que tenía mucho interés en otro género de preguntas, como fuentes energéticas, grado de desarrollo en cualquier género de tecnología y cien preguntas más que iban y venían por su aturullado cerebro.

—Los Esculutum eran gente seca muy agresiva que todo el día peleaba entre ellos. Contaminaban mares y destruían el litoral. Constantemente teníamos que pedirles que respetaran los mares en los que habitamos. Finalmente un día dejaron de hablarnos y callaron. Observamos que la superficie seca estaba llena de radioactividad y el cielo se había ennegrecido. Una lástima porque manteníamos un fluido intercambio comercial y tecnológico con ellos —De nuevo se produjo un violento cambio de colores en Siszis, esta vez entre verde y azul, que cuando Jason buscó la mirada de Manley buscando una explicación este arqueó los hombros indicando que la desconocía. Siszis prosiguió su explicación—. Gracias a ellos tenemos el código estelar y podemos hablar contigo Manley.

—¿Somos la única raza con la que os comunicáis, Siszis? —preguntó Jason perplejo.

De nuevo diferentes cambios de colores, violetas, rojos, verdes... finalmente se estabilizó en el gris pálido inicial.

—Lo ignoro Manley. Mi ser cuenta con este comunicador pero ignoro si otros como yo poseen comunicadores. Es posible que sí... puesto que yo conseguí éste.

—Pero... pero... ¿no lo sabes? Es decir... —de nuevo Jason parecía sentirse estupefacto— vuestra raza no tiene curiosidad en saber o en comunicarse con otras razas inteligentes, en intercambiar ideas y conocimientos, en hablar...

—Eso es lo que estamos haciendo ahora mismo. De todas formas ya hemos tenido contacto desde hace milenios con otras razas inteligentes y no nos parece algo realmente importante. Estábamos acostumbrados a tratar con los Esculutum. Eran nuestros vecinos con los que compartíamos planeta, y no estoy seguro de que su presencia fuera una ayuda. De hecho muchos creemos que ahora que no están la vida en los océanos de Varea es mucho más agradable y limpia.

El color de Siszis derivó hacia un azul turquesa que casi lo volvió invisible a ojos de los humanos. Su contorno oscilaba a merced de las corrientes oceánicas. La conversación terminó al cabo de pocos minutos sin que Jason fuera capaz de hacer una pregunta concreta sobre lo que le había interesado. Comprendía que la mentalidad de Siszis era tan completamente diferente a la humana que se sentía como

si de pronto, al estar andando por una calle, hubiera tropezado con un cristal invisible que le impedía seguir. Le costaba comprender aquello.

Manley sonreía de oreja a oreja.

—Fíjate Jason...

Manley había elevado su mano para obstruir un rayo de luz que se filtraba por un ventanal roto del hangar. El rayo se paseaba por entre los dedos de Manley, como si éste quisiera atraparlo.

—Están aquí, Jason, las señales... —Manley miraba sus dedos jugueteando con el haz de luz— el Universo está lleno de vida inteligente hablándonos... sólo que nosotros no sabíamos escuchar.

Y Jason extendió la palma de su mano hacia la luz, y sintió su caricia tibia... pero sin embargo, al saber lo que tal vez ese rayo podría contener allí, disimulado inofensivamente, miles, millones de partículas, y quizás alguna de ellas estuviera entrelazada, no pudo evitar un profundo sentimiento de inquietud. Cerró el puño... y apartó la mano de nuevo hacia las tinieblas.

## Capítulo 30

### Los días siguientes

Las cadenas locales se habían hecho eco de la noticia colgada en internet. Saber que se trataba de profesores y científicos de la Universidad de Arizona, con nombre y apellidos, y que uno de los participantes insistía contumazmente en la veracidad de la grabación hizo que las pequeñas cadenas que no tenían muchos escrúpulos en meter la pata pero sí mucha audiencia que ganar, se volcarán en transmitir la noticia una y otra vez. Sin embargo, por más que insistieron, ninguno de los científicos que eran requeridos se prestó a colaborar o a ratificar las declaraciones de Jeremy, y se negaban a ser entrevistados por las cadenas, contribuyendo a crear la sensación de que todo aquel lío era más una broma que algo serio.

Manley miraba el televisor cada vez más cabreado, en particular con Jeremy. Se movía en su sala de estar mientras escuchaba las noticias como una fiera hambrienta encerrada en su jaula. Se sentía traicionado. Había confiado en el grupo para tener un medio de debate, y de buenas a primeras uno de sus integrantes no había correspondido a su gesto. ¿Qué sería ahora de su proyecto? Había entrado en barrena y se convertía en un espectáculo de masas. Todo tipo de zumbados y teóricos de la conspiración ya pululaban en torno a Jeremy y seguramente se habría convertido en un show basura de no haber empezado a explicar éste su técnica del entrelazamiento. Eso derivó durante unos días la conversación hacia temas más científicos y alguna cadena nacional llegó a comentar el tema en su sección científica todo etiquetado bajo un gran interrogante. De pronto el asunto quedó completamente olvidado. Durante todo un fin de semana no hubo más noticias al respecto y el móvil de Manley dejó de sonar. Había pasado la tormenta.

Entonces Manley regresó al observatorio.

Parecía que había sido un lunes en el que todos tuvieron la misma idea, pues se intuía de alguna forma que las aguas habían regresado a su cauce y todos ansiaban la normalidad y la rutina, si tal cosa era ya posible.

De hecho estaban todos en la sala de reuniones cuando entró Manley como una exhalación y antes de que nadie pudiera contenerle se abalanzó sobre Jeremy, que sorbía un café caliente, y le estampó un puñetazo en la cara con un derechazo tan rápido como contundente. Jeremy rodó por el suelo entre restos de café y pedazos de taza color rojo.

Larry reaccionó entonces y aplacó a Manley que parecía que iba a patear lo que quedaba de Jeremy sin contemplación alguna. Manley quedó por completo inmovilizado, su semblante rojo como la grana y los dientes apretados. Era pura rabia.

—¿Pero a ti qué te pasa? —gritó Jeremy que se había puesto a la defensiva.

Darcy le estaba atendiendo mientras Jason y David se interponían delante de Manley al que se le veía congestionado y con el rostro lleno de ira. No dejaba de llamar «capullo» y otras lindezas a Jeremy.

—Por favor, Darcy, acompaña a Jeremy al aparcamiento. Será mejor que se vaya a su casa a descansar por hoy... —terció Jason— así tendremos la fiesta en paz.

Y una vez que Jeremy desapareció acompañado por Darcy, Manley pareció entrar en razón, aunque no dejaba de insultar a Jeremy en todo momento.

—Caballeros, ya está bien, un poco de orden. Sería bueno serenar los ánimos y pensar con claridad qué debemos hacer a continuación.

Se estableció un silencio incómodo entre los presentes. Cada cual ya sabía lo que pensaban los demás. Así se mantuvieron hasta que poco más tarde regresó Darcy. Finalmente fue David el que tomó la palabra.

—Creo que lamentablemente las opciones se han quedado reducidas a una sola... si es que queremos tener algún género de iniciativa. Manley debería hacer público su descubrimiento. Jeremy ha dicho tanto que habrá puesto sobre la pista del entrelazamiento a más de uno. Si se descuida le van a robar el invento. Será algo inevitable, Manley.

—Apoyo esa moción —se apresuró a secundar Larry—. Creo, Jason, que las opciones se están acabando. Ha sido una mala jugada la de Jeremy. He intentado razonar con él y explicárselo, pero tiene un afán de no alterar la «verdad» que hacen imposible dialogar con él. Seguirá haciendo lo posible por divulgar el asunto, Manley, lo siento. No me gusta cómo se están desarrollando los acontecimientos porque considero que debías ser tú quien nos marcara el ritmo. Jeremy ha perdido el control y no ha sido un caballero.

Darcy no había dejado de pasear de un lado a otro del despacho. Finalmente habló.

—No creo que nadie preste mucha más atención a este asunto. Ha muerto. Los medios de comunicación han dejado de informar. El video sigue siendo viral según veo, pero sólo se hacen eco del mismo los típicos chiflados de internet. Si quisiéramos mantenerlo en secreto lo podríamos conseguir y Jeremy se convertiría en un personaje folclórico y acabado dentro del mundo de la ciencia. La pregunta que me hago es si tenemos derecho a ocultar esto a la gente. Comprendo perfectamente los temores de Jason y Manley... pero estos días he estado pensando y me encuentro en la duda. ¿No deberíamos consultar con alguien del gobierno? Esto me agota... es demasiado para nosotros.

Darcy se dejó caer en el sillón. Todos quedaron sumidos en sus pensamientos. Jason tenía fija la mirada en Manley, que parecía querer decir algo, pero finalmente calló.

David y Larry intercambiaron una mirada significativa. Larry tomó la palabra.

—Es inútil. No os dais cuenta de lo que está pasando. ¿Por qué creéis que los medios de comunicación se han callado y nos están dejando en paz? ¿De veras sois

tan ingenuos que pensáis que un rumor cómo este, que nace no de la típica revista sensacionalista sino en el corazón de una universidad americana, iba a ser algo tan... insulso que se iba a apagar sólo? ¿No os dais cuenta de que somos la comidilla de toda la Universidad y que incluso la ciudad entera ya elucubra con lo que sucede aquí?

Larry se levantó. Parecía un tanto agitado. Jason lo observaba con curiosidad.

—Veréis —prosiguió—. Si este tema se ha acallado no ha sido ni por nosotros ni porque el asunto no llamara la atención. Aquí ha intervenido el Gobierno. Era algo por completo inevitable.

—¿Qué quieres decir exactamente Larry? —preguntó Jason mientras le miraba con los ojos entrecerrados, como intentando adivinar algo casi oculto en las palabras del afroamericano.

Larry y David intercambiaron una nueva mirada. Esta vez fue David el que habló cansinamente desde el sillón de la sala.

—Lo que quiere decir Larry es que si no hubiéramos tomado las riendas de la situación y hubiéramos negociado con personas con autoridad esto no sólo se habría divulgado desordenadamente, sino que se nos habría ido de las manos desde el comienzo... como de hecho ya estaba empezando a suceder.

Las palabras de David causaron una enorme conmoción en el resto de los contertulios excepto en Larry, que se sentó displicente, esperando que pasara la tormenta. Al cabo de unos largos de escuchar los exabruptos de sus compañeros tomó de nuevo la palabra.

—Tus protestas son inútiles Jason. Lo sabes de sobra. Esto era algo incontenible, y si se ha detenido es porque las fuerzas federales han puesto orden en los principales medios de comunicación del país. Esto se tiene que divulgar de forma ordenada, no como un rumor que diera pábulo a mil teorías de la conspiración desde el primer día... o a un estallido de caos y pánico.

—Eso será inevitable se haga como se haga, Larry, lo sabes —sentenció Darcy—. Y además... ¿cómo te arrojas la capacidad de negociar algo en nombre de la persona que reunía todos los méritos para haber realizado dicha gestión?

Larry prosiguió parsimonioso. Casi parecía haber estado esperando esa pregunta.

—¿Qué habría sido de Manley? Darcy, tal vez tú misma podrías responderte. Habría quedado como un descubridor brillante, pero habría sido relegado a un segundo plano desde el primer momento. ¿Una sola persona... gestionando esto? ¡Venga ya! Sabéis de sobra que eso resulta imposible. He hecho lo único que se podía hacer en estas circunstancias. Negociar para obtener ventajas... y a fe mía creo que lo he conseguido.

David carraspeó mirando ceñudo a su compañero, que no tardó en rectificar.

—Sí, por supuesto, es verdad. Lo hemos conseguido. Entre David y yo.

—¿Y cuáles son esas supuestas ventajas que hemos adquirido gracias a tus habilidades diplomáticas? —preguntó Jason un tanto irónico.



Larry cabeceó. No le gustaba el tono agresivo de Jason. Él intentaba hacer siempre todo de la forma más razonable posible, aunque sabía que en este caso se había excedido en sus atribuciones.

—Jason, me conoces bien. Sabes que lo mío es la política y la gestión. No seré muy brillante en otros campos científicos, pero conozco perfectamente los resortes del mundo académico y político. —Colocó ambas manos sobre la mesa, como si estuviera disponiendo de unas cartas invisibles en las que se veía un organigrama que sólo él comprendía—. Se va a crear un Instituto de Asuntos Exoplanetarios que se denominará I.A.E. Este equipo que está aquí reunido se encontrará en el corazón de la dirección y de gobierno de dicha institución, y cuando digo gobierno me refiero a que tendremos el control. Cada uno de nosotros tendrá un papel... un cargo... un sueldo —La mirada de Larry se dirigió paulatinamente a cada uno de los presentes alternativa y lentamente, para remarcar cada una de sus palabras—. Tendremos cierto control y sólo dependeremos e informaremos a la Casa Blanca. Seremos asesores privilegiados en esta materia. Tendremos acceso a información clasificada suministrada y o gestionada por el Ejército, aunque tendremos que firmar un contrato de confidencialidad, obviamente. Por supuesto que no vamos a tener el control absoluto sobre lo que se nos viene encima porque eso sería una gran ingenuidad... pero tendremos cierto margen... y autonomía. El organismo tendrá un presupuesto asignado por la Casa Blanca así que nada de patrocinadores privados. Y os aseguro que será un presupuesto nada desdeñable... —Sonrió abiertamente. Su rostro emanaba una serena sensación de autocomplacencia.

Darcy refunfuñaba sin saber cómo replicar a semejante oleada de novedades. Manley miraba fijamente a Larry. Sus ojos brillaban, imposible decir qué emoción contenían, pero sin duda era intensa. Su sonrisa indescifrable a veces parecía admiración pero por momentos desprecio, o tal vez ambos sentimientos convivían en el joven astrofísico. Jason tenía aspecto derrotado. David tomó la palabra.

—Veréis. Esto lo puede hacer el Gobierno por las buenas o por las malas. Nosotros nos hemos anticipado para hacerlo viable, para que Manley no pierda su meritorio protagonismo. Nos convertiremos en su guardia pretoriana.

—Pero David —protestó Darcy— ¿Y si Manley se negara a colaborar? Sabes de sobra que ha escondido su codificador estelar. Si no presta colaboración esto será un bluff...

David le interrumpió.

—El FBI está en ello ya. Sabe lo del almacén donde has escondido el aparato, Manley. También está en contacto con la gente de Boulder, la que ha diseñado y fabricado gran parte del instrumental. Si Manley no quisiera colaborar aparecerían de inmediato mil científicos expertos en mecánica cuántica dispuestos a ocupar su silla, incluido más de uno que opta al Nobel.

Todos callaron.

—Tal vez esto sea lo mejor que podía pasar... —musitó finalmente Jason con aire

abatido.

# Capítulo 31

## A la mañana siguiente

Manley se sentía un tanto intimidado por el despliegue del FBI. Aunque también había allí oficiales del ejército. Un ajeteo de personal y transportes excesivo tal vez. Y no sólo se trataba que se sentía ninguneado y apartado como si fuera un don nadie. También era su trabajo lo que se llevaban. A pesar de que había asimilado finalmente el pacto propuesto por Larry como una buena salida, sentía que presenciar aquella humillación era más de lo que podía soportar. Sin embargo «debía» estar allí.

Los técnicos procedían con toda delicadeza. Estudiaban cada equipo, anotaban sus conexiones, fotografiaban. Estaba claro que allá dónde lo llevaran, ese instrumental iba a ser tratado con mucho más esmero del que él mismo le había dispensado.

Se suponía que se estaba preparando una instalación convencional en un edificio del gobierno en Tucson, a la espera de construir la futura sede del I.A.E. en cuyos sótanos, con máxima seguridad, se custodiarían aquellas puertas a la comunicación interestelar que él había abierto.

Sentía también aprensión. Toda la carga de las dudas que había sufrido en los últimos tiempos pesaba sobre él. Visto de lejos el proyecto le había parecido fascinante. Después de llevar varios meses de comunicación con razas alienígenas su entusiasmo había decaído, sin saber muy bien cuál era la razón de ello. Debía reconocer ante todo que había cambiado él mismo. Dormía mucho peor. Enfrentarse a formas de vida por completo diferentes con valores e ideas tan estafalarias como contrarias a lo que el género humano estimaba digno, conveniente o razonable, causaban una continua contraposición de valores que era imposible eludir, olvidar, acallar. Cuando Jason le había preguntado al respecto había sido imposible concretar nada. Todo había sido demasiado rápido. Él había volcado todo su tiempo en aquellas conversaciones intergalácticas con seres absolutamente heterogéneos. No había asimilado nada, salvo una sensación de pérdida de intimidad, como si fuera un niño que de pronto las circunstancias difíciles de la vida le ha llevado a tener que obrar como adulto. Le abrumaba aún la sensación de sentirse superado por los acontecimientos, de haber sido testigo de algo cuya importancia aún no discernía... y le preocupaba lo que estaba sucediendo, pero era incapaz de determinar el por qué de esa preocupación.

Tanto Jason como Darcy y Manley optaron por salir del hangar a fin de no presenciar aquel desmantelamiento que les hacía sentir como encubridores de una actividad criminal. La claridad de un día sin nubes y la brisa fresca de una mañana veraniega supusieron un contrapunto abrupto a la oscuridad y ambiente un tanto opresivo del hangar.

—Allí van esos dos —dijo Jason, que aún no acababa de ver con buenos ojos el acuerdo que Larry y David les habían propuesto. Ambos actuaban como los directores de orquesta de todo aquel circo, y aunque los operarios del FBI les miraban con cierta indiferencia y no parecían hacerles mucho caso, ellos se sentían cómodos en aquel escenario del cual se sentían artífices.

—¿Cómo te sientes Manley? —preguntó Darcy que intentaba suavizar la situación con Manley después de todos los deslices cometidos anteriormente.

Manley le sonrió, aunque Darcy diría que algo en sus ojos indicaba que su ánimo no iba bien.

—Bien, Darcy, bien —respondió al fin. Y dio unos pasos en dirección a la verja exterior.

Un agente armado se le acercó y le indicó que no debía salir del recinto, por lo que Manley giró sobre sí mismo y regresó con sus compañeros.

—Volvamos para dentro... no sé dónde me siento con más ganas de vomitar, si dentro o fuera.

\* \* \*

«Así que cada monitor de estos implica el contacto con una raza alienígena diferente». David paseaba entre las mesas de trabajo que había alineado Manley en uno de los laterales del hangar. De cada equipo fluían varios cables que llegaban hasta los dispositivos de «trampas de Paul», donde determinadas partículas de rayos cósmicos habían sido detectadas y retenidas. David no entendía de mecánica cuántica lo suficiente para adentrarse en las especificaciones que Manley había finalmente terminado de dar al grupo. En ese terreno se perdía. Pero era fascinante aquella oportunidad. Parecía que por fin la vida le había colocado en una posición donde pudiera mostrar su talento... o al menos sacar tajada.

Y no sólo era la prosaica cuestión de dinero y prestigio. Debía reconocer el genio de Larry a la hora de negociar con el Gobierno Federal. Su agilidad, la capacidad desde el primer momento de llamar a la gente oportuna y no perder ni un segundo con burócratas o gente no apta para entender lo que se traían entre manos. Había sido un visto y no visto. Sí, esas eran muy buenas noticias para él. Pero había algo más. Algo en su interior había resucitado. Un afán, un interés, que hacía años... décadas tal vez, que no sentía. La ambición de hacer algo interesante de verdad. Y allí estaba su gran oportunidad. Ardía de ganas en poder ir contactando con cada una de esas razas y estar en la primera línea de fuego del intercambio de conocimientos científicos. A saber qué maravillas le esperaban por conocer. Ya lo había convenido con Larry.

Todas las pantallas habían sido desconectadas previamente así que en aquel momento no había nada que hacer ni nada que curiosear. No era cuestión que un ser alienígena de pronto tuviera contacto con un policía terráqueo que estaba requisando

un intercomunicador cósmico. Podría dar pie a malos entendidos y a una rara antipatía intergaláctica que el FBI quería evitar a toda costa. Así que los monitores tenían sus pantallas en negro.

Pero de pronto, la pantalla junto a la que estaba pasando se encendió.

David sintió que se le erizaba el cabello por la emoción. Estuvo a punto de avisar a la gente... pero observó en un instante que todos los operarios estaban entretenidos y ninguno cerca de él. Se quedó clavado en el lugar... tenso, esperando tal vez ver un ser de aspecto especialmente desagradable. Manley ya les había indicado algunas cosas al respecto y tenía cierta aprensión por lo que pudiera ver.

Una imagen un tanto borrosa al principio y un sonido confuso llegaron hasta él. El volumen era bajo por lo que se acercó al monitor. La imagen parecía agua, oscilaba, en un parpadeo que indicaba algún tipo de problema en la sintonización. El resultado era mareante. Pero finalmente la imagen se estabilizó, pareció que se reducía el zoom y los contornos se enfocaron. Entonces pudo David discernir que se trataba de una especie de salón, llena de consolas de aspecto futurista. ¿Qué era aquello? Se alejó un tanto de la pantalla. Temía que en cualquier instante un ser de aspecto repulsivo apareciera a escasos centímetros de su cara.

Sin embargo no fue eso lo que vio.

No podía creer lo que le mostraba el monitor en una sucesión de imágenes confusas... ni mucho menos el subtítulo que lo acompañaba.

Su rostro palideció.

Empezó a gemir.

\* \* \*

Manley reparó en David según entró en el hangar. Buscaba a sus otros compañeros de observatorio, David y Larry, porque era a ellos a quienes tenía entre ceja y ceja. Habían sido los que habían negociado todo porque, la verdad, él mismo reconocía que le asqueaba todo aquel procedimiento. También era a ellos a los que iba a pedir explicaciones si algo no iba conforme lo pactado.

Por eso Manley se dio cuenta en seguida que algo no iba bien con David, que se encontraba acucillado en el suelo, junto a uno de sus aparatos. Echó a correr de inmediato hacia él.

David balbucía algo casi incomprensible cuando llegó junto a su lado.

—No puede ser... no puede ser.

Su piel estaba blanca y la frente brillaba por un sudor incipiente, pese a que no era aún una hora calurosa precisamente. Manley llegó justo a tiempo de sostenerle antes de que cayera al suelo y le ayudó a sentarse en una de las sillas cercanas, en la cual se acomodó torpemente, como si sus sentidos y su mente estuvieran en un lugar muy lejos de allí. Jason y Darcy llegaron junto a ellos y unos segundos más tarde lo hacía Larry acompañado del responsable del FBI con el que hasta hacía unos segundos

había estado conversando.

—¿Qué sucede Manley? —preguntó Jason.

—No sé... de pronto lo he visto palidecer y temblar. No sé lo que ha hecho o lo que ha visto.

—Parecía que estaba frente a este monitor. El que está marcado como el número 7 —indicó Larry.

—¿El siete? —preguntó incrédulo Manley. Su rostro parecía asustado— ¡qué raro! No puede ser... en absoluto. ¿Qué es lo que has visto David?

Pero David seguía en estado catatónico. Les miraba pero parecía que no entendía lo que les decía. Se limitó a empezar a decir que se encontraba bien, que no había pasado nada, hasta que al final Larry le acompañó al exterior a que tomara el aire. Manley, Jason y Darcy siguieron con la mirada al grupo que se alejaba. Por el camino David se paró a vomitar.

—Pero por Dios, Manley... ¿con quién tenías contacto en ese monitor? —preguntó Jason vehemente.

—Con nadie aún, Jason, créeme —respondió casi violentamente Manley.

Y dando media vuelta abandonó a sus amigos sin que estos pudieran preguntar nada más.

Sin embargo Manley estaba seguro de una cosa. Aquella misma noche haría una incursión en aquel hangar. La reja exterior era fácil de superar y contaba con las llaves de la puerta de servicio que seguramente no estaría custodiada. Ardía en deseos de echar un vistazo al exolector siete. Una mezcla de expectación y miedo le revolvía el estómago.

## Capítulo 32

### Tres días después

Habían pasado a buscarle un equipo de seguridad trajeados de civil. Aunque discretos, Manley consideraba que esas líneas impecables estilo ejecutivo constituían de por sí un clamoroso uniforme que cualquier transeúnte podía identificar con algún género de servicio secreto, como era el caso. Se introdujo en un amplio vehículo cuatro por cuatro de lunas tintadas. Observó que era escoltado por otro vehículo similar. Sí, era un tema en el que él personalmente había insistido mucho a Larry desde la última reunión. Consideraba que era imprescindible moverse con escolta, al menos hasta que la situación se hubiera encaminado.

Manley se sentía un tanto incómodo con su traje y la corbata apretándole el cuello no contribuía a propiciar una sensación agradable. Al menos en el interior del vehículo la temperatura era confortable y decidió disfrutar del trayecto.

Éste terminó entrando en un complejo militar en las afueras de Tucson, ante cuyo control de acceso se detuvieron un largo minuto en el que se efectuaron las comprobaciones de rigor. Poco más tarde Manley desembarcaba frente a un edificio convencional de amplias puertas custodiado por militares armados. En su interior nuevos controles de seguridad le obligaron a pasar un escáner completo y una nueva verificación de identidad. Al fin se encontró con sus compañeros, que aguardaban trajeados pulcros y exquisitamente afeitados, los varones, en un pequeño corro en una amplia sala con una gran y bruñida mesa de reuniones. Darcy era el centro del corrillo. Manley tuvo que tragar saliva al percatarse de que iba embutida en un traje que realzaba su figura escultural. Había pasado por la peluquería y su maquillaje era exquisito. Si antes ya Manley la juzgaba atractiva ahora se sentía intimidado por su belleza.

Todos le saludaron, Larry, David, Jason y Darcy.

—¿No se podrá tomar un café mientras esperamos? Observo varios camareros al fondo. Y también parece que hay alguien que está esperando al igual que nosotros. — Jason, al hablar, se refería a una mujer, también trajeada, con falda corta que llegaba a la altura de las rodillas, en un color beis muy elegante. Su pelo era lacio aunque finalizaba en unos bucles que le daban un aspecto juvenil. «En belleza rivaliza perfectamente con Darcy, sin duda», valoró Jason para sus adentros.

—No Jason, ella sin duda es la recepcionista —contestó segura Darcy.

Y antes de que nadie pudiera decir nada Darcy se encaminó hacia ella, charló unos segundos y regresó sonriente mientras decía: «asunto resuelto, ella se ocupa de todo». Y efectivamente, en pocos minutos se vieron agasajados con infusiones y cafés al gusto de cada cual.

Mantuvieron una charla intrascendente hasta que de improviso la voz de un

suboficial, a guisa de chambelán, los puso a todos firmes y tensos.

—Damas y caballeros, la presidenta de los Estados Unidos de América

De inmediato entró una mujer con paso firme y el semblante sonriente escoltada por un par de hombres trajeados llevando sendos porfolios, además de dos policías militares. Todos sintieron la mirada de la mujer más poderosa del mundo, unos ojos firmes y serenos que parecía querer entablar comunicación con cada uno de los científicos conforme eran presentados y se estrechaban las manos. Sin embargo la presidenta se desenvolvía con extraordinaria cordialidad y sencillez. En un santiamén pareció que se disolvía cualquier tipo de formalidad y protocolo. Los invitó a sentarse en la mesa, no sin antes hacer una presentación.

—Me complace presentaros a la que es una de mis más fieles e inteligentes colaboradores. Tengo grandes esperanzas depositadas en ella, además del firme convencimiento de ser una persona capaz. Eleanor Wilson es una brillante psicóloga que espero sea nuestro enlace entre el próximo Instituto de Asuntos Exoplanetarios y la Casa Blanca. Confío plenamente en que será una gran ayuda para todos. Cuando hablen con ella tengan la absoluta certeza de que se están dirigiendo a mí en persona.

Se realizaron los oportunos estrechamientos de manos. Darcy saludó colorada como un tomate al reconocer en aquella mujer a la que veinte minutos antes había pedido con cierta arrogancia unos cafés e infusiones. La sonrisa de Eleanor no parecía no obstante tener en cuenta ese desliz.

El grupo tomó asiento en torno a la mesa de reuniones y dio comienzo una distendida reunión en la que Manley explicó básicamente cómo había desarrollado su teoría y los medios para ponerla por obra. Además anticipó que el equipo había logrado aislar una nueva partícula entrelazada. Si todo iba bien, al final de la reunión intentarían contactar con una nueva probable raza estelar. Si se lograba sería la séptima raza alienígena con la que la humanidad entraba en contacto y sería la señora presidenta la que tendría el honor de formalizar ese primer contacto. A la presidenta se le veía especialmente encantada con esa posibilidad.

—Este es sin duda un hito importantísimo para la historia del hombre. Es algo formidable que... sinceramente, no sé qué consecuencias puede tener para nuestro país. Muchos de mis asesores muestran un entusiasmo desmedido. Sin embargo me agrada mucho más el comedimiento de Eleanor. Además... bueno, qué tonterías, casi sería mejor que te expresaras tú misma, Eleanor. Cuéntales todo lo que has estado explicando en el gabinete a algunos de mis cabeza cuadradas que tengo por allí.

Eleanor sonrió. Se mostraba por completo distendida, como si tuviera reuniones de ese nivel a diario.

—Con su permiso señora presidente —Los ojos de Eleanor se fueron fijando en cada uno de los astrónomos del monte Lemmon conforme hablaba. Era una mujer de ideas definidas y de argumentos inteligentes y serenos que exponía con voz clara y entonación un tanto cantarina. Jason pensó que habría sido una buena locutora de radio—. Como saben... o al menos así figura en todas las películas de ciencia ficción



en donde la humanidad es sorprendida, y generalmente atacada, por una raza extraterrestre, que existen ciertos protocolos de actuación ante un posible contacto alienígena... y no me refiero al juego de luces de «Encuentros en la tercera fase» — todos rieron distendidos—. Pues bien señoras y caballeros, el invento del señor Manley ha hecho que todos y cada uno de esos protocolos acaben directamente en la papelera —Eleanor sonrió ampliamente—. Es curioso como la realidad siempre acaba superando a la ficción, y en este asunto está claro que nos hemos visto absolutamente rebasados. Siempre se había estimado la posibilidad de contactar con una raza que nos visitase. En ese caso se establecían multitud de filtros sanitarios, canales de comunicación restringidos, etc... No es el caso, evidentemente. También se especuló con la posible comunicación a través de ondas electromagnéticas, bien fuera rayos láser, potentes ondas de radio... es decir, una comunicación convencional sin contacto físico. Esas circunstancias implicaban multitud de años para enviar y recibir mensajes... según nos decía la teoría de la relatividad. ¿Y con qué nos encontramos? —Eleanor movía levemente sus manos a medida que hablaba, incorporando a su explicación un ritmo visual agradable—. Nos encontramos de improviso con varias razas alienígenas en diferentes canales de comunicación con una resolución y nitidez tan impactante como si estuvieran... al otro lado del charco. Y no sólo es eso. Siempre habíamos pensado que sería una élite extraterrestre, algo así como los representantes de un foro intergaláctico, una *crème de la crème* de la galaxia la que se pondría en contacto con nosotros, y descubrimos asombrados a todo género de personajes que aparentan ser de lo más vulgar que puede tener una civilización. Niñeras, obreros, operarios manuales... sólo un modesto ingeniero figura como el individuo mejor cualificado de todas nuestras conversaciones espaciales. Señores, de momento, en vez de haber ingresado en un club galáctico de razas inteligentes que debaten sobre cómo ayudar a las razas menos desarrolladas a sortear los callejones sin salida del progreso, como toda la ciencia ficción había pronosticado habría de ser, hemos ingresado en un patio de barrio donde abunda el chismorreo y la conversación intrascendente. No me mal interpreten. Toda conversación con otra raza inteligente es absolutamente trascendente para el género humano... sólo que tal vez el tema de conversación parece que no es el que podría esperarse para un contacto tan... importante. Diría que este tipo de conversación intergaláctica me parece... vulgar, por decirlo de alguna manera.

La presidenta interrumpió a Eleanor.

—¿Podrías especificar a qué te refieres con vulgar, Eleanor?

—Oh... muchos de los alienígenas con los que conversamos muestran interés por nuestras costumbres sexuales, por nuestro tipo de alimentación, por... —Eleanor enarcó las cejas— ¡cuestiones escatológicas! Es pura curiosidad, como la que siente una señora en la peluquería que hojea una revista del corazón. No sé... soy psicóloga y... me recuerdan a conversaciones que mantienen niños en un patio de colegio. Es como si... la humanidad enviara una persona a un planeta alienígena a establecer

contacto y en vez de enviar a un científico cualificado, o a un filósofo o intelectual de primer orden... enviáramos a un electricista. Esta circunstancia me desconcierta enormemente.

Darcy observaba con cierta alarma que la mirada de Eleanor confluía a menudo, muy a menudo, con la de Manley, que parecía sonreír como embobado. La psicóloga no le estaba entrando nada bien a la astrofísica. Estaba abstraída en esa consideración cuando de pronto se dio cuenta de que estaban pidiendo su opinión. Al parecer había habido una ronda de opiniones donde cada cual había expresado la suya y ella era la única que no había dicho nada. Intentó rehacerse lo más rápido posible.

—Sí... desde luego es sumamente desconcertante... todo esto —atinó a decir y echó un trago de agua que le había servido un camarero. Afortunadamente pareció que todos asentían de acuerdo con ella, porque ignoraba en absoluto sobre qué tema se había pronunciado.

La conversación siguió hasta finalizar en un aviso por parte de uno de los agentes del servicio secreto de que a la presidenta se le agotaba el tiempo.

—Bueno... —Larry tomó de inmediato la palabra— creo que hemos llegado a la parte más interesante de ésta reunión. El grupo ha considerado que sería buena idea reservar la inauguración de un nuevo canal de comunicación a la señora presidente. Manley logró hace un par de días detectar una nueva partícula entrelazada y hemos reservado este momento para que sea la embajadora del género humano que inaugure este nuevo canal intergaláctico.

En uno de los laterales de la amplia estancia de reuniones en la que se encontraban habían dispuesto el aparato de Manley. Una terminal conectada con el dispositivo que mantenía la partícula entrelazada atrapada permitía realizar la operación de comunicación.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la presidenta un tanto azorada, nerviosa ante un acontecimiento tan trascendente cómo el que le aguardaba.

—Bien, siéntese frente a la terminal. Guíe el ratón hasta el botón que dice «inicio» y la comunicación dará lugar. Nunca es seguro que haya alguien o algo — todos rieron nerviosos— al otro lado de la línea... pero vamos a cruzar los dedos. Fíjese que tiene un objetivo de video frente a usted. El alienígena en cuestión podrá verla a usted con la misma nitidez que...

—¡Vamos allá! —la presidenta pulsó impaciente el botón de inicio y la pantalla en negro se disolvió para mostrar una escena en principio oscura, casi indistinguible.

—¿Qué es eso? —preguntó.

El hecho de activar la línea intergaláctica debió de originar algún género de sonido de aviso en el otro extremo de la comunicación, lo cual provocó un movimiento que todos los presentes interpretaron de inmediato. Al parecer un ser alienígena estaba de espaldas a su terminal. Al oír la llamada de la comunicación se volvió lentamente.

Su espalda parecía segmentada en secciones abultadas, como conchas solapadas,

de un color azabache, relucientes y lustrosas, que reflejaban la propia luz del monitor tenuemente. El ser que se volvió ante ellos tenía una infinidad de extremidades, algunas más pequeñas, otras más largas, que terminaban en una multitud de diminutas terminaciones que recordaban a las patas de cien pies, en perpetuo movimiento armónico. Su rostro mostraba el brillo de dos pares de ojos de pupilas negras, que no dejaban ningún espacio a otro color, aunque se distinguía en su centro un punto más oscuro que permitía adivinar un iris y comprender mejor en qué dirección miraba aquel ser. No parecía factible que pudiera gesticular pues su cara parecía casi ósea, a excepción de la abertura de su boca, que como un juego de calavera, oscilaba y emitía sonidos estridentes que el traductor no iba a tardar en traducir.

—Saludos de la humanidad... desde nuestro planeta... la Tierra... —La voz de la presidenta había ido perdiendo fuerza a medida que el ser mostraba su aspecto repelente.

«Parece una cucaracha», pensó Jason consternado.

La cabeza del ser culminaba en una especie de protección ósea, en forma de casco ovalado del cual partían dos pares de antenas que se agitaban nerviosas en todas direcciones. Sin duda aquel ser ofrecía una estampa perturbadora. Manley se fijó en el gesto de desagrado de la presidenta. Sonrió porque le había dicho a Larry que tal vez aquella idea de permitir un primer contacto con alguien no saliera tan bien cómo él pretendía. La realidad le había dado la razón. Jason también parecía disfrutar de la situación mientras que Larry estaba intentando sobreponerse a la impresión y Darcy se llevaba las manos a la boca para contener un grito. David se había sentado en la mesa de las reuniones. Parecía absorto y por completo indiferente de aquella comunicación.

El subtítulo que explicaba aquella sarta de sonidos chirriantes y desagradables apareció en pantalla. Se iniciaba la comunicación interestelar.

—Venid a ver esto. Es una raza babosa y amorfa. No he visto nunca cosa más horrible que ésta. Sus ojos tienen algo blanco... Parecen babosas de pus...

Otros seres semejantes se fueron acercando a la pantalla y una de ellas acercó su rostro extraordinariamente al ordenador. La presidenta no pudo evitar echar su silla hacia atrás, asqueada. Aquel ser de expresión inhumana mostraba rasgos que anteriormente no había sido visibles pero que en nada contribuían a hacer aquella experiencia más agradable. Se imponía un crescendo de sonidos inquietantes.

Larry se acercó a la terminal y pulsó el botón para interrumpir la comunicación. Un largo silencio se hizo en la estancia. Darcy suspiraba mientras que Jason sonreía mirando al techo de la sala. Larry rompió finalmente el embarazoso silencio intentando mostrar los aspectos más positivos de aquel encuentro intergaláctico aunque finalmente le interrumpió la presidenta, que puesta en pie, se encaminó, escoltada por su servicio secreto, hacia la puerta de salida. Avanzaba a buen paso.

—Por supuesto que tendrá su instituto, doctor... —le decía mientras se iba. La

conmoción le había hecho olvidar el apellido de Larry y la cordialidad con la que se había desenvuelto anteriormente también se había esfumado—. Verá, —le dijo sin siquiera volverse hacia él mientras apretaba el paso que Larry se esforzaba en seguir — de lo único que me gustaría estar segura es que un engendro como el que me acaba de mostrar jamás pondrá sus asquerosas zarpas en nuestro planeta.

## Capítulo 33

### Unos días más tarde

«Darcy de nuevo con vaqueros y con anorak», pensó Jason sonriendo para sí. Echaba de menos el ambiente más relajado y aislado del observatorio. Hacía días, si no semanas, que la vorágine de la creación del instituto les había requerido todo su tiempo. Organigramas, reparto de funciones... Larry estaba en su salsa, por no hablar de las comunicaciones con las razas alienígenas operativas que proporcionaba multitud de emociones, no siempre agradables según estimaba Jason. Aún no sabía si estaba disfrutando de su nueva situación o esa rara emoción que lo embargaba era más parecida al vértigo que siente un paracaidista antes de lanzarse al vacío. Era esa incertidumbre la que apesadumbraba con frecuencia su ánimo. Manley sí que se había ido ilusionando con el proyecto, pero Jason intuía que había algo más debajo de aquella enfebrecida actividad de estudio y análisis. Había observado que a menudo Manley mostraba el ceño fruncido. Algo le preocupaba.

De David era mejor ni hablar. Se había vuelto taciturno y un bebedor empedernido. Dejaba a Larry hacer y deshacer, y hasta Jason se atrevía a pensar que Larry prefería esa situación, pues a fin de cuentas era un rival que había desaparecido de escena y le dejaba las manos libres para erigir el Instituto a su imagen y semejanza. Ese David ambicioso que Jason intuía haber vislumbrado en algún momento, al principio, en las reuniones previas a la intervención del Gobierno, había desaparecido por completo. Tal vez fuera algo por completo ajeno al proyecto, pensaba Jason.

Darcy seguía siendo la misma de siempre. Un chica guapísima a la que quería como una hija y cuyas meteduras de pata y sus prejuicios ocasionaban constantes pero simpáticos problemas que propiciaban que Darcy acudiera a él en busca de atención y consejo.

Darcy le acercó una humeante taza de café.

—¿Qué tal? —saludó—. Poniendo en orden los papeles por lo que veo.

Jason asintió lentamente.

—Voy a echar de menos esto. La vida del observatorio.

—La rueda de prensa es el próximo viernes. Entonces se nos acabarán las vacaciones... y se terminará monte Lemmon. Catapultados a la fama ¿no?

—Además sin ningún mérito.

—Así es... simplemente estar junto al hombre adecuado.

Ambos se quedaron en silencio. Finalmente Darcy interrogó a Jason.

—Tú conoces mejor a Manley. ¿Por qué crees que nos ha incluido en su descubrimiento? No nos necesitaba... es más listo que todos nosotros juntos. ¿Tú lo habrías hecho igual? Cuanto más lo pienso menos lo entiendo. Por un lado estoy

encantada de formar parte de este proyecto, entiéndeme, pero por otro... siento como si me hubieran regalado algo que no merezco.

—¿Regalado?... No sé si nos arrepentiremos de esta aventura algún día o la agradezcamos. He pensado mucho al respecto, Darcy. Inicialmente me equivoqué con Manley, la verdad. Pensé que quería a toda costa sacar su descubrimiento a la luz... pero después me di cuenta de que no las tenía todas consigo. Hay algo en todo esto que él intuye y que le da miedo y por eso necesita estar arropado, acompañado... Y ese temor o miedo a lo que sea no me lo ha querido revelar.

—¿Miedo?

—Sí... por eso nos seleccionó. Tal vez por eso vino a este lugar pequeño y apartado dirigido por un grupo de astrofísicos no especialmente brillante. Necesitaba un escudo, una justificación... y a veces no se sí pensar si una cabeza de turco. Pero también creo que hay algo más... algo que él sabe, que ha descubierto, pero que no ha revelado a nadie.

—Jason, no entiendo a lo que te refieres. ¿No eras tú al que no le gusta nada la murmuración y las calumnias? —Darcy se llevó su taza de café a los labios y tomó un pequeño trago de su caliente contenido mientras le miraba atenta.

—Tienes razón, pero tú sabes que te tengo aprecio Darcy y confío en ti como si fueras de mi familia. Sé que eres prudente y discreta. Si te confío esto es porque es una emoción que intuyo en Manley de vez en cuando. Por un lado se muestra ilusionado y hasta audaz... pero después... después si eres capaz de esperar, aparecen sus dudas. Y son dudas muy poderosas. Lo he sentido, Darcy.

—Pero no te las ha confiado.

—En absoluto. Pero en su día, Darcy, yo era un buen jugador de póker. Sé de lo que hablo.

Dejaron que la conversación muriera mientras cada cual extraía sus propias conclusiones.

—¿Y qué te parece Eleanor? Jason —preguntó Darcy. Jason, que sabía por dónde iban los tiros, ya era perro viejo en asuntos de mujeres, respondió casi con indiferencia.

—¿Eleanor? Una chica encantadora e inteligente que ha llegado muy alto. Me pregunto si aún podrá demostrar más talento. Desde luego con el comunicador interestelar va a tener una buena oportunidad e intuyo que la va a saber aprovechar.

Darcy masticó la respuesta unos segundos de incómodo silencio. Jason sospechó que había dado en la diana. Encantado observó como las mejillas de Darcy se encendían mientras su mirada se abismaba en la taza.

—Pues a mí me parece una pájara de cuidado —soltó con retintín, marcando cada sílaba—. Os tiene a todos embelesados con su sonrisa y amabilidad, pero creo que es una manipuladora nata que sabe cómo manejar a los hombres como si fuerais marionetas...

—Y a las mujeres, Darcy, no te olvides que la presidenta...

—Buffff... No me digas más Jason. Una psicóloga brillante... yo creo que es una trepa con muchos contactos además de suerte.

—Parece que trabaja duro.

—Eso es porque os quiere impresionar.

—A mí me ha impresionado —respondió Jason, que estaba convencido de que lo decía.

—Sí... y a otro que también tiene hipnotizado es a Manley. Por Dios. Parece su perrito faldero. Sólo me falta verle comer de la mano de esa bruja.

Jason soltó una sonora carcajada, no tanto por las mismas palabras de Darcy, sino por el enfado con el que habían sido pronunciadas.

—Me temo, Darcy, que tal vez haya otras consideraciones en esa especial antipatía que parece que le tienes a esa chica.

—Oh, Jason, no intentes desviar el tema hacia otras cuestiones. Es que me parece vergonzoso que esa mujer esté utilizando a Manley en su provecho personal. Sólo falta que lo convierta en una especie de esclavo sexual de su harén de admiradores.

En los días transcurridos desde que se habían reunido con la presidenta, Eleanor tuvo tiempo de realizar un trabajo exhaustivo en relación a todas las razas alienígenas con las que se mantenía contacto, elaborando un amplio dossier en el que se sometían a examen consideraciones a los que ninguno del equipo Lemmon se les habría ni ocurrido pensar. En ese trabajo participaron no tan activamente Darcy y Jason, que se sintieron superados por la capacidad de la psicóloga. El único que mantenía su ritmo y trabajaba codo con codo con ella era Manley echando horas a aquella investigación como si le fuera la vida en ello. Darcy torció el gesto al recordar esto. En torno a ellos dos había crecido un numeroso equipo técnico que abarcaba multitud de disciplinas y que estaba siendo incorporado al instituto conforme se mostraba su necesidad. Por otro lado Larry también estaba al cien por cien, pero en labores mucho más prosaicas de selección de personal, organización, sede, y asuntos similares. El instituto, al menos en su etapa embrionaria, se emplazaría en Tucson, única condición que había exigido todo el equipo.

—¿Sabes algo de Jeremy? —preguntó Darcy al fin.

—Lástima de muchacho... —respondió Jason—. Ha rescindido su contrato con la Universidad y ha abandonado Tucson. Es lo único que sé. Ni ha venido a despedirse.

—Se equivocó de procedimiento... espiarnos de aquella manera. Habría sido imposible ya confiar en él de ninguna manera —sentenció lúgubrementemente Darcy.

Jason asintió. Finalmente optó por cambiar de tan controvertido tema de conversación.

—Por cierto Darcy. ¿Al final qué tal con tu hermana? Sigue contigo o... Recuerdo que siempre había una cierta fricción entre vosotras.

Darcy asintió. Y le explicó que se había regresado unas semanas atrás, después de pasar unos días en su compañía.

—Me llevo bien con ella, Jason, somos buenas hermanas... pero ella sigue

teniendo el mismo complejo de superioridad frente a mí que cuando éramos pequeñas. Ya te he contado antes, una especie de afán protector y de tutela, como si yo fuera una pobre descarriada incapaz de hacer nada por mi cuenta. Se ve que el título de astrofísica me lo gané en una timba, según debe considerar ella. Y además siempre he creído que logró trasladar esa convicción a nuestros padres. Pero bueno. ¡Dentro de unos días vamos a ver quién es quién en la familia Dowson!

Ambos rieron distendidamente y brindaron divertidos por esa posibilidad.



## Capítulo 34

### El viernes siguiente

El grupo de astrofísicos de monte Lemmon formaba un corrillo que se mantenía de pie, en medio de una nutrida nube de operarios y técnicos que iban y venían por los iluminados pasillos que confluían en la sala dónde se encontraban. También les acompañaba Eleanor que charlaba más distendida que cualquiera de ellos. Estaba en su salsa.

Darcy había estado relajada, incluso de buen humor, hasta que un pequeño incidente alteró su estado de ánimo. Eleanor se había acercado a Manley, sonriente, había conversado con él y bromeado con algo, para finalmente en un alarde de confianza, acercársele para arreglar el nudo de la corbata. Algo se le revolvió en el estómago y su semblante se endureció. Hasta Jason se acercó a ella para tranquilizarla pensando que estaba atacada de los nervios por lo que venía a continuación. Lo cierto es que se encontraba de improviso de pésimo humor.

Larry no paraba de ir y venir, de charlar con cada uno de los técnicos que pululaban por allí y después acudía en busca de sus compañeros, a recordar, uno a uno, alguna cuestión de última hora o dar un consejo de lo más variopinto que se le hubiera ocurrido. Se multiplicaba. Parecía que había nacido para aquello. Hasta David pareció gastarle alguna broma socarrona en relación a si más que astrofísico lo suyo eran las relaciones públicas. David parecía extrañamente ufano y Jason sospechaba que llevaba una copa encima de más, que había aliviado por otro lado un tanto su fúnebre estado de humor de las últimas semanas. No sabía qué actitud de David le resultaba más preferible, la de sobrio funerario o la de chispeante ebrio.

Jason se sentía especialmente nervioso. No dejaba de pensar en su mujer y en lo que pensaría de él. Tal vez tenía que haberle dicho algo para avisarla. Pero los protocolos eran los protocolos. Además maldita gracia le hacía a él salirse de la rutina. Prácticamente había evitado pensar en ese día hasta el mismo momento en que ya era la fecha señalada. Seguramente su antiguo modo de vida iba a cambiar drásticamente a partir de ese momento. «Ojalá que no», pensaba esperanzado, para acto seguido considerarse a sí mismo como un pobre ingenuo.

Un chico joven de barba cuidada y unos auriculares con micro incorporado se les acercó.

—Señoras y caballeros, es la hora. Síganme por favor.

De inmediato se formó una fila tras el director-técnico, que era el rango con el que habían sido presentados media hora antes, y en silencio le siguieron por un largo pasillo que finalizó en una pequeña antesala por la que pasaron fugazmente. Tras la última doble puerta accedieron a un amplio escenario, sobriamente decorado con un gran telón azul marino y la bandera norteamericana en un mástil junto a un atril

principal con el escudo de la Casa Blanca. Junto al telón, una alineada fila de butacas fueron en las que se emplazaron a los científicos y la propia Eleanor que finalizaba la comitiva. Frente a ellos, en un salón de butacas muy amplio, varias centenas de periodistas de la nación, y seguramente de otros países, les apuntaban con sus focos y cámaras. Una vez estuvieron sentados se multiplicaron los flashes de los fotógrafos que querían aprovechar esos momentos para obtener imágenes que tal vez podrían usar en el futuro. Todos los astrónomos se sintieron aturdidos por la copiosa lluvia de relámpagos fotográficos que caía sobre ellos. El bullicio y el repiqueteo de las cámaras al disparar procedentes del auditorio impresionaba a los científicos, que se sentían aturdidos y cegados por sonido y luces.

Afortunadamente para ellos no transcurrió ni un minuto cuando un ujier anunció la llegada de la señora presidente de los Estados Unidos. Todos se levantaron y guardaron silencio.

La presidenta, de aspecto impecable, con una imagen elegante, serena, se situó frente al atril con un gesto que denotaba costumbre en desempeñar ruedas de prensa. Con rostro serio saludó a los concurrentes, a los cuáles agradeció su comparecencia a aquel acto, así como a la audiencia que estaba viendo la retransmisión en directo que se efectuaba en horas de máxima audiencia televisiva.

—... pero cuando les trasmita la noticia por la que les he convocado comprenderán que es este escenario, Cabo Cañaveral, el lugar idóneo para ello, para dar a conocer a la nación y a la humanidad una noticia de enorme trascendencia. — La presidenta hizo una pausa para tomar aire. Sonrió. El silencio era absoluto—. Y el motivo de este encuentro no es otro sino para comunicar a la nación entera y al resto del mundo que científicos de nuestro país han ideado una tecnología de comunicación que ha facilitado la conexión intergaláctica con diversas razas inteligentes, obviamente, no humanas.

Inmediatamente a estas palabras se produjo un estallido de voces de sorpresa al que siguió un intenso murmullo general que aprovechó la presidenta para hacer una larga pausa que sirviera para que periodistas y audiencia asimilaran la noticia.

Jason observaba paciente aquel escenario de gente nerviosa que seguramente se hacían multitud de preguntas. Decidió abstraerse de aquello para relajarse. Recordó entonces el empeño que había tenido Larry por convocar la rueda de prensa en la propia universidad de Arizona, pero el equipo de la presidenta estimaba que cara a la opinión pública adquiriría mucha más expectación de celebrarse en Cabo Cañaveral. Era un lugar que implicaba muchas connotaciones históricas y su mero nombre indicaba ya el género de noticia que se iba a dar. El recuerdo de que el hombre era capaz de viajar al espacio y dominarlo, aunque hubiera sido sólo sus primeros pasos, planeaba sobre aquel lugar. Finalmente Larry había cedido.

La rueda de prensa se reanudó.

—Es importante hacer constar de inmediato varios hechos. Aunque más tarde los científicos responsables de este descubrimiento explicarán con más detalle los

pormenores técnicos. Mi deseo es centrarme en una serie de ideas que considero prioritarias. En primer lugar, hemos entablado contacto de comunicación. No existe presencia física de estas civilizaciones en nuestro planeta. Es más, dicha posibilidad es absolutamente remota porque todas estas razas, al igual que la propia humanidad, no han descubierto ningún medio de superar los límites de la relatividad para realizar viajes interplanetarios más allá de ningún sistema solar —el murmullo de los periodistas iba creciendo—. Así pues, es muy importante insistir en esta idea. Ninguna de estas civilizaciones inteligentes suponen un peligro para la humanidad. La civilización avanzada más cercana con la que se ha contactado está a mil quinientos años luz de la Tierra, una distancia insalvable según dictamina la teoría de la relatividad con los medios y conocimientos disponibles, tanto para ellos como para nosotros.

De nuevo la presidenta hizo una pausa. Los cuchicheos entre los periodistas crecían y decrecían y la presidenta aguardó a que se mitigase el murmullo.

—El número de razas inteligentes con las cuales se ha contactado es en la actualidad de una docena. Son razas muy diferentes unas de otras. También, por consiguiente, lo son de nosotros. Una de las cuestiones más importantes que ha de tenerse en cuenta en relación a cada una de estas civilizaciones y que más han impactado a nuestros científicos, es que el rango de sus costumbres y valores puede moverse en coordenadas absolutamente dispares a las humanas. Así pues la divulgación de las características e imágenes correspondientes a cada una de estas razas se realizará paulatinamente a fin de que la población mundial pueda asimilar adecuadamente el impacto que forzosamente en todos y cada uno de nosotros supone esta avalancha de información. Sinceramente —aquí la presidenta sonrió ampliamente— he de reconocerles que yo misma me he sentido superada a veces.

Los periodistas rieron a su vez el comentario. Aquel momento de sinceridad había servido para aliviar la tensión creciente.

—Otra de las ideas principales que quiero transmitir al mundo entero es que el resultado de la conexión con estas razas alienígenas estará encaminado por parte de nuestra nación única y exclusivamente a fines pacíficos. Ninguna nación del mundo ha de temer que podamos hacer uso de tecnologías alienígenas con fines deshonestos. Todo conocimiento que se derive de este contacto habrá de ser empleado para el bien de la humanidad. Esta cuestión es muy importante y quiero subrayarla.

De nuevo una pausa más larga de lo normal antes de proseguir.

—A fin de ordenar el estudio y la comunicación con estas razas, y aquellas otras con las que pudiera contactarse en el futuro, el Gobierno de los Estados Unidos ha creado el Instituto para Asuntos Interplanetarios que a partir de este momento canalizará el flujo de información hacia la opinión pública, divulgando todo aquel conocimiento que sea útil para nuestra sociedad desde todo tipo de puntos de vista, utilizando medios propios pero sobre todo, contando siempre con la colaboración de los medios de comunicación tradicionales. —La presidenta sonrió de nuevo—. Y

ahora, si me permiten, en primer lugar me gustaría presentarles al científico que ha descubierto este medio de comunicación que sin duda cambiará por completo los parámetros en los que la humanidad se ha situado en el cosmos. El doctor Manley Stuart. Pido un aplauso para él y les recuerdo que una vez finalizada la exposición se abrirá el turno de preguntas.

Una pequeña ovación fue seguida de una salva de flashes que a Manley le pareció inacabable y que le dejó cegado. Le resultaba imposible estimar cuántos periodistas había allí porque la luz intensa que recaía sobre él lo tenía por completo deslumbrado. Saludó a la concurrencia e intentó sonreír.

—Una de las preguntas que se estarán haciendo es que cómo es posible que una señal viaje más rápido que la luz si acabamos de oír a la presidenta de los Estados Unidos recordándonos hace un momento que las leyes de la relatividad hacen imposible el viaje interestelar a las distancias que consideramos. Pero es que la comunicación no se ha realizado por medios convencionales físicos, sino satisfaciendo una de las propiedades de la mecánica cuántica, la teleportación cuántica entre partículas entrelazadas. Básicamente lo que hemos hecho ha sido atrapar partículas procedentes del espacio exterior, denominados rayos cósmicos, mediante dispositivos, trampas cuánticas, cuyo uso está bien extendido a fecha de hoy porque son aparatos que se utilizan para el desarrollo de la computación cuántica. Una vez hecho esto comprobamos una de las propiedades más misteriosas del mundo atómico, la capacidad de alterar una partícula interviniendo en otra con la que está entrelazada. Aprovechando esta tecnología yo realicé una simple conjetura. ¿Es posible que yo atrape una partícula que tenga una «gemela» en otra parte de la galaxia que ha sido atrapada por otro ser inteligente? La respuesta que me di es que la probabilidad de que esto ocurriera con una sola partícula debía ser baja, pero si yo conseguía atrapar millones de estas partículas y comprobar su comportamiento sistemáticamente tal vez encontrara la aguja en el pajar. Y así, de hecho, sucedió — Manley sonrió abiertamente y fue inmediatamente retratado en cientos de fotos—. Otra de las cuestiones que me gustaría aclarar, porque se presta a malos entendidos, es que las doce razas con las que hemos contactado no se conocen entre sí. Los canales de comunicación son bidireccionales... o dicho de otra manera, no estamos en un foro galáctico.

Manley sentía la garganta seca. Tomó un trago del vaso de agua que un asistente le había dejado en el atril antes de iniciar su comparecencia. Sentía sudor en las sienes y su corazón latiendo rápido. Seguramente miles de millones de personas estaban viendo la retransmisión en directo. Sentía que sus rodillas temblaban ligeramente.

—Me imagino que mucha gente se estará preguntando por qué hemos esperado a tener comunicación con doce civilizaciones para explicar este contacto al público. Bien, desde el punto de vista técnico no esperábamos que fuera a resultar tan fácil establecer contacto. Fue preparando todos los prolegómenos del instituto, ya se

pueden imaginar, pura burocracia —el auditorio rió el comentario mientras que Manley se sentía más cómodo— que el equipo detectó estas comunicaciones. Desde que recibieron la convocatoria para esta rueda de prensa, de hecho, la semana pasada, se detectó la duodécima comunicación. También se preguntarán cómo se ha establecido contacto con seres de otras civilizaciones si, evidentemente, no hablamos el mismo idioma. Cuando detecté la primera señal de inteligencia en una partícula que alteraba su espín aleatoriamente decidí interactuar con ella, sospechando que habría otro ser que observaría que su partícula operaba cambios que él no había efectuado. Ante ese comportamiento el protocolo de comunicación interestelar opera de una manera muy sencilla. El emisor inicia una secuencia de comunicación muy fácil de desentrañar, de índole matemática, que va desglosando el código estelar, de tal manera que partiendo primero de conceptos matemáticos muy sencillos, llega a construir un vocabulario relativamente extenso. Con esa ingente información se prepara un sencillo programa de decodificación que ahora mismo se está depurando y mejorando, pero que desde el primer minuto permitía convertir al código estelar en una especie de idioma universal, tanto para traducir a nuestro idioma todo lo que me llegaba en ese mismo código como a la inversa. También se establecía en ese mensaje inicial de recepción una serie de especificaciones y protocolos que permitían poner imagen y video a lo que estamos recibiendo. Es decir, vemos y oímos a los seres con los que nos comunicamos —un fuerte murmullo y hasta algún grito femenino se oye entre la audiencia de periodistas. Manley debió dejar pasar unos largos segundos antes de retomar la conferencia—. Y siempre debe tenerse en cuenta que la comunicación es en tiempo real. No me cabe duda que en los próximos días se prepararán diversas conexiones que se retransmitirán al público general. Es algo que se está preparando desde el instituto ahora mismo. —Manley suspiró para sí. Ya estaba acabando—. De todas formas no les quiero aburrir con detalles técnicos. Voy a ceder la palabra a la psicóloga Eleanor Wilson, que es el enlace del Instituto con la Casa Blanca y que ha coordinado y resumido todas las comunicaciones realizadas hasta la fecha. Estoy seguro de que su análisis es mucho más interesante que lo que yo les pueda seguir contando —nuevas risas del público mientras Manley se retira sonriente y una serena Eleanor se acerca al atril.

Saludó cortésmente tanto a la prensa de la sala como a la audiencia televisiva. Su soltura denotaba que tenía tablas en ese tipo de lides.

—Bien, me imagino que estarán preguntándose qué clase de seres son esos con los que se ha establecido contacto. Les puedo asegurar que si esperan descubrir figuras más o menos similares a las que hemos visto en las habituales películas de ciencia ficción se van a sentir profundamente decepcionados. La verdad es que la mayoría de los seres con los que hemos conversado tienen un aspecto, lamento decirlo y salvo alguna honrosa excepción, bastante desagradable según nuestros cánones de belleza. En este sentido superan a las mentes más brillantes del cine de horror de Hollywood. —Sonrió mientras se oían algunas risas ligeras entre el público

y los semblantes desconcertados se multiplicaban—. Les aseguro que otro tanto están pensando ellos de nosotros, no les quepa duda. Otra de las cuestiones más sobresalientes de estas conversaciones es el absoluto contraste entre nuestra cultura y las alienígenas, algunas verdaderamente chocantes. Por ejemplo tenemos una civilización a la que denominamos Adharita, a cuatrocientos años luz de distancia, que tiene la costumbre un tanto macabra de devorar a su prole antes de alcanzar determinada edad, digamos, juvenil —un murmullo de consternación de los periodistas ahoga la voz de Eleanor que se sobrepone a él elevando un tanto su voz—. Se trata de un planeta con problemas de superpoblación y de agotamiento de recursos. Otras especies no entienden de diplomacia, o dicho de otra manera, su sentido de la educación les impulsa a ser groseramente sinceros, claramente en dirección contraria a cómo obra en general la especie humana. Se puede imaginar que el trato con dichos seres resulta complicado pues ellos entienden nuestra cortesía como algo absolutamente insultante —Eleanor aprovechó los comentarios que surgieron para pausar su discurso—. Por otro lado otra de las cuestiones que nos intriga muchísimo es la preparación técnica de los alienígenas con los que hemos contactado. No se trata de individuos técnicamente preparados ni especialistas en astrofísica o en cualquier género de disciplina científica. Tampoco se trata de intelectuales de ningún género, a tenor del nivel de conversación que hemos mantenido. En la mayoría de los casos se trata de operarios de baja cualificación y ocupaciones de lo más diverso que se interesan por nosotros desde el punto de vista más prosaico. Se comunican con nosotros por pura curiosidad... y me atrevería a decir que de momento creo que... los estamos aburriendo. En suma, lo que me gustaría transmitirles es que no esperen unos seres angelicales que desean ayudarnos con consejos y sabiduría, o con conocimientos técnicos de toda índole. Ni tampoco seres depredadores de planetas que vagan por el cosmos en búsqueda de su próxima víctima espacial —grandes risas ante este comentario—. Si hubiera de resumir el carácter general respecto a nosotros de estas doce especies con las que mantenemos contacto diría que lo que sienten por nosotros es... pura indiferencia.

\* \* \*

La rueda de prensa se alargó varias horas más. Tras Eleanor intervino Larry en calidad de presidente del IAE, que expuso un organigrama de cómo se estaba constituyendo el Instituto. Darcy explicó cómo operaba el protocolo de comunicación en la práctica. Llamó la atención el hecho de que cada canal de comunicación tuviera a varios operarios de guardia en todo momento. Explicó que nuestra avidez por intercambiar información con otras especies no era correspondida, y que tal vez fuéramos para los alienígenas, según palabras textuales suyas que causaron cierta hilaridad, «un poco pesados». El hecho era que cada terminal estaba en comunicación cerrada la mayor parte del tiempo, y cuando al alienígena en cuestión le daba por

hablar con un humano, nos echaba un vistazo y conversaba unos minutos. Pero Darcy vino a corroborar que efectivamente, resultábamos indiferentes a los ETes. Jason desplegó un gran mapa galáctico y explicó la ubicación de cada civilización. Algunas a decenas de miles de años luz de la Tierra. La más cercana a mil quinientos años luz de distancia. En cualquier caso, distancias insalvables. Llamó la atención sobre un hecho sorprendente. Dos de esas civilizaciones orbitaban estrellas, justo al otro lado de la vía Láctea, que resultaban por completo indiscernibles por nuestros telescopios. Resultaba absolutamente desconcertante entablar comunicación con planetas con estrellas que ni siquiera sabíamos que existían. Este punto pareció captar enormemente la atención de los periodistas. David finalmente intervino. Parecía un tanto desgarrado y muy chistoso, y explicó que él iba a ser el responsable de organizar los equipos para lo que se denominaba «intercambio científico», es decir, cuando un alienígena estuviera dispuesto a compartir algún género de conocimiento, establecer qué técnicos iban a recibir esa información conforme la naturaleza de la misma. Alegró un poco la rueda de prensa, que estaba resultando pesada, pero fue el mismo Larry el que lo despachó fuera del atril porque se estaba viendo que su intervención derivaba hacia otras cuestiones.

—... no se pueden ni imaginar lo feos que son algunos de esos bichos... —decía por tercera vez mientras abandonaba el estrado.

En ese momento Larry hábilmente tomó la palabra y desplazó a su compañero hacia las sillas mientras la prensa reía la broma de David sin estar del todo convencida de que aquello fuera en exceso gracioso.

El turno de preguntas se abrió y se convirtió en un verdadero tumulto. Larry y Eleanor despacharon a la prensa salvo en cuestiones más técnicas, que cedían la palabra a Manley. Había preguntas interesantes, por ejemplo las que hacían referencia a quién había ideado aquel código interestelar que parecía una especie de idioma universal, según había indicado Manley, pero que no tenían respuesta. Otras preguntas tenían más fácil explicación para Manley. ¿Por qué no se creaban foros intergalácticos? La respuesta era que existían pares de partículas entrelazadas así que la comunicación básica era, en cierto modo, vis a vis. Otras preguntas de los periodistas eran absolutamente hirientes a la inteligencia.

—El hecho de que sean doce las civilizaciones alienígenas contactadas ¿no les sugiera algún tipo de vínculo con las doce tribus de Israel?

Se requirió a la presidenta de los Estados Unidos en numerosas ocasiones en relación a si pensaba movilizar las tropas, construir misiles balísticos nucleares interplanetarios, etcétera, así como otras más conspicuas:

—¿Cómo podemos estar seguros de que esos mismos alienígenas no están entre nosotros, incluso copando puestos de gobierno?

La respuesta de la presidenta fue contundente.

—Les aseguro que si hubiera cualquiera de esos seres pululando cerca de mi despacho oval yo sería la primera en salir corriendo de allí para no volver jamás.

Las risas fueron sonoras.

La rueda de prensa finalizó con las palabras de la presidenta tranquilizando, no sólo al pueblo norteamericano, sino a la humanidad entera.

Todos estaban agotados.

Más tarde se enterarían que debido a la atención suscitada por aquella retransmisión, habían conseguido paralizar, no sólo el país, sino el mundo entero.



## Capítulo 35

### Lunes siguiente

Había pasado un largo fin de semana tras la rueda de prensa cuando el Consejo del IAE se reunió oficialmente por primera vez. Larry había conseguido una de las flamantes salas de reuniones de la Universidad de Arizona. Muebles de madera bruñida y sillones con respaldos de cuero y asientos mullidos. Larry se sentía el amo del mundo, sentado en la presidencia de la mesa les miraba a todos con una sonrisa exultante. Parecía un niño con uniforme nuevo, pensó Jason con cierto fastidio.

A ambos lados estaban sentados sus compañeros de monte Lemmon. David era el único que, curioseando por entre los armarios, descubrió un mueble bar del que no tardó en servirse una copa de whisky con los preceptivos cubitos de hielo. Tras un largo trago su semblante pareció un tanto más alegre y menos funesto.

Todos estaban aún nerviosos y comentaban agitados cómo les había ido después de su salto a la fama del viernes. Jason era el único que había permanecido tranquilamente en casa, al margen de medios de comunicación, charlando con su mujer, en general, de temas absolutamente intrascendentes.

—Ya tuve bastante agitación el viernes para encima contemplar al mundo volverse loco. En mi casa todo sucede muy despacio y así me gusta que siga siendo —sentenció.

Pero el resto, a excepción de David, comentaba agitado la repercusión que había tenido en sus vidas aquella agitada noticia.

—Intente acercarme a la universidad... pero me resultó imposible. Los chicos me asaltaban en el campus, me pedían autógrafos, hacían preguntas... parecía una celebridad —explicaba Manley a Darcy.

—Estuve hablando con mis padres y estaban que no sabían qué decir. Por fin he rebasado a mi hermana en notoriedad en casa y esa sensación a mí me vale más que nada en el mundo —comentaba Darcy eufórica a su vez.

Eleanor y Larry charlaban animadamente acerca del nuevo edificio sede del IAE que se estaba proyectando en las afueras de Tucson, en un área de crecimiento de la ciudad. Iban a contar con un presupuesto ilimitado. La Casa Blanca comprendía que aquella línea de trabajo iba a ser la mejor inversión que pudiera realizar un Gobierno Federal seguramente en toda la historia de la nación. Larry parecía un sapo cada vez más hinchado del contento que acumulaba.

Finalmente reinó un cierto orden y fue Eleanor la que tomó la palabra para dar inicio oficialmente a la reunión.

—Bien... ya sabéis que el mundo se ha vuelto loco con la noticia que hemos dado. Si habéis visto los informativos, los debates, las tertulias... os habréis dado cuenta de que da igual lo que dijéramos en la rueda de prensa, muchos periodistas

decidieron extraer sus propias conclusiones y empezar a hacer reportajes de qué hacer en caso de invasión alienígena, por no hablar que muchas cadenas han hecho maratones de cine con películas con extraterrestres... en fin, era de esperar —Eleanor suspiró mientras hojeaba sus papeles—. Seguramente lo que no sepan es la información que les voy a comentar y que por supuesto es confidencial. Quizás lo más alarmante de todo esto ha sido que el comercio mundial de armas ha tenido un repunte más que notable. No solo se trata de que las armerías del país han agotado sus stocks y las fábricas de armas convencionales están trabajando las veinticuatro horas, sino que parece que, pese a todas las indicaciones que se han hecho en relación a la imposibilidad de que estos seres se planten en la Tierra, se ve que la gente y el mundo en general, ha decidido no creernos.

—¿No crees que habría sido mejor dulcificar la presentación de la noticia? —interrogó Darcy un tanto agresivamente—. Hablando de seres desagradables, mal educados, de aspecto horrible...

—Era un tema estudiado Darcy. No podíamos transmitir una imagen que no fuera fiel a la realidad porque habríamos sembrado el desconcierto posteriormente y el sentimiento de engaño habría resultado devastador para nuestra credibilidad. Era casi preferible ofrecer una imagen cruda a edulcorarla para que después se produjera una desagradable destrucción de las expectativas... —explicó rápidamente Eleanor.

—En cualquier caso por lo que comentabas Eleanor, la gente parece haber decidido no creernos —comentó Jason.

—Sí, pero sin embargo existe un contrapunto a todo esto realmente curioso —replicó Eleanor de inmediato—, y este es que casi todos los conflictos bélicos del mundo se han paralizado prácticamente por completo. Al percibir un enemigo exterior más poderoso parece que todos quieren reservar fuerzas.

Manley rio. Aquello era una buena noticia.

—Parece que la humanidad se hace mayor y madura un poco al saber que no estamos solos en el universo —sentenció.

—Y no sólo eso —prosiguió Eleanor—. En lo económico ya han visto como se ha desarrollado la mañana del lunes con las bolsas asiáticas y ahora las occidentales. Grandes movimientos de capital, pero los primeros datos de consumo del fin de semana señalan que en general en nuestro país y también en occidente, se han disparado las cifras de la demanda interna. A pesar de que se percibe un gran nerviosismo en la población, que crecen bulos de todo género, que las páginas *conspiranoicas* de internet disparan sus audiencias, que periodistas sin escrúpulos intentan sembrar el miedo y la paranoia, y que profetas de todo tipo salen a la calle anunciando el fin del mundo... la población está gastando más dinero de lo habitual. Tal vez porque se perciba que ante un futuro incierto el valor del papel moneda será nulo y se prefiera tener bienes canjeables. Los supermercados han visto vacías sus estanterías... y no vean los debates que hay dentro del gabinete económico de la presidencia estimando si deberían imponerse políticas antiinflacionistas o no —

Eleanor sonrió como divertida al recordar algo.

—¿Volvemos al trueque? —preguntó David socarrón por lo bajo. La bebida le había hecho efecto y sus ojos miraban achispados.

—Otra de las cuestiones curiosas que perciben nuestros analistas es la demanda de construcción de bunkers familiares, ya saben, refugios antinucleares. Las consultas en internet se han disparado y el movimiento de demanda de materiales está creciendo desde primera hora de hoy. Es muy posible que la difusión de estos contactos interestelares aceleren muchos sectores de la economía y que pese a las dudas que teníamos al final, el miedo y la incertidumbre provoquen un pequeño boom económico. La gabinete de economía de la Casa Blanca apunta a eso. Incluso las propiedades de zonas aisladas están experimentando una súbita revalorización. Alaska está de moda.

Eleanor terminó sus palabras con una sonrisa y todos suspiraron aliviados. Tal vez Manley el que más. Antes de la rueda de prensa existía un temor compartido del que preferían ni hablar y que les hacía creer en un posible estado de pánico generalizado una vez se revelara el contenido de la conferencia y que convirtiera su sociedad eficiente y relativamente ordenada en un caos próximo a una guerra civil. De hecho la Guardia Nacional estaba en estado de alerta y todos los servicios públicos como policía y emergencias estaban igualmente al máximo disponible de sus efectivos por el temor a una reacción incontrolada de la población.

Pero tal cosa no había sucedido.

La Casa Blanca había ido suministrando información paulatinamente a lo largo del fin de semana. Imágenes de las diferentes razas acompañadas de información técnica sobre las mismas se facilitaron dosificadamente a las cadenas de televisión y prensa. Cada raza alienígena era tratada por separado. Dónde vivían dentro de la Vía Láctea, su distancia a la Tierra, cómo era físicamente la especie y qué cosas sabíamos ya de ellos en relación a todo tipo de cuestiones biológicas, sociales, tecnológicas... Ese ritmo incesante de información había retenido a la gente en sus casas pegadas al televisor. Rápidamente todo el mundo se hizo un experto en cuestiones alienígenas, empezando por los niños que resultaron ser su público más entusiasta. Se había estudiado cómo suministrar la información de tal manera que la gente tuviera tiempo de asimilar todo lo que se sabía. A lo largo de una serie de espacios informativos se logró mantener a la sociedad mundial en un estado de expectación paciente, a la vez que se insistía una y otra vez en la ausencia de cualquier género de amenazas.

La reunión prosiguió y adquirió un carácter de trabajo. Eleanor concluyó la información confidencial suministrada por la Casa Blanca que les describió el estado de la sociedad americana con muchos más detalles de los que pudieran percibir en los atropellados noticiarios televisivos. A continuación Larry expuso cómo se iba a desarrollar el crecimiento del Instituto. El presupuesto inicial ascendía, sólo para cuestiones operativas y de personal, a varios millones de dólares. Eso sin tener en cuenta el megacentro que pensaba construirse. Un edificio absolutamente

vanguardista al que se habían solicitado propuestas a los arquitectos mundiales más prominentes. Los fondos del Instituto aún estaban pendientes de definir, pero Larry eufórico decía que estaban subiendo y subiendo como la espuma en una jarra de cerveza.

Jason explicó que estaba desarrollando un mapa de la vida en la Galaxia. No sólo se trataba de ubicar a las razas en su estrella correspondiente. Era también comprender su ecosistema estelar, añadir todas aquellas estrellas que, invisibles desde la Tierra, eran catalogadas y ubicadas en el mapa estelar de la Galaxia fruto de la observación desde un punto de vista muy distinto al de los telescopios de la Tierra.

Darcy coordinaba los equipos de comunicación. Cada alienígena conectado tenía asignado un equipo de varios controladores. Algunos de ellos siempre eran militares. Todos debían centrarse en obtener información relativa a diferentes temas. Darcy no estaba muy convencida de que aquel sistema de comunicaciones fuera eficiente. Se atrevió a plantear una conjetura diferente pero empezaba a existir una tensión latente entre ella y Eleanor y Darcy no le pasaba una.

—Yo sólo lo que digo —explicaba Darcy— es que hemos adiestrado a todo el personal de contacto para obtener información. Están absolutamente mentalizados para eso. En cierto sentido es normal que el contacto entre especies inteligentes de lugar a ese flujo de información. Lo que yo me pregunto... en base a lo que estoy viendo... es que quizás lo que tenemos entre manos no es un contacto entre especies. Es verdad que por nuestra parte sí estamos cumpliendo ese rol. Pero por la otra parte lo único que vemos es a un individuo más preocupado por sus propios asuntos al que le aburren nuestra caterva de preguntas técnicas para las que, a la gran mayoría de ellas, no tiene respuesta. Las comunicaciones tienden a ser cortas y esporádicas, y eso que tenemos personal de guardia las veinticuatro horas... y por cierto, ya sé lo que dijo la presidenta, pero la mitad del personal es militar y no tengo acceso a las cuestiones que plantean...

—¿Qué propones Darcy? —preguntó Manley.

Darcy agradeció enormemente el interés de Manley por su planteamiento.

—Creo que habría que descender al nivel de nuestros contertulios. Si son individuos técnicamente no capacitados habría que poner operadores que su mismo nivel de instrucción y si me apuran, el mismo nivel de interés, que tal vez sea la más prosaica de las curiosidades. Estamos funcionando como una centralita de teleoperadores a cada uno de los cuales exigimos un rendimiento. Y todos sabemos lo desagradable que resulta el que nos llame a casa el de la teletienda ¿verdad?

—Por Dios Darcy. ¿Estás planteando que el comunicador interestelar es una especie de artefacto lúdico que usan los extraterrestres para entretenerse? No me hagas reír. No creo que hace falta dar con la pauta correcta de comunicación... o tal vez con la raza adecuada para aclarar más ese punto. Pero no me quiero detener más en éste aspecto que me parece... ridículo. Sí... Jason, ¿querías preguntar algo? —inquirió Eleanor que vio la oportunidad así de cambiar de tema y enterrar la

propuesta de Darcy.

—Sí. Hay una cuestión que saltó en la rueda de prensa y a la que no hemos prestado excesiva atención, al menos por nuestras conversaciones —planteó Jason—. La cuestión es cuál es el origen del Código Estelar. Es decir, todas estas especies se comunican entre sí con un instrumento sencillo, un programa ideado para que cada civilización lo autoreplique y se engarce a él de tal manera que pueda hacerse entender a la vez que entiende a los demás. Pero... efectivamente... ¿quién es el artífice de ese instrumento? Se me antoja que deben ser los más avanzados de todos. Me intriga.

—Estamos en ello Jason —contestó Darcy—. Es una de las cuestiones que mi equipo plantea a cada uno de los individuos con los que nos comunicamos. La respuesta es un misterio, nadie sabe nada.

A continuación fue David el que explicó la línea de trabajo que supervisaba. Esto tenía que ver con todo género de innovaciones tecnológicas que surgieran, no sólo directamente de las conversaciones, sino a través del visionado del alienígena en cuestión. Por ejemplo uno de los seres con los que habían conectado era morfológicamente más parecido a un ser humano de cuantos se había contactado, básicamente porque tenía aspecto carnoso y tenía cierta capacidad de camuflaje. Sin embargo ahí terminaba todo parecido. Era un ser de tendencias camaleónicas con muchos ojos en la cabeza, pero que a través del camuflaje de la piel podía hacer aparecer y desaparecer estos por completo a la vista y asemejarse en cierto modo a un rostro humano. La boca era grande y de gruesos labios que eran a la postre los que provocando todo género de ruidos lograban articular al fin un lenguaje. Generalmente los operarios que trataban con aquel ser, de la raza Eridani, solían reírse mucho simplemente por la cuestión fonética que resultaba muy similar, en todo género de escalas, repeticiones y volúmenes, a las de una ventosidad humana. El caso en la comunicación con esa raza se observaba fácilmente que en la estancia donde se desarrollaba la comunicación había numerosos objetos que flotaban literalmente en el aire. David explicó que al parecer disponían de algún género de invento antigravitatorio, pero cuando se le preguntaba por ello al eridaniense, éste respondía que no sabía cómo funcionaba aunque su uso era muy común.

—En suma, es como si estás chateando con un tío que tiene una frutería y de repente le pides que te explique cómo funciona el monitor led por el cual nos comunicamos. Ni remota idea, ¿verdad? Pues lo mismo —sentenció.

Manley se explayó con las líneas de investigación en las que estaba trabajando, que eran básicamente dos. Una, por supuesto, seguir ampliando el número de contactos alienígenas. Para ello el instituto estaba acaparando la compra de todo tipo de aparatos de trampas iónicas del mercado. Por otro lado se había iniciado una colaboración más estrecha con el laboratorio de Boulder a fin de reducir el tamaño y los costes de fabricación de estos aparatos que se intuían indispensables para la labor que iban a desempeñar en el Instituto.

La reunión concluía después de varias horas de debate e información. Eleanor quiso poner punto final a la misma.

—Señores, me aventuro a decirles que la presidenta está francamente orgullosa de este proyecto y del rendimiento que se está obteniendo. Aún así la Casa Blanca ya sabe de muchas naciones que están destinando ingentes cantidades de recursos a emular nuestro descubrimiento y reproducir nuestra tecnología. Es por ello crucial mantener la ventaja que hemos obtenido hasta la fecha. —Recogió los papeles que tenía sobre la mesa ordenándolos y alineando sus bordes—. También quiero recordarles una cosa. En los próximos días se verán sometidos a un exhaustivo escrutinio del FBI, tanto ustedes como sus familiares y amigos. Es indispensable que el país esté seguro de la fidelidad de las personas que pone al frente de un proyecto tan importante como éste. Comprendo que será una molestia pero todos cuantos trabajamos en colaboración directa con la Casa Blanca hemos de someternos a ello. También es cierto que tienen toda la libertad del mundo de eludir eventualmente dicha investigación y la firma del compromiso de confidencialidad... y por supuesto, abandonar de inmediato este proyecto.

La reunión concluyó. Todos parecían satisfechos. El futuro parecía más venturoso e interesante que nunca en sus vidas, y la posición personal de cada uno de ellos era francamente envidiable. Estaban en el epicentro de todo. Y en el centro del epicentro parecía que estaba Larry, iluminado por infinidad de focos apuntándole desde las cuatro esquinas de la Galaxia. A veces Larry sentía, que cuando se tumbaba en la cama para dormir, era tanta la alegría y la ilusión que le embargaban, que se diría que sus más de cien kilos de peso iban a levitar sobre las sábanas.

\* \* \*

Manley había estado considerando el tema desde hacía unos días. Era una idea que le rondaba la cabeza y que no se podía sacar de encima, y eso a pesar de toda la vorágine de trabajo, por no hablar del terremoto de la rueda de prensa. Aún así había un asunto que se había convertido en una espina que le impedía dormir y le quitaba el sueño, que hacía que incluso en el trabajo otras consideraciones y factores le alterasen por completo su concentración. Nunca había vivido nada parecido, y el diagnóstico le parecía ineludible. Se sentía profundamente atraído por Darcy.

Pero no se trataba de la habitual atracción física con la cual Manley sabía lidiar perfectamente. Sucedió que Darcy le gustaba. Había algo en ella, en esa infinita capacidad de meter la pata a la par de resultar tan natural, además de su belleza innegable que resaltaba cada una de sus cualidades, que atraían profundamente al astrofísico. Y ahora se daba cuenta que una vez comprendida esa innegable verdad, el hecho de mover pieza le producía un incómodo azoramiento. Algo que no recordaba que le hubiera sucedido jamás en su vida, él, que nunca había tenido problema alguno para echarse novia o quitársela de encima, se daba cuenta de que intuía que la

felicidad futura podía estar en manos de aquella chica un tanto atolondrada, inteligente y de buen corazón. Y sentía que no podía correr el riesgo de perder su oportunidad. Y para colmo estaba Jason, que no había dejado de empujarlo instándole a mostrar sus cartas y asegurándole que la jugada iba a salir bien. Manley recordaba esa mirada de Jason que infundía seguridad cuando sonreía y sus ojos se hacían tan pequeños que apenas se distinguían entre los párpados entrecerrados instándole a que no perdiera un segundo más y moviera ficha. Y aquel día se había decidido a ello.

Bajaban por las anchas escaleras que conducían a la amplia antesala del hall de la universidad, camino de la salida del edificio, y todos conversaban animadamente entre sí, pero curiosamente él y Darcy se habían retrasado unos escalones respecto de los demás. ¿Le buscaba ella a él? Manley decidió que así era. Tomo aire.

—Verás Darcy... —Manley observó nervioso que su voz le traicionaba y hubo de carraspear— me preguntaba si tal vez esta noche te gustaría salir a tomar algo conmigo.

Darcy le miró de hito en hito. Parecía que por su mente pasaban mil pensamientos a la vez. Sonrió un tanto forzosamente —algo que a Manley le dio muy mala espina y le anticipó lo que estaba por venir.

—Me encantaría Manley, créeme... —dijo con voz vacilante Darcy que Manley interpretó como el intento de articular una excusa creíble.

De todas formas las circunstancias iban a resultar aún más clarificadoras para Manley. Un joven treintañero, al que Manley recordaba haber visto alguna vez impartiendo alguna clase en la Facultad de Matemáticas, subió los escalones de dos en dos hasta situarse junto a Darcy.

—Hola Darcy —sonrió jovialmente— ¿preparada para nuestra cita?

Darcy sonrió como pudo a Manley mientras se despedía. Sentía que una vez más la fatalidad la perseguía y se ensañaba con ella. «Es mi sino», se dijo real y profundamente fastidiada mientras intentaba poner buena cara a aquel compañero de facultad con el que había quedado aquella misma mañana para charlar y comer pizza.

## Capítulo 36

### Un mes después

Manley y Jason caminaban por lo profundo del bosque a través de un sendero serpenteante que ascendía a una de las cumbres en las que se establecía el observatorio. Era un camino alejado de todo rastro de civilización, estaciones de esquí, carreteras, aparcamientos.

Era un día libre y habían decidido ambos hacer algo especial a sugerencia de Jason, que necesitaba recordar los tiempos del observatorio que añoraba profundamente. Había transcurrido algo más de un mes desde que se celebrara la primera reunión del Consejo del IAE y pese a que el veterano astrónomo reconocía en su fuero interno que aquel trabajo le fascinaba, el hecho de no tomar la carretera camino del viejo observatorio y subir atravesando el bosque de pinos hasta la cima no sólo era algo que echaba de menos, sino que se había convertido en un ritual que le serenaba y era capaz de transmitirle una misteriosa paz interior que ahora echaba en falta. Por el contrario, las instalaciones del instituto no eran otra cosa que un edificio de oficinas en el que se sentía enclaustrado. Pese a la remuneración y la fama comprendía que no había salido ganando precisamente. Ambas eran cuestiones de las que podía prescindir completamente. Esto era algo que estaban hablando mientras ascendían hacia la cima. Llegó un momento en el que los árboles empezaron a ralearse y el calor del sol hacía su esfuerzo aún más penoso. Pero ya estaban cerca de la cima. Finalmente Jason eligió un emplazamiento que conocía de antiguas excursiones, a la sombra de un pino ancho y viejo, y allí se sentaron a almorzar. Ambos aliviaron el peso de sus respectivas cantimploras tras un largo trago.

—Así que ya hemos superado el número cien —afirmó Jason pero con la intención más bien de inquirir a Manley que le confirmara ese extremo.

—Eso es —repuso Manley para volver a echarse un largo trago de agua fresca que aliviara el calor que experimentaba—. Ciento una para ser exactos. Vamos a buen ritmo. Y no sé cuántas razas más podemos encontrar...

—¿Tal vez algunos miles?

—Sí... me imagino que llegará un punto donde contactaremos con individuos de razas ya descubiertas.

—Tal vez... y... ¿alguna especial?

—Bueno... los exobiólogos se están volviendo locos intentado realizar algún género de clasificación, pero hablando con Darcy el otro día me decía que a nivel coloquial los operadores de comunicación hablan de los insectoides, que son la mayoría, y los que no los son. Entre ellos se distinguen los carnosos, los óseos y los acuáticos, aunque de estos solo tenemos contacto con dos.

—Los insectos ganan.



—Curiosamente, como aquí, en la Tierra. Lo que sucede es que aquí encontraron límites en la biosfera a su crecimiento. Tal vez si las condiciones hubieran sido otras tú y yo tendríamos un par de antenas en la cabeza y nuestro cuerpo segmentado en tres lóbulos.

Ambos rieron con ganas. Cada cual desarrolló su almuerzo.

—Hay una raza, una de las últimas que hemos descubierto, que no sabemos realmente cuál es su naturaleza.

—¿A qué te refieres? —inquirió Jason.

—Ya la verás cuando te toque pero te anticipo que resulta inquietante. Parte es máquina, o robot, según prefieras, pero también hay parte biológica. No sabemos si la inteligencia reside en un cerebro artificial o en uno biológico convencional.

—No estoy tan seguro de querer seguir descubriendo «bichos» —replicó Jason.

«Bichos» era el nombre coloquial con el que se denominaban popularmente a cualquier raza alienígena.

—¡Caramba! Y por cierto... hablando de bichos... aún no entiendo cómo es que Darcy y tú no estáis juntos. Muchacho, pocas veces en mi vida he visto una jugada tan clara. Os conozco a los dos por separado. Sé que le gustas a Darcy pero cada vez que ha intentado acercarse a ti ha metido la pata.

Manley le miró de reojo.

—¿Meter la pata? Verás, ya lo he intentado un par de veces. Por hacerte caso a ti siento que he hecho el ridículo. La primera vez saliendo de la primera reunión del Consejo justo cuando tenía otra cita con otro. Dos semanas más tarde y gracias a tu insistencia volví a invitarla a cenar y me dijo que tal vez debería dirigirme a mi amiga la señorita Eleanor para ese fin. Un plantón, Jason.

—Manley. Lo único que sucede es que está celosa de tu amistad con Eleanor. Es muy sencillo de comprender. No puedes tontear con Eleanor y pedirle una cita a Darcy. Ella cree que la utilizas para poner celosa a Eleanor.

Manley clamó al cielo soltando varios exabruptos acerca de la complejidad del cerebro femenino.

—Pues claro que me llevo bien con Eleanor. Ella habla, responde, se ríe... No sé qué pasa con Darcy, pero desde que aquella vez que tomamos un café en el bar de Nicks y me dejé colgado allí mientras ella se iba en su coche...

Jason rio.

—Sí, es verdad. Te tuve que ir a buscar —comentó divertido—. Ella pensó que le estabas haciendo proposiciones deshonestas, como si fuera una cualquiera.

Manley agitó la cabeza asqueado. Sí... recordaba que en aquella época no se había comportado muy decentemente.

—Me encanta Darcy... pero cada vez que intento acercarme a ella es un completo desastre, peor que el *Titanic*.

—Inténtalo de nuevo —insistió divertido Jason mientras pasaba un pañuelo por su sudorosa y bruñida calva.

—Ni hablar Jason... y cambiemos de tema.

Ambos observaron un halcón que planeaba sobre los árboles, un centenar de metros más abajo.

—Me gustaría hablar de David, Manley.

—Cuéntame.

—No, presiento que eres tú el que me tiene que contar algo a mí —comentó Jason suavemente—. Soy un veterano y sé cuando alguien se esconde un as en la manga. Yo sé que tú tienes un as escondido... y no sé si tiene que ver con lo que le pasa a David.

—Lo dices por el monitor número siete, aquel día en la nave industrial dónde tenía mis conexiones interestelares.

—Correcto.

—Lo siento Jason, te digo la verdad. Estoy tan sorprendido como tú por lo que le pasa a David. Sé que desde ese instante no ha vuelto a ser el mismo. Pero todos hemos intentado hablar con él y no suelta prenda. Sinceramente, no sé lo que vio. Fue el primero y el último que vio algo en ese monitor. Y piensa lo siguiente... ¿No crees que si yo hubiera sabido algo de lo que se veía a través de esa conexión de alguna forma no estaría afectado más o menos como David?

—Bueno, Manley, tal vez tengas razón, pero entonces dime... ¿dónde está ese aparato, el número siete? Lo he buscado por todas las instalaciones del Instituto provisional sin dar con él.

Manley calló.

—Y no sólo es eso, Manley. Sé que has puesto una solicitud para que te asignen una escolta... a ti. ¿Estamos en peligro... o eres tú el único que lo está? —Manley cruzó una mirada de sorpresa con Jason y éste intuyó que lo había sorprendido con la guardia baja. Jason prosiguió con su arrebató—. Sí, Manley, me doy cuenta de que nos estás ocultando algo y no sé qué pensar de ti ni de todo esto.

Pero Manley sacudió la cabeza. «Exageras», dijo mirando al suelo sin responder.

Las sospechas de Jason seguían alimentadas por el comportamiento inconstante de Manley. Había aprendido a reconocer en él una pauta, un pequeño desaliento que incluso en los mejores momentos lastraba su sonrisa. Intuía en el científico una preocupación y sabía que tenía algo que ver con el código. No sabía de qué se trataba, pero seguramente versaba sobre algo que Manley tenía ya conocimiento cuando tuvo su primera reunión con el equipo para exponer el primer contacto. Decidió probar fortuna de otra manera, y mientras mordía un sándwich enorme de embutido y manteca pensó en su siguiente pregunta.

—Recuerdo tu exposición inicial. La caja de Pandora, ¿recuerdas? Parece que ambos estábamos equivocados con nuestras presunciones sobre los peligros de esa comunicación... ¿no crees?

Y en ese momento lo vio. Manley tardó un segundo más de la cuenta en sonreír. Era un rictus obligado, y mientras Jason lo observaba de reojo, sentía que confirmaba

sus sospechas. «Pero ¿qué demonios es lo que sabe este chico?» se preguntaba mientras Manley sonreía finalmente y asentía.

—Sí, es verdaderamente frustrante por otro lado. En cierto sentido Darcy tenía razón cuando en la reunión de la semana pasada comparaba el código con realizar una llamada aleatoria a un teléfono de los Estados Unidos. ¿Cuál es la probabilidad de que el que esté al otro lado de la línea sea un astrofísico como tú? Infinitesimal, sin duda.

—Sí... pero entonces, ¿qué hacen esos individuos con semejantes aparatos? No sé... resulta incomprendible —concluyó Jason.

—Eleanor comentaba en la última reunión del Consejo que sospechan que varias naciones europeas ya tienen acceso al código. Muy probablemente algún país asiático también. La verdad es que estamos compitiendo en una carrera loca por contactar con cuantas más razas mejor... como si tuviéramos que echar una partida de cartas y el que más tenga de entrada más posibilidades tiene de ganar. No sé dónde vamos a acabar —comentó Manley casi para sí mientras su vista se perdía en el bello horizonte de la planicie que se extendía a sus pies, más allá del bosque.

—No sólo se trata de las naciones Manley. Un amigo al que hace tiempo no veía pasó el otro día por el instituto a curiosear. Es un directivo. Trabaja para una multinacional potente, un laboratorio farmacéutico. No te puedes ni imaginar lo que están invirtiendo en excomunicación. Una barbaridad. Creen que puede ser un atajo formidable y una revolución el hecho de contactar con civilizaciones más avanzadas. A saber qué tecnologías relacionadas con la salud disponen, técnicas de manipulación de moléculas o incluso átomos, ingeniería genética y demás. Y me imagino que es la punta del iceberg. Toda la industria armamentística habrá pensado lo mismo... y no sólo en nuestro país, Manley. Es posible que esa carrera silenciosa que no vemos esté efectuándose, acelerándose más y más cada día que pasa.

El rostro de Manley se ensombreció.

—Pero sin embargo ningún alienígena ha soltado prenda. Otro tanto le pasará al ejército o a cualquier multinacional que invierta en el código. Se van a sentir profundamente defraudados... al menos en proporción a los millones que vuelquen en ello.

Jason le dio la razón y rieron un tanto al recordar las quejas de Eleanor respecto a la ausencia de avances que repercutieran en un beneficio estratégico, económico o social del país. Lo único que habían logrado era un impulso a la economía que había entrado en una sorprendente espiral de consumo hasta en sectores insospechados. Lo último que se había divulgado era el éxito de ventas de todo género de artilugios de lo más variopinto que se suponían servían para entablar comunicación con esos seres estelares mediante telepatía, o la proliferación de médiums que cumplían ese mismo fin por un precio asequible y se anunciaban profusamente en las teletiemas. Era increíble la cantidad de dinero que estaba moviendo ese sector a todas luces fraudulento. Los medios de comunicación estaban en sus mejores días de audiencia.

Cada nueva raza que se descubría provocaba un alud de visitas a webs, de seguimiento de los informativos y de las audiencias de las tertulias de radio. Pero a Eleanor le frustraba que aparte de esas consecuencias inesperadas, no podía decir que aquel proyecto millonario hubiera dado una ventaja, la más mínima, para los Estados Unidos. Se veía que la presidenta le presionaba de lo lindo con ese asunto y en cada reunión del Consejo aparecía más agobiada. También la omnipresente sonrisa de Larry había dejado de parecer tan ancha. El también sentía el yugo firme y apretado.

Jason se quedó pensativo al final.

—Al principio, Manley, pensé que tal vez era mala idea este proyecto. También había una consideración, que me hería, me hacía verdadero daño. Era la esperanza de que tal vez la divulgación del contacto permitiera a nuestra humanidad progresar en toda clase de campos científicos... incluido el médico. Pensé que más pronto que tarde se hallaría una cura al cáncer para Miriam. Ahora, después de haber aceptado todo esto y ver que esa esperanza se desvanece otra vez... siento como si fuera un nuevo diagnóstico terminal... como si toda la pesadilla de la enfermedad de mi mujer se repitiera de nuevo, o incluso peor... volviera a empezar todo desde el principio. Y no sé si tengo ánimos ni fuerzas para seguir soportando esto.

Manley le preguntaba por Miriam todos los días en el Instituto, pero él no tenía ocasión de sincerarse. Ese había sido un buen momento para ello. En cierto sentido Jason sintió que al decir aquel simple pensamiento se había quitado un peso de encima.

Manley se entristeció por ello y le dijo que sentía que fuera así y que no perdiera la esperanza.

—¿Qué crees que va a pasar con todo esto, Manley? —preguntó finalmente Jason con rostro serio.

Manley arrojó lejos de sí el corazón de la manzana que acababa de devorar. Miró al horizonte unos segundos antes de responder.

—No tengo ni remota idea Jason. No tengo ni idea

Ambos quedaron en silencio observando el inmóvil paisaje de las montañas esperando que éste les inspirara una idea reveladora.

## Capítulo 37

### Unos días después

Manley caminaba por uno de los amplios pasillos de la base provisional de la IAE cuando de una de las puertas laterales surgió de pronto la figura de Darcy. Estaba llorando y al distinguir a Manley corrió hacia él presurosa. Manley la recibió sorprendido en sus brazos.

Manley le tomó de los brazos y le miró a los ojos, aunque Darcy bajaba la vista hacia al suelo y negaba con la cabeza.

—Por Dios, Manley, ha sido horrible... horrible...

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Manley mientras un corrillo de personas los rodeaban a un metro de distancia.

Manley observó que uno de los operadores, un joven de uniforme caqui, se acercaba a ellos procedente de la misma sala de codificación de la que había salido Darcy. También se le notaba el semblante trastornado, como si estuviera acalorado.

Manley acompañó a Darcy a una de las sillas que se disponían en estructuras agrupadas a intervalos a ambos lados del pasillo. Intentaba tranquilizar a Darcy con palabras suaves mientras interrogaba con la mirada al operador que se sentó junto a Darcy en el lado opuesto a Manley.

—Ha sido una crueldad... Los beobones siempre nos habían parecido repelentes y antipáticos... y estábamos intentando seguir los protocolos establecidos por la directora Eleanor, pero nos resulta imposible trabajar con esos... bichos —el oficial no se reprimió y pareció decir esa última palabra con el mayor de los desprecios. Darcy había escondido su rostro en el hombro de Manley.

—¿Qué sucedió? —interrogó Manley inquieto al oficial.

—Es una raza belicosa. Sabíamos que estaban en guerra. Pero no estábamos preparados para ver en la retransmisión como... despedazaban a sus enemigos capturados. Ha sido la peor escena de crueldad... con una especie de espada láser cortaban los miembros de sus enemigos... civiles, adultos y menores, que gritaban de una manera espeluznante... lo hacían de tal manera que prolongaban su agonía y evitaban que murieran... Una tortura inconcebible —el oficial parecía quedarse sin aire al respirar.

—Oh, Manley, pero lo peor no ha sido eso —terció Darcy interrumpiendo al oficial—. Lo peor es que lo hacían delante de la cámara del codificador para causarnos horror a nosotros. ¡Ha sido como estar en el mismo infierno!

\* \* \*

La reunión del Consejo estuvo marcada por el incidente con los beobones. Había

sido necesario sustituir a todo el equipo operativo, pero entre los oficiales se había corrido la voz de sus costumbres bárbaras y a nadie le apetecía ponerse al frente de semejante comunicación, y de hecho el canal se cerró unos días después. Darcy había sido convocada por el oficial al mando de aquella comunicación por lo difícil que resultaba ese canal y acudió justo para presenciar aquella horrible escena.

—Creo que estamos siguiendo una política completamente errónea respecto a las comunicaciones interestelares... con todas las razas —la que exponía su argumentación era Darcy, que aparentaba haberse repuesto por completo del shock en el que se había sumido unas horas antes. Su voz tenía un tono especialmente beligerante, que todos intuían tenía en su objetivo a Eleanor—. Comprendo que la Casa Blanca y el ejército tiene unas prioridades muy claras, pero estamos tratando con seres inteligentes, no con ganado, y los planteamientos que reciben nuestros operarios, sean del ramo científico que sean, están altamente sesgados hacia el conocimiento científico... y militar, me temo.

—Darcy, esto es una carrera —interrumpió secamente Eleanor, pero Darcy no se dejó achantar.

—... y estamos tratando a esas razas como si fuera un rebaño que tenemos que ordeñar. Cuando un operario empieza a desarrollar algún género de afinidad con un ser extraterrestre se considera que empieza a perder el tiempo y es apercibido. Y si su conversación empieza a derivar hacia temas personales, filosóficos o triviales es apartado de su puesto. Se debe dispensar esta norma cuanto antes.

—Faltaría más, Darcy. Los Estados Unidos de América no está construyendo estos aparatos para formar parte de una red de chismorreos cósmicos —Eleanor soltó una carcajada sarcástica al final de su comentario, al que siguió un incómodo silencio. Aquel enfrentamiento ya se había repetido más de una vez. Lo cierto es que la escasa afluencia de conocimiento hacía que David estuviera más tiempo bebido en el bar que en otro sitio y que nadie le pidiera cuentas de nada puesto que no había nada que pedir.

Sin embargo Jason desplegó un periódico de tirada nacional, en su sección de economía, sobre el centro de la mesa, mientras reía por lo bajo.

—Me hace gracia esa idea que has expresado tan bien, Eleanor. Chismorreo cósmico. En cierto sentido es lo que ha pensado esta gente, los de Prime Interactive, una corporación de telecomunicaciones. Están pensando en comercializar codificadores estelares —comentó Jason por lo bajo.

Todos le miraron extrañados, pero quizás el más afectado por la noticia pareció ser Larry, que alargó su brazo y atrapó el periódico con cara de incredulidad.

—Eso es un disparate —musitó.

—Sí, la idea es... ¿por qué no entretener a la gente con esto? ¿A quién no le gustaría hacerse amigo de un extraterrestre que está a más de cincuenta mil años luz de distancia? Da un poco de miedo... pero sería de lo más *cool* —dijo sarcásticamente Jason—. Lo que dice el artículo es que han logrado reducir el tamaño

del equipo, que podría ser del típico ordenador de sobremesa, y ya vendría incorporado con un alienígena contactado a través del correspondiente entrelazamiento cuántico, con un sello de garantía que verificara que la conexión es fiable.

Eleanor apretó los labios. Larry se dirigió a ella casi furibundo, exigente.

—Pero la Casa Blanca me imagino que detendrá semejante despropósito. Es una barbaridad, Eleanor.

—Sí, sabemos que no sólo Prime está detrás de esa idea. En Japón Sony lo considera seriamente e incluso están diseñando el proceso industrial de fabricación. La cuestión no es quien lo prohíbe primero, sino quien lo fabrica antes.

—Así que es muy posible que al final todo esto lo único para lo que sirva sea para un bien de consumo más —rió Manley divertido. Jason diría que su cara se mostraba extrañamente aliviada.

—¡Como el que compra una tostadora última generación para su cocina! —añadió David ufano.

—Al parecer las grandes multinacionales que han emulado el codificador estelar están tropezando con el mismo problema que nosotros. No hay intercambio tecnológico porque en general no tenemos nada que ofrecer, y porque, también sea dicho de paso, de los varios cientos de razas con las que hemos contactado hasta la fecha, no hemos dado con un individuo o equipo de individuos aptos para ningún género de intercambio de información de cierto valor. Cuando se han dado las condiciones idóneas sus esfuerzos han sido inconstantes o han tropezado con nuestro retraso tecnológico de tal manera que no conseguimos llegar a buen puerto —sentenció Eleanor.

Estalló una conversación desordenada donde la voz de Larry era la que más sobresalía y David aprovechó el caso para acercarse al mueble bar a servirse una copa más. Jason diría que aquella costumbre cada vez la repetía con más asiduidad. Manley y Darcy se enredaban en una conversación sobre si tal vez esa fuera una posibilidad que abriera puertas que ahora se mantenían cerradas. Jason callaba, con los brazos cruzados sobre el pecho y levemente echado para atrás, apoyado en el respaldo reclinable de su cómodo sillón. Pensaba que tal vez Larry no tuviera tiempo de estrenar su flamante nueva sede central del IAE porque, a fin de cuentas, ¿quién iba a necesitar semejante institución si cada hijo de vecino podía tener su propio codificador estelar en el escritorio de su habitación?

\* \* \*

Manley se dirigía ufano a su coche, un flamante ford Cougart último modelo, no en vano el IAE no reparaba en gastos en cuanto a remuneraciones del personal, pero en un arranque de contenida euforia decidió darse un paseo previo y echarse algo al estómago en alguna cafetería cercana.

Estaba satisfecho por cómo estaba sucediendo todo. Había temido que aquel invento suyo hiciera descarrilar al mundo de alguna manera, pero todo estaba yendo muy bien. Incluso se hablaba de comercializar los codificadores y democratizar el contacto con otras inteligencias. «Magnífico». Hacía un espléndido día de verano y daba gusto pasear por Tucson, pero quizás lo que más le alegraba su espíritu es que después de tanto tiempo parecía que una barrera invisible que hasta la fecha había neutralizado su entendimiento con Darcy parecía que había dejado de existir. En las últimas semanas se las habían ingeniado para coincidir en los desayunos de trabajo, su conversación parecía no languidecer nunca y Manley era consciente de que ambos se atraían. Por fin aquella mañana, tras la sesión de trabajo en equipo, Manley había invitado a cenar a Darcy y ésta había respondido con toda naturalidad que «encantada», como si llevara esperándolo toda una vida.

Sí, se sentía pletórico, capaz de todo. «¿Quién ha dicho que nuestro destino estaba escrito?», pensó, y una confortable sensación de esperanza lo invadió.

—Toma hijoputa

Una voz extrañamente familiar sonó a sus espaldas, pero Manley no tuvo tiempo de volverse. Algo le golpeó por detrás con fuerza inesperada y se sintió impelido hacia delante sin que pudiera controlar su cuerpo. Una profunda sensación de ardor, como si su pecho estuviera envuelto en fuego, acaparó todos sus sentidos. Incluso cuando golpeó la cara contra el suelo parecía que aquel impacto habría de ser por completo indoloro pues apenas sintió nada en comparación con la opresión que le impedía incluso respirar. Las imágenes se volvieron irreales, los gritos de personas parecían distantes y la bocina de un coche que sonaba clamorosa le parecía una nota lejana que se perdía por momentos hasta el punto de parecer que era producto de su imaginación. Dos truenos retumbaron en un cielo sin nubes.

Finalmente todo se apagó.



## Capítulo 38

### Dos mese después

Manley se sentía un tanto intimidado por la vorágine de los tramoyistas y operadores del plató, el público del escenario y sobre todo, un presentador consumado y famoso como Jay Leno. Todo junto constituía una parafernalia en la que resultaba difícil mantener la sangre fría. Jay ya había hecho una larga presentación de Manley, recordando a la audiencia que era el hombre que nos había puesto en contacto con los «bichos», como se decía coloquialmente en la calle cuando se referían a civilizaciones alienígenas.

—Bueno Manley —la entrevista comenzaba y Jay se dirigía hacia él tras de su escritorio. Manley sentía sobre sí el peso de la audiencia y del propio prestigio del presentador como si fuera embestido por una carga de caballería; el corazón acelerado, los nervios a flor de piel—. Dos meses en coma y vuelves a la vida, casi contra todo pronóstico. Ya habrás visto que todo sigue igual... los hombrecillos verdes no nos han invadido —Manley sonrió abiertamente— y los impuestos pese a las reiteradas promesas, siguen sin bajar. ¿Merecía la pena realmente volver o...? —Jay se ríe de su broma y junto con él todo el público presente—. Pero lo que sí ha cambiado y que afecta a tu trabajo son las razas alienígenas conocidas... La espinosa cuestión de si estábamos solos en el universo ha quedado definitivamente resuelta. No es que estemos solos, ¡es que somos demasiados! —Jay gesticula y extiende los brazos y el público ríe la mímica— ¿Vamos a tener problemas de espacio en la galaxia?, ¿te esperabas algo así?

—Bueno Jay —Manley había recibido instrucciones para que tuteara al presentador— lo cierto es que ya antes de sufrir el atentado el número de especies inteligentes conectadas crecía lentamente día a día. Y ahora según recopilamos información reciente del instituto, nos aproximamos a la cifra de mil civilizaciones... y creciendo.

—¿Mil razas inteligentes? —Jay exclamó y preguntó a la vez, fingiendo asombro por la cifra que ya era de todos conocida—. Pero una pregunta importante, Manley... —Jay deja pasar unos segundos en silencio mientras le mira serio— ¿se está incluyendo a la raza humana dentro de esas mil razas inteligentes? —risas generales—. Bueno... yo siempre he tenido mis dudas al respecto.

Manley ríe.

—Sí, yo también, desde luego.

—Pero volviendo al tema de las razas... se dice, se rumorea, se comenta... que no sólo el Instituto, el IAE, tiene contactos con las razas extraterrestres, sino también la NSA ha montado su propia división de código estelar, el MI10 británico ha hecho lo propio creando una división para asuntos interestelares, el Mossad, los rusos,

China... otro tanto. ¿Qué hay de cierto en todo eso? ¿Es verdad que todos ellos están montando redes de comunicación secretas?

—Bueno... como te puedes imaginar no lo sé con certeza. Todos esos organismos que has citado se dedican al espionaje y me imagino que querrán explorar nuevas fuentes de conocimiento a través de esas vías. Pero la comunicación con un alienígena es aleatoria. Depende de un par de partículas atómicas entrelazadas. No se puede sintonizar un dial e intentar hablar con una raza determinada... ni siquiera por lo que vemos con un individuo capacitado con conocimientos útiles para nosotros. Capturas un rayo cósmico, una partícula de alta energía... no puedes saber quién ha capturado el otro par entrelazado. Pero sí, volviendo a la pregunta que me hacías, parece razonable sospechar que pueden estar intentando establecer contacto por su cuenta para fines de obtener ventajas tecnológicas, militares...

—Es decir... y perdona que te interrumpa, por si lo entiendo mal, la humanidad conoce a una raza inteligente, a miles de años luz de nosotros y... lo primero que hacemos nosotros es ¿¡espíarlas!?!... comprendes mis dudas sobre la inteligencia humana... ¿verdad?

—Bueno, puede ser peor, a veces también insultamos...

—¿Insultamos también?

—Sí, ya he sido testigo más de una vez de un operador novato, que cuando visualiza a un alienígena, lo primero que exclama involuntariamente es; «que bicho más feo»... —la gente se ríe— y claro no se da cuenta de que el codificador está transmitiendo y subtitulando lo que dice... desde el primer segundo.

—Así que el extraterrestre lo primero que oye de un humano en un contacto que podríamos calificar histórico, dos razas que interactúan por primera vez que se encuentran en extremos opuestos de la galaxia, es... ¿un insulto?! ¿Se imaginan ustedes algo así? —Jay se vuelve y pregunta al público—. ¿Ustedes cuando conocen a alguien que les acaban de presentar... les dicen; Que bicho más feo es usted...? —Jay gesticula y todos ríen a carcajadas, incluido Manley—. Y mi pregunta al respecto es que dadas esas habilidades diplomáticas; ¿están seguros al cien por cien que nadie nos va a invadir? —Jay mira ceñudo y nuevas risas del público.

—Estamos en ello —terció Manley sonriente.

—Y una pregunta que muchos nos hacemos. Siempre estamos oyendo los resúmenes del Instituto, los videos que facilitan en los que se ven a seres de aspectos... tan raros... tan distantes... tan inteligentes, y uno se pregunta... ¿Estos seres tienen religiones como la nuestra? ¿Es algo que ya han superado... o es que están en contacto con el Creador?

—Una pregunta interesante, sí. La verdad es que uno podría suponer que tal vez seres mucho más avanzados que nosotros, pues en apariencia parece ser que la gran mayoría de razas son tecnológicamente mucho más avanzadas, tal vez no necesitaran el consuelo y la ayuda de la religión... pero lo cierto es que no es así. Hemos encontrado a individuos gnósticos, agnósticos y ateos... pero también creyentes, la

mayoría de los cuales monoteístas. También mantienen consignas de índole política cuyos preceptos alientan la guerra y destrucción como pueda suceder aquí mismo. No hay nada nuevo bajo el sol por ese lado... Y sí, claro, según tengo entendido muchas de esas religiones mantienen preceptos espirituales desarrollados... me atrevería a decir que las que aparentan ser más pacíficas.

—Amor, bondad... buen rollo —Jay Leno sonríe ampliamente.

—Eso es.

—¿No es sorprendente?

—Para mí sí lo ha sido. Y bueno, yo soy el único ateo de mi equipo, al parecer...

—Sí, porque no todo el equipo de monte Lemmon es ateo.

—No, por supuesto, hay católicos, baptistas, agnósticos... lo mismo que uno encuentra en la calle, me parece a mí.

—Bueno, también había algún demonio por ahí suelto en ese equipo, ¿no es verdad? Todos recordamos que quién intentó acabar con tu vida fue precisamente un compañero de Monte Lemmon, Jeremy Hudson, que murió abatido por los guardias del instituto, tus escoltas, cuando te iba a rematar en el suelo. ¿Te sientes afortunado?

—Sí, la verdad es que haber sobrevivido a aquel atentado resulta formidable. Tuve suerte también porque unos milímetros en otra dirección y ya no estaría aquí para contarlo.

—Lo único es que la silla de ruedas ya no te la quita nadie, ¿no?

—Así es, desgraciadamente.

—Manley. ¿Por qué contra ti?, y también... ¿por qué Jeremy?

—Jay, es algo que me pregunto al menos una vez al día desde que recuperé las consciencia... y es algo que no entiendo —Manley se había puesto serio—. Desde el principio Jeremy fue muy receloso con el codificador. Pensaba que estábamos ocultando algo y por eso se apartó del grupo. Creo que fue construyendo un mundo de conspiración del cual yo era la cabeza pensante. Consideraba que ocultaba algo a la gente que debía saberse... y eso no es así. Yo simplemente hice un descubrimiento que ha sido expuesto a la luz pública. No hay nada oculto. Él estaba convencido de que mentía y se llenó de rencor y odio.

—Y tanto que no hay nada que ocultar, y a tenor de esto viene la siguiente cuestión. ¿Qué os parece en el Instituto lo que está anunciando Prime Interactive? ¿De verdad que será posible que cada norteamericano tenga entre el microondas y el frigorífico un aparato de codificación intergaláctico y pueda intercambiar con alienígenas una receta para el pavo asado del Día de Acción de Gracias? —Nuevas risas— ¿O que pueda tener un codificador para asustar a los niños desobedientes con que viene un bicho feo a llevárselos en un saco? ¿Y todo eso por el módico precio de un millar de dólares? Y lo quieren llamar exovideo o exolector... otro aparato más para tener en casa enchufado.

Manley sonrió abiertamente

—Bien... no me extrañaría. En la actualidad el principal problema es el tamaño

de la trampa cuántica, pero como todo en la industria, es susceptible de abaratar costes al introducir economías de escala, procesos en cadena, innovación tecnológica que permita reducir tamaños... Nada que no se haya hecho antes mil veces. Los primeros teléfonos eran artilugios grandes y pesados...

—¡Y los de ahora también! —terció Jay—. Porque los móviles al principio eran grandes, empezaron a disminuir de tamaño y... ¡mira cómo son ahora! —Jay sacó del bolsillo un enorme smartphone— ¡Estamos peor que al principio! —nuevas risas.

—Seguramente veremos aparatos del tamaño de un ordenador de sobremesa que sean trampas cuánticas. Ese es el corazón del codificador. El resto un simple chip sirve para realizar la función de comunicación, además de un teclado y un monitor, por supuesto. No es algo del otro mundo.

—Bueno... de otro mundo ¡sí que es! —el público se ríe y Manley también—. Y otra pregunta, que estoy recordando todas esos chascarrillos que nos preguntamos cuando estamos con amigos hablando distendidamente de estas cuestiones. Esta gente, estos alienígenas... ¿se interesan por nosotros realmente o les aburrimos? Recuerdo a la jefa del gabinete, la señorita Eleanor Wilson, que siempre se queja de lo aburridos que resultamos a los aliens... Yo me pregunto... ¿por qué no les ponen el show de Jay Leno? Porque aquí a fin de cuentas nadie se aburre, ¿no?

Manley ríe abiertamente antes de contestar.

—Bueno, no es mala idea no. Lo cierto es que los humanos estamos ávidos por aprender. Somos terriblemente curiosos... y también queremos rentabilizar una inversión. Estamos tan pendientes de eso que podemos resultar pesados. Pero lo cierto es que sí despertamos interés de los alienígenas. Nos preguntan por cómo organizamos nuestra sociedad, nuestra religión, cómo es nuestra sexualidad...

—Ah, mira, si al final resulta que los aliens son espabilados y todo.

—... y por muchas cuestiones sobre nuestro planeta... y también muchas cosas que podrían parecer intrascendentes. Emitir vídeos de gente normal haciendo cosas normales les parece muy llamativo, de hecho es lo que más aviva una conversación... al igual que cuando ellos nos muestran vídeos similares. Lo único que sucede que esos contenidos no cumplen las directivas del Instituto y son vías muertas que se tienden a cortar. Es como si montáramos una Universidad y tuviéramos a los profesores jugando al parchís. Por muy entretenido que resulte obviamente eso no haría gracia al patrocinador.

—Y a fin de cuentas... ¿no es eso lo que sucede? —El propio Jay se ríe y hace un gesto con la mano como diciendo, no me tengan en cuenta ese chiste y la gente aplaude—. Y una última cuestión Manley. Algo que no se ha hablado demasiado. Estamos tan acostumbrados a fijarnos en lo superficial. Llamamos a las razas alienígenas que conocemos por su aspecto; elefantinianos, moscus... pero no hablamos mucho de los inventores del código estelar, y eso me intriga profundamente. ¿Qué es lo que se sospecha al respecto? ¿Una raza que inventó el código y después de ver el resultado hizo mutis por el foro, que se dijo, «pero qué es

lo que hemos hecho»? —Jay se lleva las manos a la cabeza y el público vuelve a reír.

—Sí, esa es una cuestión que nos interesa muchísimo. Pero ninguna raza nos ha dado pista alguna sobre eso. Tal vez la respuesta esté en el patrón del propio código pero no hemos encontrado nada aún en él. Es un completo misterio. Estamos en ello.

Jay tomó la palabra y gastó un par de chanzas más y despidió a Manley para el que pidió una nueva salva de aplausos que resultó atronadora. Manley giró su silla de ruedas y se encaminó hacia los bastidores, deslumbrado por los focos y abrumado por el calor del público.

# Capítulo 39

## Finales de otoño

Jason había recibido una llamada sorprendente de un colega al que hacía tiempo no veía. Se trataba de un viejo amigo de la universidad que la vida había llevado por otros derroteros. Hacía años que no compartían un café y que habían perdido el contacto. Por eso cuando Peter Kirilenko, un economista que impartía clases en una pequeña universidad privada, norteamericano de origen, pero de ascendencia ucraniana, le propuso una sencilla operación comercial, Jason se sintió intrigado.

Peter vivía en la parte sur de la ciudad, en uno de esos barrios monótonos de casas con amplio jardín que se sucedían una tras otra en una avenida inacabable. Jason hacía tiempo que no pasaba por allí, pero sin embargo no le costó mucho reconocer la casona de su amigo. Cuando llegó este le aguardaba sentado en una mecedora del porche mientras manipulaba su tablet. Se saludaron efusivamente y se interrogaron por sus respectivas familias y trabajo. Jason le puso al tanto de la situación de Miriam y Peter lamentó enterarse de su enfermedad.

—Así que tú has sido uno de los primeros en agenciarse uno de esos exolectores, ¿quién lo iba a decir? No sabía que tuvieras esas inquietudes por la comunicación intergaláctica.

—¡Qué dices! Es algo que me chifla. ¿Sabes lo que es poder hablar con...? Ah, me estas tomando el pelo. Con el puestazo que tienes en el Instituto tú tienes que estar aburrido de hablar con extraterrestres, pero te aseguro que el común de los mortales está que se mata por conseguir un chisme de estos. Te enseñaré algo... fíjate.

Peter le mostró su tablet.

—Verás... ahora te explicaré por qué mi exolector no me sirve... aunque a ti seguramente te podrá interesar. Obviamente si te lo vendo es para comprarme otro sobre la marcha... Los muy cabrones de Prime están subiendo los precios, pero es que mira... Ahora mismo estoy en lista de espera en el puesto 275.126... ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Prime está trabajando a destajo para cubrir la demanda. Pero en cuanto surja competencia y los precios caigan todo el mundo va a tener su exolector... te lo puedo asegurar.

—Bueno, no estoy seguro de que este invento resulte tan entretenido —comentó Jason un tanto impresionado por los comentarios de Peter.

Peter le ofreció una cerveza fría y Jason aceptó. Se sentaron en el porche. Soplaban una brisa fresca. La primavera era la estación preferida de Jason.

—Bueno, y ahora cuéntame qué sucede con tu exolector y por qué me tiene que interesar a mí.

—El alienígena con el que he conversado una sola vez solicitó hablar con un

científico. Fue meridianamente claro, no hablaría con otro que no tuviera una preparación científica mínima.

—¿Sólo has hablado una vez?

—Sólo. Por más que he intentado comunicarme con ellos una y otra vez... nada. Es un cacharro viejo e inservible para mí.

—¿Y si no consigo entablar contacto con ellos?

—Te devuelvo tu dinero.

Jason dio un largo trago a la lata de cerveza. Sabía bien.

\* \* \*

Cuando Jason empezó a descargar el trasto de su coche se encontró a Miriam que le aguardaba cariacontecida en el hall de la casa. No dijo nada, pero su mirada un tanto severa y disgustada hablaba más que de sobra. Sentada en su silla de ruedas y en silencio prestaba una imagen que era una sorda recriminación. Jason se vio obligado a justificarse.

—Mujer, no me mires así. No es un juguete. Es trabajo, algo serio.

—Siempre habías estado despotricando de estos aparatos y mira por donde ahora me vas a meter a un alienígena en casa. A saber si te enganchas horas y horas a hablar con él, como si no tuvieras bastantes en el trabajo. Siempre igual, dices una cosa y acabas haciendo la contraria.

Jason gruñó, llegó al despacho donde descargó el aparato principal del exolector, una caja comparable a lo que sería un PC de sobremesa, pero bastante más pesada. Volvió a por el teclado y el monitor mientras Miriam le reconvenía sin piedad. Jason repetía una y otra vez «es trabajo», como si fuera una frase que justificara su compra. «Quinientos pavos, es algo que con mi actual sueldo me puedo permitir sin pestañear», se justificaba. En los últimos dos años la enfermedad de Miriam había consumido buena parte de sus ahorros y ambos se habían vuelto especialmente tacaños. De hecho Jason no estaba convencido del todo por la compra que había hecho, pero el planteamiento sencillo que había realizado Peter le había picado la curiosidad sobremanera. No había podido resistirse a pesar de saber que contaría con la oposición constante de Miriam. Ya pensaría en algo.

Tenía ya todo listo para encender el aparato, pero el remordimiento hizo presa en él. Había pasado todo el día fuera, no quería dejar que aquel chisme consumiera el valioso tiempo que solía pasar con Miriam. Fue a hacerle compañía.

\* \* \*

Era ya de noche, Miriam se había acostado y tenía un par de horas por delante que habitualmente dedicaba a la lectura o a la simple meditación. Esa noche iba a prestar

toda su atención al exolector. Se sentía como un niño pequeño al que le acaban de dar su más ansiado regalo de navidad y está ávido por rasgar el papel que lo envolvía.

El exolector siseó al arrancar. Propiamente dicho lo que arrancó fue el procesador informático que estaba vinculado al equipo. La trampa cuántica permanecía siempre operativa y para ello el aparato contaba con una batería que mantenía el funcionamiento básico del sistema aún cuando el aparato no estuviera conectado a la red eléctrica, y una vez se enchufaba la batería pasaba a modo recarga.

La pantalla se iluminó y apareció directamente una sencilla interfaz para habilitar la comunicación. Era mucho más simple que los aparatos que manejaban en el Instituto, y también más elegante. Sin duda se trataba de un bien de consumo, algo que había sacado en las últimas semanas de quicio a Larry, y no sin razón. Aquel chisme les iba a dejar a todos sin empleo en el IAE porque la institución se iba a ir a hacer gárgaras. La humanidad entera se iba a convertir en operadora de comunicaciones intergalácticas y nada podría impedir que el Instituto fuera un organismo del todo carente de interés. A fin de cuentas... ¿no pasaba eso mismo con las razas alienígenas?

—Vamos a ver quién diablos está detrás de esta pantalla... —murmuró Jason emocionado para sí. Reconocía que aquel momento disparaba la adrenalina, mucho más incluso que cuando se operaba en el instituto, bajo la supervisión constante, gobernados por unas directrices. Lo cierto era que sólo en casa, a altas horas de la noche, aquella comunicación impresionaba. Todo iba a ser una actividad puramente lúdica, sin cortapisas ni protocolos... experimentaba algo infinitamente más emocionante que en el instituto.

Accionó el botón que activaba la comunicación.

Una sala amplia y vacía, homogénea y aséptica, con dibujos geométricos en diferentes tonalidades de gris y negro al fondo. El aspecto era insulso, aburrido.

¿Habría alguien pendiente de él? Parecía que no. Empezaron a transcurrir los minutos mientras Jason se aburría mirando aquella imagen estática. Ocasionalmente saludaba diciendo «hola» en diferentes tonos hasta que decidió permanecer en silencio, esperando paciente. Sin darse cuenta se quedó amodorrado, la cabeza apoyada en el respaldo, levemente ladeada, y entró en un apacible sueño.

Un sonido vocal le despertó de improviso. Ante sí, el monitor mostraba un ser que le hablaba y le miraba con curiosidad. Su aspecto era humanoide, de las pocas razas descubiertas hasta la fecha que podían catalogarse con aquel adjetivo, de ojos achinados y alargados hacia las mejillas y un rostro más alargado que el humano. Tenía una cabellera corta y tupida así como unas orejas levemente puntiagudas. La nariz, si es que podía calificarse así, era leve, casi indiscernible, y su boca sin apenas labios extraordinariamente fina. La impresión de Jason fue la de un ser delicado e inteligente.

El sonido de su voz era melodioso y Jason se alegró de reconocer sonidos vocales, similares a los humanos. El subtítulo mostró que aquel ser le saludaba



educadamente.

—Un saludo cordial, humano. Lamento haberle interrumpido su descanso.

Jason sonrió. Pensó en la lamentable impresión que debía haber ofrecido, un viejo roncando mientras un hilo de saliva resbalaba de la comisura de sus labios. Se enderezó torpemente en su vieja silla de despacho.

—Un saludo cordial. ¿Cómo me he de dirigir a usted? ¿Cuál es el nombre de su raza?

Aquel ser pareció tardar un par de segundos en reaccionar. Se diría que era cauto en extremo.

—Puede denominarme Legorano. Legoria es el nombre de nuestro planeta. —Hizo una pausa en la que miró hacia otro monitor, oculto a la vista de Jason—. Ahora me gustaría hacerle unas preguntas a fin de valorar la calidad de esta línea de comunicación.

—Claro que sí, no hay problema.

El legorano prestaba atención a un monitor colindante mientras parecía asentir delicadamente. Finalmente se volvió hacia Jason

—¿Podría usted decirme cuál es su ocupación o los conocimientos en los que más sobresale usted como individuo en relación a su especie?

—Mmm... soy astrofísico... —Jason se quedó dubitativo, pensando en el currículum tan corto con el que acababa de describirse, pero no sabría decir en qué dirección alargar más su explicación. Citar un máster, explicar que daba clases de cosmología avanzada en la universidad de Arizona...

—¿Podría decirme en qué cifra estima su especie la edad del universo?

Jason dudó un momento. No sabía si el legorano entendería su respuesta. Después recordó que el traductor del código llevaba incorporada una tabla capaz de convertir de inmediato el año humano en el año legorano o en la escala conveniente según la raza con la que comunicara.

—Aproximadamente catorce mil millones de años —Jason se preguntó al poco de responder si aquella era una pregunta para intentar corroborar que se trataba verdaderamente de un astrofísico, aunque como pregunta de control no parecía muy difícil. Hasta un escolar avezado sabría dar esa respuesta.

El alienígena miró hacia un monitor lateral de nuevo, y pareció asentir. Tardó unos segundos en volver a dirigirse hacia Jason. Su rostro parecía aséptico, incapaz de mostrar ningún género de reacción a las respuestas de Jason.

—¿Su especie ha sufrido eventualmente un episodio de Silencio Negro?

—¿Cómo?... no entiendo a qué se refiere...

Jason miró fijamente el texto de la pantalla. Sí, había leído correctamente. ¿Qué era aquello de Silencio Negro?

El alienígena pareció quedar conforme con esa respuesta. Jason cada vez se sentía más confundido.

—¿Con cuántas razas mantiene simultáneamente contacto su especie a través del

código estelar?

Jason se quedó perplejo. El Instituto había llegado a contactar con varios miles de razas cuyas líneas se mantenían en activo, pero debían existir muchos organismos públicos, multinacionales, ejércitos, en todo el mundo, que tuvieran sus propias redes de exolectores en secreto, y eso sin contar los miles de aparatos que ya habría comercializado Prime Interactive como bien de uso doméstico.

—Aproximadamente con cien mil —aventuró.

El alienígena se dirigió de nuevo hacia su lado derecho. Estaba tomando nota de cada una de las respuestas y a tenor del tiempo que tardaba en realizar una nueva pregunta parecía que realizaba algún género de evaluación.

Finalmente volvió a dirigirse a Jason.

—Muy bien. Ahora debemos evaluar estos datos para ver si la comunicación con su especie a través de usted puede prosperar o la descartamos. Le deseo tenga un feliz día.

Jason estaba perplejo. Intentó contestar pero el legorano salió de su campo visual. De nuevo quedó a la vista la anodina sala de comunicación de tonos grises y decoración de figuras geométricas que le recordaba a un papel pintado psicodélico de los años sesenta. Jason apagó la interfaz confundido. Ignoraba la causa exacta, pero había muchas cuestiones en aquella conversación que lo habían incomodado, o inquietado, no sabría definir exactamente la sensación que predominaba. Giró sobre su silla y se enfrentó con su ordenador personal. Efectuó una rápida búsqueda en internet. «¿Qué es esto de silencio negro?». Jason recordaba haber oído hablar someramente de ese concepto, más bien como un rumor o un chisme, pero era algo que en el instituto no se había prestado la menor atención. Entraba dentro del rango de leyendas urbanas que pululaban entre los legos.

Rápidamente se hizo una composición de lugar. No existían páginas oficiales salvo el instituto que publicaran información alienígena. Sí que había ya infinitud de bloggers con exolectores particulares que contaban sus experiencias. Alrededor de ellos orbitaban una multitud de seguidores que preguntaban, comentaban, criticaban. En esos foros Jason encontró una definición ambigua del concepto «silencio negro», porque existían diversidad de opiniones. Todos coincidían en una cosa, era un concepto que muchas razas alienígenas comentaban, es decir, no era una ocurrencia de alguien de la Tierra, y se referían a un hecho concreto; cuando una raza interrumpía definitivamente la comunicación con otra y su interfaz mostraba una pantalla en negro, en silencio, y el indicador del espín quedaba definitivamente inalterado. La comunicación por ese canal había cesado para siempre. Nadie sabía explicar qué significaba aquello, pero había multitud de ocurrencias al respecto. Y aquello le inquietó. Y cuanto más lo consideraba más repasaba la corta comunicación que había mantenido con su interlocutor.

Los legoranos le daban la impresión de ser una raza extraordinariamente cauta. Preguntas asépticas... evaluar si era apto o no para mantener comunicaciones con

ellos... esa pregunta sobre el silencio negro como si fuera un conocimiento crucial.  
Aquella noche Jason apenas pudo dormir.

## Capítulo 40

### Al día siguiente

En la reunión matutina del Consejo, Jason se mostró especialmente beligerante. En los últimos tiempos el ambiente de las reuniones se había enrarecido. Eleanor había ido trasladando a los demás la ausencia de logros que le requería imperiosamente la Casa Blanca. La presidenta le gustaba referirse al IAE como la inversión lúdica más elevada que jamás había desembolsado un gobierno federal, lo cual incomodaba sobremanera a Eleanor, y lograba que cuando trasmitía esas críticas cargadas de ironía al Consejo, Larry se sintiera a su vez visiblemente nervioso. Sus excusas y esperanzas de que el Instituto lograra un descubrimiento, una patente, algún género de rédito tecnológico eran carbonizadas por la impaciencia de Eleanor. David, por su parte, como responsable del área de descubrimientos tenía poco que añadir, se encontraba muchas veces ensimismado y deprimido en nadie sabía cuáles conjeturas, y cuando estaba más propenso a hablar se notaba el efecto del alcohol y entonces era peor. Sus comentarios jocosos exasperaban a Eleanor. Darcy terciaba entonces y le recordaba que los militares también controlaban las comunicaciones y eran tan responsables como el ala civil del Instituto del fracaso evidente del proyecto. Darcy no perdía nunca ocasión de enfrentarse a Eleanor, concluía Jason para sí.

Manley también había ido disminuyendo. Parecía que su personalidad se había agriado a raíz del atentado. No había digerido aún su situación irresoluble en silla de ruedas y su sentido de humor abierto y su sonrisa amplia habían desaparecido, siendo sustituidas por un humor ácido y una risa sarcástica. En general hablaba poco y si seguía adelante era más bien porque su cabeza bullía en un sinfín de teorías cosmológicas que intentaba poner en orden permanentemente. Su teoría de la expansión del universo, basada en la gravedad modificada, había sido una más que se añadía a una larga lista de modelos que aguardaban su momento de gloria. Tal vez no llegaría nunca. Se sentía frustrado en todos los frentes de su vida. Para colmo aquellas reuniones del Consejo le colocaban junto a Darcy, y él era incapaz de sostener su mirada. Su invalidez le hacía sentirse inservible e incapaz de aspirar a una mujer como ella. Era una humillación en la que se recreaba y en la que hallaba un inesperado placer masoquista que agriaba su carácter.

Darcy notaba esa incomodidad, pero no sabía cómo abordar el problema porque cada vez que lo intentaba tropezaba con la mirada hosca de Manley que parecía indicar un mensaje hostil de «no quiero que tengas caridad conmigo», y la amistad entre ambos se fue enfriando.

Jason había observado aquella evolución de los miembros del Consejo con cierto sentido del humor, especialmente por lo que se circunscribía a Eleanor y Larry, dos científicos con un pie metido en la política. A fin de cuentas ellos vivían para su

prestigio y su fama, más que para otra cosa, y todas aquellas dificultades le parecían a Jason providenciales y casi agradecía divertido asistir al particular infierno de recriminaciones gubernamentales con el que tenían que lidiar. Le entristecía sin embargo la decadencia de David pero por más que había intentado sonsacarle al astrofísico qué le sucedía lo único que había conseguido era mantener con él conversaciones de madrugada, con más alcohol en sangre de lo debido, sin que pudiera dilucidar idea alguna de qué es lo que estaba destruyéndolo. David era absolutamente hermético.

Igualmente le apenaba lo que le había sucedido a Manley. La bala que Jeremy le había incrustado en la columna no sólo había destrozado físicamente al joven científico, también había destruido su corazón. Observaba preocupado como su ánimo se oscurecía y su talante se apagaba... y aún así Jason recordaba que antes del atentado Manley ya parecía ser portador de una preocupación cuyas dimensiones le superaban.

Y ahora él estaba enfadado. Tenían un ingente presupuesto a su disposición, miles de comunicaciones establecidas y quería aclarar una idea que le preocupaba.

—No sé si somos conscientes todos nosotros de lo que se nos viene encima — explicaba Eleanor—. Prime Interactive va a crear varias plantas de fabricación de trampas cuánticas, su demanda se está multiplicando y ya tenemos a IBM que está anunciando la creación de una división exo en su organigrama. Estos se apuntan a la fabricación de exolectores seguro.

—¿Qué quieres decir Eleanor? —preguntó Larry, pero no con su vozarrón habitual, sino más bien con un hilo de voz.

—Larry, los días del Instituto están acabados si no logramos justificar la ingente cantidad de dinero que se ha invertido aquí. Dentro de poco cualquier ama de casa norteamericana va a tener un exolector y la posibilidad de dejarnos en ridículo...

—Por supuesto que pasará —interrumpió Darcy— tenemos unos protocolos que son una mierda —sentenció.

Era un debate archirepetido. Jason intervino.

—Cambiemos de tema por favor. No suelo participar de estas reuniones porque generalmente los asuntos de mi incumbencia no tienen gran relevancia ni para la Casa Blanca ni en general para el público y odio el politiquero y los debates de organización. Sin embargo he de participaros de algo que me inquieta.

Jason se aseguró de que todos le prestaban atención. Incluso esperó a que Manley elevará la mirada de su smartphone con el que estaba entretenido y prestara atención a sus palabras.

—Tengo un exolector doméstico —comentó de entrada Jason.

—¡Caramba Jason! —exclamó David mientras su mirada un tanto vidriosa se cruzaba con la de Larry— ¡te has pasado al bando de Prime! —y soltó una carcajada que nadie secundó.

Jason resopló y continuó.

—Un antiguo amigo de la universidad compró un chisme de esos, pero el contacto alienígena con el que topó le defraudó. Una raza extraordinariamente reservada. Se hacen llamar legoranos y sólo querían conversar con un científico... — Jason dejó que estas palabras calaran. Inmediatamente constató la atención eléctrica de Larry sobre él. También Eleanor pareció agitarse un poco. Sin embargo Jason dirigió la mirada hacia Manley—. Se aseguró que yo era astrofísico y entonces me hizo dos preguntas a fin de evaluar si la comunicación con el género humano les merecía la pena.

De nuevo una pausa. Darcy se impacientaba, y enarcó las cejas como diciendo «desembucha».

—Me preguntó por cuántas razas mantienen contacto en la actualidad la especie humana. Yo aventuré que unas cien mil. Lo sé... es una pura conjetura. No sabemos cuántos exolectores ha vendido Prime, cuántos funcionan o cuántos no, no sabemos si la NSA ha puesto en marcha su famosa división de CE, por no hablar de otras potencias, multinacionales, organizaciones... que puedan tener exolectores operativos. Da igual, intuyo que lo mismo valdría haber dicho un millón que diez mil. La pregunta tenía un enfoque que a mí se me escapa... no sé cuál es.

—¿Cuál era la otra pregunta Jason? —preguntó Manley— y por favor no me mires con esa fijeza.

—La otra pregunta Manley, tenía que ver con el Silencio Negro.

Eleanor se echó para atrás en su silla mientras que Larry ponía cara de extrañeza.

—Por Dios Jason, ¿dando pábulo a una leyenda urbana?... —terció Eleanor más agresiva de lo que Jason esperaba— o más que urbana, ¡intergaláctica! ¿Qué quieres?, ¿qué el instituto empiece a indagar en un cotilleo cósmico? Me niego.

—Esto es algo más que un cotilleo. No has entendido bien la situación. Tengo a una raza alienígena que nos pregunta si hemos superado un episodio de Silencio Negro. Por lo que he podido entender en foros de internet es cuando una raza deja de estar en contacto a través del código estelar. Las elucubraciones, no nuestras, sino de otras especies abarcan todo género de calamidades. Desde que hay una raza que va devorando a los incautos que son localizados a través del Código Estelar a otras conjeturas que dicen que hay razas que eventualmente se autodestruyen, algo que sucede con asombrosa facilidad, al parecer, tanto que todas las razas de la galaxia han acabado poniendo un nombre al proceso. Tal vez sea una leyenda, pero no urbana, sino galáctica.

Jason observó a los contertulios. Larry y Eleanor parecían ofendidos con él por plantear el tema que consideraban intrascendente. El Silencio Negro era protagonista de foros de internet auspiciados por amantes de las teorías de la conspiración, algo muy poco serio para tratar en el Instituto. Darcy le miraba con curiosidad mientras que Manley eludía cruzar los ojos con él, por más que Jason se esforzara en ello. Intuía que Manley sabía algo desde el principio pero callaba. Sin embargo el que le sorprendió de verás fue David. Se había quedado pálido, como un fantasma, pero su

frente sudaba como si de pronto una fiebre altísima afectara a su cuerpo. Se disculpó y salió de la sala tambaleándose. Parecía a punto de vomitar.

—Tanto alcohol... —murmuró Eleanor desencantada.

—Quiero una respuesta para este misterio. —Jason retomó la palabra con vehemencia—. Es verdad lo que decías antes Eleanor. El instituto ha fracasado. Nuestros planteamientos para la comunicación intergaláctica eran y son absolutamente erróneos. Podemos ver cómo este barco se hunde mientras proliferan a nuestro derredor trampas cuánticas y exolectores como setas. Dentro de poco cada norteamericano va a tener tantos alienígenas en su casa como quiera, pero al menos hagamos algo de interés... busquemos una respuesta, dirijamos nuestro esfuerzo a aclarar este misterio. Además... intuía que tras ese término se oculta un peligro.

Larry soltó una risotada.

—Por favor Jason. ¿Chocheas? ¿Crees que una raza malvada va a venir a la Tierra para comernos a todos? Conoces los límites de la relatividad tan bien como yo. Todas las razas lo aseguran.

—No... no creo que se trate del hombre del saco, Larry. Esa raza hablaba del Silencio Negro como el que sufre... una enfermedad, un proceso. Su pregunta fue si hemos sufrido un episodio de Silencio Negro.

—Parece más bien una enfermedad —comentó Darcy.

—¿Una enfermedad que se propaga por el código? —preguntó Eleanor escéptica.

—El Instituto ha perdido el control de las comunicaciones —replicó pausadamente Jason—. Dentro de poco miles, millones de individuos más bien, mantendrán contacto con no se sabe quién. Tal vez el código no sea sino una especie de caballo de Troya que utiliza una especie para destruir otras... a lo mejor esto es una conjetura pero... —Jason explicaba una de las posibilidades que más le preocupaban.

—¿Y por qué no le preguntaste eso a tu interlocutor? —preguntó Manley un tanto cargado, molesto con la mirada fija de Jason en él, como recriminándole algo.

—Ya me gustaría. Pero son muy cautos. Sólo me hizo unas pocas preguntas... y ahora me están evaluando para ver si merece la pena mantener este hilo de comunicación. No he conseguido restablecer la comunicación con ellos de nuevo, aunque al menos el código con ellos sigue operativo.

¿Había logrado lo que se había propuesto? Larry y Eleanor se habían quedado pensativos. Sabía que podía contar con Darcy, que se sentía defraudada por el actual enfoque con el que se dirigían los contactos así como por la omnipresencia del ejército en cada comunicación y los protocolos rígidos que amordazaban las conversaciones. Manley parecía absurdamente indiferente, aunque Jason sabía que le había incomodado, no soltaba prenda. Todo dependía de si Larry y Eleanor le daban vía libre. O eso o los legoranos se explicaban mejor en su próxima comunicación.

Se resolvió que se iba a considerar la cuestión y en el próximo Consejo se acabaría decidiendo algo al respecto.

# Capítulo 41

## Dos semanas después

La brisa era suave, pero aún así, en el erial en el que se encontraba el grupo de cosmólogos, bastaba para que se levantara una humareda de polvo seco y arcilloso. Habían dejado los coches en una zona de aparcamiento donde hasta hacía poco era casi imposible aparcar. Los vehículos de los operarios se estacionaban allí, junto a las oficinas de las obras, en una amplia explanada de terreno virgen, sin apisonar y lleno de baches. Ahora ya no quedaban las *roulottes* de las oficinas técnicas, ni de los vestuarios de los obreros, ni los contenedores que se usaban para guardar material valioso. Las grúas se habían desmontado, las excavadoras se habían marchado, el dinero se había esfumado.

Manley maniobró con su silla eléctrica a fin de incorporarse al grupo, que se había encaramado en una pequeña loma desde donde se divisaba el estropicio. Miles de metros cuadrados de superficie habían sido removidos, se habían construido ya las primeras plantas de un complejo subterráneo y enormes pilares apuntando hacia el cielo indicaban en qué sitios una enorme estructura se iba a elevar cual monstruo surgiendo de las profundidades de la tierra. Pero aquello ya era un puro espejismo; no había monstruo ni habría edificio. Lo habían dicho en las noticias y habían ido allí para comprobarlo *in situ*. Efectivamente, las obras faraónicas del nuevo centro de investigación del Instituto de Asuntos Exoplanetarios que iba a tener su sede central en Tucson habían sido detenidas. El presupuesto se reasignaba a otra partida, siempre con el objetivo de satisfacer los mismos fines para los cuales estaba destinado, pero no se canalizaba a través del Instituto. La noticia escueta había caído en el Consejo del Instituto como una bomba. La suspensión de la obra había sido fulgurante, según podían comprobar.

El más afectado de todos ellos era Larry, que no cesaba de maldecir y de insultar a los políticos que habían acabado con su sueño, borrando de un plumazo el presupuesto asignado.

—Pero... ¿no es ilegal Eleanor, hacer lo que están haciendo? Esto es un atropello, una barbaridad... malgastar tantos millones para dejar esto a medio construir es un disparate...

Eleanor parecía más resignada.

—Te lo advertí Larry. Esto era una carrera y nos hemos dejado ganar. Los presupuestos los han barrido para otra agencia que habrá prometido mejores resultados que nosotros. Sospecho que la NSA porque últimamente su director general estaba rondando a la presidenta día sí y día también.

—Hijoputa —respondió Larry, que dirigía ese calificativo sin parar contra unos y otros sin ningún miramiento.



—Basta ya Larry —le reprendió Jason, que se sentía como el único que mantenía la cabeza sobre los hombros.

Larry se calmó, al menos su boca dejó de soltar improperios. Después de un rato empezó a señalar a sus compañeros dónde iba destinado qué cosa. Laboratorios al este, zonas de ensamblaje de exolectores al sur. En el centro, en el gran subterráneo, una inmensa sala de teleoperadores. Hacia el cielo se abría un edificio ovalado y futurista, de nervaduras que dibujaban arcos imposibles y que irían cubiertos de cristales de transparencia modulable. Era algo portentoso. Larry sentía que le dolía perder aquella sede y con sus palabras lograba trasladar ese desánimo al resto. Sabía que desde su despacho, ubicado en un lugar prominente del inmueble, habría gozado de unas magníficas vistas.

Manley estaba cada día más sumido en su particular depresión. Jason observó cómo, tras reunirse con ellos brevemente en el altozano, daba media vuelta y se perdía loma abajo acompañado del leve ronroneo de su silla mecanizada. Darcy seguía sus pasos, seguramente con ganas de darle conversación, tarea en la que él había fracasado en los últimos tiempos. De David no sabía nada, estaba por completo desaparecido, y eso no le tranquilizaba lo más mínimo. Nunca le había caído especialmente bien, era un tipo egocéntrico en exceso, pero a fin de cuentas formaba parte de la familia de Monte Lemmon y Jason quería recuperar el grupo, volver, si era posible, a los viejos tiempos. Los añoraba.

Con Larry lo tenía difícil. Le había picado la avispa de la ambición y Jason observaba como día tras día, a medida que el Instituto decaía en poder y repercusión mediática, su cabreo y su ira medraban. Se había visto en la cima y ahora volver al observatorio y a su trabajo de rutina en la universidad le sabía muy poco. Tanto que la mera idea le resultaba intolerablemente insoportable. Pero lamentablemente, en su arrogancia se había cerrado todas las puertas académicas y su regreso a la universidad de Arizona no iba a ser fácil. Larry se creyó tan cerca de la cima que había olvidado los más elementales criterios de cortesía hacia los que hasta hacía poco habían sido sus colegas en la universidad. Su arrogante superioridad frente a ellos le habían cerrado toda oportunidad de retomar su carrera política-académica dónde la había dejado. Su popularidad estaba por debajo del punto de congelación. La única puerta que se mantenía abierta para él... y para todos, era la del humilde observatorio allende la montaña. Jason se cubrió la frente con la mano para poder mirar hacia la cadena montañosa que se erguía en el norte. Allí estaba el monte Lemmon. Sonrió. Ojalá todo pudiera ser como antaño.

Larry y Eleanor volvían a discutir acaloradamente sobre lo que podía o no podía hacerse. Larry parecía dispuesto a lanzarse a las barricadas mientras que Eleanor parecía mucho más contenida.

—¿Así que tú ya tienes prevista tu retirada? —preguntaba iracundo Larry—, mientras veías que esto se venía abajo has preparado una dirección general para ti sola y a los demás que nos den. —Larry hablaba con una rabia inusitada. Jason

decidió intervenir en la conversación para ver de qué se trataba.

—Pero vamos a ver... ¿qué sucede?

—Sucede que esta señorita a la que yo consideraba una compañera resulta que es una traidora. Sabiendo que se iba a dismantelar el proyecto del Instituto se las ha ingeniado para ponerse al frente de una agencia federal de reciente creación... ¡qué casualidad!

—Dicho así Larry, parece que me voy a poner al frente de una de las áreas más importantes de la Casa Blanca... y siento contradecirte. Para empezar, soy una persona de confianza de la presidenta mucho antes de que vosotros aparecierais con vuestros bichos. Y segundo, la oficina que voy a dirigir no es especialmente relevante. Se dedicará a investigar la repercusión de las culturas alienígenas en nuestra sociedad... algo que a nadie se le ha pasado por la cabeza, por cierto, y es algo que preocupa realmente poco. De hecho mi presupuesto es de risa. Da para mi sueldo, dos asesores y la realización de tres encuestas anuales. Es penoso Larry... y si tengo ganas de echarle la culpa de todo esto es a ti. No has estado a la altura.

Ahora era Eleanor la que parecía estar enfureciéndose. Aquel cambio de papeles dejó a Larry desprevenido. Eleanor siguió con su arremetida.

—Sí, Larry. Tienes a tu disposición miles de operadores, el ejército colabora con todo tipo de medios adicionales, y cuentas con una ventaja sobre cualquier género de competencia indiscutible. ¿Y qué sucede finalmente? ¿Sabes quién te ha arrebatado el bastón de mando y te ha derrocado? ¿Sabes quién te ha dejado a ti y a todo el instituto en el más absoluto de los ridículos hasta el punto de que de un día para otro se ha retirado toda asignación económica? Un fontanero, Larry... un fontanero te ha derrotado.

Larry resopló.

Sí, la noticia había sido de un par de días atrás, pero había sentado en el Consejo del Instituto como una bomba, sobre todo cuando la historia acabó por confirmarse. Al parecer un fontanero, no especialmente brillante en su profesión según se deducía por diversas referencias, pero que se había hecho con uno de los exolectores de Prime, había logrado una patente millonaria con un nuevo sistema de soldadura que prometía revolucionar la industria naval y aeronáutica. El fontanero en cuestión se había hecho célebre porque había revelado en las redes sociales cómo había conseguido idear su peculiar patente. Al parecer había llegado a un acuerdo comercial con su contacto alienígena, algo que no habían logrado de momento ninguno de los cerebros del Instituto, ni de las multinacionales que operaban con divisiones exo, ni de las organizaciones estatales del mundo que disponían de ingentes recursos destinados a ese fin. Y el intercambio de tecnología alienígena, el santo grial de todos los esfuerzos públicos así como de buena parte de la gran industria privada, había tenido como contrapartida facilitar contenido multimedia humano. Algo tan pueril, tan simple, había hecho enrojecer de humillación... o de ira, según los casos, a más de uno. Al parecer Henry, ese era el nombre del fontanero, había pasado un par de

capítulos del «Equipo A», ya que era un devoto de esa serie de los años ochenta en particular, a su contacto alienígena y su retransmisión había cosechado un inusitado éxito en su planeta. Henry que tenía un gran olfato comercial no se prestó así como así a facilitar gentilmente el resto de los episodios, sino que entabló un hábil regateo que le condujo al dinero y a la fama. La astucia de ese hombre había dejado a muchos en evidencia, empezando por cada uno de los miembros del Instituto de Asuntos Exoplanetarios, con sede en Tucson, Arizona. La única que resopló feliz, como diciendo, «esto es lo que había que haber hecho desde el primer momento», fue Darcy. Jason se había reído a gusto con aquel paradójico intercambio de «oro por baratijas» al más puro estilo de trueque prehistórico, pero realizado en los albores del siglo XXI entre dos razas inteligentes que se comunicaban empleando los más evolucionados conceptos de mecánica cuántica. «Ver para creer», había dicho con una amplia sonrisa, no se sabía si de satisfacción o de incredulidad, cuando se enteró.

Larry se retiró hacia su vehículo sin despedirse, con el rabo entre las piernas y malhumorado, levantando una espesa polvareda a medida que sus botas tejanas pisoteaban el suelo con fuerza.

Eleanor se dirigió hacia Jason con un tono de voz ya para nada indignado.

—Lo siento Jason, te aprecio de verás y no quería enfadarme. Te aseguro que el fracaso del Instituto es mío también. Yo he salido tan mal parada como vosotros, no te quepa duda.

—No te preocupes Eleanor, no tienes ninguna obligación de justificarte con nosotros. Es Larry el que ha cambiado con toda esta historia. La ambición desmedida afecta a las personas. Él antes no era así.

\* \* \*

Darcy tardó un tanto en alcanzar a Manley. Diría que éste se había dado cuenta de que lo seguían y había llevado la silla al máximo de su velocidad por el descampado. Finalmente se puso a su lado y le obligó a pararse. Había un árbol raquítico a cuyo sombra se sentó Darcy mientras Manley se quedaba a su lado sin mostrar excesivo entusiasmo.

—¿Qué te parece todo esto Manley? —preguntó Darcy a bocajarro.

Manley le miró ceñudo.

—¿Todo esto?... ¿a qué te refieres? Al hecho de tener tantos contactos alienígenas que ni llevamos la cuenta, o al hecho de que el Instituto ha fracasado... o tal vez al hecho de que fuera Larry quien estuviera al frente de la institución cuando había sido yo el inventor de los exolectores.

Era evidente que estaba de mal humor y todas las señales que emitía era de que no quería mantener una conversación. Aún así Darcy prosiguió.

—Sí, eso mismo. Siempre me sorprendió que te echarás a un lado y dejarás que Larry asumiera más protagonismo del que le correspondía.

—Sí... lo decía en sentido cínico, Darcy. Siempre me ha dado igual el protagonismo. Siempre... —Manley parecía buscar un argumento que Darcy pudiera entender— siempre tengo números, ecuaciones, mejor dicho, sistemas de ecuaciones en la cabeza. No puedo dejar de pensar en ellos, de la misma manera que una mujer no puede dejar de pensar en la moda o un hombre en el fútbol, sexo... o lo que sea. En mi caso veo números y ecuaciones... y necesito volcarlos cuanto antes en papel, ver qué significan... Eso es lo que me hace feliz. No necesito ni reconocimiento ni fama. No me dice nada eso, Darcy. Me da igual, absolutamente.

—Me alegra oírtelo decir... siempre había pensado que eras así.

Callaron durante un rato.

—Tengo una hermana, Manley, que es un portento —continuó Darcy al fin—. En mi casa resultaban apabullantes las comparaciones. Daba igual lo que yo hiciera que ella me superaba con creces. Acaparaba la atención de mis padres... ah, sé que me quieren tanto como a ella, pero siempre su amor por ella tenía muchas más oportunidades de mostrarse. Cuando surgió todo esto del Instituto... fue una dulce e incruenta venganza —Darcy sonrió ampliamente—. A pesar de que el Instituto no vaya a ningún lado tu nombre está en los libros de historia... y el mío afortunadamente también, aunque no tenga el más mínimo mérito para estar en ellos. Pero es algo que siempre te agradeceré.

Manley meneó la cabeza taciturno, como dando a entender que le daba igual.

—Lamento mucho lo que sucedió con Jeremy... —empezó de nuevo Darcy— pero lo que más lamento es el daño que te hizo. Y no sólo el físico, Manley

—¿A qué te refieres? —repuso Manley con voz bronca

—A tu carácter. Estás echado a perder. Tal vez sea cierto lo que dices, que tienes la cabeza llena de números... pero antes eras vivaz, reías siempre, a veces obrabas como un verdadero tonto, pero tenías ilusiones, se notaba. No puedes permitir que el hecho de estar en un silla de ruedas sea una especie de sentencia... una condena de por vida. Si fuera así entonces habría que reconocer que el odio de Jeremy finalmente resultó vencedor.

—¿Qué quieres que haga Darcy? No he dejado de trabajar —protestó Manley—. Encima de lo que me ha caído ¿quieres que esté sonriente y alegre todo el tiempo? No puedo. Soy un discapacitado. Sentenciado a estar en esta silla y a vivir y morir sólo... —la voz de Manley se fue apagando mientras mantenía la mirada fija en el horizonte. No quería seguir pronunciando pensamientos que le causaban un hondo malestar.

—Claro... porque todo lo importante para ti era la fachada. Ahora que ya no te queda esa figura de atleta esbelto e intelectual sofisticado... todo se ha echado a perder. La apariencia lo es todo, para ti, ¿no es así?

—No es la apariencia Darcy —la voz de Manley se moderó, pero se cargó de ironía— y si tu estuvieras en mi lugar lo entenderías perfectamente. Tu vida sigue siendo normal, después de todo. Tú no viste tu médula ósea cortada por una bala ni te

quedaste inválida de la mitad del cuerpo para abajo. No necesitas una enfermera en tu casa y hasta el trabajo que haces más tonto, para mí representa una dificultad, a veces insuperable.

—Sí, veo que estás construyendo un discurso autodestructivo en el que te estás ahogando... y cuanto más repites ese rollo en tu cabeza más deprimente resultas. Vas a tener que cambiar de filosofía Manley, porque si no ahuyentarás a tus amigos de tu lado. Sé que me esquivas tanto a mí como a Jason. Incluso a Eleanor la has eludido cuando ha intentado acercarse a ti... Si no cuentas con nadie después no te puedes quejar de estar solo. Eres tú el que se aísla.

Manley apretó los dientes con fuerza. Darcy prosiguió.

—Sé que nos gustábamos Manley. Creo que nunca llegamos a encontrar el momento, o las circunstancias no acompañaron, o hubo malos entendidos... y aún así hemos estado orbitando el uno al lado del otro desde que nos conocimos, para bien o para mal —Darcy sonrió abiertamente, pero sus ojos estaban humedecidos—. No sé si recuerdas, pero el día del atentado...

—... teníamos una cita —murmuró Manley completando la frase—. No hay día que no lo recuerde, Darcy.

—Lo sé, porque a mí me sucede lo mismo, Manley. Y desde entonces no he dejado de esperar que me propusieras retomar aquel encuentro y que me llevarás a aquel famoso restaurante japonés que tanto te gusta. Y el hecho de que no lo hicieras me apena profundamente... no sé qué clase de persona crees que soy. A lo mejor alguien superficial a la que solo le preocupa la apariencia de las cosas.

Manley la miró desconcertado. Jamás había pensado que Darcy pudiera pensar de esa manera. Se había empeñado tanto en sentirse desgraciado y despreciado por todos que no había entendido que a pesar de las secuelas del atentado, había gente que le quería.

Se sentía incómodo. En las últimas semanas su ánimo había ido decayendo, presa de un profundo desánimo. No solamente se trataba de su discapacidad a todas luces irreversible. Aquel atentado que había sufrido implicaba muchas más cosas de las que podía explicar a sus compañeros, y ese secreto recaía sobre su conciencia y no se apartaba de su mente, lo aprisionaba, lo torturaba. La única escapatoria que veía a aquel tormento era el trabajo. Ahora de pronto alguien le decía que no tenía porque estar solo... y era justamente Darcy, era ella. Se reveló contra esa idea. Miró al suelo fijamente antes de hablar. Era necesario liberarse de todo fingimiento, no aguantaba más.

—Darcy... yo... tengo que reconocerlo. Estaba enamorado de ti. Sé que me porté como un estúpido cuando nos conocimos. En aquel momento estaba hinchado de egolatría... creía que todo iba a ser más sencillo. Pero descubrí que la fama no me atraía en absoluto... sólo me gustan las matemáticas... y tú. Pero lo descubrí tarde Darcy y lo lamento. —Manley encaró su vista con la de Darcy que le miraba compungida. Manley cabeceó antes de seguir. Sí, debía deshacer aquel nudo, liberarla

de aquello que de alguna manera la obligaba a estar cerca de él—. Tal vez aquella tarde, si no hubiera sufrido el atentado... da igual, nuestras vidas habrían seguido un curso diferente. Pero aquella tarde todo cambió para mí... incluso de una manera que tú desconoces por completo y que para mí representa una angustia que tal vez nunca se cure... no lo sé. Lo que sí sé con certeza es que ya no tengo nada que ofrecerte. Mírame, como te digo, discapacitado... ¿crees que aún así podrías amarme? ¿Qué futuro te puedo ofrecer? —Manley hizo una pausa de nuevo. Miró al suelo—. Sólo me resta decirte que comprendo perfectamente que tú...

Darcy levantó la mano, para detener el discurso de Manley, cuyo rostro descompuesto parecía a punto de sollozar.

—Manley... ¿estabas enamorado de mí hace unas semanas?

Manley asintió lentamente mientras su mirada se perdía en el horizonte. Estaba convencido que aquella absurda declaración acabaría con los intentos de Darcy de mostrarse compasiva con él.

Darcy suspiró.

—¿Y ahora?

Manley giró su vista. Su mirada se abismó en los ojos hermosos de Darcy, que le miraban desbordados por sendas lágrimas a punto de derramarse.

—Ahora... ahora también Darcy —confesó con un dolor humillante. Sentía que era la confesión de un desgraciado que sumaba a su dolor un nuevo padecimiento.

Pero Darcy no dijo nada.

Simplemente se acercó a él y dejó que sus labios se unieran a los de Manley en un beso que lo reconfortó y que obró el milagro de apartar de él, ahuyentado, todo miedo, todo dolor, toda incertidumbre.

## Capítulo 42

### Un mes después

Manley había sido despertado por un aviso urgente que procedía del Instituto. El teléfono no dejó de sonar hasta que finalmente se rindió y lo descolgó. No entendía por qué razón era él importante para nada ni se le ocurría un motivo de alarma que pudiera involucrarlo. Un oficial del ejército de voz inflexible le advertía que en cinco minutos iba a ser recogido por un convoy de seguridad que lo trasladaría urgentemente al complejo sede del Instituto. Cuando preguntó de qué se trataba no recibió respuesta, salvo un hermético «no estoy autorizado a comentarlo». Se vistió tan apresuradamente como pudo, pero la invalidez suponía una serie de inconvenientes que lo sacaban absolutamente de quicio. Ir más despacio que la velocidad hasta la que hacía poco había estado acostumbrado era un revés para el que su escasa paciencia no estaba preparada. Aquella situación de premura inesperada le puso de mal humor. «Si al menos supiera de qué se trataba».

Tuvo tiempo de hacer un par de llamadas, pero fue Eleanor quien le respondió.

—Se trata de un asunto importante, Manley, te lo diría si pudiera... pero... También he avisado a Jason.

—¿Y?...

Era inútil, Eleanor había colgado.

—¿Quién era? —preguntó Darcy, adormilada. Tumbada boca abajo en la cama era probable que hubiera vuelto a quedar dormida sobre la marcha. Estaba agotada y Manley no quería alarmarla. No habían preguntado por ella, no sería necesario que acudiera.

Finalmente, cuando salió por la puerta de la casa a la que se había mudado cuando las cosas habían empezado a ir bien, se encontró que había sendos vehículos militares que le aguardaban en mitad de la calle, su transporte y una escolta, con los motores rugientes y luces estereoscópicas girando velozmente sobre los techos de los vehículos. La madrugada invernal era especialmente fría y sin luna y el sueño hacía que a Manley le pareciera una escena irreal. Necesitaba urgentemente algo caliente en el cuerpo. Un resuelto suboficial le ayudó a incorporarse al vehículo mientras un soldado plegaba la silla de ruedas con rapidez y eficiencia.

La casa desapareció fugazmente de su vista conforme los vehículos partían raudos. Manley pensó que tal vez ese domicilio fuera más temporal de lo que había imaginado. No sólo las obras de la sede del IAE se habían paralizado. Daba la impresión de que el IAE iba a ser completamente desmembrado y sus restos funcionales repartidos entre diferentes instituciones como si de un botín se tratara; NASA, NSA, y a saber cuáles más. Tal vez en breve volvería a quedarse sin empleo, en la necesidad de buscar un nuevo mecenas, aunque aquello ya no le preocupaba. Su

fama le precedía y estaba convencido que encontraría las puertas abiertas de cualquier facultad de ciencias aplicadas a la que le apeteciera ir.

La cuestión no era esa, Manley no temía por su futuro, al menos de la manera convencional al que una persona le preocupa su entorno y sus circunstancias. Sabía que aún tenía algo que aportar y que iba a ser importante. Pero también era cierto que sentía en su interior que las ganas de lucha se había extinguido, presa de una fatalista visión de la existencia. Sus anhelos se habían hecho inusitadamente modestos. Tal vez dar clases en una humilde universidad que le permitiera tener tiempo libre para desarrollar sus teorías matemáticas cosmológicas que para él habían adquirido una importancia crucial. «Aún queda tiempo por delante», era una idea que Manley se repetía mecánicamente, como un mantra. Aquel retiro lejos del bullicio del mundo le parecía ahora lo más deseable. Hacía tan solo unos meses atrás aquel mismo despertar, cargado de emoción y misterio, la escolta militar al complejo del instituto, aquel ritmo sorpresivo por el que transcurrían los acontecimientos, le habría resultado absolutamente estimulante, como el surfista que se ve en la cresta de la ola. «Desde luego ahora no era así», pensó abatido, embargado por un sentimiento de desánimo que cada vez se hacía más fuerte en su interior.

Cuando llegaron a los aparcamientos observó que Jason descendía de otro vehículo militar que acababa de llegar. Eleanor los esperaba a ambos en la puerta.

—Disculpad la premura, pero parece que Moscus tiene una especial urgencia por hablar con Manley. El operador de guardia me avisó, pero Moscus no quiso contarme nada a mí y exigía verte. Por lo que deduje se trata de algo importante.

Los tres se dirigieron hacia la sala de operador correspondiente en silencio, intrigados, y todos con un mal presentimiento flotando en la boca del estómago.

—Hola Moscus, —saludó Manley sonriente mientras se encaraba con el alienígena. Jason y Eleanor se sentaron a su lado, pero fuera del campo visual de Moscus. Jason se sorprendió pensando que ahora Moscus no despertaba en él ningún sentimiento de repulsa o rechazo pese a que seguía siendo un ser inteligente cuyo aspecto no resultaba en ningún caso agradable. Se daba cuenta de que su experiencia estética, después de haber visualizado miles de razas distintas, algunas inusitadamente extrañas, había hecho del recuerdo de Moscus algo casi hasta familiar. «Qué sentimiento tan diferente del primer encuentro», pensó asombrado

—Hola Manley —saludó el alienígena— sentía que debía despedirme de ti.

Moscus parecía agitado. Se movía más de lo que era habitual en él y Manley le miró extrañado.

—¿Qué sucede Moscus?... pareces nervioso o tal vez me equivoco...

—Sí, Manley... mucho me temo que llegarse-a-mi-nuestro tiempos muy complicados-difíciles mi raza. La guerra-batalla está a punto-inminente —anunció con los sonidos inquietantes con los que aquella raza se comunicaba.

—¿Una guerra? Pero... ¿cómo es posible eso?

—Yo mi-nuestra sociedad-pueblo se agrupa-construye colmenas. Inicialmente-



pretérito-ancestros disponíamos miles de ellas, siglos-milenios atrás, pero con el progreso-civilización-costumbre las colmenas-pueblo se reducen-extinguen. En nuestra especie machos-fertilidad son muy escasos. Cada macho-rey agrupa en torno a sí un gran imperio-colmena-pueblo, integran enjambre-enjambre, de miles de millones de hembras que ocupan-conquistaban-disponen de gran territorio-marcado. Este conjunto es mi-nuestro Macho-nación.

«Así que Moscus era un hembra», pensó Jason confundido, «quién lo diría».

—En la actualidad en mi-nuestro planeta coexisten-comunican ya sólo seis machos-rey con sus correspondientes enjambres-imperio. El macho-rey siempre es agresivo-violento. Necesita-quiere-desea territorio. Rivales macho-rey enemigos mortales. La colmena enjambre sigue a su macho-nación hasta el fin-muerte. Está en mi-nuestros genes la lucha por la supremacía-aniquilación respecto a otras colmenas-enjambre rivales.

—No sé lo que me quieres decir, pero que una población tan grande viva conforme al capricho de un único monarca no parece muy razonable.

—Tal vez sea así para tu-vuestra raza, pero aquí condicionantes genéticos evolucionados así. Yo-mi-nuestra colmena-pueblo comprende es guerra-fin, es mundo-fin, pero es inevitable. Es conflicto eterno-siempre e inalterable. Seguir siempre y en todo caso macho-líder. Negarse es la suicidio-muerte. Va contra mi-nuestra naturaleza primordial, Manley.

—¿Qué es lo que me quieres decir Moscus?

—Manley, mi yo-nuestro enjambre-nación-mundo muere... extinción... fin-mundo, es inminente. Me quería despedir de ti-yo-nuestro.

—Pero eso es una locura, —protestó Manley. Su voz reflejaba verdadera pena por lo que le estaba revelando aquel ser insectoide.

—Lo es... —Moscus se mantuvo en silencio unos largos segundos. Jason no se atrevía a conjeturar nada, pero intuía que aquel ser parecía afligido de veras—. Pero es inevitable-imparable, por completo. Nuestro arsenal químico-muerte-total... Nada ni nadie de pueblo-mundo podrá sobrevivir.

—Pero eso quiere decir que con esa capacidad disuasiva nadie emprenderá una acción bélica. Sería un suicidio.

—Lo sé Manley. Pero nuestra naturaleza es así. Amamos guerra-aniquilación, amamos guerra-pueblo-nación, amamos guerra-destrucción-macho-rival. Tú-vosotros comprender. Recordar que en primeros días de conversación me-tú contabas que en vuestro mundo igual. También especies de guerra-pueblos, aniquilación-enjambre-líder... holocausto-sacrificio-individuo por pueblo-nación también. Nosotros-mi ser igual, Manley. La inteligencia sólo da la consciencia... y el miedo. Sí, también el miedo.

—Pero... ¿No sois capaces de sobreponeros a vuestro instinto?

—La historia dice que-enseña que cuando existe macho-rey-pacífico, sus vecinos macho-rey-líder devora a él y a su pueblo-enjambre. En mi-nuestra especie la muerte

es para el débil-macho. Las estirpe-débil han sido erradicadas-muertas-aniquiladas-olvidadas, por siempre jamás, ya en tiempos ancestrales.

La línea se quedó en silencio durante un largo minuto, sin que ambos interlocutores fueran capaces de decir más.

—Es el momento Manley... es la hora de la muerte-puerta. Y tengo miedo... pero cumpliré con mi obligación.

Manley no sabía qué decir. Recordó todas las largas conversaciones que había mantenido con aquel ser de aspecto tan inhumano pero por el que sentía una curiosa empatía y afecto. Había sido divertido y también sorprendente contraponer culturas tan absolutamente dispares. A Manley aquella civilización le resultaba tan incomprensible y enigmática, tan inhumana, que ahora, al discernir que ante sí tenía un ser consciente, que como él mismo, temía su propio final, sintió una profunda e inesperada compasión.

—Te deseo lo mejor a los tuyos-vuestros, Manley.

—Te deseo lo mejor a los tuyos, y espero que todo quede en una falsa alarma y podamos seguir comunicando en breve. —A Manley su voz le pareció temblorosa, pero expresaba una idea con absoluta sinceridad.

Moscus apagó su monitor y la comunicación se interrumpió.

Unos días más tarde resultó imposible restablecer el contacto. El indicador de espín del otro extremo permanecía inmóvil y la pantalla de comunicación se mostraba oscura, negra, en el más absoluto silencio.

# Capítulo 43

## Seis meses después

Jason debía reconocerse a sí mismo que el asunto de los legoranos se había convertido en una obsesión. Para su desgracia Miriam había puesto el dedo sobre la llaga desde el primer día, con lo que, además de vivir la permanente frustración de no poder a volver a conectar con aquella misteriosa raza tan inaccesible, sufría las vedadas recriminaciones de su mujer, que por estar en un permanente estado de debilidad debido a su enfermedad y a los efectos secundarios de la quimioterapia, parecían ganar una rotundidad inapelable.

Aún así cada vez que estaba en su despacho dejaba encendido el monitor del exolector y miraba atentamente aquella imagen estática que mostraba una habitación con una decoración insulsa y monótona poblada de un fondo de figuras geométricas pintadas en grises y negros. La comunicación no se había interrumpido y la línea seguía abierta, pero sin ningún resultado. Jason había instruido a su mujer para que caso de que apareciera el alienígena legorano cuando él estuviera ausente en casa, ella no se asustara y le llamara de inmediato al móvil. No sin muchos aspavientos y quejas Miriam accedió a cumplir ese cometido. Y así habían transcurrido meses.

La revolución de los exolectores no había tenido freno. Su miniaturización había entablado una carrera entre las multinacionales del sector que dejó paradójicamente fuera de combate a la que había sido la pionera, Prime Interactive. El mercado había sido invadido y arrasado por la industria de las telecomunicaciones móviles. Los smartphones habían logrado incorporar en su tecnología y en sus reducidas dimensiones trampas cuánticas de Paul, que se suministraban como diminutos cilindros que se insertaban a voluntad en el interior del aparato. Las últimas generaciones ya anunciaban la posibilidad de mantener hasta tres trampas cuánticas en su interior, pero era previsible que en pocos años circularan aparatos con decenas de canales de conexión vis a vis. La tecnología de miniaturización avanzaba imparable.

De esta manera los «youbugs» —éste era el nombre popular con los que finalmente se habían quedado los exolectores de bolsillo, aunque también había quien los denominaba «videobichos»— se habían convertido en un hito mundial y se estimaba que en menos de un año cada habitante de la Tierra tendría acceso a al menos tres razas alienígenas de media. Este ingente número de contactos extraterrestres se estaba intentando censar pero resultaba por completo imposible. Se había comprobado en más de una ocasión que una misma raza mantenía contactos con más de un ser humano, pero las diferencias entre individuos de una misma raza inteligente a veces eran tan abisales como las que pudiera tener un humilde conductor de tuk-tuk analfabeto de Bombay con un alto ejecutivo de la city londinense, y en

suma, la tarea de censar con cuántas razas diferentes mantenía contacto la humanidad en un momento dado se había tornado en una tarea mucho más allá de las fuerzas de cualquier organismo internacional. En cualquier caso los expertos ya hablaban de un mínimo de cientos de millones de razas distintas.

Con esos pensamientos en la cabeza Jason miraba, cansino, de vez en cuando, el monitor del exolector, aquel aparato ya pasado de moda, enorme y obsoleto, pero que Jason no quería ni tocar porque era el único vínculo con el que él consideraba se trataba la especie más extraña de las que la humanidad había contactado, al menos por lo que él sabía. Tenía muchas preguntas que hacerles porque su escueta conversación había generado una ingente cantidad de preguntas y conjeturas. Las implicaciones y elucubraciones que se le ocurrían alborotaban su pensamiento en sus noches insomnes. La pérdida de contacto con la raza de Moscus había sido una de las cuestiones que más le incentivaba a retomar ese contacto, pero los legoranos se seguían mostrando desconcertantemente esquivos. «¿Cómo podían tardar tanto en valorar si “éramos aptos para la comunicación”?» era la pregunta que desquiciaba de tanto en tanto a Jason y era capaz de desvelarlo por completo.

Jason se volvió hacia su ordenador. Seguía preparando su clase de mañana, una de las últimas del curso que concluía. Aquella tarea junto con el regreso a la rutina del monte Lemmon era algo que agradecía. En cualquier caso ya nada era igual. No estaba seguro de si aprobaba los cambios que la exocomunicación estaba introduciendo en la sociedad y en el mundo. Antes del contacto las cosas ya cambiaban demasiado rápido para su gusto, pero tras la carrera que impulso inocentemente aquel fontanero metido a inventor, tanto empresas como particulares, organismos públicos de muchos países o dictadores populistas del mundo entero, habían iniciado una alocada carrera por obtener fácilmente réditos tecnológicos con inversiones mínimas. El progreso técnico de pronto se había desvinculado por completo de la investigación y la inversión, y se había convertido en una especie de lotería donde lo importante era tener un sin fin de boletos. Parecía tan fácil obtener cualquier inesperado regalo llovido del cielo que las empresas volcaban gran parte de sus esfuerzos en aquel extraordinario mecanismo de trueque. Cada día los informativos del mundo anunciaban el inicio de proyectos impensables. La energía de fusión se hacía factible sin llegar a tener que realizarse inversiones multimillonarias a la par que muchas de las energía renovables que hasta hacía poco no eran competitivas con el petróleo anunciaban aumentos de rendimientos en varios órdenes de magnitud, logrando su plena competitividad. La bolsa se movía al vaivén de estas noticias de manera alocada, volcando el dinero en un sector al que al día siguiente daba la espalda sin ningún pudor, a tenor de cómo soplaran los vientos de rumores increíbles. Todo iba demasiado rápido y a los logros que anunciaban los gobiernos se sumaba una avalancha de noticias procedentes de la industria privada, incluso de particulares, que convertían a los informativos en algo muy parecido a los antiguos vendedores de crecepelo que se veían en las ferias, anunciando potingues de efectos

milagrosos en cada boletín, con titulares aún más estridentes. Lo que sí era cierto era que el gobierno federal se había visto en la obligación de multiplicar por cinco el presupuesto de su oficina de patentes. La avalancha parecía imparable.

Por otro lado los contenidos audiovisuales de todo género que se habían convertido en moneda de cambio lograron despertar de su mutismo inicial a las multinacionales del entretenimiento, que a fin de cuentas eran los creadores y artífices de aquel bien-valor, y así clamaron por sus fueros. Pero el intercambio por la tecnología alienígena era siempre secreto e inverificable por esta industria, y por más que porfiaron sus abogados, no obtuvieron ningún rédito.

Y no sólo había sido en esa dirección el intercambio de contenidos audiovisuales. El contenido alienígena en la red de internet crecía a velocidades inimaginables, para estupor de Jason, pues consideraba aquel intercambio de información un insulto a la inteligencia. Cine de entretenimiento, documentales científicos, contenido doméstico, sexo alienígena... todo crecía a tal velocidad que los proveedores de servicios se veían obligados a mantener capacidades de gestión de datos que crecían en progresión exponencial y la unidad de medida de pentabyte se estaba quedando corta para reflejar el volumen de nueva información que se acumulaba en la red por segundo. Jason estaba asombrado por aquella proliferación inimaginable que resumía crípticamente en una frase: «el mundo está completamente loco».

Jason volvió la vista hacia el monitor del exolector. Le había parecido ver algo que se movía.

No, falsa alarma, su obsesión le jugaba una mala pasada otra vez.

## Capítulo 44

### El 4 de julio

—Seamos serios. Nuestra capacidad de influencia ahora es mínima y todo el mundo, empezando por la señora presidenta, está obsesionado con los youbugs —quien así hablaba era Eleanor. Estaba vestida con vaqueros y camisa blanca y la reunión era informal. Se trataba de un encuentro entre los veteranos del Consejo, a excepción de David y Larry, que se celebraba con la excusa de una barbacoa en casa de Manley con motivo de la festividad. El día era espléndido y todos deseaban saber las últimas noticias que se cocinaban en la Casa Blanca. Pese a que la influencia de Eleanor era ya mínima, aún tenía abiertos determinados canales que le permitían estar al día en lo que ocurría.

—¿Pero has conseguido transmitir a alguien de la Casa Blanca nuestra preocupación por el silencio negro, Eleanor? —Jason preguntaba desde la barbacoa, donde estaba asando varias chuletas de res de aspecto magnífico.

Manley parecía dormitar sentado en su silla de ruedas, de cara al sol con los ojos cerrados, dejando que los rayos incidieran en su cara, con aspecto relajado y distendido. En una mano mantenía una lata de cerveza fría y en la otra sostenía la mano de Darcy que permanecía a su lado con expresión de beatitud. Eleanor pensó con cierto desdén «enamorados» mientras los miraba. Después prosiguió.

—Nadie se toma en serio ese concepto. Redacté un informe que hice llegar al secretario de Defensa, pero me temo que el viejo Dalton está pensando en otras cosas. En concreto el ejército está invirtiendo ingentes sumas en exocomunicación y se están firmando contratos suculentos con Lockheed Martin y muchas otras industrias. De hecho creo que se están firmando más contratos ahora que en ninguna otra época de nuestra historia. Es una verdadera fiebre... son tantos los descubrimientos e inventos acumulados que no se sabe qué nueva tecnología es más eficaz que otra y parecen como un apostador que se ha vuelto loco y quiere cubrir todos los resultados posibles —Eleanor hizo una pausa y continuó con una amplia sonrisa—. Por lo que sé la Reserva Federal está que trina con el gasto público. Se han desbordado todos los presupuestos, pero aún así nadie se atreve a decir que no. Hoy en día abres la prensa y cualquier país, por pequeño que sea, anuncia una inversión en proyectos colosales cuyos resultados parecen dejar pequeños los proyectos propios. Si tuviera que decir cuál es el sentimiento dominante en la Casa Blanca ahora mismo diría que es el nerviosismo... como nunca antes. —Eleanor dio un largo trago a su cerveza mientras observaba que Darcy besaba en la mejilla a Manley, que sonreía levemente. «Tortolitos», pensó. El único que parecía prestarle verdadera atención era Jason, que en ese momento acercaba a Miriam un plato con carne que le había troceado. El aspecto de Miriam no era mucho mejor que el de la última vez que la había visto. Un

pañuelo multicolor anudado elegantemente en la cabeza ocultaba su escasa cabellera. Según le había comentado Jason el tratamiento había finalizado pero los resultados «no habían sido buenos».

—¿Y quiénes son los que están más nerviosos? ¿La presidenta? —preguntó Jason que había vuelto junto al fuego.

—Por lo que sé creo que los militares. Están paranoicos. Creo que temen que la supremacía militar norteamericana desaparezca de un plumazo. La CIA no quiere quedarse corta por si pasa algo y cada vez que tienen una reunión con el director todos salen con unas caras largas que ni os cuento. Los rumores anuncian el recrudecimiento de guerras e incluso el estallido de nuevas. Desde que un país se crea invencible respecto de su rival...

Mientras hablaba, sobre la mesa, permanecían los móviles de cada cual. El de Eleanor vibró y un rostro alienígena de grandes ojos y piel verdosa y húmeda apareció en pantalla. Con gesto de fastidio apagó el móvil mientras murmuraba «ahora no».

—Parece mentira... —dijo al fin Manley— estábamos en una situación de relativa calma mundial y ahora parece ser que se están despertando los peores momentos de la Guerra Fría. ¿No está todo el mundo un poco psicótico?

—Bueno... yo creo que la opinión pública está en las nubes. No es consciente de la tensión que se vive en las esferas militares de todo el mundo. De hecho... lo poco que he podido hacer con mi agencia ha sido tomar el pulso a la sociedad norteamericana... y el resultado no es muy alentador.

Jason sirvió las viandas en el centro de la mesa y todo el mundo empezó a servirse con parsimonia. Jason ajustó la sombrilla para que todos quedasen cubiertos del sol y finalmente se sentó junto al resto de comensales.

—Una casa estupenda Manley... ¿te encuentras a gusto aquí Darcy? ¿Es Manley tan insoportable como en el observatorio o la convivencia con él no es la pesadilla que habías temido?

Darcy rió.

—Eleanor estaba a punto de contarnos algo interesante. Sigue, por favor, que me interesa.

Eleanor agradeció la cortesía.

—Bueno mis medios son muy limitados. Ya os dije que mi oficina y las instalaciones y presupuesto con los que contamos son casi testimoniales. Pero no estaba dispuesta a quedarme cruzada de brazos. Arañé un par de cientos de miles de dólares y nos hemos puesto a funcionar medianamente en serio. Tenemos varios estudios en marcha, y de hecho estoy redactando las conclusiones en estos días, por eso me di un salto a Tucson. Me apetecía desahogarme con vosotros —Eleanor suspiró—. Y creo, sinceramente, que estamos viviendo un verdadero desastre. La humanidad se está deshumanizando, cada día estoy más convencida que esta es la palabra adecuada, a marchas forzadas. Nuestra cultura y valores se están disolviendo

a una velocidad de vértigo. Por decir algo, el contenido multimedia más visualizado en internet es de origen exo. Y eso incluye desde películas, documentales a pornografía. El intercambio cultural está favoreciendo la proliferación de todo tipo de sectas, corrientes filosóficas, ideas... cuyas consecuencias son o pueden ser terribles. Hay anécdotas aisladas, aunque juntas pueden servir para dibujar un futuro inquietante. Pero no existen medios de seguimiento porque la propia NSA como muchas otras organizaciones dedicadas a prevenir el terrorismo, tiene sus oídos puestos en los exolectores. Todo el mundo está hipnotizado mirando esos dichos youbugs de bolsillo... incluidos nosotros mismos a tenor de los móviles que veo sobre la mesa, son todos de última generación, multiyoubugs, creo que dicen ¿no? Desde que se clausuró el IAE es esa agencia, la NSA, la que ha asumido todo el control de comunicaciones con el espacio exterior y parece que ha olvidado por completo sus funciones de control y seguimiento de índole doméstico... y cuando digo doméstico me refiero al planeta Tierra.

—Bueno... Eleanor, no seas catastrofista. Me recuerdas a mi madre cuando me decía que estaba todo el día con el móvil y que eso iba a destruir mi vida —exclamó Darcy y todos rieron la broma.

—Sí... pero lo cierto es que el índice de suicidios se ha multiplicado por cuatro en Estados Unidos —prosiguió Eleanor—. En otros países incluso tengo entendido que la progresión es mayor. En Japón las cifras no son públicas pero los indicios apuntan a cifras preocupantes, y mucho. La causa... o los procesos que originan la depresión que conduce a ese final, no lo sabemos pero sospechamos que la obvia influencia exocultural. Los homicidios también se han multiplicado, pero nadie presta atención a esos datos porque lo cierto es que a fecha de hoy la gente vive más pendiente de lo que sucede fuera de nuestro planeta que lo que sucede en nuestro país o nuestra ciudad. Los datos respecto a eso son demoledores. La gente se evade... a otro planeta. Especialmente los más jóvenes, vuelcan sus amistades en contactos alienígenas, pero atención, es un proceso que la gente más adulta está imitando progresivamente.

Eleanor finalizó su discurso mientras se llevaba el tenedor con un pedazo de carne a la boca y murmuraba un «excelente» lleno de satisfacción.

—Lo que más me sigue preocupando es lo que sospechamos que es el Silencio Negro —intervino Jason, con el rostro más serio y mirando de reojo a Manley—. Sospecho que lo que vimos de la civilización de Moscus es una pauta que se repite con cierta frecuencia... y no debemos obviarla. Me preocupa la tensión militar... y fue eso lo que se presupone que terminó con ellos. Sería el colmo de la estupidez repetir ese camino.

—Sí, parece que esa puede ser una causa de lo que se denomina Silencio Negro —explicó Darcy que no dejaba de sujetar la mano de Manley mientras hablaba, el cual miraba al horizonte con aire taciturno y sombrío—, la autodestrucción por un conflicto mundial... pero también podría haber otras. Tal vez sí exista una raza



depredadora que asalta y destruye mundos como he leído en más de un blog... El mismo Stephen Hawking ya elucubró con ello hace unos años. También puede ser que se produzca una agresión que se transmita como código de información: un arma o un artilugio... cualquiera sabe. Con la cantidad de comunicaciones intergalácticas abiertas ahora mismo en la Tierra, cientos de millones, es algo que me preocupa de verdad. El flujo de información y tecnología que llega a la Tierra por segundo es incuantificable.

—Pues tal vez contemos con un inesperado aliado —terció Jason— Larry.

—¿Cómo es eso querido? —preguntó Miriam que hasta el momento había escuchado con mucho interés pero sin intervenir— siempre había entendido que Larry se había apartado de todos cuando se cerró el Instituto. ¿Ahora os va a ayudar?

Jason sonrió y miró con cariño a su mujer. Eleanor observaba a la pareja, ya mayor, por la que sentía una honda empatía. A fin de cuentas era por ellos por los que había realizado aquella breve escapada a Tucson.

—No voluntariamente, desde luego —explicó Jason—. Pero según tengo entendido Larry quiso aprovechar la popularidad que le había brindado el Instituto y se postuló para la carrera presidencial... y las encuestas no le van del todo mal. Al menos parece que podrá sobrevivir en la primera vuelta y tal vez se dispute la candidatura republicana en la recta final.

Todos rieron y exclamaron alegres ante esa noticia.

—Algo de eso había oído... pero no lo había confirmado hasta ahora —Eleanor parecía sorprendida, pero por una razón diferente; que Jason tuviera más información que ella misma la había sorprendido.

—Hablé con él hace unos días. Vino a despedirse porque parte para Washington donde piensa establecer su cuartel general. Va a atacar a la presidenta justamente en dónde ésta más daño le hizo, en el cierre del Instituto de Asuntos Exoplanetarios, y su argumento es que Estados Unidos ha desaprovechado la oportunidad histórica que supuso ser la primera nación en contactar. Seguramente también utilice el argumento del Silencio Negro.

—Cualquier cosa que suceda que confirme ese argumentario demagógico le vendrá de perlas... —murmuró Eleanor—. Además, si es capaz de infundir un temor en la sociedad y se postula como el mejor garante de la seguridad nacional tendrá en el bolsillo un montón de votos. Es una estrategia a tener en cuenta —sentenció.

Todos asintieron serios. Recordaban al Larry que era capaz de aplacar un conflicto, llegar a un acuerdo y resolver un debate con facilidad innata. Sí, tenía un don político.

—Pero no va a poder parar la industria de los exolectores, que es lo que le gustaría a Larry —argumentó Manley—. Siempre recordaré con que saña atacaba a Prime Interactive... pero al final el mercado de consumo y la moda se impusieron y la realidad es el rival más tozudo que existe.

—Sí, pero Larry es muy listo. No, no creo que tenga previsto atacar a esa

industria. De hecho estará intentando conseguir fondos de muchos de sus principales holdings con la promesa de dejarlos en paz, y dados sus antecedentes muchos lo tendrán en cuenta y desembolsarán cuantiosas sumas con tal de tenerlo de su lado — explicó Eleanor—. Sé que ese es un tema que preocupa a la presidenta porque hasta la fecha eran patrocinadores que ella tenía casi en exclusiva.

Jason sonrió ampliamente al cruzarse un pensamiento por su cabeza.

—¿Os imagináis a Larry de presidente? —preguntó, y todos rieron.

—Y hablando de Larry... ¿qué ha sido de David? —preguntó Miriam—. Hace tiempo que no tengo noticias tuyas. ¿Alguien sabe qué es de él?

Nadie quiso responder a la pregunta. Las muecas y las caras de circunstancias llenaron un vacío incómodo. Jason se sintió responsable en cierto sentido del desconocimiento sobre el que hasta hacía poco había sido su compañero. Se prometió hacerle una visita a su domicilio al día siguiente.

—De todas formas hay un rumor... al que atribuyo bastante rigor, que creo que puede ser una buena noticia para todos —anunció Eleanor rompiendo aquella incómoda pausa en la conversación.

Todos miraron expectantes.

—Tengo entendido que en los próximos días se va a dar el visto bueno a una nueva combinación de terapia y medicación contra el cáncer. Parece ser que es capaz de acabar con cualquier género de cáncer sin alterar en nada la química del paciente. Se basa en pura ingeniería genética... y bueno, creo que es un paso de gigante en el progreso de la humanidad y en la lucha contra esa enfermedad. Podría mover hilos para que... bueno, Miriam, para que fueras de los primeros pacientes una vez la tecnología esté plenamente verificada.

Todos aplaudieron la noticia. Jason, con los ojos humedecidos, abrazó tiernamente a su mujer.

# Capítulo 45

## Al día siguiente

Jason tocó repetidamente el portero automático de la casa de David. No parecía haber nadie, pero sospechaba que el astrónomo se ocultaba en ella, seguramente con más alcohol en sangre de lo debido.

La casa se encontraba en una calle amplia y tranquila de Tucson, en las afueras. Disponía de un espacioso jardín y la construcción era moderna, de diseño vanguardista. A Jason personalmente le parecía una extravagancia. A través los setos que bordeaban los límites de la propiedad se entreveía una piscina de aspecto abandonado, con el agua verdosa y con infinidad de insectos ahogados flotando sobre su superficie. A medida que Jason recorría el perímetro exterior, echando ocasionales vistazos al interior, veía más y más indicios del abandono en el que se encontraba el jardín. Muebles sucios y llenos de polvo, incluso con un par de sillas derribadas por el viento, malas hierbas creciendo en los lugares más insólitos, muchas plantas secas, incluso algunos vasos con restos de bebida en sitios inesperados...

Finalmente se arriesgó

—¡David!, ¡sé que estás ahí dentro! ¡Quiero hablar contigo!

Jason gritó con fuerza. En el silencio de la tarde sería difícil que si había alguien en la casa no lo oyera. Volvió a apretar con fuerza el timbre y decidió armarse de paciencia. Intercalaba algunos gritos con las llamadas insistentes al timbre.

Transcurrió así casi un cuarto de hora hasta que apareció David.

Su aspecto era lamentable. Vestía una camisa mal abotonada que hacía que los bajos de la camisa estuvieran desparejados, además estaba un tanto sucia pues se había derramado algo de grasa en el pecho. Las bermudas muy arrugadas parecía que las llevaba puestas desde hacía una semana. Andaba torpemente sobre unas sandalias de playa. Su sonrisa y su mirada turbia anunciaban que se encontraba completamente ebrio.

—¡Caramba Jason! No hay manera de que me dejes en paz... pero ya que me has despertado... pasa, pasa... y tomemos una copa.

—Dios mío, David... estas hecho un asco —Jason sacudió la cabeza.

—¿Un asco?... si ahora estoy mejor que nunca, te lo aseguro... te lo aseguro — David rió desacompañadamente, como si tuviera hipo.

Entraron en la casa. El estado de la misma no era mucho mejor que el jardín. Había restos de comida y platos sucios allá donde se dirigiera la mirada. Incluso en los escalones de la escalera se acumulaban vasos vacíos y alguna botella de whisky también vacía. Cruzaron la casa y salieron al exterior, esta vez a un discreto y sombreado jardín trasero que no se veía desde la calle principal. Parecía que era el lugar favorito de David. Una tumbona con un gran almohadón cuya funda necesitaba

un urgente lavado, era el centro de varias mesitas de jardín atiborradas de restos de comida para llevar y latas de cerveza y refrescos, y para sorpresa de Jason, varios smartphones conocidos por su utilidad como youbugs. Alguno de ellos emitía un sonido cargante y Jason observó a un ser de aspecto reptiliano que al parecer quería captar la atención de David para mantener algún género de conversación. Seguramente David en ese estado de ebriedad debía brindar conversaciones fascinantes para algún alien situado en el otro extremo de la galaxia, pensó Jason sarcástico. A saber lo que pensaría de la humanidad tras conversar con David.

—Así que David, veo que consumes tu tiempo entre el alcohol... ¿y los bichos?

David siseó, como rogándole a Jason que hablara más bajo. Se tiró sobre su mullida poltrona e invitó a Jason a que escogiera alguna de las sillas cercanas e hiciera otro tanto. Jason eligió una silla que contaba con un pequeño cojín.

—¿Qué sucede David? Cada día te veo más abandonado. Necesito saber la causa para ayudarte. ¿Qué ha sucedido? ¿Es por tu ex? —Jason aventuró.

David rió casi sin fuerzas. Tomó una copa que se veía era la última que estaba consumiendo, arrojó una piedra de hielo más de la cubitera que tenía a mano, y bebió un largo trago del espirituoso.

—¿Mi ex? Si yo te contara de mi ex... sería para echarnos a llorar... o a reír... mira que... ahora justamente estaba contándole a mi amigo Ralp... Ralp... ¿Ralp estás ahí? —David se revolvió en su poltrona e intentó tomar uno de los móviles que estaban sobre la mesa. Varios cayeron al suelo. Jason intuyó que quería mantener la conversación con aquel ser de aspecto verdusco y ojos de pupilas pequeñas y verticales que había visto fugazmente, y anticipándose a David tomó el móvil en cuestión y procedió a apagarlo mientras el alienígena barbotaba palabras ininteligibles, tal vez protestando por el abandono al que estaba sometido.

David rió divertido la iniciativa de Jason.

—Ah... le estaba contando a Ralp lo péfidas que son las féminas humanas. Como te descuides, te dan un zarpazo por la espalda. Con los de la especie de Ralp tienes que decir zarpazo, no entienden lo que es una puñalada, pero al caso que es lo mismo —David se detuvo y miró a Jason largamente. Después hipó y emitió un sonoro eructo—. Mi mujer me engañó con otro... ¿lo sabías? —Jason negó con la cabeza y semblante triste—. Bueno... la verdad es que tampoco es para tanto. Yo la engañé a ella antes tres o cuatro veces... y eso sin contar alumnas Jason. ¡Qué buena época cuando estaba en los cuarenta! ¡Resultaba irresistible a las de posgraduado!

David se dejó caer en la poltrona y cerró los ojos. Su semblante permanecía sonriente, como recordando buenos tiempos. Después emitió un sonoro ronquido y Jason se vio obligado a agitar su hombro para despertarlo. David abrió los ojos desacompañadamente, primero uno, y después de cierto esfuerzo, el otro.

Al ver a Jason junto a él pareció sobresaltarse de pronto.

—A mí no me pasa nada Jason... parece mentira que no te des cuenta. Yo soy el que está bien. ¡Es el mundo el que está jodido! —exclamó sorprendentemente, y le

guiñó el ojo acto seguido.

—¿El mundo?... sí, la verdad es que no sé en qué va a parar todo esto —comentó Jason un tanto decepcionado. No iba a ser una conversación muy diferente de otras similares.

—Yo te lo diré Jason... yo te lo diré...

Y tomó otro trago. Se arrellanó en su tumbona, cerró los ojos y pareció olvidarse de la presencia de Jason.

—¡David! —Jason exclamó cuando vio que el astrónomo empezaba a roncar de nuevo.

—Estamos acabados, Jason... parece mentira que no lo sepas. —David retomó el discurso donde lo había dejado—. Por más que se lo digo a todo el mundo nadie me cree. Es inaudito. Incluso cuando estaba en el Instituto... hablé con varios medios, pero la gente estaba tan pendiente de los bichos que no me hacían caso. Larry me prohibió hablar de esto en el Instituto, de acuerdo... pero Jason, te juro que he intentado detener esto... pero no me creen... no me creen... —David gimoteaba—. Larry me ha frenado siempre. Está obnubilado por la fama el dinero y el poder. ¡Cabrón!

—¿Es por el Silencio Negro? ¿Tú sabes lo que es eso?

David rió de nuevo, aunque era una risa irónica, cargada de rabia.

—¿Silencio... Negro?... ¿qué carajo es eso?... —preguntó con voz bronca, como con desprecio—. Yo no sé nada de eso... yo sólo sé... yo sólo sé... que deberías hablar con ese amiguito tuyo, Manley, él sí que sabe todo. Yo te lo contaría... pero, ¿para qué? No me vas a creer... como todos los demás. Él es tu amigo... él es tu amigo.

—Cuéntame David, por favor —suplicó Jason.

—Yo lo vi... Jason... yo lo vi.

—¿Qué es lo que viste David?... ¿me lo puedes contar?

—El fin, Jason, el fin.

# Capítulo 46

## Navidades

La celebración estaba saliendo a pedir de boca, pensaba Jason aliviado. Familia y amigos se habían acercado a su casa para celebrar un acontecimiento verdaderamente alegre. La enfermedad de Miriam, que tan mal pronóstico había tenido en su día, se había curado definitivamente. La exomedicina, como se denominaba a aquella rama médica derivada directamente de tecnologías importadas de razas alienígenas, se imponía rápidamente sobre los métodos convencionales de la ciencia médica humana. La reprogramación genética se había demostrado como eficacísima para eliminar cualquier género de enfermedad cuyo origen pudiera hallarse en los genes, como era el caso del cáncer. Las listas de espera para la curación de todo tipo de enfermedades a través de este nuevo método, de ser inicialmente cortas y de escasa duración, a medida que mostraban su eficacia y bondad, empezaban a congestionarse y amenazaban incluso en convertirse en un posible escenario de conflicto social. Todos querían curarse pero había pocos hospitales en el mundo que tuvieran implantada esta tecnología y los propietarios de la patente exigían royalties millonarios. La posición de Jason en el Instituto le había abierto muchas puertas, y sin la preciada ayuda de Eleanor, la verdadera impulsora de ese tratamiento para Miriam, tal vez no podrían estar reunidos para aquella celebración.

Jason y Miriam habían pronunciado unas palabras de agradecimiento al inicio, en un brindis que estuvo cargado de emoción y que hizo llorar a Miriam. Parecía que había rejuvenecido diez años. Jason no sabía si era debido a la curación o un efecto secundario de aquel tratamiento milagroso. Un tratamiento que había sido capaz de eliminar cada una de las células tumorales mediante la introducción de un mecanismo vírico que se detonaba cada vez que encontraba un gen defectuoso en el cromosoma de una célula. La tecnología que manipulaba y replicaba las cadenas de ADN de un individuo, las codificaba en un virus y éste pasaba a formar parte del sistema inmune del sujeto eran de procedencia alienígena.

Pero la alegría de Jason era incompleta. Le habría gustado reunir al equipo de monte Lemmon, y había resultado imposible. Larry estaba demasiado ocupado organizando su campaña política. Era ya el candidato a la Casa Blanca e iba a disputar la reelección a la actual presidente. David estaba en un estado de máxima decadencia. Apenas acudía al trabajo y Jason temía que el expediente disciplinario que había abierto la universidad terminara en su despido. Cada vez parecía más afectado por la bebida y no cesaba de repetir a todo el mundo que se aproximaba el fin, en un discurso lleno de paroxismo que le hacía parecer un verdadero demente.

Pensar en Manley le provocaba un profundo dolor. Había discutido con él muy ásperamente unos meses atrás, cuando tras visitar a David se encaró con él,

exigiéndole que se explicara, que le dijera que cartas mantenía ocultas, qué sabía él o al menos, por qué David le había acusado de manera tan fehaciente. Pero Manley permaneció callado y se negó a dar ninguna explicación en un silencio exasperante y triste que a Jason le parecía ser un clamoroso reconocimiento de que, efectivamente, era poseedor de un secreto inconfesable. Aquella negativa ofuscó a Jason, que dejó de considerarlo una persona de confianza, y pese a los ruegos de Miriam, se negó a invitarlo. Darcy, siendo su pareja, rechazó la invitación ya que por lealtad no podía acudir sin Manley. La ausencia de aquella chica le había dolido en el alma pues le tenía verdadero aprecio. En suma, la celebración había servido para corroborar que el equipo de Lemmon ya era historia, y aquella realidad deprimía a Jason. De todos ellos sólo había acudido Eleanor.

La gente hablaba animadamente. El salón estaba abarrotado de amigos, familia, algunos vecinos. Eleanor era un rostro conocido y popular y entorno a ella se arremolinaban muchos que preguntaban y escuchaban con interés sus opiniones. Pero a Jason el asunto alien le tenía un poco aburrido. Tenía tantos youbugs como el que más, pero si ya era difícil dar con un verdadero amigo entre los humanos, aún lo era más difícil con un alienígena, y Jason reconocía que el curiosear y la diversión que provocaban aquellas conversaciones galácticas, muchas veces insustanciales, no le procuraban paz interior y generalmente mucho desasosiego, aunque no sabría decir cuál era la causa exacta. Incluso le había afectado al trabajo. Ya carecía de tanto interés mirar hacia las estrellas. El misterio del firmamento nocturno se había desvanecido. Podía hablar con seres que se situaban a más de cien mil años luz de distancia, lo cual representaba un acontecimiento extraordinario sobre una base que ya de por sí resultaba increíble. Daba la impresión de que para saber lo que ocurría más allá del sistema solar en vez de mirar hacia el cielo se debía bajar la cabeza en dirección al móvil.

En ocasiones consideraba que era el aspecto de aquellos seres inhumanos, en otras ocasiones la cultura, en otras la evidente superioridad tecnológica, en otras el estupor ante consideraciones filosóficas o religiosas tan diferentes, era lo que le atribulaba. Aquellas comunicaciones suponían un contraste permanente de cada uno de los valores, culturales, sociales, con los que Jason había crecido. Someterlos al terremoto que suponía revisarlos con cierto espíritu crítico surgido de la confrontación con otros sistemas alternativos lo agotaba, y comprendía perfectamente, cuando Eleanor hablaba de que la humanidad estaba «disolviéndose», a qué se refería. Él mismo lo experimentaba.

—... así que la última tendencia en cuanto a exoreligiones se denomina la exometempsicosis —se explicaba Eleanor en medio de un grupo de atentos oyentes—, es decir, la reencarnación, solo que ahora ya no se trataría de la tradicional reencarnación en todo género de seres vivos... terrestres, sino que estaríamos hablando de exoencarnación. En la red están prosperando los testimonios de gente que se cree que vivió en otros planetas siendo individuos de otras razas inteligentes.

Es la religión que más está creciendo en todos los países del mundo según todas las encuestas... No dejan de aportarse testimonios, blogs, declaraciones... Me pregunto que decía toda esta gente hace unos años cuando no se tenía ni idea de cuanta gente pululaba por nuestro universo...

Sí, Jason estaba harto de alienígenas y se retiró a descansar a su despacho. Cerró la puerta y el murmullo de las conversaciones se apagó ostensiblemente. Podría sentarse un rato a apurar una copa y descansar. Preparar un encuentro con tanta gente siempre era una tarea fatigosa y él ya tenía cierta edad. Necesitaba un paréntesis y Miriam no se lo reprocharía. Ella era el centro de atención a fin de cuentas.

Como siempre se sentó mirando hacia su pantalla. Estaba dispuesto a entretenerse un rato ojeando algún canal de noticias científicas, que últimamente bullían a un ritmo trepidante, cuando observó un parpadeo en su otro monitor, el correspondiente a su obsoleto exolector, que mantenía encendido por una fe romántica en que aquella misteriosa raza, los legoranos, volviera algún día a dar señales de vida.

Y allí había un legorano, parecía el mismo de la última vez, «¿cómo saberlo después de tanto tiempo?», mirándole fijamente y esperando a que captara su atención. Su mirada plácida y serena le sorprendió. ¿Cuánto tiempo llevaría allí ese ser esperando comunicarse? ¿Cinco minutos... o tal vez cinco días? ¿Cuándo había sido la última vez que se había molestado en comprobar aquel monitor?

Esta vez se fijó en más detalles que en la primera ocasión, debido sobre todo, a que la brevedad inesperada de la primera comunicación la había tomado por sorpresa y prácticamente no prestó la debida atención. Activó el servicio de grabación de la conversación, algo que había echado mucho de menos la vez anterior.

—Saludos, humano —la voz silábica, nítida y clara de aquel ser le reconfortó. El subtítulo era fácil y perfectamente comprensible.

—Saludos legorano —saludó a su vez Jason.

Jason observó con detalle la piel de aquel ser, que parecía delicada, sus ojos tranquilos, y el uniforme monocromático que lucía, de colores grises combinados con un negro de fondo, resultaba tan anodino como el escenario en el que se situaba el alienígena.

—Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última comunicación. Pensé que había sido descartado —explicó Jason con cautela.

—Nosotros nunca descartamos individuos, sino razas —corrigió el legorano. ¿Había sonreído? A Jason le había parecido una sonrisa infantil, sin malicia—. Somos prudentes en nuestras comunicaciones y seguimos un estricto protocolo. Originalmente el código establecía un protocolo de comunicación... Desconocemos la causa exacta pero con el tiempo se superpuso un nuevo código que obviaba ese protocolo en el código fuente.

—¿Qué reglas establecía ese protocolo? —preguntó Jason sumamente interesado.

—Una serie de normas. Sólo se debía utilizar el comunicador de código por un único individuo y raza. Dicho individuo se denomina Agente de Comunicación, y



deberá estar estrictamente supervisado por un Consejo de Comunicación que conozca el código. —El legorano hablaba muy pausadamente. Su voz era nítida y el subtítulo se leía con suma facilidad—. La comunicación nunca podía incluir trasvase de conocimientos tecnológicos, para evitar todo género de contaminación tecnológica, así como cualquier género de información que pueda influir en el devenir de la otra raza. Igualmente por prudencia nunca debían darse las localizaciones exactas de las razas comunicantes; ni sistema solar ni otras indicaciones que pudieran ayudar a establecer su ubicación en el espacio. La comunicación además deberá establecerse con pautas temporales prolongadas de silencio entre cada ocasión.

Jason se echó para atrás en su asiento, murmurando para sí; «horror». Parecía que la Humanidad había incumplido sobradamente cada una de esas indicaciones.

—Por su expresión deduzco que su raza no ha seguido esas indicaciones de prudencia.

—Eso creo —atestiguó Jason.

—No se preocupe. La inmensa mayoría de las comunicaciones que se mantienen a través del código incumplen dicho protocolo. Me imagino que la inteligencia es en gran medida una gran aliada de la curiosidad y eso impele a los usuarios del código a comunicarse con frecuencia.

«¿Con frecuencia?» —pensó Jason— «más bien diría que compulsivamente».

—Sí, es posible que así sea —indicó sin embargo Jason en voz baja. En seguida se repuso y quiso realizar una pregunta—. Ese protocolo... ¿se estableció para evitar los denominados Silencios Negros?

—No estamos muy seguros de eso... —su interlocutor apartó la vista de él por un momento y la centró en un monitor cercano, intuía Jason, aunque no podía estar seguro. Parecía como si leyera algo... pero pensamos que debe existir cierta correlación. Por eso hemos establecido un rango de niveles de civilizaciones. Nivel uno para los que no han sufrido ningún episodio de Silencio Negro. Nivel dos para los que han superado un evento de este tipo.

—Por supuesto que los humanos estamos en el nivel uno. ¿Y su raza?

—En el nivel dos. Hemos superado un episodio de Silencio Negro... hace mucho tiempo. Pero por supuesto no puedo relatarle en qué consiste. Seguimos el protocolo y eso nos impide revelar ese género de información. Sí puedo atestiguarle que la mayoría de las razas que hemos conocido, varios miles de millones hasta la fecha, se encuentran o se encontraban en el nivel uno...

Jason suspiró. Parecía que tenía la miel en los labios, pero finalmente le iban a privar de conocer el secreto que encerraban aquellas dos palabras.

—Parece que los temas de conversación que permite su raza están bastante limitados.

—Sí, pero así nos queda tiempo realmente para hablar de cuestiones verdaderamente importantes. Por ejemplo y a raíz de lo que estábamos comentando

anteriormente, observamos a menudo razas que confunden completamente el sentido de inteligencia y sabiduría. Me refiero a que es habitual que el individuo reconozca claramente la diferencia, pero la especie obra única y exclusivamente por razón de inteligencia. No existe una estrategia de desarrollo como civilización, sino que la sociedad construye y fabrica aquella tecnología que le resulte accesible, sin importar los riesgos o las consecuencias que se deriven de la misma. Desde el punto de vista de la raza rara vez se analiza el porqué último por el que se investiga y se realizan descubrimientos o invenciones, siempre se piensa en el «para qué» va a servir lo que se descubre. Es el uso inmediato lo que impele a obrar.

—Así sucede en la nuestra sin duda —reconoció Jason tras sopesarlo unos segundos—. Seguramente se deba a que nuestro mundo está fragmentado en naciones, empresas, organizaciones diversas... Se impone un principio de competencia que vendría a decir; si no lo fabrico yo lo hará otro. ¿Ustedes no tienen esa fragmentación?

—No, afortunadamente hace tiempo se disolvieron esos conceptos, nunca completamente, por supuesto. El individuo no está sojuzgado. Pero las naciones como elementos creadores de conflicto fueron disueltas y superadas. Toda especie que quiera perdurar ha de superar esa traba arcaica así como otras divisiones artificiales de la especie.

Jason sonrió. Pensaba en su país... en tantos países y regiones del mundo que se aferraban a sus banderas.

—Mi planeta bulle en pequeñas guerras. Cada rincón de mi mundo tiene algún género de violencia. Cuesta imaginar a la humanidad desligada del belicismo y la confrontación.

—¿No tienen algún esquema filosófico o religión o ideología común?

—Hasta en eso tenemos diferencias y son a veces causa de guerras.

—En mi mundo fueron causa de unidad y de superación de personalismos.

Jason suspiró.

—¿No tienen democracia? ¿Diferentes partidos políticos? ¿Libertad? ¿O tal vez tienen un organismo mundial que los gobierna benévolamente?

El legorano miró hacia el monitor situado a su derecha. Cuando volvió parsimoniosamente la vista hacia Jason fue para despedirse.

—Disculpe humano. Nuestro tiempo de comunicación se ha terminado. Espero encontrarle igualmente en nuestra próxima conexión.

Jason casi no tuvo tiempo de despedirse y el legorano abandonó la estancia con movimientos lentos y templados. Había sido una comunicación que resultó extremadamente corta después de tanto tiempo de ausencia.

Después de unos momentos de sopesar sentimientos opuestos Jason llegó a la conclusión de que los legoranos le intrigaban tanto como le exasperaban.

## Capítulo 47

### Tres meses después

Darcy regresaba del supermercado. El paseo en coche, un todoterreno de color gris metalizado con un interior salpicado de indicadores y adelantos tecnológicos, en un día soleado, después de las clases en la Universidad, le resultaba relajado. Tenía ganas de llegar a casa, descansar después de un ajetreado día laboral. No se podía quejar de cómo le iba en la Universidad. El prestigio de haber formado parte del «grupo Lemmon», como se les conocía popularmente, le había abierto por fin muchas puertas y las oportunidades habían llegado. Incluso la habían ofrecido una plaza en Harvard o en el MIT. Era un placer sentir que la disputaban los grandes centros de ciencia del país, y el conocimiento de esa circunstancia le producía un vago placer en el que ocasionalmente se entretenía. Sin embargo sentía que su lugar estaba junto a Manley.

Pero la vida en común estaba empezando a resultarle frustrante. Y no era por ella. Sabía que era fácil de contentar. No esperaba maravillas de Manley, que a pesar de su discapacidad había logrado superar ese trauma con una entereza templada. A Darcy le gustaba considerar que ella formaba parte de esa ecuación que le había permitido a Manley seguir adelante.

Pero un nubarrón se había establecido sobre el horizonte. Al principio soterradamente, desapercibido, el carácter de Manley se había ensombrecido. De sólo pensarlo Darcy se alteraba. No entendía cuál era la causa de ese mutis en el carácter de Manley, que ella percibía como un muro invisible, que estaba allí, entre ambos, y que sólo podía palpar, sin llegar nunca a comprender la naturaleza de ese impedimento, ni qué o quién la había causado, ni mucho menos saber lo que había más allá del mismo.

El proceso por el que Manley se había ido encerrando en sí mismo no sólo era respecto de ella. Sabía que había ido descuidando paulatinamente sus deberes laborales, que ahora cumplía sin la menor devoción e interés, y todo el tiempo lo volcaba en lo que él denominaba su laboratorio, que no era otra cosa sino el extenso sótano de la casa que había preparado con todo tipo de artilugios. Sabía que mantenía una estrecha colaboración con el laboratorio de Boulder que tantos frutos había dado en su día, pero se negaba a hablar en absoluto de qué es lo que se traía entre manos, hasta el punto de que Darcy tenía el convencimiento de que Manley desconfiaba de ella. Esta sensación la hería en lo más profundo.

Hizo saltar la presintonía de la radio del coche, para cambiar el canal de noticias hacia algún género de emisora más alegre. Parecía que no daba con ninguna hasta que al final un tema musical animado hizo que detuviera el dial en ella. Tamborileó sus dedos sobre el volante mientras se impacientaba con los coches que tardaban en

reaccionar ante el semáforo en verde. Sus pensamientos vagaban de casa al trabajo, y del trabajo al hogar alternativamente cuando de pronto se dio cuenta que la emisora había dejado de transmitir música y en lo que parecía ser la entrevista a un médico, este comentaba un avance que aceleró su pulso. Sintió que las ganas de llegar a casa se multiplicaban y una gran impaciencia se apoderó de ella. Cuando por fin introdujo el coche en el garaje aguardó a que el programa terminara, anotando mentalmente todo aquello que era de su interés. Después bajó del vehículo y corrió apresuradamente en busca de Manley.

—¡Manley! —gritó al pie de la escalera que bajaba al sótano. Una de las manías más molestas de Manley había sido insistir en que no quería que nadie bajara al sótano, incluida ella. Aquella norma la irritaba como pocas cosas lograban hacer—. ¡Manley!

Darcy insistió varias veces hasta que al final el ronroneo del elevador de la silla de ruedas de Manley le anunció que por fin subía a la planta de calle de la casa. Darcy le esperaba sonriente.

—Acompáñame a la cocina que vamos a brindar por algo.

Manley no pareció muy animado, pero sonrió levemente. Darcy pensó que estaba en uno de sus días malos.

Darcy decidió abrir una botella de espumoso que tenían de las pasadas navidades y que se había quedado sin estrenar. Era un buen día para celebrarlo. Con más torpeza que habilidad consiguió descorchar y sirvió dos vasos largos. Manley le observaba ceñudo.

—Cuéntame, —dijo al fin.

—Estaba escuchando en la radio una nueva terapia que se está desarrollando en un hospital de Los Angeles. Es exotecnología. Al parecer han conseguido con éxito la recuperación completa de una persona que tenía la columna vertebral rota, algo que parece milagroso. Es una combinación de nanotecnología e ingeniería genética... ¿no te parece maravilloso?

El rostro de Darcy exultaba de felicidad. Manley le miraba con cierta incredulidad, como si aquello no fuera con él. Darcy sintió que su alegría se iba desvaneciendo. Manley ni siquiera había acercado su copa a la boca.

—¿Qué pasa Manley? ¿Se te han quitado las ganas de vivir... de disfrutar de la vida?, ¿es que estás cómodo en tu silla de ruedas?

—No empieces Darcy. Sabes que no estoy cómodo así, precisamente esa no es la palabra que define mi circunstancias —cortó bruscamente Manley. Estaba de declarado mal humor, y Darcy no entendía de dónde provenía ese estado de ánimo que lograba incluso imponerse a una noticia que era claramente positiva.

—Pero cariño... —Darcy rogó, deseaba ardientemente entenderlo— no entiendo por qué no te alegras...

—No lo sé, Darcy... supongo que de alguna manera... sabía o intuía que esto debía pasar... tal vez sea eso... no me sorprende... da igual.

Manley hablaba como a trompicones.

—¿Qué sucede Manley? ¿Qué es tan importante que te traes entre manos que ni siquiera esto te permite eliminar esa cara de preocupación y agobio permanente que tienes? Llevamos tiempo juntos... y esto cada vez va a peor.

—Oh, Darcy... no me gustaría volver a esa discusión otra vez. Te he explicado mil veces que no puedo revelarte la naturaleza de cuanto estoy investigando... es un fastidio para ti, lo siento, pero te aseguro que mucho más lo es para mí.

Y diciendo esto giró su silla de ruedas dispuesto a irse. Dejó la copa sin probar siquiera un sorbo en la encimera de la cocina. Darcy rompió a llorar.

—No Manley, lo siento, no aguanto más así.

Manley detuvo su silla de ruedas, pero ni siquiera se giró para mirar a Darcy.

—Lo siento Manley. Desde que se cerró el Instituto te has ido encerrando paulatinamente en ti mismo y en tu secreto. Y ese secreto abarca ya todo cuanto eres y haces... y a mí me has dejado fuera, completamente fuera. Te miro, te escucho, pero no entiendo nada porque ya no me cuentas nada. Todo en ti es un gran interrogante... y no pienso seguir así. ¡Me voy!

Darcy cogió su bolso y se dirigió al garaje apresuradamente. Manley no se movió de su sitio. Oyó como arrancaba el coche y después como se cerraba la puerta automática del garaje. También había lágrimas en sus ojos.

Finalmente empujó el mando de la silla y ésta se desplazó hacia delante, camino del sótano. Quedaba trabajo por delante, y era importante.

# Capítulo 48

## Verano

El Tucson Mall era un enorme centro comercial por el que Miriam sentía una especial predilección, no porque tuviera algo que lo hiciera más atractivo que otros centros o ninguna cualidad en sí misma especial o diferente, sino porque era el punto habitual de reunión con varias amigas con las que le gustaba quedar ocasionalmente a media tarde para tomar un café y una porción de tarta. Jason había prometido acercarla en coche para después ir a recogerla más tarde. Era una de aquellas promesas realizadas en la víspera con cierta alegría pero que se volvían terriblemente pesadas e inoportunas cuando llegaba su vencimiento.

Miriam le hizo reír cuando puso cara de fastidio pero finalmente supo cambiar de ánimo y cumplir con su promesa con una sonrisa en la cara, pese a que salir del descanso de su domicilio un sábado por la tarde para meterse en la vorágine de un centro comercial era lo último que le apetecía hacer. Sin embargo logró dominar su apatía que le produjo verse rodeado de un multitudinario público que iba y venía con sus bolsas de compra de tienda en tienda y se dijo que daría una vuelta por ver el ambiente y echar un vistazo a algunos escaparates antes de volverse para casa. Y eso hizo.

Le animaba el secreto de resolver el regalo que quería realizar a Miriam con motivo de su aniversario de boda, una de esas fechas endiabladas a las que Jason observaba con recelo en el almanaque del trabajo y a la que temía olvidar. Era muy peligroso obviar un día como ese según recordaba muy claramente le había sucedido en una ocasión más de dos décadas atrás. Aunque faltaban más de dos semanas para la efemérides deseaba resolver el compromiso con brillantez y sin agobios. En ese sentido su profesión, muy poco dada a la improvisación y que requería rigurosa planificación, lo había convertido en un hombre metódico. Había seleccionado ya una joyería en la que esperaba encontrar algo con lo que deslumbrar a Miriam, cuando cruzando el hall central del centro comercial observó una de las tiendas, que como islas, se encontraban en la explanada abierta situada frente a su puerta principal.

Se trataba de una tienda de youbugs, una franquicia, en la que además del correspondiente diseño cuidado de la imagen y de un nombre comercial, «Bichos», que con una tipología de letra simpática y un divertido alien como mascota, contribuían a llamar la atención de todo tipo de público. La tienda estaba atiborrada de móviles que cumplían la función adicional, y ya entonces imprescindible, de comunicadores galácticos. No había uno igual, ya que todo el diseño de cada dispositivo variaba en función del alienígena con el que su poseedor se comunicara. El dispositivo mantenía funciones de monitor y tanto el anverso como el reverso resultaban ambivalentes, así que mientras el usuario miraba hacia una cara, el resto de

la carcasa asumía funciones decorativas y despedía colores iriscentes y llamativos. Además cambiaban progresiva y coordinadamente a medida que se sucedían en la pantalla principal capturas de imagen de los diferentes alienígenas con los que se podía comunicar. Junto con la fotografía en cuestión figuraba un breve currículum del alien en sí mismo y alguna característica significativa tanto personal como de su raza. «Estos chismes se venden como rosquillas», pensó perplejo Jason mientras observaba la mercancía alienígena. Esa presentación rompedora había logrado captar la atención del público, que ya no se llevaba sorpresas desagradables, tal y como sucedía en los primeros tiempos en los que el público compraba youbugs sin saber con quién se las iba a ver, y la compañía «Bichos» tenía unos niveles de venta récord, hasta tal punto, que había lanzado su propia colección de móviles, dejando en el olvido a las clásicas multinacionales norteamericanas y coreanas que hasta hacía poco habían dominado el sector. Jason pensaba en esas circunstancias darwinianas de la economía de las comunicaciones mientras atravesaba una nube de chiquillos que revoloteaban en torno a los dispositivos exclamando y gritando de sorpresa mientras sus dedos señalaban a algún alienígena especialmente horrible. También él ojeaba esos dispositivos pues, como a todo el mundo, se habían convertido en un pasatiempo adictivo del que le costaba sustraerse.

Uno le llamó la atención.

Se trataba de un dispositivo que mostraba la imagen de un ser de aspecto humanoide pero presencia desagradable. Ojos oscuros, sin pupilas, de rostro peludo y levemente anaranjado, de pelaje muy corto, con leves protuberancias en las mejillas y en las sienes. El cuello y hombros estaban cubiertos por una prenda delicada, atravesada por doradas filigranas que establecían patrones fractales elegantes e hipnóticos. Una réplica de tejido de características similares le servía de curioso tocado. Pero no era su aspecto extraño lo que le llamó la atención, sino su profesión. Astrofísico. Aquella era una oportunidad extraordinariamente inusual. Suponía una tentación irresistible, y tomando el aparato se dirigió a caja a pagar por él.

Sabía que aquella compra irritaría a Miriam, que odiaba toda la parafernalia alienígena, a pesar de que debía su vida a la tecnología que alguna raza desconocida habían facilitado a la humanidad. Eso sí, a saber a cambio de qué contenido audiovisual se había efectuado aquel canje. Jason solía decir socarrón, y con ello lograba irritar a Miriam, que tal vez debiera su vida a alguna telenovela latina, pues se rumoreaba que los tejemanajes sentimentales que se mostraban en ellas solían ser éxitos clamorosos más allá del sistema solar y un valor seguro para intercambiar por exotecnología.

Teniendo en cuenta los posibles resquemores de Miriam se deshizo de la caja y resto del contenido del embalaje y guardó el móvil en su bolsillo con el fin de que su compra resultara lo más discreta posible. Si en un momento determinado Miriam lo descubría era conveniente asegurar que se trataba de uno de sus viejos youbugs, pues tenía varios, como todo el mundo.

Al fin llegó al comercio en el que esperaba encontrar alguna joya con el que complacer a su consorte. Jason inspeccionó ceñudo el escaparate mientras mantenía un duro debate interno entre la conveniencia de mostrarse espléndido o la prudencia del cuidado de la economía doméstica, cuando el dispositivo vibró en su bolsillo. Al parecer lo había encendido sin darse cuenta. Comprobó incómodo que era precisamente el alienígena por el que se había decantado aquella compra el que efectuaba el aviso de contacto.

No sucedería nada si no establecía comunicación. Jason era conservador, no le gustaba hablar con alienígenas en público, y prefería el espacio reservado de su despacho donde se sentía a sus anchas. Pero echó un vistazo en su derredor. El ochenta por ciento de la gente que circulaba junto a él lo hacía mirando a su móvil, y de ellos otro ochenta por ciento estaría en comunicación con un alienígena. Eso es al menos lo que decían las estadísticas; más de la mitad de la gente que anda de un lado a otro lo hace mirando a su móvil mientras mantiene una conversación intergaláctica. «Qué diablos». Decidió no ser menos y accionó el botón de contacto.

Se sentó en una cafetería cercana mientras pedía un *cappuccino* y efectuaba las presentaciones y saludos de rigor. Mientras lo hacía Jason se ufanaba sintiéndose como un veterano experimentado cuando comunicaba con un alienígena. Recordaba los nervios de las primeras veces, los incómodos silencios, las preguntas aturulladas, las conversaciones forzadas. Ahora que se había familiarizado con ello se sentía tan cómodo como un chiquillo que había crecido con esa tecnología y que veía tan natural como comerse un helado del quiosco de la esquina, el conversar con un ser que a lo mejor pesaba media tonelada, vivía a cien mil años luz de distancia, y que si lo hubiera tenido al lado tal vez se lo hubiera zampado de un bocado.

Después de las presentaciones y el intercambio de saludos de rigor, Jason tuvo una súbita y divertida idea y decidió ponerla en práctica.

—Confío en que su raza, la Japiana —dijo con voz tan neutra como pudo—, sea apta para mantener comunicación con mi especie. En mi planeta, la Tierra, hemos establecido un estricto protocolo de comunicación. Deberé realizarle tres preguntas a fin de determinar en mi Consejo Supervisor si su raza es apta para la comunicación.

El alienígena le miró con una expresión que a Jason le pareció divertida; se trataba de extrañeza alienígena. «Vamos allá», se dijo animado.

—En primer lugar... necesito confirmar su especialidad científica.

El japiano respondió como esperaba Jason, «astrofísico». Al hablar emitía sonidos guturales, cortos, ásperos. Sin embargo el traductor del código funcionaba perfectamente. Jason siempre se maravillaba por aquella circunstancia. Ahora venía la pregunta de control a fin de determinar la veracidad de su aseveración.

—¿Podría decirme en qué edad estima su civilización la edad del universo?

El alienígena pareció eructar. La pantalla mostró una cifra. Diez mil millones de años. Jason miró hacia fuera de la pantalla, intentando mostrar su rostro ecuánime. Un fallo de cuatro mil millones de años parecía un error demasiado grueso para una



civilización capaz de deducir el entrelazamiento cuántico y descubrir el código estelar. Otro pensamiento igualmente sorprendente cruzó entonces por su mente: A fin de cuentas, pensó, el legorano había hecho otro tanto con él, mirar para otro lado y mostrarse inescrutable durante unos segundos cuando él dio la cifra de catorce mil millones de años, una cifra contrastada y segura que él había dado con rotundidad... al igual que el japiano. No sabía por qué, pero intuyó que aquella pregunta entrañaba algo mucho más significativo de lo que él había pensado. Presentía que era importante, y no una simple pregunta de control. Su corazón se aceleró.

Farfulló su última pregunta:

—¿Su raza ha experimentado en alguna ocasión el silencio negro?

El alienígena respondió taxativo que no.

Jason tuvo que disimular y mantener su rostro impertérrito mientras se despedía y colgaba abruptamente el youbug sin que su interlocutor casi tuviera tiempo de hacer otro tanto. En su mente, el bullicio que le rodeaba, de la gente comprando, yendo y viniendo por las amplias galerías del Mall, se había desvanecido por completo. Su pensamiento había quedado cautivado por una idea que poco a poco, paso a paso, se abría camino violentamente, iluminando por completo todo con una luz nueva, tan impresionante como increíble. Una idea que no parecía plausible que pudiera ser cierta. Pero si lo fuera tal vez tuviera implicaciones mucho más potentes de lo que nunca nadie había osado atribuir a aquellos dispositivos que parecían juguetes en manos de niños y que todos a su alrededor portaban como si fueran simples artilugios de entretenimiento. O tal vez sí hubiera alguien...

Se levantó y se alejó de la cafetería. Se había olvidado de pagar. De eso se daría cuenta días más tarde, cuando rememorase aquel momento de absoluta lucidez y de portentosa revelación.

\* \* \*

Jason fue como en volandas hasta el coche. No fue consciente del camino que recorrió hasta llegar a él. Se quedó varios minutos con la llave en la mano. ¿Qué era conveniente hacer a continuación? ¿Y si estaba equivocado? Su mente bullía tan rápido y en tal estado de concentración que sólo reaccionó a la bocina de un coche que iba a aparcar y que él entorpecía con su presencia cuando el conductor insistió repetidamente. Se encontraba indeciso. Valoraba los pros y contras. No podía creer que estuviera en lo cierto, pero cuánto más lo meditaba más certera le parecía su conclusión. Sin duda se trataba de una de las posibilidades extrañas que establecía la mecánica cuántica, pero nunca había pensado en semejante orden de magnitud, ni mucho menos.

Al cabo de un largo cuarto de hora Jason sonrió y se subió al coche, frente al cual había permanecido todo ese tiempo de pie con la llave en la mano, como paralizado.

Condujo más rápido de lo habitual. Se impacientaba con los vehículos lentos. Se

sentía como un conductor de una ambulancia que a pesar de las luces estroboscópicas y la sirena los coches no se apartaban a su paso. El tráfico fluido de Tucson le parecía ahora agobiantemente lento y en cuanto llegaba a una avenida de doble carril aceleraba entre los coches, rebasándolos metódicamente. Tomaba las curvas al límite de lo conveniente y en su prisa se pegaba a los vehículos que le antecedían con el ánimo de empujarlos y aumentar su velocidad. Siempre había detestado a los conductores que hacían eso. Y a pesar de su estrés y de las prisas Jason sonreía. De vez en cuando exclamaba a voz en grito «¡No me lo puedo creer!».

Finalmente detuvo el coche con un brusco chirrido de ruedas. Había llegado. Recordaba perfectamente aquel lugar, aquella casa, que llevaba tanto tiempo sin frecuentar. Más de un año ya. Presionó el timbre insistentemente, mucho más de lo que aconsejaba la buena educación.

Abrieron la puerta. Jason bajó la vista para enfrentar su mirada a la de Manley, que le miraba con sorpresa y un tanto incómodo desde su silla de ruedas motorizada.

—Tengo que hablar contigo —dijo Jason en un tono de voz que ya anunciaba que no aceptaría negativas.

Manley giró con un ronroneo su silla de ruedas y se adentró en su casa de estilo español sin decir palabra. Jason le siguió a distancia.

Llegaron a la sala de estar, una habitación amplia y luminosa, de muebles de madera oscura de estilo castellano y amplios y cómodos sillones dispuestos junto a una amplia terraza. Las ventanas abiertas permitían la entrada de una fresca brisa que mecía las cortinas.

Manley ocupó un espacio frente a los sillones de color crema esperando que Jason tomara asiento en alguno de ellos. Sin embargo el científico se encontraba demasiado agitado para sentarse. En su lugar iba y venía recorriendo el espacio que quedaba entre la zona del comedor, la cocina y la sala de estar. Manley le observaba paciente, esperando a que Jason ordenara sus ideas.

—Verás —dijo finalmente—. Hoy lo he descubierto Manley.

Éste le miró con cara de pocos amigos. La última vez que se habían visto había sido hacía más de un año. Una tarde, parecida a aquella misma, Jason había llegado tan agitado como esa misma tarde, exigiendo respuestas que él se negó a dar. Al final la conversación había degenerado en discusión y Jason se fue de la casa insultándolo. Manley nunca lo había visto tan enfadado y de hecho, dejaron de dirigirse la palabra desde entonces. Manley había evitado en todo ir al monte Lemmon y las ocasiones en las que se cruzaban en la Universidad eran mínimas, pero en ese caso siempre se ignoraban por completo. Y ahora Jason estaba en su casa de nuevo, pensaba inquieto Manley.

—Hoy he descubierto tu secreto, Manley —Jason sonrió, victorioso.

Manley le miró interrogativo, sin separar siquiera los labios.

—Verás. Te voy a explicar cómo ha sido. Los legoranos... ¿los recuerdas? Me hicieron tres preguntas. La primera para verificar mi preparación, la segunda de

control, la tercera por el silencio negro. —Jason hablaba rápidamente, casi atropellándose—. Bien... hoy, curiosamente, vi un youbug que me permitía comunicarme con otro astrofísico, una raza autodenominada japiana. Tuve una ocurrencia... —Jason miró fijamente a Manley— hacerle las mismas preguntas de los legoranos.

Manley interrogó a Jason con la mirada, pero su semblante se había ensombrecido.

—La cuestión es que cuando le pregunté por la edad del universo su respuesta tenía un error de cuatro mil millones de años. ¡Qué locura!, pensé. ¿Cómo es posible que una raza tecnológica, capaz de manejar conceptos de mecánica cuántica tan sofisticados, sea capaz de errar por un margen tan grande en algo tan básico como eso?

—Tal vez tengan una teoría cosmológica muy diferente de la nuestra —aventuró Manley.

—Tonterías Manley, no me tomes por un pardillo. He visto la luz. He comprendido cuál es tu secreto

Manley calló. Sostenía la mirada fija de Jason, retadora y terca.

—Sé que el entrelazamiento no sólo permite salvar distancias considerables en el espacio, sino que también establece comunicaciones en momentos del tiempo muy diferentes. Permite hablar con el pasado... o con el futuro.

Jason calló y miró con severidad a Manley, que permanecía a la defensiva, anclado en su mutismo.

—Y supuse que tú habías descubierto esta propiedad hace mucho tiempo. Algo que mantienes oculto... me imagino porque intuyes las consecuencias que puede tener ese conocimiento... porque... ¿estás en contacto con tu futuro, Manley?

Manley apretó fuertemente sus mandíbulas. Nada decía.

—Has de responderme a esto Manley —insistió Jason, mientras se detenía frente a él y le apuntaba con su índice— si no... soy capaz de hacerlo público. No me guardaré este secreto para mí como has hecho tú... salvo que me convenzas.

Jason observó el semblante de Manley, que había apartado la vista hacia la ventana. Su mirada parecía perdida en el horizonte.

—Muy bien, Manley, tú sabrás.

Jason se giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. En su interior maldecía la terca obstinación de aquel joven y su desconfianza hacia él, como si él estuviera ansioso de robarle un secreto o de obtener la fama.

Ya giraba el pomo de la puerta para dejar la casa cuando oyó la voz de Manley que le hablaba con tono derrotado.

—Es una salvaguarda Jason.

## Capítulo 49

Jason tardó unos segundos en reaccionar, la mano apoyada en el pomo, la cabeza baja, reflexionando.

—Ven Jason, te mostraré algo —dijo Manley finalmente, y Jason volvió sobre sus pasos.

Manley le esperaba al pie de las escaleras interiores de la casa, que contaba con un dispositivo para minusválidos que permitía subir o bajar una silla de ruedas. Manley le rogó que le siguiera, y tomó camino en dirección al sótano, mientras el artilugio de bajada ronroneaba y descendía lentamente. Jason bajó tras él, intrigado a la vez que sentía que su enfado iba aplacándose. Demasiado tiempo hacía que Manley le había escondido sus cartas y no se consideraba tan indigno de semejante trato.

El sótano consistía en un gran espacio de trabajo. Manley había montado allí un laboratorio paralelo al del observatorio y la universidad, y a juzgar por los equipos que veía Jason, estaba a la última. Sospechaba que la mayoría de los aparatos tenían que ver con temas de entrelazamiento cuántico, pero al fondo, donde le condujo Manley, se encontraba uno de los dispositivos originales que había montado Manley en los primeros tiempos con ayuda de la universidad de Boulder. Era un cajón grande, casi como un frigorífico, de color oscuro, y en su parte superior una pegatina indicaba que se trataba del módulo siete. Jason echó la cabeza hacia atrás, sorprendido por aquel reencuentro precisamente con ese aparato. En seguida recordó el incidente con David. «Había sido con este chisme, ¿no?» pensó intrigado.

—Este dispositivo... —murmuró Jason.

—Sí, este dispositivo —corroboró Manley con acento de fastidio—. Siéntate y hablemos. —Y Manley le indicó una silla giratoria cercana en la que Jason se sentó impaciente.

—Tal y como has descubierto, Jason, una de las propiedades sorprendentes del entrelazamiento cuántico es la capacidad de superar la barrera del tiempo. Es un misterio cómo sucede, pero lo cierto es que partículas entrelazadas pueden reflejar alteraciones en su alter ego que se están produciendo en el futuro... o en el pasado, según se mire. —Manley sonrió tímidamente—. De hecho como bien has dicho, muchas de las comunicaciones tienen lugar con razas que nos hablan desde lo que sería nuestro pasado. Nosotros representamos para ellas el futuro de la galaxia.

Jason le miró interrogativo.

—Si... desde el principio me di cuenta de esta propiedad, y no he querido comunicar este descubrimiento por lo que podría significar. Imagina que la gente quisiera conocer su futuro. Individualmente, conocer el futuro propio puede implicar conocimientos indigeribles, casi insuperables para nuestro instinto de supervivencia. No es lo mismo saber que vamos a morir, que tener la certeza del día y la hora en que esto va a suceder. Por otro lado las matemáticas y la física nos dicen que el futuro se

va a cumplir inexorablemente, eliminando cualquier consideración amable de que tal vez, modificando parámetros, costumbres, actividades, podamos retrasar lo ineludible. Si pudiéramos cambiar el futuro la comunicación que habría tenido lugar sería del todo imposible. Una paradoja inadmisibles.

—Pero... imaginemos que tú sabes que se va a producir un accidente aéreo y avisas al presente de ese suceso —arguyó Jason.

—E imaginemos que se toman las medidas oportunas para que ese vuelo no tenga lugar.

—Exacto.

—Y ese vuelo no despegar.

—Así sería, ¿no? —aseguró Jason ligeramente dubitativo.

—Si sucediera eso significaría que mi yo futuro, o bien da una información incorrecta sin saberlo, o miente deliberadamente. O tal vez suceda que en el presente se considere que el aviso no tiene validez y el vuelo tiene lugar, con el consiguiente accidente. Lo que está claro es que no es capaz de cambiar algo que para él ya ha sucedido.

—Pero...

Jason le miró intrigado.

—Jason, es inútil. Eso... lo sé —afirmó Manley inamovible.

—Parece una locura que tal propiedad de la mecánica cuántica exista.

—Mírame en esta silla de ruedas. Escúchame con atención. Yo mismo me advertí de lo que me iba a suceder e intenté tomar medidas para evitarlo. Pero saber lo que me iba a ocurrir no cambió que finalmente ocurriera. La información que me facilitó mi yo en el futuro era correcta para él, e incorrecta para mí... mírame, por favor. Fue un experimento demasiado costoso y cruel para mí y el saber que era algo ineludible, en cierto sentido, representa una tortura ahora. El haberlo sabido con antelación me produjo el espejismo de que tal vez podría evitarlo... al principio mi expectación por la comunicación intertemporal me provocó un estado exultante. Pensaba que era omnipotente. Ahora, como te digo, es una auténtica tortura... Incluso Darcy no me soporta... Se ha ido.

Manley parecía realmente abatido. Jason comprendió que hasta ese momento se había refugiado en un recinto hermético de silencio. Al forzarlo no estaba hallando precisamente lo que esperaba, al arrogante e inabordable Manley, sino a otro débil y confuso.

—Pero cuando llegue ese momento en el que comunicas con tu yo pasado podrías facilitar la información corregida. Sabes el día y la hora... podrías decir, no salgas de casa esa mañana... cualquier cosa... Por no hablar de que podrías hacerte rico fácilmente...

Manley sonrió sin ganas ante ese comentario.

—Eso hice, Jason, pero mi yo del pasado lo interpretó de otra manera. Pensó que exageraba. Es algo que evidentemente no pude cambiar. Mírame si no. Y te aseguro

que no es eso lo que más me preocupa... No fui capaz de evitar mi propia invalidez... Ahora me pregunto si no seré capaz de cambiar otras cosas... infinitamente más graves.

Jason se quedó cabizbajo.

—Entonces Manley... ¿cuál es tu temor de que esto se difunda si nada se puede cambiar?

—Tal vez nada se pueda cambiar... pero si se difunde indudablemente el efecto será pernicioso de una manera que ni tu ni yo sospechamos. La difusión de esta tecnología tendría un efecto perverso sobre la sociedad. ¿Te gustaría saber el día y la hora de tu muerte, Jason? ¿O que en determinada fecha fallecerá un ser querido, o sucederá una tragedia?

—No, por supuesto que no.

—Pero sin embargo acabarías sabiéndolo. No tú directamente, tal vez se le ocurriera a Mirian... o a un enemigo tuyo que quisiera aguarle una celebración. Las buenas noticias no me preocuparían, pero las malas... sabiendo además que son sucesos inevitables por completo...

—Eso implica una predeterminación del universo.

—Creo que no, Jason. No lo has considerado completamente. Siempre eres libre, en cada momento del tiempo, de tomar las decisiones que estimas correctas y convenientes para ti ...o los tuyos.

—Pero si yo supiera lo que va a pasar... eso me afectaría.

—Efectivamente, afectaría a tu humor, a cómo vives la vida. Bien lo sé. Creo que preferiría mil veces no saber lo que sé, créeme.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos considerando lo que acababan de decir.

—Sí, Jason, lo que ha ocurrido, tanto en el presente como en el futuro forzosamente ha de ocurrir. Saberlo no va a influir en que el suceso ocurra verdaderamente, sólo va a cambiar lo que sentimos mientras vivimos... te lo digo, Jason, por propia experiencia. Créeme. Esa es la razón por la cual evito volver a conectar con el futuro, y vivo con el temor de que mi yo futuro vuelva a contactar de nuevo conmigo. Lo poco que me dijo se ha convertido en una carga insufrible... en una responsabilidad enorme. No quiero saber más, de verdad.

Jason observó que verdaderamente Manley era portador de un saber que lo apesadumbraba. Su semblante mostraba un profundo abatimiento, un sentimiento que había mantenido oculto durante todo aquel tiempo en el Instituto. Y no tenía nada que ver con la amargura de permanecer en una silla de ruedas, como siempre él había sospechado. Había algo mucho más terrible en su alma.

—¿Qué sabes Manley?

Manley cabeceó.

—La ignorancia es la felicidad... —murmuró. Se tomó un tiempo antes de empezar su discurso—. Ya cuando tuve contacto con Moscus, en su día, logré

información que me hizo sospechar que tal vez la comunicación no tuviera lugar en el mismo momento del tiempo cosmológico. Caí en la cuenta de que él me hablaba desde lo que sería nuestro pasado. Inmediatamente pensé que sería factible mantener una comunicación con mi yo futuro si seguía un protocolo determinado, y así preparé el módulo siete, que comparte con los modelos anteriores la carcasa y poco más. En su interior cuenta con un par de partículas que yo mismo generé entrelazadas y eso lo convierte en un artilugio completamente diferente. A cada una de ellas asignaba una posición imaginaria en el tiempo; una presente, otra futuro. Según quisiera hablar en una u otra dirección utilizaría la partícula debida. Mi decisión fue esperar a que mi yo futuro decidiera cuál era el momento adecuado para establecer una comunicación y que tuviera algo importante que decir. Fue una sorpresa desagradable y una mala coincidencia que el primer receptor de la señal fuera David que pasaba justo delante del monitor del exolector siete cuando éste se activó. No sé cómo fue la conversación ni lo que vio para que le afectara de aquella manera. Hablé con él infinidad de veces pero nunca me quiso revelar nada. En cualquier caso habló con mi yo del futuro, de un futuro que aún hoy resulta distante... o al menos eso sospecho... y lo sospecho básicamente porque sólo pocas horas después, aquella misma noche, me colé en el hangar que era custodiado por el FBI y mantuve con mi yo futuro la única conversación en el tiempo que he mantenido hasta la fecha... y espero que sea la última. El exolector después quedó confinado en el Instituto, pero tiempo después, cuando se desmanteló, no me fue muy complicado recuperar este módulo e instalarlo aquí. —Manley suspiró e hizo una pausa, como para reordenar ideas—. En cualquier caso, Jason, antes de todo eso, la misma noche en la que David sufrió aquel desvanecimiento frente a este exolector... yo pude hablar con mi yo futuro. Ha sido la única comunicación que he mantenido... y te aseguro que pesa sobre mí de tal manera... —Manley no acabó la frase que murió mientras bajaba la cabeza abatido.

Jason le miró fijamente. No sabía si quería escuchar aquello. Tal vez iba a compartir una responsabilidad que no quisiera para sí.

—Se trataba de algo que salió mal, Jason. Imagina cómo será la Tierra dentro de treinta o cuarenta años. Si ya a finales del siglo xx la tecnología proporcionaba servicios impensables y década a década se sucedían revoluciones de todo tipo, imagina cómo será esa evolución al ritmo que está proporcionando la exotecnología hoy día. Ahora solo estamos viendo la punta del iceberg, pero en pocas décadas muchas de esas tecnologías incipientes estarán completamente implantadas.

—Y... ¿Qué sucede entonces? ¿Un accidente catastrófico?

—Parece ser que sí. Y todo tiene que ver con un desarrollo tecnológico que está fundado en una conceptualización deficiente de algo... que me resulta increíble e inexplicable... Y por ello Jason tengo sobre mí la ardua tarea de comprender el error y preparar una salvaguarda que lo corrija. Siento que me enfrento a la más pura fatalidad. Tengo esa responsabilidad... tengo esa responsabilidad

Manley quedó absorto en sus pensamientos. Finalmente alzó la mirada y cruzó

sus ojos que parecían enfebrecidos en Jason.

—Tengo esa responsabilidad porque el error parte precisamente de mi teoría de la gravedad modificada.

Jason resopló.

—Tú mismo has dicho que el accidente es inevitable.

—Efectivamente... el accidente es inevitable, pero tal vez se puedan disponer de contramedidas. Es mi única esperanza, ¿comprendes? Esa idea es la única que me permite... sobrevivir —concluyó con semblante grave.

—¿Necesitas ayuda, Manley? —Se ofreció Jason.

—Es mi especialidad, Jason. Pura matemática. Créeme, pocas personas en el mundo están capacitadas para este trabajo.

—¿Y no cuentas con ellas?

—¿Y quién te dice a ti que no lo hago? —respondió Manley retador con otra pregunta—. Obviamente he planteado hipótesis alternativas a mentes brillantes en esta materia, pero sin explicar la trascendencia que tiene hallar la solución —matizó finalmente—. Incluso he aprovechado los contactos con innumerables civilizaciones más avanzadas que la nuestra.

Permanecieron en silencio largo rato. Jason cavilaba. Parecía que quería decir algo, pero después volvía a cerrar la boca. Manley aguardaba impaciente.

—Lo de David me sigue intrigando. Te echa la culpa de algo, Manley.

—Es obvio, Jason. Sea lo que sea que le dijera, soy portador de malas noticias. El mensajero siempre es cabeza de turco.

—Sin embargo... lo más lógico es que tú mismo le hubieras advertido de un peligro. Como advertencia debería compartirla. Es absurdo ese espíritu nihilista en el que vive. Una reacción infantil ante la adversidad. Puro derrotismo.

Manley calló largo rato. Finalmente sentenció.

—La única explicación es que yo hablara con él y le dijera que el accidente no iba a tener remedio, que no hay salvación para la humanidad... pero aún así hay algo que no tiene sentido.

Jason esperó impaciente el final del razonamiento de Manley.

—Y esto es que yo ya sé cuál es el efecto de mis palabras sobre David. Entonces... ¿por qué hablo con él en el futuro?, ¿por qué le cuento lo que le cuento? No tiene sentido, no lo entiendo, más sabiendo cuál va a ser su reacción; derrotista y sumida en la desesperación. Debería haber callado, y esa es mi determinación cuando en mi futuro contacte con él.

Ambos callaron, Jason profundamente desconcertado, Manley sumido en un pesar silencioso del que no parecía hallar alivio. Incluso después de muchos años había llegado el momento en el que podía compartir su carga con otra persona sin sentir el escrúpulo de haber desvelado a alguien un secreto inconfesable.

Pero aún así el pesar continuaba. Manley se daba cuenta de que su confesión no había sido completa.



# Capítulo 50

## Otoño

El grupo de científicos volvía a reunirse una vez más. Bien era cierto que se trataba de una circunstancia excepcional, un compromiso de hecho, y que por otra parte no todos habían asistido. Manley había torcido el gesto al ser preguntado por Darcy, ausente. Por otro lado nadie quiso decir nada de David, ya que su tendencia alcohólica había acabado por apartarlo de la vida académica y social. El único que había infructuosamente mantenido el contacto con él había sido Jason, pero sus exabruptos y constantes borracheras hacían que sus visitas al astrónomo fueran espaciándose más y más a la vez que el estado físico de David empeoraba.

Larry por otra parte parecía efervescente y exultante, con una sonrisa tan ancha como su cara permitía mostrando una hilera de dientes que a Jason le parecieron blanqueados artificialmente. Les abrazó a cada uno de ellos según fueron llegando al estudio con la fuerza de un oso, mientras se desenvolvía en medio del jaleo del plató como el que está acostumbrado a los quehaceres que forman parte de una rutina diaria. Manley y Jason se sentían un tanto cohibidos en medio de tanto operario, luces y cámaras. Eleanor por su parte parecía más relajada, casi hasta aburrída. La asistencia a un programa de televisión hacía tiempo había dejado de inquietarla, y si había acudido a la cita era por el placer de ver a sus antiguos compañeros de I.A.E. Bien era cierto que tenía curiosidad por ver qué tal le iba a Larry, pero sentía una especial predilección por el veterano Jason, y también mucho aprecio a Manley. Siempre había sentido en el alma el atentado que le había dejado minusválido y no podía evitar un permanente sentimiento de compasión hacia él. También se preguntaba qué habría sido de ellos si ese atentado no hubiera ocurrido. Recordaba que Manley, el antiguo Manley, le atraía. Ella carecía de la capacidad de sacrificio que en su opinión había manifestado Darcy. Su concepto del amor no era tan generoso, y a fin de cuentas, se había ganado a pulso su propio prestigio como para echarlo a perder por una relación que no estuviera perfectamente equilibrada.

—¿Qué tal va todo por la vieja y polvorienta Tucson? —preguntó Larry mientras apoyaba su mano fornida en el hombro de Jason, que aguantó el formidable embate de cariño con una sonrisa un tanto forzada.

—Bien Larry. Allí aguantamos como siempre. Aburridos —sentenció.

—¿Y tú Manley? ¿Qué te cuentas? —preguntó sonriente y seguro Larry— ¿Qué tal os va a ti y a Darcy?

Jason lamentó no haber advertido a Larry sobre esa cuestión directamente. No sabía por qué siempre había creído que Larry estaba al tanto de su separación. Seguramente no se lo había dicho de viva voz, sino en algún correo. Estaba claro que Larry no lo había leído atentamente.

—Nos hemos separado hace algún tiempo —explicó Manley a la vez que intentaba dar a su voz un tono de normalidad sin conseguirlo del todo. Allí, en su silla de ruedas, agazapado, parecía una frase triste y sombría.

Eleanor desvió la conversación hacia otro tema.

—Bueno Larry, hacía tiempo que no te veía, la verdad, pero te veo muy bien. Cuando te veo en televisión te desenvuelves como pez en el agua.

Larry soltó una carcajada. Su desliz con Manley no le había hecho ni atragantarse. Tenía soltura para salir del paso en cualquier situación, pensó Jason. Su rostro irradiaba optimismo y buen humor a raudales.

—Ey, gracias, Eleanor —exclamó Larry— viniendo de la asesora de mi rival esas palabras valen mucho para mí...

—Exasesora, Larry, no lo olvides, ex —remarcó Eleanor sonriente pero con cierto retintín de fastidio. Parecía que Larry quería hurgar en la herida—. ¿Y no estás nervioso ahora que ya estás nominado?

—¿Nervioso? ¡No! Ahora que he hecho lo más difícil me queda lo fácil... aunque las encuestas digan que estoy muchos puntos por debajo de la señora presidenta... queda tiempo por delante... y os aseguro muchachos que me siento capaz. Esto para mí es pan comido. —Larry terminó su frase con una sonrisa segura. A Jason le pareció que seguía siendo el mismo que gastaba bromas en el monte Lemmon y que asomaba su cabeza por la puerta del despacho para soltar alguna bufonada. Su capacidad de sonreír en todo momento despertaba ineludiblemente oleadas de simpatía hacia él. Jason tuvo que recapacitar de nuevo de dónde se encontraban y por qué habían acudido a Washington, y no se lo creía aún del todo.

—Muchachos, creo que los de maquillaje me llaman. Ya sabéis como es esto. Empieza la cuenta atrás... Me alegro tanto de veros por aquí, además hoy, un día tan especial. No lo olvidaré. Después nos vemos. —Larry habló atropelladamente, mientras se despedía presuroso guiado por un asistente hacia algún camerino del estudio.

El grupo de científicos miró en su derredor. Habían dispuesto una serie de sillas reservadas con unas fundas que indicaban impreso el nombre de cada uno. El resto del auditorio estaba repleto de público que murmuraba. A Manley le habían habilitado un hueco para que se situara entre sus colegas y allí se encaminó resignado. Jason suspiró al sentarse y Eleanor aprovechó para preguntar por Miriam.

Un sonido *in crescendo* fue avisando al público que el programa en directo iba a dar comienzo de inmediato. Varias sintonías de la CBS corroboraron esa impresión y un operador que vestía vaqueros, camiseta y llevaba auriculares y micro avisaba al público de que el programa daba comienzo.

Stephen Colbert había saludado y conversado brevemente con Larry y después se había dirigido a ocupar su sillón tras una bruñida mesa de madera desde la cual afrontaba la entrevista a sus invitados, que ocupaban un mullido sillón situado a su derecha. Unas pantallas de televisión mostraban lo que la cadena emitía en esos

momentos. Jason observó los clásicos bumpers de la CBS y a continuación la tradicional retahíla publicitaria. El primer spot tenía como protagonista a un Hugoniano, un alienígena de aspecto de oso de peluche, que anunciaba papel higiénico. Hacía un año atrás un avispa empresario de ferretería de una pequeña ciudad de Alaska había tenido la ocurrencia de fichar a un alienígena para realizar una campaña publicitaria en su televisión local. Al parecer en su pequeño comercio despachaba los mejores tornillos de la galaxia. Había tenido tanto éxito que su negocio se multiplicó... y su estrategia empezó a ser emulada por todo tipo de empresas, incluidas las multinacionales. Ahora era moneda corriente los spots que insertaban alienígenas en sus secuencias.

El programa daba comienzo. Stephen iniciaba la noche con un largo monólogo repleto de humoradas que hacía reír al público y que al propio Jason lograron arrancar alguna inesperada carcajada. Jason se sentía nervioso a pesar de que se había propuesto disfrutar de la noche. No todos los días uno asistía a un programa de televisión nacional.

Por fin hacía las presentaciones y un ágil Larry se incorporaba al programa con la soltura del mismísimo presentador, sonriente, sereno, cómodo. Ocupaba su asiento e intercambiaba bromas con un espíritu tan distendido que daba pie a pensar que la entrevista estaba ensayada.

—Larry..., eres el candidato de tu partido para disputar la presidencia de los Estados Unidos. Y has de reconocer que quizás el tema por el que más se le reconoce no sea el más populista precisamente. De hecho muchas voces dentro de sus filas le acusan de retrógrado. ¿Qué le parece esto?

Larry lucía una sonrisa permanente en la boca, como si aquella acusación fuera un mal chiste.

—No olvides Stephen que me encontraba con los científicos de Monte Lemmon que sacaron a la luz el primer contacto de la Humanidad con otra civilización inteligente. Por prudencia contactamos con la administración federal porque evidentemente era una cuestión de máxima seguridad. Mis compañeros, aquí presentes junto con el público, y yo mismo me incluyo, optamos por guiarnos por un principio de prudencia. La prudencia no es cobardía. No escondimos el descubrimiento, se mostró a la luz, por eso que se me acuse de retrógrado me parece ridículo. Lo que siempre hemos defendido desde mi equipo político ha sido que ese patrimonio, ese conocimiento y esa tecnología, debían administrarse con prudencia. Sin embargo el actual gobierno dispuso de medidas que favorecieron su difusión irresponsable. Hoy día hasta los niños mantienen entre sus manos dispositivos que le permiten interactuar con seres de los cuales lo desconocemos todos. ¿Es eso responsable? ¿Lo hemos hecho bien? Considero que no. Se han acumulado muchos errores, Stephen.

—Pero, Larry, ¿qué podría haberse hecho con un descubrimiento así?, ¿ocultarlo?

—Inicialmente se contó con una herramienta utilísima, el Instituto de Asuntos

Exoplanetarios. Debía haber sido esta institución la garante del buen uso de esta tecnología, desde luego que no ocultarla, pero tampoco divulgarla...

—Prime Interactive sin embargo desarrolló los primeros exolectores por su propia cuenta...

—Pero gracias a que se divulgó el cómo se había logrado realizar el primer contacto. Si me permites Stephen —cuando Larry tomaba la palabra no la soltaba con facilidad, era un perro de presa, pensó Jason divertido viendo como el entrevistador se las veía y las deseaba para mantener la iniciativa dialéctica—, lo que me gustaría subrayar era el hecho de que podíamos haber tenido un control responsable de este invento, porque yo, al igual que muchos otros norteamericanos, me pregunto a dónde nos va a llevar esto. Estamos como borrachos de euforia, descubriendo nuevas tecnologías, nuevas posibilidades, curando enfermedades, mejorando el medio ambiente... sólo vemos la parte positiva de todo esto... pero no hay que olvidar que existe una negativa... existen tecnologías que entrañan riesgos. ¿Y qué control tenemos sobre personas y empresas cuyos designios no son públicos? A mí eso no me deja tranquilo. Y te aseguro que dado mi carácter soy poco propenso a estar preocupado... Pero esto me preocupa.

Jason sintió una oleada de intranquilidad. Larry se movía, gesticulaba, expresaba ideas con el talento de un actor de primera. Jason recordaba incrédulo como Larry había sido el promotor en su día de la divulgación de aquel primer contacto. Siempre había visto un rédito público en la fama que le iba a proporcionar estar al pie del cañón de aquel evento mundial. Ahora que las cosas no habían salido como debía recogía velas, y sin pudor alguno, echaba balones fuera, culpaba a la administración de lo que él mismo había impulsado y modelado. Jason sonrió. «La política en estado puro», pensó mientras resoplaba.

El presentador intentó retomar el hilo de la entrevista pero Larry aprovechó y le tomó la palabra mientras hablaba e inició una disertación.

—Verás Stephen, hace poco leí un libro formidable *Voces de Chernobil*. Un libro... cargado de dolor —el semblante de Larry se volvió solemne y su mirada electrificante—. Es un libro cuyo contenido es puro dolor, sí. Pero debajo de ese dolor subyace un sentimiento de incredulidad... es el hombre que descubre que la tecnología que pensaba era su aliada, de pronto, inflexible, impía, inmisericorde... se vuelve contra su creador, y lo aniquila. —Larry golpeó un puño sobre la palma de la otra mano. De improviso su discurso había adquirido una fuerza impensable—. Es ese giro diabólico lo que me inspira respeto. Por eso siempre consideré que los exolectores debían tener algún tipo de control, de seguimiento...

—¿Prohibirlos, Larry? —preguntó un tanto incrédulo Stephen—. En la actualidad los youbugs, era una industria en rápido crecimiento y muy poderosa.

Larry asintió como reflexionando para después menear la cabeza y sonreír de nuevo.

—No, en mi equipo somos muy poco dados a las prohibiciones. Más bien

considero que «regulado» es la palabra adecuada. ¿Acaso no tenemos leyes para controlar la venta de armas? Se hace un seguimiento de qué tipos de armas pueden venderse en una armería, quién la adquiere... —Larry dejó el asunto en el aire. Sabía que aquel era un terreno pantanoso en el que era mejor no adentrarse.

—Y por otro lado están surgiendo otro tipo de polémicas inesperadas con los famosos youbugs —el presentador parecía respirar al sentir que de nuevo retomaba el hilo de la entrevista—. ¿Qué opinión le merece las acusaciones vertidas contra el Profesor Hihiro al que recientemente se le concedió el nobel y sobre el que existen sospechas que sus trabajos están fundados en fuentes alienígenas?

—Sí, es como si de pronto todas nuestras reglas y valores hubieran quedado trastocados ¿verdad? —Jason meneó la cabeza. Un discurso destinado a gente como él, que veía aquella sucesión de cambios tan rápidos como algo pernicioso. Al parecer a Larry le gustaba tocar muchas teclas—. De pronto... de pronto estamos rodeados de chismes, conocimientos, teorías, aparatos... que no sabemos de dónde vienen, cómo se llegó a sus descubrimientos... son como regalos... que no comprendemos. En nuestra carrera por enriquecernos rápidamente no nos importa lo que una tecnología puede provocar. Sólo miramos el beneficio y la utilidad rápida. La posible descalificación de un Nobel, algo impensable tiempo atrás, ahora es un hecho factible. Sin embargo, tal y como indiqué anteriormente, no me preocupan las exotecnologías que se hacen públicas. Me preocupan las otras... las que ahora mismo se están desarrollando en secreto. Y considero que la señora presidente tiene o tendrá parte de responsabilidad en los posibles desmanes que puedan ocurrir.

—Hablando de exotecnologías. No todo es negativo. Los progresos en nanotecnología nos están prometiendo una capacidad de alargamiento de la vida humana impensable hace solo cinco años...

—¿Y la superpoblación? Ves, Stephen, ese mismo es un ejemplo muy bueno. Nos regalan la inmortalidad y la aceptamos encantados..., pero el género humano sigue creciendo a unas tasas que harán la Tierra inhabitable tarde o temprano. Y eso por no hablar del uso militar que puede brindar esa tecnología... algo que resulta completamente inimaginable. En varios países se están desarrollando nuevos modelos de generación de energía que yo... y creo que nadie en nuestro planeta, comprende plenamente. Y sin embargo se están volcando cientos de miles de millones de dólares en plantas de producción...

—El mundo está loco, Larry —exclamó Stephen sonriente, y Larry acompañó la broma con una risotada.

—Indudablemente que lo estamos... Pero, me gustaría hacer una reflexión precisamente al hilo de un artículo que publicaba una excelente profesional de la sociología, y amiga mía, que también formó parte del grupo Lemmon. Hablo de la doctora Eleanor Wilson y su teoría del pico de Pandora. —Stephen asintió interesado—. Sí, seguramente todos conocen la famosa predicción del pico de Hubert para el petróleo. Pronosticaba que tarde o temprano el petróleo se acabaría. En cierto sentido

Eleanor ha hecho un símil a ese en relación al progreso que puede alcanzar una civilización. Su teoría vaticina que las civilizaciones, llegado a un máximo nivel tecnológico, se extinguen. A ese punto máximo de desarrollo lo denominó pico de Pandora aludiendo a las calamidades y beneficios que escapan de la famosa caja mitológica. Y bien, es conocido por todos los aficionados a las exocomunicaciones la existencia de un fenómeno denominado Silencio Negro, que se refiere a que en un momento determinado se interrumpe las comunicaciones con una civilización bruscamente... Muchos os preguntamos si ambos conceptos guardan estrecha relación, Stephen.

—Esa es una teoría controvertida, Larry. Muchos contraatacan ese argumento con muchas posibilidades mucho menos dramáticas, que incluyen cualquier género de accidente doméstico... imaginemonos a una señora de la limpieza alienígena poniendo un exolector en el lavavajillas... —Risas de todos, pero Jason miró de reojo y observó el semblante pétreo de Manley y como sus brazos se mantenían tensos, las manos asidas con fuerza a los reposabrazos de la silla de ruedas. Aquella teoría le roía el alma al joven astrofísico.

—Por supuesto, es una teoría controvertida y deseo sinceramente por lo que implica que sea absolutamente errónea.

Stephen asintió y su semblante se volvió más serio.

—Por otro lado sí que hay una evidencia directa que tal vez sea algo que pueda reforzar su campaña en relación a la peligrosidad de las exocomunicaciones. Hace poco sabíamos que la mayoría de los países del mundo desarrollado han triplicado su tasa de suicidios en relación a las tasas previas al contacto. Es obvio que existe una correlación, pero cada psicólogo da una teoría al respecto. ¿Un nuevo punto a favor de la prohibición de los popularmente conocidos como videobichos, Larry?

—Tal vez todas las teorías tengan algo de razón, Stephen. Influencias insanas, contraposición de valores culturales y morales, incapacidad de asimilar esta avalancha de vida inteligente... es difícil discernir cuál puede ser la más acertada, para mí todas tienen fundamento. De hecho nuestra sociedad está sufriendo un proceso de disgregación que se está estudiando como una contratendencia al proceso conocido como globalización en el que vivíamos antes del contacto. En aquel proceso la humanidad parecía que estaba eliminando barreras culturales, étnicas, y de todo tipo y muchos entendíamos que era un proceso sano de integración, de eliminación de argumentos para la guerra. Las sociedades se mezclaban, las comunidades perdían su identidad propia, la emigración era un fenómeno mundial, internet representaba el culmen de ese mundo compartido. La mezcla de todo parecía ser el paradigma. Ahora ese mundo globalizado se disuelve y mezcla en una comunidad inteligente infinitamente más extensa... tanto que seguramente no la podremos abarcar ni comprender nunca plenamente. Surgen religiones, ritos, creencias, culturas, costumbres, hasta ideas políticas... algunas de ellas descabelladas. Se vuelve a hablar de darwinismo social, poligamia, canibalismo... porque la humanidad ha topado con

civilizaciones que incorporan esas prácticas con normalidad absoluta. Y todo esto sucede a diario, surgen paradigmas a cada cual más dispar que el anterior, importados de cada rincón de nuestra galaxia... e incluso fuera de ella, porque tenemos evidencias de contactos con civilizaciones de Andrómeda... algo inaudito. Hay tantas culturas como individuos en nuestro planeta, me atrevería a decir. Vamos hacia un mundo disperso, me temo Stephen, donde costumbres, creencias, cultura se mezclen en un *totum revolutum* galáctico. No sé si eso será tan bueno como dicen algunos, la verdad.

—Un apunte, Larry. ¿Se ha contactado con seres de Andrómeda?

—Parece ser que sí. Es una noticia que ha pasado desapercibida en la vorágine de avances tecnológicos y de todo tipo que proporcionan las exocomunicaciones. Hace poco me pasaban la primera imagen de nuestra galaxia tal y como es vista desde el espacio exterior.

La entrevista seguía. Se abordaban temas de economía, educación, sanidad... pero Jason se había quedado sorprendido por aquella revelación inesperada que sin ser importante, le parecía increíble. La Vía Láctea... vista desde Andrómeda. Lo impensable. Él mismo no era muy propenso a seguir las noticias. Le deprimían. Pero al menos la sección de ciencias sí solía ser una lectura que realizaba. Incluso al ser un hito astronómico debería haber recibido algún boletín con esa noticia. Pero era tal la avalancha permanente de información que le llegaba que resultaba absolutamente imposible que su cerebro masticase siquiera una pequeña porción de la misma y aquello tan sorprendente se le había pasado por alto.

Al cabo de un tiempo, mientras oía sin escuchar el resto de la entrevista, comprendió el sentimiento que lo embargaba. Se sentía superado por la realidad.

# Capítulo 51

## Diciembre

Manley se despertó con una agradable sensación de bienestar. La luz del mediodía se filtraba por las cortinas de la habitación y provocaban en sus pupilas un titileo mágico de ensueño. Sintió las sábanas tersas, suaves y limpias, y un frescor recorría toda su piel, como si acabara de darse una ducha de agua tibia en un caluroso día de verano. No quería ni moverse, ni siquiera pensar en nada, sino que aquel delicado *impasse* se prolongara el mayor tiempo posible. Hacía eones que no recordaba una sensación de paz tan profunda y confortable.

¿Dónde estaba? Le costaba decirlo. Cerró los ojos. Durmió.

Cuando los volvió a abrir la luz dorada y débil del atardecer jugaba con las cortinas. Parecía que estaba en otro lugar distinto. Sentía que la sensación de profundo bienestar permanecía en él. Parecía estar por encima de todo, del bien y del mal, nada le podría afectar.

Consiguió mover sus miembros bajo las sábanas.

Sintió el roce de su piel desnuda. Sus brazos se movían lentamente, al igual que sus piernas... pero aquello no era posible

¿Dónde estaba? No podría decirlo.

Darcy... la echaba de menos, pero no podía sentir lo que debía sentir, lo que sabía que debía sentir... un profundo dolor, un vacío en la boca del estómago ¿no era eso lo que experimentaba antes al traerla a su pensamiento? Al menos era lo que recordaba. En su lugar su pecho parecía henchido de un cálido gozo. ¿Dónde estaba el dolor que recordaba perfectamente haber sufrido al pensar en Darcy? ¿Podría hablar con ella?

—Darcy... ¿estás ahí?

—Si, cariño, aquí estoy, a tu lado

La voz de ella sonaba angelical, perfecta.

—Siento que debo pedirte perdón. Tengo tantas cosas que debo decirte... que no se cómo empezar

«No, Manley, no puedes contarle nada».

«Da igual, a estas alturas todo da igual».

«No, Manley, sabes que no debes hacerlo».

«¿Qué más da? No siento ninguna preocupación... y si es así es porque puedo contar lo que quiera».

—Darcy, te quiero. Te echo tanto de menos...

Los ojos de Manley se humedecieron. ¿Dónde estaba la mano de Darcy? ¿Quería sentir su contacto? Agitó su mano en el aire sin asir nada.

—Y yo, amor mío.

—No te conté lo del exolector siete... y debí haberlo hecho.



—No te preocupes por ello ahora, no es importante.

—Pero sí... sí es importante... es importante porque sé que nuestro planeta va a ser destruido Darcy...

—Eso me da igual ahora, Manley.

—Y a mí... la verdad es que a mí me da igual también.

Pero las fuerzas le abandonaron y se dejó llevar por una somnolencia que devino en sueño.

\* \* \*

Abrió los ojos, esta vez con mayor lucidez que antes. Observó la habitación a oscuras. Veía un reflejo iridiscente en un tubo de plástico que descendía junto a su cabeza y pasaron minutos en los que permaneció hipnotizado por sus casi imperceptibles cambios espectroscópicos. Pensó: Suero. Giró la vista. Un cuadro anónimo de un paisaje frente a él, en la pared, casi indistinguible. Reconoció el lugar. La habitación. La clínica. La operación.

Ésta vez sí fue presa de una emoción; ansiedad, leve, pero ansiedad a fin de cuentas. Estaba pensando en sus piernas. Las sentía. Pero sí, antes de la operación, también las sentía... imaginariamente. Pero antes era incapaz de moverlas. ¿Lo sería ahora?

Levantó levemente la cabeza para mirar el pie de la cama. Oyó el roce de las sábanas, ¿o era otro sonido?, pero sus ojos estaban poco acostumbrados a la escasa luz que entraba por la ventana. Manley juraría que en el pie de la cama las sábanas se movían levemente conforme él giraba los pies en uno u otro lado. ¿Era su imaginación? Su nerviosismo aumentaba, pero sentía aún el influjo de algún tipo de sedante que le administraban vía intravenosa. Eso explicaba la placidez que experimentaba, la ausencia de dolor al pensar en Darcy, o la carencia de inquietud cuando consideraba el trabajo que tenía entre manos. Su consciencia parecía flotar en un mundo algodonoso donde era imposible la ansiedad.

Amanecía.

El tiempo transcurría como a saltos, incomprensiblemente.

Vio fugazmente a alguien entrar y salir en su habitación. Le miró brevemente. Se detuvo en el monitor que había junto a su cabecera. Manley intentó saludar, decir algo, pero ningún sonido brotó de su boca. Moviéndose levemente el cuerpo hacia un lado para encararse con una enfermera que le decía palabras que casi no comprendía.

—Tranquilícese... —fue lo único que distinguió.

Y una sonrisa. El también trato de sonreír.

La puerta hizo un *clack* seco al cerrarse. De nuevo el silencio y la placidez.

Otro salto en el tiempo. Ahora luce una claridad en el exterior más débil. Manley piensa que debe ser media tarde. Hay gente en la habitación. Están de visita sin duda. Abre los ojos, pero su intento se queda en una leve apertura de los párpados. ¿Es

Larry? Sí, está junto a la ventana. A su lado Jason sentado en una silla. Una voz femenina. ¿Es Darcy?...

—¡Darcy! —pero su boca reseca no emite sonido alguno.

Al fin reconoce quien habla. Eleanor. Gira la cabeza y la ve... sentada en la cama junto a él. Sonríe. Sí, él también quiere sonreír.

—¿Darcy? —intenta preguntar, es lo único que le preocupa.

Es curioso, sabe que se sometió a una operación para recuperar la movilidad de sus piernas. Sabe que hay otras cosas más importantes que tiene que resolver, pero lo único que clama en su corazón y en su mente es Darcy. Siente que forma parte de él y que sin ella le da igual el resultado de la operación. ¿No está allí? Siente miedo.

—No sé cómo se lo vamos a decir —murmura Eleanor.

\* \* \*

«¿Decir el qué?».

Manley se despierta sobresaltado con esas palabras aún guardadas en su memoria. Esta vez su cuerpo es un hervidero de dolor, de agudos pinchazos, de eléctricas pulsiones sobrecargadas. Mucho dolor. Se sentía como si un grupo de matones le hubiera dado una paliza y después un sádico torturador hubiera puesto electrodos por todo su cuerpo y se entretuviera girando los controles sin piedad. Un dolor horrible de cabeza le impedía pensar... y náuseas. Necesitaba ir al baño a... pero han dejado una bacina junto a la cama. Vomita líquido. Suda abundantemente.

¿Hay alguien ahí?

Pero su voz es un sonido ronco. Se incorpora en la cama lentamente y con grandes molestias. Las piernas le duelen horriblemente. Eso hacía tiempo que no lo sentía. Siente calambres insoportables... dobla las rodillas y observa que la silueta de las sábanas ha variado. Realmente ha movido las piernas. Siente una gran alegría que barre por completo todo el dolor. Piensa que es imposible combinar tal sufrimiento con un sentimiento tan entusiasta, pero él comprende que se trata de una experiencia inefable.

Una enfermera entra apresuradamente en la habitación y se dirige a la botella del suero. Inyecta algo antes de que Manley pueda decir palabra. De nuevo el dolor se apaga, la inquietud y la alegría desaparecen al unísono. Llega la serenidad.

\* \* \*

Manley se despertó con hambre. Sentía un hambre profunda, como si llevara tres días seguidos sin probar bocado. Se comería un elefante.

Y sus sentidos estaban despiertos, su mente lúcida. Se sentó fácilmente en la cama. Sentía molestias en sus piernas. Las recordaba antes de la operación. Pálidas,

sin musculatura, apéndices inútiles que eran pura carga. Ahora se movían.

Levantó las sábanas y allí bajo su pijama blanco se encontró con sus pies esqueléticos... pero vivos. Intentó mover los dedos, y estos se cerraron sobre sí mismos. Había olvidado lo sencillo que era aquel movimiento y se conmovió al ver que tan poca cosa alcanzaba un significado tan poderoso.

Una enfermera abrió la puerta y murmuró a alguien cercano y Manley cree percibir lo que dice «Está despierto». Tal vez sea porque ha adivinado el significado por el movimiento de labios.

Pocos minutos después entra un médico. Es un tipo joven, de apariencia insegura, con gafas redondas que lleva un portafolio metálico sobre el que va tomando notas. Le inspecciona, sonrío, conversa. Le somete a pruebas de tacto y Manley siempre dice que sí, que nota los pinchazos. Después llegan las pruebas reflejas, y el doctor parece gratamente sorprendido. Manley pregunta por sus amigos. Arde en deseos de hablar con ellos... y también de almorzar... o desayunar... o lo que sea. El médico le asegura que no habrá problema en ello.

Cinco minutos más tarde le acercan una mesa camilla con varios platos de comida. Manley no sabía cuánto tiempo llevaba sin probar bocado, y rápidamente da cuenta de todo. Ni siquiera repara si el sabor es atractivo o no. Todo le sabe a gloria.

Finalmente Jason entra por la puerta sonriente.

—Me alegro de verte recuperado Manley. Y según parece te tengo que felicitar Jason da un buen apretón de manos a su amigo mientras se sienta con una ancha sonrisa frente a él.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta finalmente.

—Con unas ganas locas de salir de aquí... —dice Manley sonriente. Finalmente se pone más serio— ¿Está Darcy por aquí?

Jason aprieta los labios y mueve la cabeza negativamente.

—Lo siento —dice finalmente.

—Soñé con ella... que estaba aquí... y que estábamos en nuestro mejor momento. Que nada había pasado y que yo le contaba la verdad.

—Tal vez deberías hacerlo.

—Tal vez... pero me temo que al hacerlo la castigue... ¿No sería injusto para ella cargar con esa responsabilidad? Y al hacerlo tal vez lo que haga sea empeorar las cosas. Siento que es un conocimiento que pesa sobre los que lo saben como una maldición... aunque sobre ti parece que no es así, Jason.

Jason resopló.

—Bueno... creo que gracias a Dios siento que mi vida ha tenido de todo. Que cuando me llegue la hora me podré ir en paz, ¿sabes? No me preocupa mucho si me moriré de un ictus o porque tú montas el armagedon —y chasqueó los labios sonriente.

Manley asintió medio sonriente. El ánimo de Jason parecía contagioso.

—Estuvieron aquí además de ti Larry y Eleanor, ¿no es verdad?

—Sí, caramba, no estabas tan grogui como pensábamos.

—Oí algo... que me dejó perplejo. No me lo he quitado de la cabeza desde que se lo escuché decir a Eleanor. ¿A qué se refería?

Jason puso cara de perplejidad.

—Decía que cómo me lo ibais a decir... ¿el qué?

—Bueno... cielo santo... eso fue la semana pasada. Llevas casi un mes en un estado de coma inducido. Era necesario para que la operación resultara bien, como recordarás, que tu inmovilidad fuera absoluta. —Jason inició un paseo por la habitación, buscaba las palabras para explicarse—. En la última semana... sucedió algo verdaderamente calamitoso, Manley. Te ahorraste vivir este disgusto en directo. De hecho, todavía no lo hemos digerido... —Manley se había incorporado en su respaldo. Lamentaba que el efecto sedante hubiera desaparecido por completo. Las viejas e insanas emociones que lo atormentaban en los últimos tiempos estaban ahí. El abandono de Darcy, la carrera contra el tiempo para detener un accidente apocalíptico... ¿además tendría que cargar con un nuevo peso? Jason después de una pausa en la que aprovechó para dirigirse hacia la ventana prosiguió con su explicación—. Se trata de El Cairo. Media ciudad... o un tercio al menos, ha sido volatilizada. No se sabe muy bien cómo ha ocurrido pero después de casi diez días de pesquisas se saben ciertos datos seguros y otras hipótesis se han ido confirmando. La versión oficiosa que se impone ahora mismo es la siguiente.

Jason se sentó en el borde de la cama de Manley y le miró fijamente.

—No se trata de una explosión nuclear. No hay restos radioactivos. La explosión liberó una cantidad brutal de energía. Se sospecha que se trataba de gente que estaba manipulando antimateria.

—¿Antimateria?... ¿para qué?... ¿y junto a una ciudad?

—Se sospecha que estaban preparando un artefacto explosivo... para cometer un atentado. Se cree que el origen de la explosión es una zona de talleres y naves industriales en el este de la ciudad. Afortunadamente el epicentro estaba en las afueras de la urbe.

Manley se quedó sin fuerzas. Cerró los ojos.

—Sí —prosiguió Jason— parece ser exotecnología. Algo completamente fuera de nuestro alcance, al menos antes del contacto. Desconocemos con qué raza habían contactado los presuntos terroristas. También se desconoce si El Cairo era su objetivo o su lugar de residencia. Todo apunta hacia fundamentalistas. Ahora mismo se están siguiendo infinidad de rastros de internet y telefonía móvil. Existen varios sospechosos... en fin... los servicios de inteligencia apuntan un sin fin de conjeturas y cada programa de televisión considera su propia teoría. Incluso varios ministros egipcios han apuntado hacia nuestro país como agresor... pero creo que ese despropósito es más consecuencia del profundo dolor que sienten y que no saben a quién culpar.

Se quedaron en silencio.

—Posiblemente la temperatura del planeta descienda entre uno o dos grados este año... según los meteorólogos... ya sabes, la nube de cenizas... —comentó Jason con desinterés, mientras parecía que tenía la cabeza en otras cuestiones.

—Entiendo —murmuró Manley que estaba recordando que El Cairo era una de las ciudades más populosas del planeta.

—Y esto también habrá surtido un inesperado efecto sobre la campaña de Larry —comentó después de un rato Jason, mientras volvía hacia la ventana, a contemplar el paisaje.

Manley le miró extrañado.

—Sí, Manley, no te extrañe que el próximo presidente de Estados Unidos sea nuestro negro amigo. —Jason concluyó mientras escudriñaba el horizonte.

## Capítulo 52

### En esos momentos

Darcy estaba siguiendo las noticias. Se había quedado adormilada en el cómodo y mullido sillón de la sala de estar de la casa de sus padres, en Los Angeles. Un tibio sol de mediodía la había dejado amodorrada y las voces y sonidos de los informativos habían completado su atontamiento.

Sin embargo unas palabras oídas levemente bastaron para despertarla por completo, como por una sacudida eléctrica, y sentarse tensa en el sillón. Habían citado a Manley. Efectivamente, una foto suya figuraba en un lateral de la pantalla, mientras una presentadora de color informaba que su periodo de convalecencia había finalizado con éxito y los médicos corroboraban, que tras el funesto atentado de unos años atrás, al fin había logrado recuperar la movilidad de sus piernas. No fue Manley el que salía en la entrevista posterior, sino Larry, que como siempre no podía evitar acaparar con su presencia y su voz a los medios de comunicación ejerciendo la labor de portavoz de todo cuanto tuviera que ver con el grupo Lemmon. Junto a él, con cara de circunstancias estaba Jason, y un poco más allá, intentando esquivar a la televisión, Eleanor.

La noticia concluyó y Darcy creyó que se desinflaba en el asiento. Aquel dolor sordo que en las últimas semanas había logrado apaciguar se había inflamado de golpe, llenándola de la ansiedad que creía haber superado ya.

Temía haber sido demasiado dura con Manley. Le amaba, de eso no le cabía la menor duda, pero entendía que su marcha había sido un mal necesario. Creía que de esa manera lograría hacerlo recapitular, conformar un nuevo orden de prioridades donde ella al menos tuviera un cierto protagonismo. Pero a cada día le había sucedido otro, y con ellos su dolor había ido en aumento. Nunca había sonado la llamada que tanto esperaba recibir.

Los dos últimos años habían resultado duros. El misterio que rodeaba la vida de Manley había ido creciendo, interponiéndose entre ambos, forzando a las conversaciones a morir en silencios incómodos, a eludir preguntas o a obviar respuestas. Y lo peor de todo aquello, estimaba Darcy, era el hecho de que aquella batalla solitaria que libraba Manley, Darcy no sabía contra qué ni contra quién, le pesaba en su ánimo, lo hundía, lo amargaba. Manley se consumía ante sus ojos sin que ella pudiera hacer nada... y aquello la mataba. No era justo, ni comprensible. El dolor de él era el dolor de ella. ¿No lo veía?

¿Acaso no confiaba en ella? La mera duda en su respuesta ya suponía muchas cosas terribles para Darcy. Implicaba desconfianza y mentira. Implicaba que Manley tenía una visión de ella muy distinta de la que ella tenía de él. Comprendían la relación de modos terriblemente distintos. Ahora entendía Darcy los celos de

Manley cuando habían hablado de matrimonio antes de la boda. Manley era incapaz de entregarse incondicionalmente. Y eso reventaba a Darcy. No podía quitarse de la mente el haberse equivocado tanto.

Y lo peor era, que después de estos largos razonamientos, de alguna manera su intención le decía que estaba juzgando a Manley erróneamente.

Y al llegar a ese punto de su discurso la oleada de ansiedad crecía dentro de ella hasta ocupar su pecho y parecer que le faltaba la respiración. Volvió a secarse los ojos pensando que afortunadamente aquel día no se había puesto maquillaje.

Intentó volver a su estado de adormecimiento pero ya era en vano.

Las noticias se sucedían sin despertar interés en ella cuando cayó en la cuenta que era la voz de su madre la que se oía de fondo, sobre la sintonía de los telediarios. Apagó el televisor y se dirigió a la cocina donde su madre le aguardaba con el teléfono en la mano.

—Querida, ¿podrías acercarte a la casa de Maddy? Al parecer su hijo pequeño está con un berrinche de padre y muy señor mío. Imagínate, a una criatura de seis años le dejan tener de esos aparatos... videobichos... así que vete a saber lo que han visto esos ojitos. ¡Qué disparate!

—Pero mamá, —protestó Darcy— yo no soy pediatra ni psicóloga... ni siquiera se me dan bien los chiquillos... Y encima Maddy. Siempre me peleaba con ella... ¿Y cómo sabe que estoy por aquí?

Darcy le miró con el ceño fruncido y cara de asco, pero eso no alteró la resolución de su madre.

—Sí, pero Maddy ha preguntado por ti —informó su madre con gesto de misericordia.

—Claro... pero cuando éramos pequeñas ella siempre era una abusona conmigo... ¿ahora eso lo ha olvidado? Yo por supuesto que no.

—Muy femenino eso —terció su padre, gruñón, desde la terraza exterior, donde leía en su *tablet* cómodamente sentado en una tumbona y desde la que al parecer no se había perdido ni una palabra de la conversación.

Darcy se echó a reír. Sacudió la cabeza y salió, rendidos sus argumentos, en dirección de la casa de Maddy. Más valía pasar el trago cuanto antes para después regresar e imbuirse de nuevo en su comfortable sentimiento de amargura y culpa.

La urbanización dibujaba un sinuoso contorno de semicírculos que cambiaban caprichosamente de dirección. Darcy ya de pequeña tenía la costumbre de ir en línea recta atravesando jardines, carretera y aceras. Era el camino más corto, y por un momento le pareció revivir momentos de su infancia al repetir aquella antigua trayectoria. Pensó en su compañera de juegos, Maddy, que ya tenía un chiquillo de seis años. Y ella... ¿qué tenía?

Nueva punzada de ansiedad y malestar.

Después de tocar el timbre levemente aguardó a Maddy. Se saludaron efusivamente. Darcy explicó que llevaba tan sólo un par de días descansando en casa

de sus padres. Tenía ganas de un paréntesis laboral y Maddy le felicitó por su afamada carrera. «Quién lo iba a decir». Le habló también brevemente de Kent, su marido, al que Darcy recordaba como uno de tantos pretendientes que había desatendido en su juventud.

—Se trata de Kent Junior, Darcy, a ver si puedes hablar con él. Yo no estaba muy segura pero insistía tanto en tener uno de esos aparatos... y ya sabes... todos en el cole tienen uno así que si no se lo comprábamos se iba a sentir un marginado...

Darcy asintió. Era siempre la misma historia, sólo que cada vez los artilugios eran más caros y se empezaba a usarlos a una edad más temprana.

Mientras hablaban subieron a la planta superior de la casa. Allí en un cuarto de aspecto claramente infantil, decorado con infinidad de rostros alienígenas a cada cual más sorprendente, feo o amenazador, tumbado en una cama lloraba amargamente el pequeño Kent. Darcy pidió a su amiga que le dejara a solas con él. No sabía muy bien cómo enfocar el asunto, así que se sentó en una silla de despacho que había frente a un pequeño escritorio y examinó el youbug que estaba sobre el mismo. Juraría que era un modelo muy superior al suyo.

—mmm... —murmuró sin saber muy bien por dónde empezar— así que era un alien bastante feo ¿no?

El niño parecía en silencio, pero unas leves sacudidas indicaban de vez en cuando que lloraba en silencio y a moco tendido.

—Noooo —maulló el niño— al principio era otro que era bueno.

Y Kent hipó varias veces seguidas.

—Kent, tranquilízate. Sea lo que sea que haya pasado te vendrá bien contármelo. Además... sabes de sobra que estos son artilugios de comunicación. Nunca verás a ninguno de esos alienígenas en carne y hueso. La relatividad general hace prácticamente imposible el viaje intergaláctico, tardarían decenas de miles de años en llegar aquí. Bueno, claro... salvo que hubieran salido de viaje hace varios miles de años...

Darcy aguardó. Aquella línea de argumentación por muy científica que fuera no parecía que iba en la dirección adecuada.

—Lo seeeee —gimió finalmente el niño con voz vacilante y entrecortada.

—Y si lo sabes... ¿por qué lloras tanto?, ¿qué te asusta tanto?

El niño se incorporó y se sentó torpemente sobre la cama. Con ambos puños se frotó los ojos, aliviando el picor de tantas lágrimas. Finalmente le miró con sus ojos azules intensos y una expresión de inocencia en su cara.

—Yo quería a Banaaabo.

—¿Banaaabo? ¿Quién es Banaaabo?

—Era mi alien de ojos saltones que hablaba muy gracioso... me reía mucho con él... y jugaba también con él. Mira tengo una foto.

El pequeño saltó de la cama, tomo el youbug y lo manipuló con endiablada facilidad, tanto que despertó la envidia y la admiración de Darcy. «Coño, yo no voy



ni a la mitad de velocidad que esta criatura», se dijo.

Un instante después Kent le mostraba la imagen ciertamente simpática de un curioso alienígena. Despertaba la ternura con sus ojos saltones. Su boca grandota parecía estar sonriendo y todo en él desprendía cariño y amabilidad. Daban ganas de abrazar su cuerpo peloso. Era un auténtico peluche de feria.

—Parece un peluche —exclamó Darcy un tanto sorprendida. Nunca había visto ningún ser tan encantador.

—¿Verdad que sí? —confirmó Kent.

—¿Y qué hablabas con Kent?

—Oh, de todo. Me contaba chistes, algunos me hacían mucha gracia y otros no. Cuando no me reía hacía el payaso y muchos sonidos divertidos hasta que terminaba riéndome. —Kent sonreía a pesar de que aún resbalaba alguna lágrima por sus mejillas—. También me hacía preguntas sobre la Tierra.

—Bueno, eso es muy normal.

—Claro... lo que pasa es que yo soy muy pequeño y eso me obligaba a averiguar cosas. Pero siempre daba con la respuesta. Quería saber dónde estaba la Tierra —Kent se sorbió la nariz.

Darcy suspiró. Esa era una de las cuestiones básicas en cualquier exocomunicación, que ambos contertulios supieran dónde residía el otro. Muchas veces se exclamaba «¡pero si somos vecinos!», cuando la distancia entre los planetas no era superior a los diez mil años luz.

—Y entonces lo mataron... —y el niño volvió a llorar y a hipar desconsoladamente.

Darcy lo tomó en brazos y los sentó sobre sus piernas.

—Tranquilo Kent, seguro que se trataba de una película o de una broma...

—No, fueron unos alienígenas malvados y horribles... de aspecto metálico. Sus cuerpos eran como de metal, sus manos eran afiladas como espadas... Eran horribles... Y decían que iban a venir a la Tierra y que Banaaabo ya había cumplido su función y por eso lo mataron. Y esos señores me dan mucho mucho miedo... son muy malos... los margallianos... y vienen... aquí...

Y de nuevo Kent se sumergió en su cantinela de hipos y lloros.

Maddy le miró desde el umbral de la puerta desconsolada mientras Darcy pensaba para sí; «Joer, mira que dejar a un niño así con un videobicho de estos... aunque hoy en día, ¿quién no lo hace?».

# Capítulo 53

## Primavera del año siguiente

Jason había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba sin comunicar con los legoranos. Se había estropeado el viejo monitor del exolector tiempo atrás y la pereza de encontrar uno compatible se había impuesto, relegando la búsqueda de monitores anticuados siempre hacia momentos en el futuro en los que se sintiera más predispuesto pero que nunca acababan de presentarse.

La ocasión llegó de improviso. Su departamento de la universidad hacía una limpieza de viejos equipos, y cuando Jason observó una antigualla, un exolector tan antiguo como el suyo, se apresuró en comprobar que la pantalla sería compatible con su propio equipo. La suerte estaba de su lado.

La verdad es que le resultaba admirable como se habían miniaturizado aquellos portentosos equipos, sobre todo si se comparaban los primeros dispositivos contruidos por Manley que resultaban verdaderas moles, con los versátiles youbugs modernos que permitían comunicar cada vez con más razas alienígenas, tantas como trampas cuánticas, cada vez más diminutas, estuvieran habilitadas en su diseño y que a su vez incorporaban todos los servicios de los ya obsoletos smartphones.

Cuando más tarde Miriam le vio manipulando el viejo aparato de exocomunicaciones gruñó, pero nada dijo. Cada día le gustaba menos todo aquello que procedía más allá del planeta Tierra, y especialmente tras el incidente de El Cairo, como muchos otros, había optado por tomar partido por las posiciones públicas de Larry cada vez más claramente opuestas a la proliferación de exotecnología en general y a los youbugs en particular. Y esta actitud restrictiva amparaba a su vez una curiosa contradicción, ya que por otro lado se había ido aficionando a descubrir programas de entretenimiento alien, desde películas a seriales, incluso documentales, que veía quejándose de la abundancia insólita de ese tipo de programas, criticándolos despiadadamente, pero prefiriéndolos, como muchos otros, a visionar los programas convencionales humanos.

Jason evitaba toda discusión a costa de ese tema, e incluso eludía el mostrar las incongruencias de su mujer, porque intuía que las posturas de Miriam se radicalizaban en contra de lo alienígena con el paso del tiempo, y la faceta diplomática de Jason lo inclinaba a ceder la razón en todo. Comprendía que, caso de producirse, iba a ser una discusión absolutamente estéril que no modificaría un ápice las curiosas incoherencias de Miriam.

Él mismo no tenía nada claro qué postura tomar. Las noticias, tanto positivas como negativas, derivadas de la exocomunicación, desbordaban los telediarios y dejaban aspectos de la política nacional o la economía en claro segundo plano. Los habitantes de la Tierra se habían convertido en ciudadanos de la Galaxia, y frente a

los problemas y conflictos que surgían de ese foro multiplanetario, los problemas locales se empequeñecían. La Historia de la humanidad resultaba fascinante, pero cuando se contraponían a otras historias aún más asombrosas y legendarias, la nuestra palidecía y perdía vigor frente a otras epopeyas tan fantasiosas como extraordinarias. Otro tanto sucedía en el terreno de la cultura, la sociología, las tradiciones... Cada ser humano tenía ante sí un abismo de conocimiento y entretenimiento insondable. Jason se sentía abrumado ante el mismo y prefería evitarlo... aunque después de tener ocasión de reparar su viejo aparato le pareció ineludible la posibilidad de retomar aquella conversación esquemática y breve con los legoranos, pero era más debido al hecho de que lo consideraba más una obligación moral que un rato de esparcimiento. Intuía que la sabiduría de aquella raza escondía muchos secretos que era preferible ignorar.

Después de titilar unos segundos y de parpadear la imagen repetidamente, finalmente se estabilizó en el monitor la familiar configuración previa a la comunicación. El exolector ronroneaba, un sonido que a Jason le resultó reconfortante y le trajo a la memoria un sinfín de emociones, aquellas de los primeros tiempos, cuando la conversación con un ser de más allá de nuestro sistema solar era algo vedado y misterioso y no se había convertido en el abrumador ejercicio de curiosidad social en el que aquel invento había degenerado. Tenía miedo que en algún momento de ese largo abandono en el que había confinado el exolector, éste se hubiera quedado sin batería, pues aquello habría supuesto el fin de las comunicaciones con los legoranos. Observó aliviado que el contador de comunicación variaba alternativamente. Aquella obsoleta pantalla con su tosco diseño preliminar —nada que ver con las llamativas y sofisticados entornos multimedia del momento— tardó en estabilizarse. Con una cierta vacilación pulsó el botón de apertura de comunicaciones.

La conocida aula legorana con su aspecto aséptico, gris y aburrido, apareció ante él tal y como recordaba. Sintió deseos de interrumpir la comunicación pero decidió esperar. Había pasado más de un año desde su anterior contacto. Aquella dificultad de intercambiar mensajes con aquella civilización hacía que uno tendiera a olvidarlos, pensaba taciturno Jason. Observó que un pequeño timbre vibraba en la sala legorana, como si fuera un aviso de que él estaba dispuesto a mantener una conversación. Efectivamente, antes de que transcurriera un minuto la conocida faz de un legorano apareció ante él. Se sorprendió porque éste, a diferencia de su antecesor, vestía una toga de colores vibrantes que contrastaban enormemente con su entorno.

Se llevó a cabo el protocolo de saluciones.

—Observo que la raza humana sigue su curso, y eso a pesar de que no han impuesto límites a las comunicaciones galácticas —comentó el legorano.

Jason sonrió. Si Larry escuchase aquel argumento no dudaría en sumar a los legoranos a sus filas políticas.

—Sí, así es. Aunque cada día hay más voces a favor de limitar su uso. Es obvio

que ustedes relacionan esta cuestión con el Silencio Negro. ¿Se debe a que la introducción de tecnologías produce accidentes fatales?

El legorano pareció vacilar en su respuesta antes de contestar.

—Podría decirse que la infección tecnológica es una de las causas de los silencios negros, obviamente, pero no la única. De hecho hemos recolectado un gran número de causas dispares hasta la fecha... y no sabemos si existe un denominador común de ese evento, aunque los sospechamos.

—¿Y esas causas son...? —preguntó Jason curioso

—Me temo que no estoy autorizado a comunicar esa información. Infringiríamos el protocolo original del código.

Jason asintió un tanto fastidiado. Recordaba aquella peculiaridad.

—En la anterior conversación no me llegaron a decir quiénes fueron los creadores del código estelar, si no recuerdo mal.

—Sí, no recuerda mal. Y eso se debe a que ese es un conocimiento que no estábamos muy seguros de poseer. El código dejó muy poca información de sus creadores. Sabemos de ellos por las advertencias que figuran en el protocolo. Aunque finalmente ese misterio ha sido esclarecido.

Jason repasó mentalmente aquel protocolo. Comunicaciones cortas, nada de intercambio tecnológico, supervisión directa del comunicador —siempre individuos seleccionados para esa tarea— censurando lo que puede o no puede decir, y obviando siempre a toda cosa la ubicación del planeta en el que se reside. Como se diría vulgarmente; un rollo. Jason sonrió al pensar en la humanidad entera vulnerando masivamente aquel protocolo.

—También les hice una pregunta en nuestra última charla que obviaron responder. Está claro que las exocomunicaciones no tienen por qué realizarse en el mismo tiempo del universo. He descubierto que a menudo comunicamos con razas que nos transmiten desde millones, e incluso miles de millones de años atrás en el tiempo. Es una conversación presente-pasado.

—Bien, también podría plantearse como una comunicación presente-futuro, todo depende de qué punto de vista se utilice.

Jason asintió.

—Un colega mío preparó un dispositivo para realizar una comunicación de ese tipo consigo mismo.

El legorano pareció sorprenderse, o al menos así interpretó Jason el leve respingo que pegó.

—Sí. Y el fruto de esa comunicación no parece ser nada halagüeño. Nuestro planeta se situará al borde del desastre si nadie consigue impedir un grave accidente.

El legorano se volvió hacia una pantalla fuera de su campo visual y se entretuvo unos largos segundos. Jason tamborileó un tanto aburrido mientras esperaba. Había olvidado cuanto le incomodaban las particularidades legoranas.

—Parecería razonable pensar que sabiendo que algo ocurre estuvieran en

disposición de prever el accidente —comentó después de haber leído algo en su pantalla auxiliar.

—Sí... es verdad. Pero aquí lo llamamos la maldición de Casandra. Es... —Jason no sabía si merecía la pena abundar en explicaciones, pero finalmente se decidió— un tema de mitología local. Casandra era una sacerdotisa que obtuvo, a cambio de satisfacer el deseo del dios Apolo, el don de la profecía. Pero resultó que obtenido el don no cumplió con su palabra por lo que el dios la maldijo, de tal manera que aunque pudiera profetizar, los hombres nunca creerían sus vaticinios. En cierto sentido así sucede con las comunicaciones temporales. Lo que ha sucedido ha de suceder, no puede ser de otra manera. Al parecer el receptor del pasado realiza interpretaciones equivocadas o el transmisor del futuro da sin saberlo datos incorrectos. El resultado es que la profecía se cumple, es inevitable. Así lo hemos constatado hasta la fecha.

—Comprendo —asintió el legorano, aunque Jason no estaba muy seguro si había entendido su enrevesada explicación—. Eso para nosotros tiene muchas implicaciones... incluso para todas las razas inteligentes del universo.

—¿A qué se refiere?

—Durante muchas eras nuestra civilización estuvo convencida de que el código pertenecía a una raza inteligente del pasado, una raza extinta, de la cual habíamos perdido toda referencia. Realmente no toda, sabíamos cual era el nombre del creador y la especie a la que pertenecía.

—Bueno... a estas alturas ese dato parece irrelevante.

—A nosotros nos resultó muy importante descubrir qué había sido de esa raza fundadora de la comunidad del código estelar. La investigación nos llevaba siempre a un callejón sin salida. Cuánto más buceábamos en el pasado más oscura se hacía la detección de esa primera raza... hasta que llegó un momento, hará un milenio de nuestro tiempo, en que comprendimos la naturaleza exacta del entrelazamiento cuántico. En ese momento decidimos mirar en otra dirección... hacia el futuro. Por eso sólo mantenemos contactos con razas como la suyas, más adelante en el tiempo que nosotros.

—Caramba... eso sí que resulta sorprendente.

—Más aún. Hará un par de años todas nuestras conjeturas quedaron confirmadas. Existía la sospecha que una serie minúscula de información contenida en el código escondiera el nombre y la especie del creador del código. Esos datos carecían de coherencia para nosotros hasta que finalmente comprendimos y todo se aclaró.

—Bueno... no creo que resulte interesante saberlo a estas alturas —dijo Jason un tanto desinteresado por esa cuestión. ¿Qué más daba quién había sido el creador de semejante invento?

—Es posible que a usted le resultara interesante sin embargo. Según observamos la raza creadora del código es la suya, la humanidad.

Jason pegó un respingo en el asiento. Sintió como la sangre fluía a sus mejillas y

la tensión sanguínea se elevaba.

—Y el individuo creador del código estelar tiene por nombre Manley.

\* \* \*

Jason tardó unos segundos en reaccionar. Sintió como su cuerpo se acaloraba, su respiración se sofocaba, incluso notaba el pulso en las sienas. Tuvo la momentánea lucidez de entender que si fuera susceptible de sufrir un síncope o a un ataque cardíaco aquel momento sin duda lo habría puesto a prueba. En un segundo repasó cada momento de su vida en los que había convivido con Manley. Repasó cada etapa, en el monte Lemmon, en la Universidad, en el Instituto Exoplanetario, el tiempo de enfrentamiento en el que ambos se habían eludido y la posterior recuperación de la amistad. Todo ello fulguró ante él bajo una pregunta que iluminaba todo su pasado y lo elevaba en todo un orden de magnitud. Había convivido con el creador del Código, ese mismo código que utilizaban miles de millones de civilizaciones inteligentes por todo el universo... Él conocía al creador, incluso habría influido tal vez en la confección de su código... en el protocolo de comunicaciones... Jason sintió que el sudor afloraba en su frente y resbalaba por sus patillas. ¿Cómo era posible aquello? Manley iba a crear un código, en el futuro, que ya utilizaban millones de razas inteligentes en el universo desde tiempos inmemoriales. Aquel razonamiento lo mareaba.

—Entonces... somos nosotros los creadores del código.

—Sí —afirmó el legorano— de hecho su raza no sólo tiene ese honor. También ostenta una curiosa efeméride.

Jason balanceó la cabeza hacia su derecha. Tenía miedo de hacer esa pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Su raza no sólo es la creadora del código. También es la raza inteligente que reside en el futuro más lejano. Nosotros, los legoranos, tenemos un vasto conocimiento enciclopédico con infinidad de razas inteligentes. Muchas están situadas respecto de nosotros en nuestro pasado temporal. Otras se encuentran en nuestro futuro, pero es la suya, la humanidad, la última de las razas inteligentes conocida en la historia del Universo. Más allá en el tiempo de su civilización no hemos logrado contactar con ninguna otra raza.

Jason suspiró.

—¿A qué cree que se debe eso?

—Es una conjetura para la cual no hallamos explicación.

Jason se recostó en su asiento. Sentía que sus manos vacilaban levemente. Una idea tan sorprendente como terrible había pasado por su mente. Tal vez el incidente del futuro del cual tenía conocimiento Manley no supusiera tan solo el fin de la Tierra. Era posible que el incidente implicara consecuencias cósmicas.

El veterano astrofísico se despidió del legorano con voz vacilante, siguiendo los

convencionalismos habituales mecánicamente. A Jason le costaba respirar. Perdió la noción del tiempo hasta que un sonido procedente de la sala de estar lo sobresaltó. Miriam había gritado.

## Capítulo 54

Un grito ahogado de Miriam interrumpió la profunda cavilación en la que había quedado sumergido Jason. Parecía que era una tarde condenadamente desagradable, pensó mientras se dirigía hacia el salón, lugar en donde vio a Miriam que contemplaba el amplio televisor con las manos cubriéndose la nariz y boca, amortiguando de esa manera los gritos y exclamaciones que profería.

La imagen de un hongo nuclear acaparaba toda la pantalla mientras que un barullo de voces, la de locutores y comentaristas se mezclaban con las explicaciones confusas de una reportera de aspecto asiático que intentaba comentar la imagen borrosa que el cámara enfocaba en lontananza. Las interferencias eran notables y el galimatías enorme. Un subtítulo de la noticia aclaraba muchas de las dudas que el caos de voces e imágenes no lograba: «Explosión nuclear en Austin, Texas». Jason sintió una punzada aguda en el pecho, como si le hubieran apuñalado en el corazón.

Miriam lloraba desconsolada mientras la imagen del televisor se movía de forma mareante. Volvía a fijarse. Parece que el cameraman se había subido a algún tipo de plataforma y enfocaba el horizonte. La distancia al lugar de la explosión era considerable y cuando el hongo nuclear ocupaba toda la pantalla del televisor al enfocar el cámara al máximo de la capacidad de su equipo, la visión resultaba borrosa y excesivamente vacilante. Un resplandor rojo iluminaba un lateral del hongo y una nube ennegrecida se dispersaba en lo alto de la atmósfera. Aún se estaba contemplando ese nubarrón redondeado y ascendente cuando sin equivocación alguna se produjo una nueva detonación nuclear en una posición más cercana a la ubicación desde la cual se estaba grabando. En esta ocasión se observó cómo se formaba el hongo nuclear desde el primer momento. Los gritos de pánico de la gente que observaba aquel terrible espectáculo habían sustituido a tertulianos y comentaristas que ahora callaban o exclamaban por lo bajo. La reportera no dejaba de repetir «Dios mío», con voz aguda y chillona. Sollozaba sin parar. Los lamentos de los que se hallaban en el entorno del cámara no cesaban. Había gente que había echado a correr y parecía que en general los que se encontraban en la zona, el aparcamiento de un enorme centro comercial, salían finalmente de su estupor y tomaban sus vehículos para alejarse cuanto antes de allí. El pánico se adueñaba de todos.

Después de un tiempo llegó el retumbar de la explosión, como un trueno, tan potente que pareció sacudir el suelo, según dijo la reportera en un momento en el que recuperó el habla. Los presentadores del estudio habían enmudecido y salvo exclamaciones esporádicas no decían palabra alguna.

Jason se sentó abatido en el sillón de la sala de estar obligando primero a Miriam a que hiciera lo mismo. Lloraba desconsolada.

La tercera explosión se produjo en un lugar más alejado, y fue difícil de percibir por el cámara, que no dejaba de enfocar en dirección a lo que debía ser Austin según había observado alguna persona cercana que no dejaba de repetir que allí dónde se



sucedían las explosiones se encontraba la ciudad. La humareda de las dos explosiones anteriores casi impedía distinguir la ubicación de la tercera, pero su resplandor inicial no había dejado lugar a dudas. Jason sentía que vivía una escena de pesadilla, apocalíptica. ¿Cuándo se iría a detener aquello? Rogaba a Dios que parase aquella escena dantesca.

La gente maldecía, lloraba, gritaba... el centro comercial estaba siendo abandonado por una multitud dominada por el pánico. Los comentaristas hablaban de una ola de atentados con artefactos nucleares y el miedo parecía haberse apoderado de la nación, pues según empezaban a relatar los locutores, mucha gente estaba abandonando masivamente lo que se presumían podían ser los grandes centros urbanos susceptibles de interés terrorista. Jason empezaba a preguntarse si tal vez ellos tendrían que hacer lo propio, cuando de improviso la imagen regresó al estudio central de la cadena para que un descompuesto locutor diera paso a una conexión de última hora con la Casa Blanca. La presidenta se iba a dirigir a la nación.

El televisor mostró el conocido salón oval, el gabinete de la presidencia de los Estados Unidos. La presidenta ordenaba unos papeles mientras su rostro parecía absolutamente descompuesto. Jason intuyó que aquella mujer había llorado amargamente. Sus ojos aún se mostraban irritados y su respiración parecía irregular.

—Estimados conciudadanos. Me dirijo a la nación americana en un momento amargo de su historia, tal vez el más amargo. Esta presidencia, asesorada por sus distintos secretarios, se ha visto en la obligación y en el deber de tomar la más difíciles de las decisiones. —En este momento la presidenta hace una larga pausa—. A primera hora de esta mañana la policía local de Austin recibió llamadas de vecinos preocupados por un incidente que según se pudo comprobar, tuvo su epicentro en la sede de Nano Molecular Technologies, una pequeña industria de investigación nanotecnológica. Un agente desconocido, de escasas dimensiones, estaba desintegrándolo todo, y propagándose en una escala exponencial, arrasaba todo cuanto tocaba, como si de una nube tóxica se tratara. Sospechamos que se trataba de un mecanismo autoreplicante ideado y ensamblado en dicha industria, que estimamos se trata de la zona cero, cuyo desarrollo quedó absolutamente fuera de control. Al parecer estas microestructuras se estaban multiplicando exponencialmente, expandiéndose rápidamente, como digo, en forma de nube. Su naturaleza destructiva era evidente, pues era capaz de reducir todo cuanto se interponía a su paso y utilizarlo para replicarse, incrementando a su vez el tamaño y la potencia destructiva. La naturaleza de este microartefacto autoreplicante lo convertía en un arma de destrucción masiva que caso de llegar a alcanzar un tamaño crítico determinado su neutralización habría resultado absolutamente imposible. —La presidenta tomó resuello antes de seguir—. Esta administración tomó todo tipo de contramedidas a fin de abordar la neutralización de dicha plaga pero no sirvieron de nada. En muy pocas horas el fenómeno amenazaba con convertirse en un evento incontrolable capaz de destruir nuestro país... y el mundo entero. Ante esa disyuntiva el ejecutivo optó por

emplear dispositivos atómicos —la presidenta se atragantó en este punto, parecía que le costaba terminar su discurso al mismo ritmo que lo había comenzado— ... a fin de erradicar de la faz de la Tierra esta amenaza. Se han empleado tres cabezas nucleares. La primera ha tenido como epicentro el origen de la plaga, una planta industrial situada a veinticinco kilómetros al oeste de Austin. La segunda cabeza nuclear explotó algo más al sur y al Este, afectando al condado de Travis, al sur de la ciudad. La tercera se explotó más al norte de la primera, en una zona relativamente despoblada. Según tenemos constancia vía satélite la ciudad de Austin ha quedado parcialmente destruida, especialmente por la segunda explosión. Ahora mismo el departamento de Defensa está valorando una primera aproximación a las bajas ocasionadas por esta estrategia radical pero imprescindible. Diversos servicios de emergencia se están dirigiendo hacia allí para atender a los supervivientes. Quiera Dios que este terrible sacrificio en vidas haya servido para algo. —La presidenta pronunció casi con rabia estas palabras evidentemente fuera del discurso previsto. Después recuperó la compostura y prosiguió—. Estamos siguiendo con máxima atención los acontecimientos en el área por si la plaga no hubiera sido erradicada por completo. Caso de ser así no se descartan nuevas intervenciones. Por eso rogamos a las poblaciones del entorno de Austin que sean evacuadas cuanto antes. Las autoridades locales están siendo informadas en estos momentos y se está movilizando a la Guardia Nacional para facilitar estas tareas. Según hayamos comprobado la eficacia o no de esta estrategia así como dispongamos de más información pertinente se realizarán nuevas comparecencias. En este día de intenso dolor y luto... quiero pedirles... una oración. Que Dios nos ayude... y perdone.

La presidenta terminó con un hilo de voz. Era evidente que casi era incapaz de leer el discurso del teleprompter y varias lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Jason también lloraba mientras que Miriam no dejaba de gemir.

¿Era aquello el fin?

## Capítulo 55

### Dos meses después

Jason observaba el cielo terroso del mediodía. A pesar del viento frío del norte no lograba disipar el polvo que ensuciaba la atmósfera. Hasta el sol mismo refulgía atenuado, como si ese aire helado fuera capaz de alcanzarlo. El cementerio de Holy Hope lucía tristón, con su césped amarillento, flores marchitas en algunas tumbas, y árboles y palmeras que raleaban en aquel extenso camposanto, tan insípido y sobrio. La mayoría de las lápidas eran pequeñas, puestas sobre el césped. Sola algunas se erguían discretamente a una altura escasa, de medio metro.

El grupo reunido era poco numeroso. Un pastor protestante se había ofrecido a decir unas palabras y nadie se negó. No habían acudido familiares, ni siquiera la exmujer. Jason no se sorprendió por ello. La existencia de David Spencer había estado siempre muy centrada en sí mismo. Había tenido poco espacios para las amistades y si allí habían asistido algunos miembros del monte Lemmon casi podría decirse que había sido por un sentimiento de deber moral. Él mismo se había sentido profundamente afligido cuando le comunicaron el fallecimiento del astrofísico. Sentía que en gran medida había sido un fracaso personal. Lo había intentado pero había fallado. Lamentaba haber estado cerca de un ser humano que sufría y no haber sido capaz de contactar con él, de entenderse, de comprender. David se había encerrado en sí mismo como una ostra obstinada. Él y el alcohol... y seguramente alguna droga más. Casi prefería no saber y no hacer del recuerdo de su compañero algo más patético de lo que ya era.

Se había saludado con Manley cordialmente. El chico parecía también afligido. A Jason no le cabía duda de que Manley se sentía responsable de la deriva de David. El exolector siete... aquella mañana maldita. Manley se mantenía cabizbajo. Aún no se acostumbraba a verlo erguido, de pie, andando con cierta lentitud apoyándose en un bastón, pero andando, a fin de cuentas.

También estaba Darcy. Parecía realmente afligida y no cesaba de mirar de reojo a Manley. Se diría que reconocía en él la misma carga que ya portaba antes de su separación. Estaba claro para Jason que Darcy sufría al ver el dolor de Manley. Había hablado con él tantas veces sobre lo mismo, en una discusión que se cerraba en un círculo inexorable y que les llevaba al mismo punto de partida que Jason se sentía agotado de solo pensar en ello. Había insistido lo indecible por convencer a Manley de que debía compartir su vida con Darcy, incluido su secreto, que ya insinuar esa idea ante el muchacho no sólo provocaba su vehemencia, sino que a él mismo le suponía un indecible agotamiento.

Eleanor figuraba tan espléndida y elegante como siempre. Comedida. Era difícil saber qué pensaba y qué clase de aprecio mantenía por David. Nunca había llegado a

conocerlo bien porque desde los primeros días del Instituto se inició la deriva de David. Eleanor nunca conoció al verdadero David, sino, tan sólo, una sombra de el mismo.

El pastor hablaba con solvencia. Comentaba que la vida muchas veces es dolor pero que la esperanza siempre es capaz de vencerlo. Jason no quiso entretenerse mucho en esa idea, sobre todo porque observó una caravana de todoterrenos escoltando una discreta limusina negra que cruzaba el cementerio velozmente en su dirección. Tal vez fuera posible que... Sería del todo una sorpresa inesperada que nadie había previsto.

Los vehículos chirriaron ligeramente sus neumáticos en la última curva, antes de encaminarse directamente hacia ellos. Hasta el pastor cesó en su homilía y todos volvieron la vista hacia los mismos. El presidente de los Estados Unidos descendía del vehículo a la par que una nube de guardaespaldas que discretamente se hacían con el lugar.

—Caramba muchachos... me alegro tanto de veros. —La amplia sonrisa de Larry pareció dar un poco de calor al acto. Jason se sorprendió de la energía de aquel hombre que había tomado un país deprimido tras la tragedia de Austin, dos meses atrás, y al que él se había tomado el propósito de insuflar ánimo.

Jason fue el primero en reaccionar. Todos se sentía perplejos, tan sorprendidos como alegres por el hecho del que ahora era todo un personaje público hubiera guardado unos minutos para homenajear a su antiguo colega y recordar los viejos tiempos. Se encaminó al encuentro de Larry dispuesto a estrecharle la mano, pero éste le recibió con un caluroso abrazo. Otro tanto hizo después con Darcy, Manley y Eleanor, a la que también sorprendió, haciéndole reír de buena gana, y sacándola de su habitual pose de mujer sobria y refinada. El resto del público estaba tan asombrado como intimidado por la visita presidencial y el despliegue de efectivos.

—La verdad es que me entristeció muchísimo saber de David... Su suicidio ha sido un golpe muy duro —comentó Larry, una vez el grupo se serenó y cesaron los saludos y bromas de antiguos colegas.

—Ha sido terrible. Lo peor es que David... creo que estaba buscando un fin dramático. No dejaba que nadie se acercara a él —comentó Jason.

—Lo sé. Yo mismo charlaba con él de vez en cuando. Manteníamos conversaciones... pero cada vez era imposible hablar con él con coherencia. No pude hacer nada, por más que le ofrecí oportunidades laborales de todo tipo... ya nada le interesaba. Se había sumergido en un oscuro pesimismo... y no sé por qué te culpaba a ti Manley.

Manley había saludado a Larry discretamente, y se mantenía cabizbajo. Su mirada tristonza, como de perro apaleado, parecía suplicar perdón. Jason comprendía que verdaderamente se sentía culpable por aquello. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo y cambiarlo todo.

—Y Darcy, te veo más guapa que nunca.

—Nunca has dejado de piropearme Larry... y sabes que a la primera dama eso no le hace ni pizca de gracia.

Larry chistó.

—Ni se te ocurra bromear con eso. Desde que gané las elecciones se ha vuelto más celosa que nunca... —Larry se aflojó la corbata y todos rieron el gesto. Seguía siendo tan bromista como antes—. Pero disculpad... he llegado aquí interrumpiendo la ceremonia. Dejemos que el reverendo termine el oficio.

El pastor, un hombre calvo en gran parte, cuyas sienes aún mantenía un cabello cano, agradeció la deferencia con una tímida sonrisa y retomó su discurso donde lo había dejado. No duró mucho más y el acto finalizó solemnemente. El ataúd se deslizó al fondo de la fosa y un par de operarios procedieron a cubrirlo de tierra.

El grupo pareció disolverse. Manley y Darcy se saludaron y se quedaron solos, charlando en voz baja. Jason observó que Larry no perdía el tiempo y tomaba a Eleanor del brazo a fin de que le acompañara dando un paseo. Jason decidió que ya no pintaba nada allí y se encaminó en dirección a su coche. Había sido un día triste.

—Señor Jason Donovan.

Quien se dirigía hacia él era un hombre grueso, vestido impecablemente de luto, de cara redondeada y pelo corto y rubio. Jason no lo había visto nunca antes de aquel día. Debía ser o familiar o conocido de David, pues ni siquiera le sonaba su cara de los ámbitos académicos.

—Sí soy yo.

El hombre se presentó.

—Soy Gary Dexter, abogado y amigo de David. Simplemente quería entregarle este sobre. Está puesto a su nombre. Lo encontramos... junto a la nota de suicidio de David.

Jason asintió.

—Comprendo.

El hombre se giró mientras Jason sopesaba aquel sobre ligero, un tanto arrugado, que si acaso debía contener una nota de reducido tamaño.

¿Qué sería?

En cualquier caso Jason no se encontraba con ánimos de leerla allí mismo. Prefería llegar a casa, sí.

\* \* \*

—Estimamos que el número de bajas no va a llegar al medio millón, Eleanor, pero aún estamos con cifras estimadas. Es probable que nunca sepamos realmente la magnitud del alcance. Además mucha de la población ha abandonado la ciudad. Los índices de radioactividad siguen siendo altos. Austin es una ciudad fantasma.

Eleanor asentía. Ambos caminaban parsimoniosamente por entre los paseos de lápidas, seguidos a una decena de metros por una pareja de agentes secretos. Ignoraba

qué interés tenía Larry en comunicarle aquello, pero intuía que a pesar de sus diferencias pasadas, de los tiempos del Instituto, Larry seguía viendo en ella una persona leal. Tal vez quisiera confiarle algo.

—Creo que estás haciendo muy bien tu política para hacer que el país se levante. Aún muchos norteamericanos no se han repuesto, Larry. El ánimo de la nación está por los suelos.

—Lo sé... y quiero emprender una política feroz. Quiero acabar con los youbugs de una vez, prohibirlos, erradicarlos, controlar su uso.

—Es una tarea enorme... y muy difícil. Se venden hasta en los mercadillos y se fabrican de serie con costes de producción bajísimos. Estamos hablando de una mercancía de tráfico fácil, imposible de controlar.

—Así es... pero está claro que este tema de las exocomunicaciones es un invento del diablo. Si tuvieras acceso a la información que manejo... ni te puedes imaginar. Tengo a los equipos del FBI, la CIA, la NSA copados desmantelando grupos de alto riesgo terrorista que pretender utilizar artilugios de todo género... algunos de ellos con consecuencias tan descabelladas que... en fin, prefiero no asustarte.

—Pues créeme, me asustas. Me siento verdaderamente preocupada al oírte decir eso.

Larry sonrió, pero esta vez la sonrisa no era la entera y amplia habitual suya. Eleanor atisbó por un segundo otra sonrisa diferente, la de un hombre preocupado que teme verse obligado a aceptar lo inaceptable. La sonrisa del que se resigna.

—Sí... y eso por no hablar de lo que están haciendo otros países, Eleanor. No podemos desarticular muchas de las tecnologías que se están desarrollando en el extranjero. Estamos particularmente preocupados por Perú. Han emprendido una carrera de desarrollo tecnológico en el ámbito de la generación de energía que tiene de los nervios a la gente del MIT, con los que al parecer han mantenido algún género de intercambio de información en relación a los desarrollos científicos que realizan. Insisten en que debemos supervisar el proceso, pero ya sabes cómo son de susceptibles algunos de los dirigentes latinoamericanos. No hay manera.

Eleanor asintió.

—Y eso sin contar la carrera armamentística en los que muchos países se han lanzado alegremente, implicando tecnologías que ni se comprenden. Sobre mi mesa llegan todos los días dossier de propuestas de nuestras propias agencias de lo más descabellado. Fabricar un nanovirus capaz de acabar con cualquier forma de vida... un auténtico exterminador ¿le ves algún sentido a eso? —Larry sacudió la cabeza—. Esto es una locura. Simplemente me lo proponen porque es algo... que es factible diseñar y ensamblar.

Hizo una larga pausa y permanecieron caminando en silencio varios minutos. Eleanor aguardaba a que Larry dijera en qué pensaba. De pronto Larry interrumpió sus cavilaciones y retomó la conversación.

—Y hay otro frente... completamente distinto e inesperado... en el que me

gustaría contar con tu asesoramiento. Sobre todo porque creo que podemos llegar a entender el proceso... lo que está ocurriendo en nuestro planeta...

Eleanor le miró extrañada. No sabía a qué se refería Larry. Le había vuelto a tomar del brazo y paseaban junto a la sombra de un sauce.

—Sí... creo que tal y como se están desarrollando estas comunicaciones siderales existe un peligro claro y obvio. A veces nos vemos como víctimas... pero lo que no se sabe, al menos hasta ahora, es que nosotros también somos capaces de causar desastres, Eleanor. —Larry hizo una pausa—. Sí, al parecer el instituto Pasteur de París creyó que estaba en disposición de ayudar a otra raza inteligente que tenía problemas epidemiológicos... Le enseñaron técnicas de manipulación genética y explicaron cómo interferir y alterar genes que pudieran ser causa del mal que les afligía. Al parecer el resultado ha sido desastroso. Han conseguido mutar la enfermedad de esa raza en algo aún más peligroso y mortal y ahora su mundo agoniza.

—Dios mío —exclamó Eleanor.

—Sí, los franceses insisten en que obraron con la mejor de las intenciones, pero... bueno, la información con la que cuentan resulta tan devastadora que muchos de los investigadores se han suicidado. Se sentían responsables.

Ambos siguieron paseando en silencio un rato.

—Cuánto dolor —musitó finalmente Eleanor.

—Sí... Hace falta comprender este evento en una magnitud planetaria... Estoy dispuesto a dotar al Instituto de nuevos fondos, revitalizarlo, y controlar y dirigir este caos absoluto antes de que acabe con nosotros. Lo mismo estoy haciendo con las otras agencias. Todas ellas van a ver multiplicados sus presupuestos. Quiero ordenar esta calamidad, controlar el tráfico de información, tanto la que entra como la que sale de nuestro planeta. Hay que detener este proceso antes de que sea demasiado tarde —Larry se detuvo y miró a Eleanor fijamente—. Y para ello me gustaría contar contigo.

\* \* \*

Darcy había tomado la mano de Manley y paseaban lentamente y en silencio, alejándose del grupo.

—¿Recuerdas aquel malentendido del café Nick's?

Manley sonrió esforzándose. Se apoyaba ligeramente en su bastón, que golpeaba el césped seco con cada paso. No parecía cómodo, pero se dejaba llevar. El contacto con la piel de Darcy era un alivio a su dolor y casi parecía experimentar algo cercano a una curación, a una tregua en la carrera en la que se sentía inmerso. El sólo contra el fin prematuro de la Tierra y la extinción de la humanidad.

Recordó la escena que le proponía Darcy. Su primer malentendido de tantos que habían tenido. Manley pensó en cuánto había tardado en admitir que Darcy le atraía y

le gustaba, en el tiempo que pasó intentando ver sus defectos y establecer que para nada le convenía a él una chica como ella. Y todo ello había sido un esfuerzo infructuoso. Se había enamorado de ella desde el primer día... y sentía cada día de su separación como una herida abierta. Ahora allí, junto a ella, notaba el inmenso alivio que le procuraba su compañía. Tenía tantas cosas que decirle. Le gustaría tanto poder abrir su corazón y compartir su temor...

—Sí, fue un buen día aquel. Después me tuviste crucificado durante meses... burlándote de mí de mala manera.

—Deberías haberte explicado mejor —Darcy rió—, si vieras lo que pensaba de ti entonces...

—Bueno... pero has de reconocer que fue más bien una mala interpretación tuya la que provocó todos esos problemas. Igual que cuando me sinceré contigo con el primer contacto y pensabas que te estaba tomando el pelo...

—Sinceramente ¡creía que te querías vengar de mí!

Ambos rieron y Manley estrechó la mano de Darcy.

—Aún te veo raro y afligido Manley. Se nota que ahora que has recuperado la movilidad y acabado con tu invalidez, no era ese el asunto que te deprimía. Tú y yo sabemos eso.

—Sí, Darcy, así es... el problema que tengo es mucho más terrible que la simple inmovilidad de mis piernas... sufro porque...

Pero las palabras de Manley murieron en su interior. Fue incapaz de pronunciarlas.

—Sí, Manley, sigues guardando tu secreto y no confías en mí.

—Confiar en ti es atribuirte una carga y un dolor injustamente... esto sólo me corresponde a mí, Darcy.

—No lo entiendo yo así, Manley. Te quiero, en lo bueno y en lo malo. ¿Acaso crees que cuando pronuncié esos votos mentía y que no sabía lo que decía? Mi amor no es un amor egoísta Manley. ¿No entiendes que sufro por verte sufrir? ¿Qué he de hacer para que reacciones?

Darcy sacó un pañuelo de su bolso y se secó un par de lágrimas que asomaban a sus ojos. Se detuvieron y Manley mantenía la mirada fija en el suelo. Sentía la mano que había sostenido la de Darcy vacía, dolorosamente vacía.

—Tal vez sea mejor que me vaya, Manley. Pero tienes que saber que estoy aguardando. Todo este tiempo lo he pasado aguardando... a que me llames, a que me cuentes. Ese secreto me hace tanto daño a mí como a ti, tenlo por seguro.

Y Darcy se volvió y se alejó de él, caminando rápidamente hacia su coche, los brazos cruzados sobre su pecho y la cabeza baja. Manley intuía que estaba llorando.

\* \* \*

Jason se sentó en el sillón más confortable de la sala de estar, su favorito. Se



había servido un vaso de vino tinto californiano, en una copa voluminosa que había servido generosamente. Decidió paladear varios tragos hasta sentir que su espíritu estaba más sosegado. Se había propuesto, mientras llegaba del cementerio, arrojar el sobre de David a la basura. Intuía que una persona que había vivido en tal amargura sólo podría transmitir mensajes de igual calaña y Jason sentía que ya eran demasiados los acontecimientos y las noticias que ensombrecían su ánimo para además cargar con cualquier otro pesar.

Desde aquel sillón, a través del ventanal de la sala de estar, en los días claros, podía verse la cordillera de la Sierra de Santa Catalina, entre cuyas cumbres se situaba su observatorio. Cada día añoraba más la paz previa a la llegada a Manley. Él y su invento habían desarticulado la armonía del observatorio, su propia vida... y la del conjunto de la humanidad. ¿Había sido para bien? Jason pensaba en Miriam y se sentía profundamente agradecido por la cura que se le había proporcionado. Gracias a inventos y descubrimientos de la última década eran millones las personas que habían obtenido beneficios de aquellos regalos recibidos de más allá de las estrellas. Pero los incidentes de El Cairo y de Austin habían sido dos aldabonazos que habían hecho que la humanidad se despertara de su sueño eufórico. El peligro acechaba. De pronto muchos rumores y noticias sin confirmar en relación a invenciones diabólicas cobraban sentido. ¿Y si un grupo terrorista se hacía con un poder capaz de provocar una destrucción inusitada? Hoy día esa posibilidad parecía más cercana que nunca.

Jason bebió un largo trago. El sabor del vino era entero y suave, sin una pizca de la acidez de un tinto joven, un verdadero reserva. Le encantaba aquella denominación.

También pensaba que él y Miriam ya tenían sus años. Podía apartarse de la carrera académica en cuanto quisiera, tenía su pensión asegurada. Había vivido bien, satisfecho y pleno. Si aquel mismo día fuera el último no abandonaría la existencia con temor. Su conciencia estaba tranquila.

Miró el sobre que permanecía sobre el apoyabrazos del sillón y lo tomó con suavidad. Despegó lentamente la solapa y extrajo una nota, pequeña, cuadrada, que tenía un mensaje simple manuscrito con letras mayúsculas:

MATA A MANLEY.

# Capítulo 56

## El viernes siguiente

La cena tenía lugar en uno de los restaurantes más emblemáticos de la ciudad, y también de los más selectos y caros. Gozaban de unas vistas espléndidas de la sierra como panorama de fondo. Su contorno se percibía con nitidez, pues la atmósfera estaba limpia de polvo y el cielo lucía de un azul intenso, el color previo al anochecer de un día de verano. Solo ocasionales golondrinas que revoloteaban fugazmente en lo alto rompían el hechizo del tiempo detenido. La temperatura era agradable, pero Darcy se estremeció. Se sentía extraordinariamente nerviosa. Presentía que al final aquella noche sería la más trascendente de su vida.

Frente a ella Manley, vestido de etiqueta, seleccionaba el vino de la cena. Un sumiller había tomado nota y hecho sus recomendaciones. Darcy observó que Manley seguía llevando su anillo de oro de casado... al igual que ella, y eso que siempre había rezongado por lo incómodo y arcaico que resultaba esa costumbre. Darcy sabía que estaba deslumbrante. Los hombres de las mesas vecinas no dejaban de mirar hacia ella de tanto en tanto, y había sentido que la voz del propio Manley vacilaba cuando se encontraron en la puerta del hotel donde se alojaba. Pero pese a tener ese dominio fundado en su belleza, Darcy sabía que jamás había logrado ejercer de *femme fatale*. Ella era una astrofísica y odiaba la frivolidad o todo aquello que pudiera implicar un menoscabo a su imagen de persona inteligente y capaz. Por eso le gustaba tanto Manley, en cierto sentido era muy parecido a ella. Sin embargo... se había encerrado en su fortaleza y arrojado la llave del castillo al fondo del foso. ¿Podría rescatarle?

Habían tenido una charla intrascendente mientras el taxi los llevaba al restaurante. Ambos rieron con bromas ridículas sobre los viejos tiempos y Darcy observó, cuando descendieron del vehículo, que Manley se movía con desenvoltura. Nadie diría que había pasado unos cuantos años de su vida anclado a una silla de ruedas. Ella sin embargo le había amado aún así, porque aquel inconveniente nunca le había importado. Se había enamorado de él mucho antes del atentado. Era curioso que su familia, tan atenta a los logros y méritos de su hermana, de alguna manera hubiera sido capaz de transmitirle ese sentido de lealtad y amor abnegado. A fin de cuentas sus padres siempre habían sido una pareja feliz.

—¿Qué te parece lo de Perú? —preguntó Manley con un suspiro de voz una vez estuvieron sentados frente a frente.

—Es algo terrible, Manley... e inaudito... pero sólo sé lo que dicen las noticias...

—Sí, la realidad es mucho más absurda y terrible. Tengo contacto con Eleanor todavía porque trabajo en colaboración con varios institutos del gobierno... pero no nos adelantemos. —Manley volvió a suspirar—. Al parecer estaban desarrollando un

nuevo modelo de tecnología basado en aportaciones de una raza alienígena. Desconozco cuáles eran los fundamentos de dicha tecnología, pero todos suponen que se derivaba del uso de campos magnéticos muy potentes. El resultado es que las tres plantas que entraron en funcionamiento han colapsado de una manera misteriosa... y sorprendente. Cada planta ha desarrollado en su entorno una esfera en la que ningún ser vivo sobrevive y en el que ni siquiera vehículos con componentes electrónicos son capaces de operar. La corriente eléctrica también resulta inviable dentro del área afectada.

—Una esfera de la muerte.

—Eso es. Con un radio de quince kilómetros desde su centro... en todas direcciones. Una de las plantas estaba cerca de Lima. Les ha pasado como a nosotros con Austin. Jamás sabrán el número exacto de víctimas. Están acordonando el perímetros de las áreas afectadas... y supongo que rezarán para que éstas no aumenten su tamaño... no saben qué es lo que las mantiene en funcionamiento y no hay forma humana de desactivarlas.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Se ha intentado destruir las plantas arrojando bombas, pero todo sistema eléctrico de misiles y balística queda anulado... además que la esfera también tiene volumen y afecta a la altura, como creo que desgraciadamente han comprobado sus fuerzas aéreas. Es posible que bombardeen las instalaciones con artillería de forma convencional. Lo que sí es cierto es que todos los científicos implicados en el proyecto se encontraban en las plantas cuando estas entraron en funcionamiento... y ya nada se puede hacer por ellos. Esa es la causa también de que las ideas que se tienen sobre dichas instalaciones sean muy vagas.

Ambos guardaron silencio unos segundos.

—Ya sabes que el presidente se ha empeñado en prohibir las exocomunicaciones...

—¡El bueno de Larry! —exclamó Manley—. Y pensar que él era el principal defensor de la idea de hacer público el descubrimiento —Ambos sonrieron pensando en las vueltas que daba la vida.

—Lo va a tener muy difícil —valoró Darcy mientras degustaba el vino que le acababan de servir.

—Fíjate, aquí mismo, los comensales de otras mesas —susurró Manley inclinándose hacia delante—. Muchos de ellos comprueban constantemente sus youbugs e incluso intercambian mensajes... Esta tecnología es ya demasiado barata y asequible para prohibirla. Su uso está completamente extendido en la sociedad. No sé cómo lo hará. Surgirá un mercado negro y mafias que trafiquen con esos aparatos. Será inevitable.

El camarero que servía el primer entrante llegó y colocó displicente el plato sobre el mantel. Ambos guardaron silencio mientras tanto.

—Y a ti Manley, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?, ¿por qué me has

llamado? —preguntó Darcy una vez el camarero se retiró.

Manley tardó en contestar. Parecía absorto en su plato, como si fuera capaz de mirar a través del mismo y ver cosas que nadie más podía comprender.

—Porque Darcy, ya no aguanto más sólo. Te echo insufriblemente de menos y te amo... Y sé que no debería compartir esta carga contigo, pero me rindo... y si algo malo te pasara, creo que me moriría... pero...

Parecían que los ojos de Manley se humedecían.

—Cariño. Para eso me casé contigo —sonrió Darcy.

Ambos se sonrieron mientras sus rostros parecían descompuestos, en una extraña mezcla de alegría y tristeza. Sus manos se entrelazaron sobre el mantel.

—Sí. Darcy... has de saber que... la vida en mi compañía va a resultar difícil y... complicada. Ahora mismo sospecho que la casa está llena de escuchas.

—¿Y eso?

—Creo que es Larry quien lo ha ordenado.

—¿Sospecha de ti?, pero ¿por qué?, ¿qué motivos tiene para hacer algo así?

—David Spencer —se limitó a decir Manley.

Darcy le miró pacientemente. Manley se explicó finalmente.

—David, al morir, dejó varias notas. Una fue dirigida a Jason, y presumo que debió de dirigir al menos otra a Larry. No sé si a Eleanor también. Evidentemente a ti no.

—¿Qué decían esas notas?

—Que debían acabar con mi vida.

Darcy tardó un largo minuto en digerir aquella noticia. Respiró profundamente y su semblante se dignificó.

—Pero... ¡qué locura! David estaba mal, pero... ¿por qué iba a hacer algo así?

—Porque yo había hablado con él... pero no ahora. ¿Recuerdas el día del incidente del exolector siete? Visitando el hangar donde tenía los primeros prototipos, David se paseaba delante del aparato número siete cuando se estableció comunicación. —Darcy asintió, lo recordaba perfectamente—. Bien, ese exolector estaba manipulado. Lo había diseñado para mantener comunicaciones conmigo mismo...

—¿Contigo mismo?

—Sí, con mi yo futuro.

Darcy se asombró pero no dijo nada.

—Sí. Es una de las peculiaridades que descubrí de las trampas cuánticas —explicó Manley—. El entrelazamiento entre partículas se produce en momentos distintos del tiempo también. La humanidad lo desconoce, pero la mayoría de las comunicaciones que se mantienen en vivo y en directo, en realidad se realizan con razas o individuos que existieron hace millones de años, incluso miles de millones de años atrás... o tal vez pudiera ser que con razas que existirán en el futuro. Es la mecánica cuántica. Sus propiedades escapan a la lógica humana.

Darcy abrió la boca... pero fue incapaz de decir nada.

—Decidí manipular dos partículas. Entrelazadas en un mismo exolector se convertirían en una máquina de comunicación temporal... Y funcionó. El único requisito es que debía estar siempre en posesión del aparato, para que un día, mi yo futuro pudiera contactar conmigo —Manley sonrió ligeramente. Su orgullo aún seguía en pie—. La desgracia es que la primera comunicación se produjo aquel fatídico día. No sé lo que le dije a David, pero éste enloqueció. A veces creo que fue él el que alentó a Jeremy a que atentara contra mí.

—¡Jeremy! —exclamó Darcy, recordando su antiguo compañero de observatorio.

—Sí. Y sea lo que sea, el conocimiento que adquirió David se lo guardó para él y lo consumió. Creo que intentó difundirlo... pero nadie le creyó y eso lo destrozó. Larry siempre creyó que me envidiaba y a eso atribuía sus acusaciones. —Manley hizo una pausa para recapitular—. Aquel mismo día, yo tuve ocasión de hablar conmigo mismo, con mi yo futuro, Darcy. —Manley dejó caer sus hombros en un gesto de abatimiento—. Fue la primera y última ocasión que he tenido de comunicar con el futuro. Desde entonces no he recibido ningún mensaje... Y la conversación que mantuve... era previa al... incidente.

—Eso es increíble. Parece... un cuento, una película de ciencia ficción. ¿Y qué incidente es ese?

—Sí. Lo que me comunicó mi yo del futuro resultó terrible. Al parecer en unas pocas décadas la humanidad desarrollará una tecnología capaz de arrasar el planeta. Se supone que es algo beneficioso para la humanidad y que la ciencia que soportará esa tecnología estará bien cimentada... pero algo fallará, el experimento saldrá mal, y se producirá un auténtico apocalipsis.

—¡Manley!... pero si eso fuera cierto, sabiéndolo, serás capaz de evitarlo. Larry mismo creería lo que le explicas. Él sabe de sobra que eres una mente brillante y que la historia es plausible.

Manley meneó la cabeza negativamente.

—Es algo que es superior a nosotros. La maldición de Casandra, aquella que tenía el don de la profecía pero la gente no creía sus vaticinios por más que estos se cumplieran. En cierto sentido no sé si he creado un bucle condenado a cumplirse.

—Explícate —exigió Darcy.

—La tecnología implicada está basada en las teorías que estaba desarrollando años atrás, en monte Lemmon, acerca de la consistencia del espacio. Suponía un importante paso en el acercamiento de la Teoría Única y revolucionaba la Teoría de la Relatividad. Sobre esos fundamentos la humanidad será capaz de construir naves espaciales capaces de viajar a lo largo de la galaxia en tiempos humanos razonables. Se denomina motor de singularidad y se basará en una nueva teoría relativista que mejorará la actual de Einstein. Una teoría que se llamará teoría de la gravedad modificada de Manley.

—Eso es asombroso, ¡Manley!

—Sí, pero la tecnología falla. Dado que el fundamento es construir y manipular agujeros de gusano y que las energías y fuerzas implicadas son colosales, cualquier fallo en su manipulación está claro que puede tener consecuencias devastadoras... como parece que podría ser el caso. Según me dijo el Manley del futuro, el prototipo de propulsor una vez se activó en el espacio adquirió un poder gravitatorio que escapó a nuestro control... una especie de efecto colateral. La Luna quedó atrapada en su influjo y cuando Manley comunicaba conmigo estaba saliéndose de su órbita...

Darcy ahogó un grito que escapaba de su garganta.

Manley hizo una larga pausa en las que ambos se miraron preocupados. Darcy apretó la mano de Manley. Ahora comprendía el sufrimiento que Manley había arrojado en los últimos años.

—Lo peor de todo Darcy, es que llevo años intentando desarrollar esa tecnología teóricamente para prevenir sus fallos y perfeccionarla. Para ello he contado con la colaboración de innumerables físicos de todo el planeta, los mejores... Y mucho me temo que para intentar evitar el desastre he puesto en marcha sin querer la maquinaria capaz de construir el instrumento capaz de destruirnos. El proyecto se llama Viajero y la administración está valorando si se incluirán partidas presupuestarias en el próximo ejercicio para iniciar su desarrollo. Y me temo que pese a mis advertencias Larry activará el proyecto. Sabe que si no lo hacemos nosotros lo podrán hacer otros... Yo mismo me he ocupado de divulgar este conocimiento por las principales universidades del mundo en mi afán de rehacer la teoría correctamente.

Manley suspiró y bebió un largo trago de vino.

—¿Comprendes? He hecho posible que ocurra precisamente aquello que quería evitar... he avocado a nuestro mundo a lo que otras razas denominan Silencio Negro... y no sé si he hecho bien en compartir esta cruz contigo. No obstante nos quedan unas pocas décadas.

—Pero... tal vez haya algo más que se pueda hacer.

—No creo... este es el dilema que me ha desesperado... tan solo se me ha ocurrido reescribir el código estelar... introducir un protocolo, una serie de garantías que eviten a las razas que se comunican entre sí incurrir en estos errores.

Darcy sonrió.

—Tal vez podrías poner tu firma en ese código, Manley.

Darcy sentía que sendas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Era cierto, tal vez la Tierra tuviera sus días contados, pero al menos ella sentía que había vuelto a recuperar a Manley y esa idea le consolaba infinitamente.

«Unas pocas décadas», en ese instante, a ella le parecían una eternidad.

# Capítulo 57

## Dos décadas después

Manley casi no podía creer que el tiempo hubiera pasado tan rápido... casi veinte años, se decía, mientras veía pasar por la ventanilla del vehículo las fachadas de las casas que se sucedían raudas, como una película que se rebobinaba a toda velocidad. De la misma manera sentía él que los últimos años pasaban ante él... tan veloces y en cierto sentido insustanciales... que parecía un sueño.

—¿Te han contado algo más?

La voz dulce de Darcy interrumpió sus cavilaciones. Su mano apretó ligeramente la de él para sacarlo de su estado abstraído. Manley negó con la cabeza.

—Sólo que se trata de algo grave... un ictus, parece ser.

Manley sabía de grandes adelantos médicos, que muchos accidentes cardiovasculares no eran fatales, como antaño, pero según parecía por el pronóstico que le habían dado se trataba de algo severo. No daban mucho pie al optimismo.

La voz de Eleanor había sonado afectada por el teléfono. No sabía cómo había llegado tan rápido, o si acaso ya se encontraba en Tucson.

Manley recordaba a Eleanor bastante bien. Hacía años que no se veían. Ella también había llegado a ser una celebridad por méritos propios. Sus tratados de exopsicología eran usados como manuales en las principales universidades del país. A su teoría del Pico de Pandora había ido sumando conceptos, a cada cual más sugerente, como el Síndrome de las Mil y una Noches. Aludía al hecho de comparar la tecnología con el genio de una lámpara mágica. Al igual que en uno de los cuentos, una vez que éste se despertaba ya no quería volver a entrar en su lámpara, una vez que una civilización descubría una tecnología era ya imposible renegar de ella y hacer como si su conocimiento no existiera. El genio quedaba liberado... para bien o para mal, pero no regresaba a su cubil. Era un concepto complementario al de Pico de Pandora que enunciaba que toda civilización va alcanzando un desarrollo tecnológico que cada vez la vuelve más inestable, pues cada una de esas tecnologías representa un progreso, pero también una ocasión más de autodestrucción, primero a nivel local... pero más adelante a nivel planetario y apocalíptico. Eleanor no se mostraba muy optimista en sus tratados. Una vez rebasado un punto crítico era inevitable la caída. Había concluido que el mítico Silencio Negro tenía su origen en la existencia de dicho fenómeno. Esa teoría que ahora era conocida hasta por los niños de preescolar había supuesto un jarro de agua fría en los entusiastas de la exocomunicación. Después de los incidentes de Austin, El Cairo, y el Perú se habían ido sumando varios otros; Trebisonda, Krasnoyarsk, Hirosaki... en un largo sin fin de holocaustos y desastres.

Se bajaron ante la puerta del Centro Médico de Tucson. Allí les aguardaba Larry

con cara apesadumbrada. Era raro verle con aquel aspecto. Después de haber abandonado la carrera política se había dedicado a la vida académica itinerante, y viajaba por medio mundo dando conferencias sobre los temas más dispares. No se arrellanaba ante nada.

Larry les saludo efusivamente. Su apretón de manos dejó la mano de Manley dolorida. Su abrazo de oso casi hizo despegar los pies del suelo a Darcy.

—¿Qué tal muchachos?

Manley observó su mirada envejecida y su pelo canoso.

—¿Cómo está? —preguntó Darcy.

Larry meneó la cabeza mientras se dirigían al interior del edificio.

—He hecho gestiones para ver si merece la pena trasladarlo a un hospital con mayores avances tecnológicos. Hoy día los avances son tan rápidos que no todos los hospitales están a la última... cada cual incorpora algunos aparatos, técnicas, conocimientos... pero la avalancha de progreso médico es tal que reina un verdadero caos en todas las disciplinas. En fin... no os aburro. He enviado las tomografías positrónicas a varios hospitales del país... tengo contactos, como os podéis imaginar. Todas las respuestas son concluyentes, amigos. —La mirada consternada de Larry lo decía todo.

—Cielo santo —murmuró Manley.

Darcy hundió su rostro en el pecho de Manley. Todos permanecieron quietos y en silencio unos segundos.

—Me gustaría hablar con él... —rogó Manley.

Larry le hizo un gesto para que le siguiera.

\* \* \*

La habitación era blanca por completo, al igual que cada uno de los elementos, desde los muebles al marco de un cuadro que mostraba unos lirios sobre un fondo de hierba verdísima, único color que ofrecía un contraste dentro de tan virginal escenario. Todo en ella invitaba a relajarse y sentirse a gusto. Un mullido sillón junto a la cama, un aparador de diseño vanguardista, incluso la misma cama reclinada no parecía ser un artefacto complicado o incómodo, sino que aparentaba ser un confortable lugar de descanso. El soporte del suero y los indicadores del cuadro médico formaban parte de una sencilla consola, junto a la cama, perfectamente camuflada dentro de aquel ambiente y decoración ideada para hacer olvidar, tanto al paciente como al visitante, que se encontraban en la habitación de un hospital, en su área de cuidados paliativos.

Larry le había informado previamente. Jason no podía moverse en absoluto, tan sólo sus ojos guardaban el brillo de la vida, y miraban pacientes de un lado a otro. Ni siquiera su semblante era capaz de articular expresión alguna. Darcy se había derrumbado al verlo así, decrépito, pues parecía extraordinariamente avejentado,



débil, moribundo. Lo abrazó mientras lloraba desconsoladamente. Después de un rato se despidió y lo dejó a solas con Manley.

—Viejo amigo... —comenzó Manley, indeciso—. No sé si me oyes o no. ¿Qué quieres que te cuente? —Manley aguardó inútilmente—. Ya sabes que el Viajero sigue su curso. Hoy justamente se acaba de aprobar el presupuesto en el Congreso. Lo que antes era un proyecto teórico ahora se va a construir de verdad... Debería ser el hombre más feliz del mundo. Jamás en la historia de la Humanidad se ha emprendido una odisea semejante. Viajar a cincuenta mil años luz de distancia... en menos de un mes. Es la obra de ingeniería más portentosa jamás acometida por el hombre... y que sepamos, por inteligencia alguna. Manejar una singularidad gravitatoria... —Manley hablaba con un tono de infinita tristeza, pero también con ironía— si no fuera por el hecho de que estoy convencido que eso nos destruirá... como ya sabes... sería el hombre más feliz del mundo.

Manley hizo una pausa. Su mirada dejó de atender a Jason y se fijó en el cuadro de los lirios. Qué sencilla era la naturaleza... y cuán compleja la mente del hombre. ¿Era realmente necesario todo aquel progreso, toda aquella carrera hacia las estrellas, si, a fin de cuentas, al final de cada existencia aguardaba inexorable la muerte?

—Ah, Jason, tienes suerte... sí... no vas a tener que cargar con los años de sufrimiento que me quedan por delante. Amigo, me dejas sólo con esto. He intentado detener este proyecto con todas mis fuerzas. Le he explicado todo a Larry... y cuando digo todo, digo todo, Jason. He hablado con otros peces gordos e incluso se ha puesto en manos de otras razas alienígenas nuestros modelos de universo, ya sabes, el que han bautizado con mi nombre; la teoría universal de la gravedad modificada de Manley —chasqueó los labios en señal de disgusto— y ni una de dos. Ni consigo detener esta maquinaria infernal de destrucción predestinada... ni hay científico dentro o fuera de este planeta que encuentre error alguno. Y yo sé que sí, que tal error forzosamente ha de existir... Pero perdona por aburrirte con mis historias... es lo único que tengo en la cabeza, amigo mío.

Manley se echó hacia atrás en el sillón. Su cabeza se apoyó en el respaldo y dejó pasar unos minutos en absoluto silencio. Creyó oír la respiración pausada de Jason. No podía creer que quien hace tan solo unos días fuera un anciano pero activo astrofísico que a pesar de estar jubilado mantenía un sin fin de compromisos académicos en la universidad y el observatorio, fuera, de improviso, derrotado de tal manera por un simple coágulo de sangre, y su vida estuviera así al borde del fin. Hacía menos de setenta y dos horas que había compartido un almuerzo en el monte Lemmon a donde Jason le gustaba escaparse cada dos por tres.

Se incorporó para despedirse.

Tomó la mano del enfermo, que permanecía fría, y sus ojos se cruzaron.

Jason parecía querer indicarle algo. Su mirada se dirigía hacia su izquierda. Parecía querer señalar algo con las últimas chispas de luz de sus pupilas. Manley sólo veía un simple youbug sobre la mesita de noche. Lo tomó entre las manos.

—¿Quieres algo? ¿Se trata de esto, Jason?

Manley lo ojeó. Se trataba sí, de un youbug, probablemente de Jason, pero su batería se había agotado, no cabía duda de eso. Sin batería la trampa cuántica se habría desactivado. Aquello era ya un trasto inservible.

Manley se retiró cabizbajo.

Al día siguiente recibió noticia del fallecimiento de su amigo.

## Capítulo 58

### Aproximadamente una década después

Manley observaba todo cuanto le rodeaba como si fuera testigo de una pesadilla. Daba igual lo que hubiera dicho y a quien. El proyecto Viajero se había iniciado inexorablemente, pese a su total oposición, y se daba la paradoja que la administración de Larry Coleman le había puesto al frente del proyecto cuando se inició décadas atrás. Larry confiaba en que siendo él tan precavido y desconfiado tomara todo tipo de medidas y precauciones. Su obstinación fue granítica, y no quiso ceder la dirección del proyecto a otro que no fuera el propio Manley pese a que éste advirtiera al presidente de lo que ese proyecto iba a deparar.

Desde entonces los años habían transcurrido entre la esperanza y la desesperación. Darcy había sido su compañera de fatigas, que había soportado sus pesares y dudas manteniéndose firme junto a él. Habían envejecido juntos, su pelo había encanecido, y a pesar de todas las mejoras que se habían ido incorporando a la ciencia médica, Manley sentía que su mente, más despierta que nunca, estaba atrapada en un cuerpo viejo, con fecha de caducidad. Había perdido agilidad y su espalda se había encorvado ligeramente. En el rostro bello pero ajado de Darcy veía ahora un recordatorio permanente de su propia edad. Quedaba poco tiempo para ellos... y probablemente poco también para todo el mundo. Había hecho lo posible por evitar lo que había de venir... pero, ¿cómo se impide lo inevitable?

El proyecto Viajero había contado con diferentes equipos de físicos que competían entre sí en revisar el diseño y los cálculos de dos prototipos, una estrategia de Manley destinada a reforzar la seguridad del experimento. La combinación de su propia teoría del espacio-tiempo junto con las exotecnologías disponibles, habían hecho factible lo que de otra manera no pasaría de ser un sueño, un sueño que de otra forma a la humanidad le habría llevado siglos, tal vez milenios, materializar. Ahora todo estaba a mano, fácil, disponible, con una accesibilidad que daba vértigo, porque estaban aplicando conceptos y técnicas que no comprendían perfectamente. Lo más sorprendente de todo era, que sobre el papel, todo cuadraba. El Viajero sería una nave espacial capaz de abrir agujeros de gusano sobre los que «surfearía», esa era la expresión adecuada según Manley, porque realmente la nave nunca atravesaría ninguna singularidad, sino que seguiría la estela de su horizonte de sucesos hasta que en el momento preciso en que la sonda deshiciera el campo gravitatorio creado y la singularidad se deshiciera como una pompa de jabón. Habrían cruzado la galaxia limpiamente en un tiempo insignificante.

Manley había sido extraordinariamente prudente a la hora de confiar su secreto en relación a la constancia de un incidente de carácter grave asociado a esa tecnología. No lo había divulgado públicamente porque intuía que eso tampoco habría servido, la

administración estaba ansiosa por liderar ese proyecto que ya estaban gestionando otras naciones rivales, y tan sólo habría puesto sobre el escenario elementos adicionales desestabilizadores... o incluso el hecho factible que fuera otra la nación que iniciaba esa andadura. Esa posibilidad junto con la del sabotaje o atentado preocupaban a Manley extraordinariamente porque esos eventos caían por completo fuera de su control, y su esperanza radicaba en que si existía un fallo él y su equipo fueran capaz de corregirlo a tiempo, o al menos compensarlo. Cualquier otra situación que escapara a su esfera de influencia sería forzosamente fatídica.

El bullicio de la sala de control de Houston era enorme. Manley nunca había contemplado al completo toda la magnitud del proyecto tan claramente como en ese momento. Sí, sabía que eran miles de millones de dólares los implicados en su desarrollo, decenas de miles de científicos e ingenieros, y al ver toda esa gente atareada en la inmensa sala de control de Tierra sintió vértigo. Desde su privilegiada posición, en un gabinete acristalado que se encontraba por encima del gran salón ovalado donde miles de técnicos y controladores conversaban frenéticamente por sus auriculares implantados, sentía el vértigo del mando... y también una profunda náusea. Era justamente lo que debía haber evitado... y no podía. El peso del destino lo aplastaba como una losa que no podía quitarse de encima.

Se había iniciado la cuenta atrás. Una voz masculina leía los dígitos en su cuenta regresiva con la solemnidad de un sacerdote que inicia un oficio sagrado. De pronto la gente pareció cesar en su ajetreo y todo quedó como en suspenso. Las voces cesaron y tan solo los pitidos de sensores e indicadores diversos parecían indiferentes a aquel momento de expectación.

Diez, nueve...

Sí, sabía lo que iba a pasar... pero no recordaba los detalles exactos.

Ocho, siete...

Tal vez no los recordara porque la comunicación que había mantenido... que iba a mantener, consigo mismo, había sido excesivamente breve.

Seis, cinco...

El Manley del futuro estaba demasiado agobiado por lo que estaba ocurriendo, y su yo del pasado demasiado perplejo para tomar nota de cada uno de los detalles. Había sido eso. Sí.

Tres, dos, uno...

¿Servirían las salvaguardas que se habían establecido para que el proyecto resultase con éxito?

Cero...

Una salva de aplausos lo despertó de su ensimismamiento. A su alrededor la gente vitoreaba. Era el viejo expresidente Larry el que le había tomado la mano y sacudido mientras sonriente le felicitaba. No había duda, la sonda Viajero I, no tripulada, había iniciado un viaje sin retorno. Equipada con un sistema de transmisión de entrelazamiento cuántico sería factible saber hasta dónde llegaba y en cuánto tiempo.

De momento era seguro que en la primera fracción de segundo del viaje había abandonado el sistema estelar. Había sido un suceso fulgurante.

Manley sonrió incrédulo. Los indicadores no dejaban ni sombra de dudas. ¿Sería posible que hubiera podido cambiar el presente, alterando lo que habría de venir? ¿En una bifurcación del tiempo había logrado que la Tierra tomara un camino distinto del desastre que tan certeramente él mismo se había anunciado? Pero... ¿no había sido acaso imposible alterar el resultado del atentado contra su vida de treinta años atrás?

Manley sudaba, anonadado por las ideas que aturullaban su mente. Alrededor la alegría de científicos, técnicos y políticos se le antojaba como un escenario de ensueño, como una pesadilla de la cual no lograba despertarse. Habría cena de celebración por todo lo alto. Él estaba invitado a una especialmente singular, en la que compartiría mesa con celebridades, empezando por el presidente de los Estados Unidos, de la ONU, y embajadores diversos, junto con Larry como ex-presidente impulsor de la misión, y otros científicos que habían realizado importantes aportaciones. Pero él no se sentía con ganas. Iba a declinar la invitación. Realmente lo que quería era regresar a casa.

Su instinto le decía que aquello no había acabado. Aún no había hablado con su Manley del pasado. ¿Podría evitar mantener esa conversación y así cambiar el bucle apocalíptico que había creado?

Llamó a Darcy desde su teléfono.

—¿Qué tal va todo? —saludó ésta según vio el rostro preocupado de Manley en el visor de comunicaciones holográfico.

—Va bien... va bien... parece ser que la sonda ha abandonado el sistema solar en una fracción de segundo —respondió Manley impaciente— ¿Y qué tal la Luna? ¿Cómo va todo en el observatorio?

Darcy se encontraba en el monte Lemmon, que era una de las estaciones vinculadas al proyecto Viajero. Manley al menos había conseguido dada su influencia, que sus preocupaciones fueran tomadas en cuenta. El mensaje más claro que recordaba haber recibido más de tres décadas atrás en el tiempo era en relación a la Luna, por ello había insistido en alejar el punto de partida de la sonda en un lugar distante de las órbitas terrestre y lunar. Aún así la tranquilidad que le había brindado aquella medida de precaución había durado poco tiempo.

—Creo que voy a ir para allá esta misma noche —comentó Manley visiblemente serio.

—No te preocupes cariño. Ten cuidado —le dijo Darcy con ternura.

El semblante de Darcy irradiaba amor y Manley se sintió consolado. Había sido una suerte compartir su vida con aquella mujer leal, bella e inteligente, pero sentía que como contrapartida había entregado una carga dolorosa. Manley al menos reconocía que Darcy le había enseñado a mostrar otra faceta de sí mismo, porque al amarla la vida le había resultado soportable... y hasta dulce. Sí, no podía renegar ni de un solo segundo de su vida transcurrido al lado de Darcy. Ahora, según mandaba

el guión, todo estaba próximo a su fin. Mientras Manley colgaba y dirigía su mirada en torno a sí y observaba la algarabía de la gente hablando, los operadores indicando la posición de la sonda, y todo el mundo entusiasmado por la posibilidad que se abría a la humanidad, él temía el momento en el que esa alegría encontrara su antítesis y se transformara primero en estupor y después en desesperación y miedo. Si había algo que hacer, si la humanidad tenía otra oportunidad, cuanto antes llegara al monte Lemmon más sólida sería esa opción.

Se despidió brevemente de Larry, saludó a algunos colaboradores cercanos indicando dónde iba a estar, e hizo mutis.

En el aparcamiento, de noche, una Luna llena reluciente e insensible que acaparaba el cénit ocultando con su presencia cualquier otra luz estelar, le saludó con su fulgor mortecino y claro.

\* \* \*

Los días que siguieron al lanzamiento de la sonda fueron de máxima tensión. Tan sólo Manley y Darcy parecían ser los únicos que no compartían el entusiasmo de todos sus colegas. Los medios de comunicación no habían logrado dar con el paradero de Manley, el artífice del proyecto, pero no faltaban caras conocidas en Houston que tuvieran problemas en ocupar su lugar y recibir las felicitaciones públicas ante los medios de comunicación. A Manley la notoriedad pública nunca le había atraído, es más, casi le repelía. En este caso le resultaba especialmente desagradable y no dudaba de que si alguien le hiciera una entrevista acabara desencadenando una ola de pánico general al advertir sobre los temores que albergaba. Pero no las tenía todas consigo, ni para mostrarse optimista, ni agorero.

Los compañeros de observatorio del monte Lemmon eran muy diferentes a los del equipo que encontrara Manley allí casi cuatro décadas atrás. Tan sólo Darcy, como directora, era la única cara con la que obviamente se sentía a gusto. Ella sí que manejaba al equipo con familiaridad y confianza, y empleando con cada cual el tono de voz de mando más apropiado, lograba que el equipo permaneciera centrado en las tareas de seguimiento que se le habían encomendado. Manley creyó intuir en sus formas las mismas que las de su desaparecido amigo. Ninguno de ellos comprendía qué relación tenía aquella sección del proyecto Viajero I con el viaje de la sonda. Por supuesto que estaban orgullosos de estar en nómina de lo que sin duda, incluso más que el Viaje de Cristóbal Colón, iba a ser la expedición más aventurada de la humanidad, pero no entendían exactamente cuál era su papel en aquel proyecto. La detección de anomalías gravitatorias en el sistema Tierra-Luna parecía algo irrelevante y si acaso hubiera existido algún riesgo de alguna clase, no en vano se había alejado la zona de creación del vórtice de singularidad en un punto en extremo alejado de la órbita de la Tierra alrededor del Sol, ya se habría detectado algo.

La presencia de Manley de forma casi continua y con su rictus de severidad e

incluso con su conversación vehemente y a veces casi colérica, había alterado el equilibrio del observatorio y acabado casi por completo con cualquier género de conversación intrascendente, trato coloquial, o señal de relajación. Ni siquiera Darcy había sido capaz de mitigar el genio de su marido. En cualquier caso sabía que se encontraban en los días críticos y no encontraba palabras de consuelo para algo a lo que a ella misma también le generaba un océano de incertidumbres.

Una de las sorpresas desagradables que tuvo Manley al regresar al monte Lemmon fue toparse con su viejo exolector siete. No había contado con ello, pero pronto comprendió el motivo. Hacía unos años se habían mudado de casa, a una más pequeña pero lujosa y confortable. No habían tenido hijos porque el pesimismo de Manley les había impedido mirar hacia el futuro con un mínimo de esperanza. Ese acontecimiento implicó dismantelar el laboratorio subterráneo de Manley y Darcy se ocupó de ello. Al parecer todos sus equipos habían acabado en algún desván de la Universidad de Arizona... salvo aquel exolector. Comprendió que Darcy había considerado que estando allí al menos ella lo tendría más a mano, y dada su trascendencia, tal vez fuera lo mejor. Manley descubrió que tenía la secreta esperanza de que aquel viejo aparato hubiera desaparecido de su vida y tal vez ello fuera un síntoma de que las cosas podrían ser diferentes. Al verlo sintió que su corazón daba un vuelco.

\* \* \*

Habían transcurrido tres semanas completas desde el lanzamiento de la Viajero I cuando llegó otro momento crítico de la misión. La sonda debía emerger de su estela de singularidad en una zona indeterminada de la zona más alejada del Brazo de Perseo, una de las líneas de estrellas y polvo que conformaban la espiral de la Vía Láctea, a unos cincuenta mil años luz de distancia. El sistema de comunicaciones de entrelazamiento debía enviar información estelar que confirmara ese extremo. Si fuera así, y todos los científicos confiaban en confirmar esa circunstancia, la Humanidad habría logrado eludir las leyes relativistas y convertir la Galaxia en un ecosistema estelar accesible y reducido. Las posibilidades resultaban tan ilusionantes como aterradoras, pero era claro que el presidente de los Estados Unidos no había eludido una responsabilidad con la Historia. El tiempo diría si se trataba de un acierto lucido o un craso error.

En el observatorio Lemmon se seguían mediante conexión en directo, como hacía en ese momento prácticamente la Humanidad entera, un seguimiento exhaustivo del acontecimiento. A pesar de que todas las cadenas de difusión retransmitían el evento, desde el observatorio gozaban del privilegio de constatar que la sonda confirmaba el éxito de la teoría de Manley. De hecho varias cadenas aguardaban en el exterior del observatorio para entrevistar al astrofísico una vez se diera la noticia.

Manley se había vuelto huraño con los medios de comunicación. La ilusión o la

curiosidad de los primeros tiempos se había metamorfoseado en antipatía. Había comprendido que la celebridad era en muchas ocasiones un inconveniente más que una ventaja, y que en el fondo a él, lo que le gustaba, eran las matemáticas puras y la creatividad, imponerse metas que eran sueños, sueños que se hacían reales.

La confirmación se estaba demorando.

Darcy y otros astrofísicos de los que Manley ignoraba hasta el nombre, revoloteaban en torno a las consolas de video que les mantenían en contacto directo con Houston. Manley no compartía ese espacio. Se encontraba en el extremo opuesto de la sala, en las consolas que habilitaban aquel observatorio como sede central de una serie de sensores gravitatorios que orbitaban en torno a la Tierra y a la Luna, e incluso en órbitas independientes alrededor del Sol. Todo iba normal.

Su mirada no obstante tropezaba de vez en cuando con el viejo exolector siete, que permanecía aparcado y operativo, aunque su monitor permanecía apagado. Aquella antigualla representaba para Manley el terror puro. Su presencia infundía en él un desánimo profundo... pero era incapaz de destruirlo. No sabía si aquella comunicación con el pasado, caso de producirse, serviría para cambiarlo todo... o para sentenciar a la humanidad indefectiblemente. Y esa duda lo atenazaba.

Jason había sido su mentor. El conocía gran parte de aquella situación diabólica, y también a él le había dejado decidir. Y Manley recordaba con pesar el sufrimiento que acompañó a Jason hasta sus últimos días de vida, incapaz de decidir si el pesado trasto debía ser destruido concienzudamente, ignorado o cuidado exquisitamente. Al final la desidia y el abandono habían decidido por ambos, y, fatídicamente, había quedado malparado allí donde aquella especie de profecía que él mismo había creado había dispuesto.

—¡Noticias! —exclamó un joven de color, de pelo corto, alto delgado de gafas gruesas. Era uno de los miembros más jóvenes del equipo. Había visto algo en una de las consolas que les mostraba la sala de control de Houston. Un grupo de científicos se arremolinaba en torno a varias mesas que disponían de amplios monitores. Empezaba a formarse un barullo en su derredor y ya se veían varios brazos levantados en señal de triunfo. Surgieron los primeros «hurras» y en pocos segundos estalló una algarabía de vítores y felicitaciones y aplausos. La sonda no tripulada Viajero I había llegado a su destino. Una de las maniobras más complicadas, deshacer la singularidad, había sido efectuada sin riesgo para la sonda, tal y cómo habían previsto los cálculos.

Varios monitores de la sala, conectadas a cadenas nacionales e internacionales empezaban a reflejar la noticia que tenía como telón de fondo multitudes aglutinadas en torno a pantallas gigantes que mostraban lo que sucedía en Houston, que a su vez pudo enlazar con el vídeo de la propia sonda. Las leyes inescrutables del entrelazamiento cuántico se ocupaban de hacer el resto; la humanidad podía ver en directo un sistema solar que se hallaba a más de cincuenta mil años luz, en el otro extremo de la Galaxia.



Los vítores también llenaron la sala del observatorio del monte Lemmon. Hasta Darcy estaba contagiada por la alegría de un momento tan emotivo y formidable. Ajeno a todo eso Manley permanecía quieto e impassible. Un pequeño pitido en uno de los monitores captaba toda su atención. Un sudor frío recorría sus sienes.

Más allá oía a los astrónomos descorchar varias botellas de champán estruendosamente y brindar sin miramientos. Los corchos volaban por los aires y el contenido de las botellas se derramaba por igual en copas preparadas para la ocasión como iba a parar al suelo. El respetuoso silencio que había impuesto Manley con su presencia en las últimas semanas se había diluido y olvidado. El acontecimiento no ofrecía lugar a ese aire severo y reservado del sexagenario Manley.

Un nuevo pitido se añadió al primero que sonaba intermitentemente.

Manley manipulaba la consola a fin de verificar lo que indicaban los datos. Preparó la interfaz holográfica y en la superficie de la mesa se contorneó una imagen tridimensional a escala del sistema solar. Manley manipuló la imagen a fin de centrarse en el sistema Tierra-Luna.

La holografía no sólo mostraba ese sistema, sino también indicaba en un color diferente al de los planetas, color verde, una esfera de indeterminación en color rojo. Era una esfera grande, lo cual evidenciaba una profunda alteración del campo gravitatorio. Manley se encaró con el monitor de su ordenador y empezó a efectuar consultas que resolvieran qué es lo que estaba visualizando. Necesitaba datos.

Un nuevo pitido se sumaba a los dos anteriores.

Mientras tanto la celebración continuaba, pero Darcy ya se había dado cuenta de que Manley no participaba del regocijo general. Es más, lo vio profundamente inmerso en un trabajo frenético. Observó que había activado la mesa holográfica y se acercó a él, situándose a sus espaldas. No preguntó nada, pero observó esa esfera roja, de un tamaño incluso superior a la Tierra, que figuraba en un lugar del espacio donde era imposible que hubiera nada. Contuvo un grito de sorpresa, pero su gesto de contrariedad detuvo en el acto la celebración del resto del equipo.

Las botellas se dejaron sobre las mesas y la media docena de astrofísicos se dirigió igualmente hacia la mesa holográfica, ya en silencio. La celebración en monte Lemmon había finalizado abruptamente.

—Pero... esto es imposible —musitó uno de ellos. Los demás le chistaron inmediatamente. Observaban que Manley seguía manipulando el programa y no querían alterar su concentración.

Finalmente se detuvo y se volvió hacia la mesa holográfica donde permanecían clavadas todas las miradas.

—Sí, efectivamente, tenemos una perturbación gravitatoria, con una potencia similar a la que podría representar un Neptuno, en una órbita que interfiere indudablemente el sistema Tierra-Luna. Como pueden observar varios satélites han triangulado la anomalía y espero que el resto lo confirme en breve. —Sentenció abatido.

—Pero Manley... ¿cómo es posible? —exclamó Darcy.

—No tiene sentido... No entiendo nada, pero así es... Lo único que me atrevo a decir ahora mismo es que los días de la Tierra están contados. —Manley no podía creer lo que decía. Tantos años luchando para evitar lo que explicaba en ese momento con voz sobria y pausada—. La Luna ha empezado a desplazarse ya fuera de su órbita habitual. Todavía es pronto para saber si colisionará con la Tierra o saldrá despedida en otra dirección... pero evidentemente las consecuencias para la Tierra no dejarán de ser fatalmente catastróficas de uno u otro modo.

Un silencio sepulcral reinaba en la sala.

—Hay que comunicar con Houston inmediatamente —musitó en voz baja.

Y entonces, al alzar su mirada, reparó en el exolector siete.

Su monitor se mostraba encendido. Manley se sorprendió enormemente. Nadie se había acercado a él... ¿cómo era posible? «¿Cómo? ¿Cómo?», se preguntaba repetidamente, casi colérico, mientras se levantaba y se dirigía casi corriendo hasta el mismo.

¿Y no era David aquel que mostraba el monitor?

Sí, no cabía duda, era David, que observaba la escena con el semblante completamente desencajado.

—¿Manley... eres tú? —dijo entre balbuceos.

Manley sintió un vértigo inconmensurable.

—¿David?

Después, sin pensarlo dos veces, desactivó el botón de comunicación. Una oleada de estupor se apoderó de él. Comprendía que acababa de ver el inicio de la tragedia personal de David... Pero había más, mucho más. Quedó cabizbajo frente al aparato, desconcertado.

Entonces sus ojos repararon en algo, en el suelo. Se trataba del corcho de una botella de champán que permanecía quieto y enigmático, ajeno a todo cuanto le rodeaba. Manley se sintió completamente anonadado.

El destino se había burlado de él.

## Capítulo 59

El entusiasmo había cesado por completo. Después de que el ánimo entre los presentes del observatorio Lemmon se congelase, fue Darcy la encargada de hacer la llamada a Houston.

Tardó bastante tiempo en que le pasaran lo comunicación al director de la NASA y aún mucho más desde que éste empezó a tomarse en serio las explicaciones de la veterana astrofísica. Finalmente fue Manley el que salió de su mutismo y se sentó junto a su mujer y con mala cara empezó a explicar con más detalles lo que estaba sucediendo.

El director de la NASA, Brian Costello, fue perdiendo paulatinamente el color de la cara, palideciendo gradualmente a medida que comprendía. Llamó a su lugarteniente y poco a poco el alborozo que reinaba en el gran salón de seguimiento de la misión fue mitigándose hasta apagarse por completo. Junto al director de la NASA se había sentado un nutrido grupo de científicos que no daban crédito a lo que oían. Pero finalmente consiguieron corroborar la información que mostraba el observatorio Lemmon. La Luna había variado su órbita.

Cuando se confirmó finalmente Manley le miró fijamente con cara de «te lo advertí». Brian Costello eran de las pocas personas a las que Manley, diez años atrás, había explicado su aviso de lo que estaba por venir.

Siguieron unos minutos tensos en los que tanto los astrofísicos de Monte Lemmon como los de Houston trataron de establecer qué es lo que iba a suceder a continuación habida cuenta la perturbación gravitacional que había surgido inesperadamente.

Compararon los resultados en ambos centros.

—Pasará, dentro de algo más de un mes muy cerca de la Tierra, para después dejar nuestra órbita y perderse en camino del sistema solar exterior... No sabemos si se cruzará con algún gigante gaseoso —comentó el director de la NASA según observaba los datos que sus colegas le iban pasando. Era un hombre grueso, de amplia calva, cuya camisa blanca estaba manchada de sudor. Hacía tiempo que su corbata estaba descompuesta.

Manley corroboró esos cálculos fríamente.

—Sí... a nosotros nos da el mismo resultado. Siempre y cuando la anomalía se mantenga en esa posición, claro. Ahora, si me permiten, me gustaría encerrarme en mi despacho. Necesito saber cuál es el origen de dicho fenómeno. Conociéndolo tal vez podamos hacer algo para compensarlo.

Ambos hombres se despidieron y la nube de científicos que se acumulaba en su derredor se fue desvaneciendo. Manley se quedó frente al intercomunicador, en cuya pantalla negra veía reflejado el rostro preocupado de Darcy. Su mano derecha descansaba con ternura sobre su hombro.

Manley también vio reflejada en el monitor otra cosa, el viejo exolector siete, que

parecía aguardar una cita ineludible ante la cual sintió un profundo desagrado. Debía tener esa conversación. Al menos era la única forma de que, sabiendo él que iba a suceder aquel evento, pudiera hacerse algo que lo menguara o evitase, aunque bien cierto que parecía que nada podía hacerse.

Se acercó a la consola y la activó.

La pantalla titiló, hasta fijar una imagen que se fue aclarando poco a poco.

«Verse a uno mismo con casi cuarenta años menos no resulta sorprendente. Lo que sí es verdaderamente una conmoción es poder hablar con esa imagen», reflexionó pausadamente Manley antes de decir palabra.

—Hola Manley —Manley sintió un hormigueo en todo su cuerpo. Saludarse a sí mismo empleando el propio nombre le producían una impresión esquizofrénica. Una sensación como de náusea se apoderó de él. Verse casi cuarenta años más joven, mirándolo con cara de sorpresa e incredulidad, resultaba perturbador. ¿No era acaso el experimento que él mismo había diseñado? «Cabía esperar un poco más de fe en mí mismo», se dijo mordaz.

—Hola —repuso el más joven.

—Bien. Sabemos que por la razón que sea esta va a ser la última comunicación intertemporal entre nosotros dos así que paso a comentarte las cuestiones que habrás de tener en cuenta en relación a la evolución de la tecnología... e incluso a ti personalmente.

Manley joven asintió.

—Has de saber que ese joven, Jeremy, va a intentar matarte. Obviamente no lo conseguirá, pero deberías solicitar escolta durante un tiempo para hacerle desistir de sus propósitos. Si no acabarás en silla de ruedas una buena temporada. Cuida tus espaldas. ¿Me oyes?

—Ok, entendido. ¿Qué más?

El viejo Manley carraspeó. Quería elegir bien las palabras.

—En unos años, Manley, se va a iniciar una carrera espacial entre las naciones de la Tierra. Estados Unidos querrá ponerse al frente de la misma y proyectará la misión Viajero con el objetivo de enviar una sonda espacial a cincuenta mil años luz de aquí... que llegara a su destino en un periodo muy corto de tiempo. Un mes aproximadamente.

Dejó que su yo joven digiriera esa información, que al oírla emitió un largo silbido.

—Este proyecto será plausible gracias al perfeccionamiento de tu teoría de la gravedad modificada y a un gran cúmulo de avances científicos propiciados por la exotecnología, pero... has de saber que va a salir mal. Una perturbación gravitatoria, probablemente originada por la misión alterará la órbita de la Luna. Se trata de un efecto colateral que cuyo origen se me escapa. Algo está mal en la teoría.

—¿Es grave?

—Estamos calculándolo, pero sospechamos que el sistema Tierra-Luna ha

cambiado su trayectoria y se disolverá. La Luna saldrá despedida en una órbita abierta hacia las regiones exteriores del sistema solar.

—¿Y la Tierra?

—La Tierra reducirá su radio de... —Manley decidió dejarse de eufemismos y sacudió la cabeza— caerá hacia el Sol en órbitas cada vez menores... pero en relativamente pocos años se incinerará en la corona solar.

Observó como su yo del pasado se quedaba lívido.

—No sabemos la causa, ojalá te la pudiera decir. Hasta que no lo averigüemos estamos a ciegas... y como comprenderás la Luna es imparable. Los militares están hablando de crear armas de destrucción planetaria partiendo de conocimientos alienígenas de dudosa fuente... Pero el tiempo corre en nuestra contra. No sé si tendremos oportunidad de corregir esto. Y aunque pudieran, eso no alteraría la órbita de la Tierra.

Manley se sentía sin ánimos de conversar más, y su alter ego del pasado se había quedado conmocionado. Manley recordaba perfectamente lo que había sentido. Mucha información en poco tiempo y su yo más joven se encontraba colapsado. Recordaba que apenas había prestado atención a la amenaza de Jeremy, sino que toda su capacidad se había volcado en el reto del viaje espacial. Había planeado algo mal. Allí, en ese preciso momento, había nacido una obsesión que había ocupado por completo su mente y su existencia... y, ¿todo eso para qué?

Una frase acudió a él con una fuerza inusitada.

«Todo está cumplido».

## Capítulo 60

Los días previos y los que siguieron al lanzamiento de la sonda fueron de euforia mundial. La gente se imaginaba emprendiendo aventuras que hasta la fecha habían sido territorio vedado de la ciencia ficción. Explorar nuevos planetas y colonizarlos estaba al alcance de la mano. Surgían empresas como setas dedicadas a instruir a los aspirantes de las futuras misiones tripuladas. El imaginario colectivo había sido hipnotizado por lo que suponía hacer viable el viaje espacial a otros sistemas solares. Ya por entonces la humanidad contaba con un amplio repertorio de exoplanetas en lista de ser susceptibles de colonización de los que no se tenía noticia alguna que estuvieran habitados por razas inteligentes. La venta de youbugs ya de por sí elevada, se disparó.

Pero esa euforia se apagó bruscamente cuando sólo dos días más tarde un boletín de la Casa Blanca alertó por una inesperada consecuencia del viaje de la sonda Viajero. El boletín remitía a una rueda de prensa que se dio desde la NASA y que Manley, furioso, rechazó participar, alegando que él ya había advertido de aquel desastre a las personas pertinentes y que había sido ignorado. Amenazaba con sacar a la luz la prepotencia de varias administraciones que le habían desoído, amenaza que sirvió para que su petición fuera aceptada. El encargado de explicar con detalle lo que estaba sucediendo con la Luna fue Brian Costello.

A partir de ese momento estalló el caos.

Pero Manley quería estar al margen de la vorágine que había más allá del observatorio, por lo cual se recluyó allí junto con Darcy. El resto de los astrofísicos no tuvieron la sangre fría suficiente para permanecer al pie del cañón acompañando a un científico malhumorado cuyas matemáticas les resultaban inalcanzables, y así, uno a uno, dejaron de acudir a su cita de trabajo diario. Las cosas se estaban poniendo muy feas en la ciudad y preferían estar junto a los suyos. Manley lo entendía a regañadientes.

Los días transcurrían frenéticos. Darcy le acompañaba sin poder apenas ayudar en otra cosa que no fueran labores accesorias pues se daba cuenta de que cuando quería ayudar a Manley con su Teoría se convertía más en un estorbo que en un refuerzo. Se preocupaba de preparar la comida, exigua, pues no se atrevía a abandonar el observatorio ya que las noticias alertaban de saqueos y actos de violencia por todo el país, y Tucson no era una excepción. De día y de noche se observaban en el horizonte humaredas de fuegos que no eran sofocados. Ajenos a toda aquella violencia, el observatorio parecía un oasis de tranquilidad en las que las conversaciones que mantenían giraban siempre en torno a lo mismo.

La anomalía se estaba disolviendo. Parecía en principio una buena noticia... pero el mal estaba hecho. Como el jugador de billar que ha golpeado una bola y se retira, poco importaba ya qué fuera de él, la Luna y la Tierra habían sufrido un súbito empuje que las habían sacado de sus órbitas y la situación resultaba incontenible.

Dormían en los sillones de la sala de juntas, y aunque Darcy se esforzaba en que el ambiente fuera ordenado y limpio, el hecho de vivir en unas instalaciones que no eran apropiadas para pernoctar conferían a todo un aspecto precario y pobre. Ropa tendida aquí y allá, vajilla de plástico acumulada en papeleras saturadas, comida preparándose en un hornillo... Mientras tanto, en el exterior, azotaba una ventisca le otorgaba a aquel ambiente una sensación de supervivientes de un naufragio haciendo lo posible por subsistir. O al menos eso era lo que pensaba Darcy, pero evitaba mostrar sus miedos a Manley para no desconcentrarlo de su trabajo.

\* \* \*

Darcy observaba la lluvia que golpeaba las cristaleras de la sala de reuniones mientras contaba los segundos transcurridos entre el estallido luminoso de un relámpago y el retumbar del trueno. Su mirada se distraía en las gotas de agua resbalando por el cristal mientras su pensamiento languidecía.

En ese estado de ensimismamiento en el que verdaderamente no pensaba en nada, sino que sus sentidos captaban todo a su alrededor, se dio cuenta de un tono cantarín, como un tintineo de cristales, que no encajaba en todo aquel entorno. Manley permanecía quieto como una estatua sedente, sus manos enterradas en sus sienes y su mirada clavada en los documentos que repasaba una y otra vez. Era la viva imagen de la desesperación.

El sonido volvió a repetirse, y esta vez Darcy comprendió que venía de un lugar alejado, casi en el otro extremo del salón de trabajo del observatorio. Sin los pequeños claustros que significaban los antiguos departamentos, demolidos cuando el observatorio recibió fondos para actualizarse y formar parte del programa Viajero I, la zona de trabajo se había convertido en una estancia amplia y agradable, de diseño vanguardista pero confortable.

Darcy se encaminó hacia las consolas que permanecían encendidas siguiendo las perturbaciones gravitacionales que estaban estudiando. Entonces el sonido volvió a repetirse, esta vez a su espalda. Retrocedió. Un nuevo pitido la encaminó hacia uno de los lugares menos frecuentados del salón. Quitó un plástico protector que cubría un aparato. El sonido sonó claro y perceptible, procedía de allí.

—¡Manley!

Manley gruñó. Era el tono de voz que indicaba que no quería ser molestado bajo ningún pretexto.

—Manley, por favor —suplicó Darcy.

Esta vez Manley alzó la vista... y lo que vio le sorprendió.

Darcy había descubierto un plástico que exponía de nuevo a la luz el exolector siete. Aquella era una situación inesperada.

—Parece que estás recibiendo una llamada.

—¿Cómo...?

Manley no salía de su estupor. Aquello no tenía ningún sentido. ¿Quién podía llamarle desde el pasado que no fuera él mismo? Pero bien sabía Manley que no podía ser él. Después de la primera comunicación había puesto el exolector a buen recaudo. Era imposible que sólo una semana después de que él mismo lo hiciera décadas atrás, nadie hubiera accedido a aquel aparato y pudiera realizar aquella llamada.

Cuando se acercó al monitor del aparato comprendió.

—No... no se trata del exolector, Darcy... No sé por qué demonios me has molestado —Manley sintió que la furia se agolpaba en su cabeza. Su estado de ánimo hipersensible le llevaba a enfurecerse con facilidad. Pero Darcy que lo conocía bien, solía tranquilizarlo como a una bestia domada, a veces con unas palabras, o con un simple gesto o una mirada. Manley estaba a punto de pedirle explicaciones malencarado, cuando aquel leve tintineo cristalino se repitió de nuevo, provocando su desconcierto absoluto.

—Ese sonido... no es del exolector, Darcy —susurró.

—Pues proviene del interior del aparato, sin duda —rebatía Darcy, segura de lo que decía.

Manley negó. Él había fabricado aquellos dispositivos... o más bien los había diseñado y el laboratorio de Boulder los había ensamblado. No disponían de un sistema de sonidos tan sofisticado. Las llamadas incorporaban unos molestos pitidos, no un sonido angelical como aquel.

—Tú lo has dicho Darcy... proviene del interior. Hay que abrirlo para ver qué es... Rápido, un destornillador, por favor.

Y entonces iniciaron una alocada búsqueda de algo tan sencillo como un simple destornillador. Pero no era una herramienta fácil de encontrar en el nuevo observatorio Lemmon. Revisaron cada cajón, acudieron a todos los cuartos de las instalaciones, y todo se encontraba dispuesto en un orden y meticulosidad irreprochables, pero no había ninguna caja de herramientas. Miraron en sus respectivos vehículos y se devanaron los sesos en pensar dónde podrían localizar ese utensilio sin iniciar un peligroso viaje a Tucson.

Manley gritaba furioso, incontrolado, pensando que tal vez estaban a punto de realizar un descubrimiento esperanzador pero que todo iba a perderse por no disponer de algo tan sencillo como «ese maldito chisme».

Finalmente Manley salió al exterior a echar un vistazo a las instalaciones cercanas al Observatorio. Al cabo de diez minutos que resultaron larguísimos para Darcy, Manley regresó completamente empapado y con la cabellera canosa revuelta. Su mirada chispeante, a través de sus pequeñas lentes de cristal redondo, parecía la de un demente.

Con furia arremetió contra la tornillería de la carcasa del aparato. Uno a uno fueron cayendo los tornillos al suelo, que Manley ni se molestaba en recoger, mientras Darcy paseaba nerviosa a su alrededor. Finalmente, entre juramentos y



sacudidas, Manley logró desarticular la carcasa inferior del aparato. Allí, en el interior, asegurada con cinta aislante, un youbug anaranjado chillón emitía una señal inconfundible de llamada.

Era un modelo antiguo, debía tener unos veinte o treinta años aproximadamente, Manley no era un forfofo de ese tipo de aparatos y no sabía determinar su edad aproximada. Indudablemente su batería era buena, aunque hacía ya mucho tiempo que los youbugs se fabricaban con baterías especiales de muy larga duración porque, caso de que el aparato se quedara sin suministro eléctrico, por muy leve que fuera la carga, la trampa cuántica que encerraba en su interior se desactivaba y se perdía irremisiblemente la partícula entrelazada. Aquel aparato podía llevar en aquel escondite décadas, en un estado latente, que le había permitido mantenerse activo.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó Manley mientras apoyaba delicadamente el aparato sobre la mesa de reuniones. Darcy se sentaba junto a él, impaciente.

Entonces el timbre se volvió a activar. Se trataba de una llamada.

—Los youbugs son aparatos para comunicaciones interesstelares, Darcy... ¿qué clase de broma es ésta?... ¿tú sabes algo de esto...?

—Manley, por favor. Tengo la misma idea que tú sobre lo que representa esa llamada... por favor contesta —suplicó.

Manley dubitativo apretó el botón de respuesta.

El monitor del youbug parpadeó brevemente antes de que la imagen se estabilizara.

—Hola —exclamó alguien desde el otro lado de la línea.

Darcy y Manley pegaron un respingo. Darcy además emitió un grito de sorpresa. De entre todas las comunicaciones que se les habría pasado por la cabeza, aquella resultaba la más insospechada de todas. Jason les sonreía desde aquel pequeño monitor algo más grande que la palma de su mano. Y parecía gozar de muy buen aspecto...

—Pero... Jason... tú...

—Si... yo es probable que esté muerto... pero de verdad... es algo que no quiero saber ni remotamente. Ni cuándo ni dónde, ¿entendido muchacho?...

«¿Muchacho?», pensó Manley... si en la imagen Jason parecía más joven que él mismo.

De pronto se hizo la luz en la mente de Manley.

Aquel Jason que tenía ante sí era el mismo de los primeros días, tras el contacto, varias décadas atrás. Estaba teniendo lugar una comunicación intertemporal.

Manley sintió un cosquilleo en su columna vertebral.

—Cuéntame Jason, por favor —suplicó.

—Este es un experimento Manley... del cual desconozco el resultado. He hablado contigo varias veces del incidente del futuro en las últimas semanas. Me has dicho la fecha y en qué consistía... pero sobre todo, la preocupación que ha carcomido tus entrañas estos años... Desde entonces puedo decir que lo mismo ha acontecido

conmigo. Mi ánimo, al saber que hiciéramos lo que hiciéramos, estábamos condenados, se encontraba bajo mínimos. Saber que va a suceder algo inesperado contra lo cual la gente de tu tiempo no podríais solventarlo, y como consecuencia la Tierra sería destruida, no es precisamente un conocimiento que ayude a vivir con esperanza... Y como no estaba dispuesto a vivir el resto de mi vida ensombrecido por un nubarrón semejante he decidido actuar Manley.

—Ya... veo... —murmuró Manley desconcertado.

Jason sonrió.

—Bueno... tal vez esta locura mía sea capaz de buscar una solución a ese entuerto. En primer lugar, como ya ves, me dije que era necesario fabricar otra máquina de comunicación temporal, como tu desgraciado exolector siete. Puedes comprobar que he sabido hacer mis pinitos, Manley, y modifiqué este youbug... aunque bien es cierto que tuve que pedir muchos favores. Pero ya sabes... en estos momentos tengo mucha mano izquierda con el presidente de la nación —Jason guiñó un ojo—. Por cierto Darcy, te veo estupenda.

—Viejo bribón... era a ti al que menos esperaba encontrar aquí y ahora... pero por favor Jason, date prisa, ¡cuéntanos!

—Bien, bien... calma, que tengo que explicarme en orden. Como comprenderéis había un obstáculo insalvable. Hiciéramos lo que hiciéramos, si encontrábamos una solución antes de tu famosa comunicación intertemporal, estaba claro que sería una solución errónea que no serviría para nada... porque de lo contrario tú no habrías hablado contigo mismo en los términos en los que lo hiciste. Esa conversación se iba a dar... y bien... si yo, de alguna manera, contribuía a encontrar una solución, esta debía aparecer después de tu conversación, y subrayo «después», nunca antes de...

—... porque de lo contrario no habría sido una solución... —terminó Manley— correcto, sí.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿De qué estás hablando Jason? —Darcy observaba la conversación completamente desconcertada.

Jason sonrió de nuevo.

—Como os digo, yo al menos necesitaba vivir con una esperanza en algo. No podía conformarme con saber que daba igual buscar respuestas si éstas eran erróneas. Quería encontrar una solución y guardarla... para dártela después del incidente.

Manley sonrió y se ajustó las gafas.

—Pero Jason. Las mejores mentes, todas las universidades del planeta, incluso muchas razas alienígenas han colaborado con nosotros... y la teoría y la práctica parecían correctas... y sin embargo ya ves el resultado de la misión.

—Bueno, yo contaba con un poderoso aliado. Una raza sabia e inteligente... es verdad que extraordinariamente reservada, de la cual te fui dando puntuales reseñas, conforme tenía contacto con ellos.

—Los recuerdo —murmuró Manley— los legoranos, ¿no?

—Así es... los legoranos... Nunca te lo llegué a decir. Eran una raza que existió

hace miles de millones de años atrás. Tal vez evolucionaran hacia algo no meramente material. En cualquier caso te idolatraban...

—¿A mí?

—Sí, tú, como creador del código estelar.

—Pero si yo...

—Bueno Manley... te dejo ese dato para que te comas la cabeza en tus ratos libres, pero no me interesa elucubrar con ello ahora. —Jason sonrió ampliamente—. Ellos se pusieron a trabajar en el problema hace un par de años, cuando conseguí sonsacarte de una dichosa vez en qué diablos ocupabas tu tiempo libre y ponías esa cara tan seria a todas horas. Eras peor que una ostra terca, no había forma de abrirte muchacho.

—¿Y han encontrado una solución?

—Eso Manley te aseguro que no lo sé.

—Pero entonces... ¿esta comunicación para qué sirve? No tiene sentido y estamos desesperados.

—Bueno Manley, yo estoy hablándote desde treinta y tres años antes del incidente. Queda para mí mucho tiempo por delante, ¿comprendes?

Manley sacudió la cabeza, perplejo.

—Adelante, Jason, sigue por favor —suplicó ahora Darcy.

—Mi pequeña Darcy, siempre te quise como a una hija. Me alegro tanto de ver tu carita.

—Ah, viejo gruñón —protestó ella— si ahora parezco que yo soy tu madre.

Ambos rieron. Jason recuperó la conversación.

—Como muy bien ha intuido Darcy, yo, Manley, tengo muchos años de comunicación con los legoranos por delante. Les he pasado tu teoría de la gravedad modificada y están estudiándola... y te preguntarás ¿cómo vas a contactar con ellos ahora? Bien, es verdad. No sé donde estará mi viejo aparato de exocomunicaciones con el que hablo con los legoranos en vuestro tiempo. Seguramente en el desguace. Tenía que articular otro método que superase los avatares del destino... asegurarme que esta comunicación tenía lugar, así que por eso ideé esta estrategia. Pensé, ¿dónde estará ese viejo y desgraciado chisme del demonio de Manley? Es ahí donde tengo que poner mi youbug modificado porque ahí lo encontrarás —Jason chasqueó con los labios—. Escucha con atención, Manley.

Jason hizo una pausa y sus ojos parecieron más inteligentes que nunca.

—En mi vieja casa de Tucson hay un jardín. Enterrado en el mismo, junto a una pequeña fuente de piedra, encontrarás una caja de seguridad. Su contraseña de apertura es 2244. Si no me equivoco, Dios quiera que no, en los próximos años los legoranos habrán dado con la solución a los errores de tu teoría. Si eso es así, en el interior del cofre encontrarás tu tesoro.

—¿Y si está vacío?

—Bueno, Manley... eso no lo sé. Prefiero vivir los años que me quedan por

delante con la esperanza de que un día esa raza me trasmite la solución y yo te la pueda hacer llegar a ti por ese medio.

Los tres permanecieron en silencio.

—Bueno chicos... me encantaría seguir conversando con vosotros, pero no sé si os dais cuenta de lo peligrosa que resulta esta comunicación. Me da verdadero miedo... o pánico... o náuseas, todo a la vez, qué demonios, saber nada de lo que me espera en el futuro como si fuera una maldita profecía. Incluso las buenas noticias pueden hacerme perder la ilusión... por no hablar de las negativas que pueden convertir lo que me quede de vida en un infierno. Lo cierto es que no quiero saber nada de nada.

—Lo comprendemos Jason —contesto tiernamente Darcy. Manley asintió.

—Ha sido un placer veros juntos y felices aunque estéis viviendo unas horas amargas, os deseo que pronto tengan fin. Espero que este esfuerzo haya merecido la pena pero sabed que no quiero tener nuevas comunicaciones intertemporales. Si todo se arreglara es verdad que sería gratificante saberlo... pero si esperase por una nueva comunicación que nunca llegase sabría que eso implica un desenlace funesto en el que no quiero ni pensar y lo único que lograría es convertir mi propia existencia en algo deprimente. Alguien ya lo dijo una vez, la ignorancia es la felicidad —Jason sonrió enigmático—. Así que, después de finalizar este contacto, destruiré este youbug. No quiero padecer ningún tipo de síndrome de Casandra. Bastante he tenido ya. Adiós muchachos.

La pantalla permaneció activa unos segundos más hasta que finalmente el rostro de Jason se desvaneció mientras en su semblante se dibujaba una sonrisa agrídulce.

Manley y Darcy cruzaron sus miradas incrédulos.

\* \* \*

Las horas siguientes resultaron frenéticas. Manley utilizó sus recursos políticos más influyentes pero no gozaba de buena reputación. Su carácter en todo lo relacionado con el Viajero I había sido agrio y antipático. Siempre había insistido en cancelarlo y atacaba el entusiasmo de los políticos y a la administración pública en general con una implacable mordacidad. Y eso le había granjeado una merecida impopularidad.

Al primero al que llamó fue a Larry. Por supuesto que él ya estaba retirado de la vida pública, pero allanó mucho el terreno. La administración pública se desmoronaba a ojos vistas. El absentismo era cada vez más agudo. Ante la conciencia del fin ¿de qué servía nada? No había siquiera una estrategia desdibujada que pudiera alardearse ante la opinión pública para sembrar un mínimo de esperanza y entre las propias filas de las fuerzas armadas se daban casos de desertión a diario. Lo mismo sucedía con los cuadros de toda índole; sanidad, justicia, policía... Y los políticos no resultaban una excepción.

Pero una llamada siguió a otra, y tras una incansable labor al teléfono, Manley y Darcy consiguieron una escolta hasta la antigua casa de Jason. Un equipo especial le acompañaba. Tumbaron la puerta principal, llegaron al jardín y encontraron la pequeña fuente de piedra. Dos operarios armados de pequeñas palas cavaron rápidamente bajo un diluvio. La noche era intensamente fría y Darcy y Manley iban pertrechados con sendos impermeables militares. Tiritaban violentamente.

—Aquí hay algo metálico —indicó uno de los operarios.

—Extráiganlo —ordenó Manley implacable.

Unos minutos más tarde en el salón de la casa, Manley conseguía abrir el mecanismo de apertura. Levantó la tapa de la caja aguardando encontrar algo... y allí estaba, un pesado mamotreto, de unas trescientas páginas.

—¡Por Dios! —exclamó Darcy con alegría.

Manley suspiró mientras se preguntaba qué demonios era aquel tratado. Una ola de alegría lo inundaba mientras ojeaba rápidamente el libro. En poco tiempo comprendió su estructura. Un estudio comparado de su teoría de la gravitación modificada con otra muy similar, tal vez la teoría correcta. Aquello no era tan sencillo de interpretar. De pronto se encontró releendo una página una y otra vez... No entendía.

—Llévenos de vuelta al monte Lemmon. —Le indicó al oficial al mando—. Allí tengo equipos... necesito estudiar esto con calma. Ver qué significa y qué implicaciones tiene.

En el vehículo murmuró preocupado a Darcy: «No va a ser tan sencillo, no sé si vamos a tener tiempo».

## Capítulo 61

Manley se incorporó del suelo donde sentía que había permanecido tendido largo tiempo. Su cuerpo clamaba dolorido un descanso, pero un miedo cerval se sobreponía sobre el resto de confusas sensaciones de entre las que destacaba un clamor apocalíptico, un retumbar sordo que afectaba a todo en su derredor.

La tierra vibraba en un terremoto interminable.

No podía creer que justo entonces, justo cuando había encontrado la solución, los acontecimientos se precipitasen.

Había trabajado intensamente en los últimos días, estudiando a fondo el tratado de los legoranos, comprendiendo cada vez mejor cuál era el equívoco que había llevado a construir una sonda que no resolvía adecuadamente la singularidad creada. Su teoría no era errónea, sino incompleta. Esa era la causa de que la singularidad creada por la sonda, una vez que se llegaba al destino, no se disolviera como una pompa de jabón, sino que rebotara hasta su punto de origen, ocasionando la perturbación gravitatoria que aunque su fuerza ya menguaba considerablemente, había obrado el poder de alterar mortalmente el sistema Tierra-Luna.

El polvo del cemento desmenuzado flotaba irreal en el aire, mientras las luces de su despacho iban y venían. En la semioscuridad Manley palpaba el suelo. Necesitaba imperiosamente localizar su portátil. Sus manos frágiles le parecían ancianas y torpes. Al fin dio con la funda de cuero que recubría el pequeño ordenador y miró en torno a sí. Parecía que todo estaba cambiado de lugar, los muebles arrinconados por los temblores, junto a la pared. Una estantería caída impedía acercarse siquiera a la puerta. Tironeó de la misma pero sus fuerzas eran escasas. Se sentía como un viejo decrepito. A duras penas, casi a cuatro patas, logró sortear el mueble caído, y a pesar de las vibraciones del suelo, se situó junto a la puerta.

Manley no recordaba la última vez que había salido del despacho. El gobierno, o lo que quedaba de él, le había asignado un grupo de tropas de élite para que custodiaran el observatorio hasta el último momento y le permitieran centrarse en su trabajo. Por otro lado un grupo de ingenieros y científicos aguardaba en Houston a que Manley les diera instrucciones, porque había una esperanza y esta tenía un nombre, la sonda Viajero II, una réplica de la primera, con la que se contaba para una misión similar a la de su antecesora. Manley había comprendido que usándola adecuadamente, realizando la maniobras acertada entre las infinitas posibles, e introduciendo nuevos parámetros de funcionamiento, sería capaz de compensar las perturbaciones creadas. Se trataba de una peligrosa carambola cósmica, pero era una opción factible. Trabajaba en línea con el centro de investigación Ames, de la NASA, y acababa de recibir el resultado de sus cálculos.

El edificio del observatorio gemía cruelmente, como una bestia moribunda, o como una caja de sonajero que un niño agita ignorando que en su interior una hormiga pelea por su vida. «¿Dónde estaba Darcy?».

Consiguió abandonar su despacho. Ahora que tenía la solución... le preocupaba Darcy. Observó unas piernas, con uniforme y botas, que indicaban donde un cuerpo yacía sepultado por escombros.

—¿Darcy? —murmuró.

Las puertas del observatorio estaban abiertas, deshechas. A sus espaldas se oían cascotes que caían, cristales rotos... el caos. En un último vistazo hacia el interior de la sala de control observó su viejo exolector siete, despedazado por un gran mole de hormigón. El piloto rojo que indicaba su capacidad operativa se hallaba irremisiblemente apagado.

Por fin salió al exterior. Tenía que enviar las instrucciones. Coordenadas, datos... un archivo con todo lo necesario para programar al Viajero II, lanzarlo al espacio a un punto tal que sus efectos contrarrestaran la influencia de la perturbación primera y devolvieran a la Luna y a la Tierra a sus órbitas originales. Era una maniobra precisa en la que llevaba trabajando días. Y tenía al fin, una solución que resolvía un sistema de ecuaciones endiabladamente complicado. Y la sonda debía activarse en el segundo preciso, en el punto exacto del espacio... «¿serán capaces?».

Pero a pesar de la atmósfera cargada, una luminosidad insana confería al paisaje un aspecto irreal, como de ensueño. Elevó la vista al cielo, y en la noche, descubrió la Luna, una Luna amenazadora y cercana...

La Luna abarcaba medio horizonte bañando la noche de la Tierra con una luz pálida pero potente, que era capaz de atravesar aquella atmósfera caliginosa e iluminar la oscuridad como un raro día de niebla. Era fácil distinguir sus montañas, sus cráteres contoneados pero abruptos, las sombras en los valles dibujando puntiagudas siluetas. Su cercanía, la nitidez de sus detalles, quitaba el aliento.

Pulsó el botón de comunicaciones. Su interfaz estaba a un nivel mínimo de batería. Sería imposible una comunicación visual... ni siquiera por voz. Era un último intento.

—Dios mío, —exclamó— cuarenta años para prever esto... y ahora me va a faltar tiempo...

Manley cayó de rodillas en el suelo y lloró, suplicó, rezó. Junto a él apareció Darcy, que arrodillándose junto a él, le abrazó. Por encima de ambos el dios de la noche, un dios cruel y despectivo para con el Hombre, parecía abalanzarse sobre ambos.

Un tímido bip de la consola anunció un mensaje críptico.

«Houston. Mensaje recibido».

## NOTA DEL AUTOR, AGRADECIMIENTOS, Y CONSIDERACIONES PREVIAS AL EPILOGO

He de decir en primer término que fueron varios los colegas que recibieron la copia de este manuscrito previamente a su difusión. Algunos de ellos se sintieron realmente sorprendidos, y no miento si digo que también algunos otros se enfadaron en gran medida al sentirse reflejados en este relato, pues aunque se han variado los nombres, resultaba fácil reconocerse entre sus protagonistas. En mi descargo diré que no es fácil realizar un relato como éste y respetar una relación de hechos y personajes sin que haya personas que se sientan aludidas.

Una de las paradojas de la comunicación intertemporal —es una convicción personal nacida de la experiencia— radica en la afirmación que dice que el saber lo que va a ocurrir no altera lo que ha de ocurrir. Otra manera de enunciarlo es sostener que el hombre que conoce su destino no puede cambiarlo. Parecería por tanto que somos dados en manos del dios Destino y que todo está escrito. Y sin embargo si algo he aprendido de todo esto es la certeza de que lo importante no es lo que ha sucedido, tanto en el pasado como en el futuro —si me permiten hablar de esta manera— sino el cómo lo afrontamos, nuestra actitud. Este convencimiento firme me costó muchos años de amargura que viví, estúpido de mí, sin comprender esto que afirmo ahora. Y es precisamente esa comprensión de nuestra libertad la que me ha permitido arriesgarme a contar todo lo que está por venir sin miedo alguno. Debo admitir también que hubo otras dos razones que me animaron a escribir mis memorias y enviarlas finalmente a una época histórica relativamente anterior al inicio de los hechos. En primer lugar por tratarse de un ejercicio de divertimento personal e incluso curiosidad por verificar la inalterabilidad de lo inevitable. Y en segundo lugar por un infantil orgullo en el que reclamo la fama, no solo de cara a la posteridad, sino también incluso en tiempos pretéritos (ése es un capricho que pocos pueden permitirse). Esta última idea ciertamente me hace sonreír y es consecuencia tal vez de que mi ánimo, en ésta última época de mi vida, se ha vuelto más alegre y optimista... y sí, también algo más mordaz, no lo puedo evitar. Cosas de la edad.

Parecía además oportuno aclarar algunos cabos sueltos de la historia de la evolución de nuestro sistema solar, que por desconocidos en los principios del siglo XXI en nada se altera que su conocimiento se adelante unas pocas décadas, y es que además de fascinantes, tienen cierta relación con cierta teoría enunciada vagamente al inicio del libro y que espero que resulte de interés al lector su extravagante confirmación. Podríamos preguntarnos qué relación pudiera tener la exocomunicación intergaláctica con la explosión de vida del Cámbrico o con el *Valles Marineris* marciano, y se trata sin duda, como se verá, de una cuestión muy singular. En cualquier caso, para aquellos que se queden meditando sobre estas cuestiones, no es necesario comentar a estas alturas que los bucles de información que se generan



por la comunicación intertemporal resultan verdaderamente desconcertantes, al menos a mí me lo parece, y tal vez un avisado lector sea capaz de hilvanar una explicación que deshaga los nudos gordianos que enredan estas particulares propiedades del entrelazamiento cuántico que se han reflejado en «Código estelar». ¿Qué es primero, el huevo o la gallina?

No puedo finalizar esta breve nota sin recordar a mis correctores; amigos y familia principalmente, sin cuya paciencia y ánimos Código Estelar quizás jamás habría abandonado un oscuro cajón de mi memoria al que no tenía previsto acudir.

A mis detractores que criticarán mi frivolidad o la falta de coherencia a la hora de airear lo que está por suceder —dicho en cierta medida coloquialmente— a la vuelta de la esquina, les diré que no alteren su ánimo ni su espíritu, porque, efectivamente, lo que ha de ser, será. En cualquier caso los invito a que consideren esta historia, si no son crédulos en cuanto a su autenticidad, como un mero divertimento literario. A fin de cuentas, les preguntaría, ¿de qué sirve la ciencia ficción sino para conjeturar con lo imposible o recrearse con lo imaginario?

Y al lector que haya llegado, entretenido, a esta altura del relato, le ruego siga leyendo su desenlace con el mismo interés, que agradezco sinceramente, y que me trate con benevolencia en sus comentarios. Tal vez, solo tal vez, una adecuada difusión de esta obra sirva para moderar, aunque sea levemente, lo que ha de ocurrir.

Y no puedo terminar sin efectuar una última reflexión final.

Uno de los misterios que más me ha intrigado en el desarrollo de esta sorprendente historia, y que no podía dejar de comentar en esta nota, era la afirmación legorana de que más allá de la Humanidad cesaban las comunicaciones con otras razas inteligentes de la Galaxia. Bien, poco puedo decir de lo que ha de venir porque mi vida es finita y en estos momentos desconozco lo que aguarda en el futuro. Tan solo puedo aventurar conjeturas pues mi mente bulle y mi imaginación me desborda, y así, me digo, ¿será el motor de singularidad mejorado y la Humanidad se expandirá y ocupará toda la galaxia en un abrir y cerrar de ojos cósmico? Tal vez esa posibilidad brinde respuesta a ese misterio, y también sea cuestión para otro libro y otro autor, ¿no creen?

A fin de cuentas, por muy malos tiempos que queden por delante, todos debemos recordar que, felizmente, siempre hay esperanza. Si lo piensan bien, ahora mismo, todos estamos vivos.

Firmado: M. S.

## EPILOGO

Zu-Sontag-Mei despertó de su hipersueño con un ligero malestar. Recordaba las advertencias del equipo médico respecto a dolores, mareos, desorientación... Era verdad todo aquello, pero por encima de su propia confusión, el sonido de la alerta que provenía del puente de la cosmonave, la Thuadin-Ar, aceleró sus pulsaciones y le obligaron a forzar su mente a fin de centrarse.

Sí, él era el almirante de una portentosa espacio-nave, cuya eslora era de más de cien kilómetros. La Thuadin-Ar era una estructura oblonga que relucía al sol con un brillo líquido y espejaba en su superficie el fulgor de las estrellas. De su centro partían una red de ejes, como ruedas que giraban gradualmente a fin de generar una fuerza centrífuga que actuara a modo de generador de gravedad, en cuyos extremos se hallaban distintos y enormes módulos vitales. En su interior una miríada de margallianos-guerreros se despertaban, al igual que el propio almirante, después de un sueño de poco más de mil años. Constituían la primera horda de lo que iba a ser una gloriosa conquista.

El almirante se dirigió al puente de mando mientras se abotonaba la guerrera y chasqueaba los afilados garfios en los que terminaba sus brazos. Su rostro se componía de varias capas de armazón ósea entre los que se disimulaban boca, ojos, y orificios nasales. En la parte superior de la misma una cresta de pelo afilado y móvil con colores chillones ondeaba ligeramente con cada zancada. Él era el único margalliano en aquella vasta extensión de metal que podía lucir una cresta tan llamativa. Era el privilegio del líder del clan. Cuando llegó a su destino su mente se encontraba por completo despierta.

—Qué tenemos —chasquearon los dientes de su mandíbula, dirigiéndose hacia sus oficiales.

—Ha surgido un imprevisto. La espacio-nave se encuentra en ruta de colisión con un planeta menor.

El almirante se inclinó hacia las cartas de navegación. En una pantalla de líneas azuladas nítidas donde se mostraban las posiciones previstas de los planetas, y en trazo rojo se advertía que su nave iba directa hacia el cuarto planeta del sistema. Amplió la imagen. Se trataba de un planeta desértico de color rojizo. Tomó aire.

—Preparen maniobra de evasión.

—Sí señor... pero va a ser difícil de evitar... Tenemos que interrumpir la maniobra de frenado y acelerar de nuevo. El ordenador nos da un 20%...

—Háganlo.

Un oficial se presentó junto al almirante. Se trataba de un oficial de inteligencia que aguardaba respetuosos órdenes.

—¿Qué sucede oficial?

—Señor, le reclaman en la oficina de comunicaciones. Tenemos un contratiempo.

—¿De qué clase?

—Se trata del tercer planeta señor... No es lo que esperábamos encontrar.

El almirante siguió los pasos del oficial. Su ánimo estaba alterándose y cuando eso sucedía necesitaba combatir, herir... matar. Resopló. Su cresta se erizó. El resto de la tripulación se apartó respetuosa abriéndole paso.

En la sala un grupo de comandantes conversaba airadamente. Una pelea iba a estallar, algo habitual en el temperamento de su especie. La llegada de su almirante encrespado los aplacó. Uno de ellos tomó la voz cantante. Sus ojos rojizos apenas eran discernibles entre los pliegues acorazados de su rostro.

—Señor. El planeta al que pretendíamos llegar... no está habitado por ningún ser inteligente. Es posible que exista vida... microbiana.

El Almirante sintió que la presión sanguínea alteraba su ánimo.

Desplegó su brazo con poderosa furia, extendiendo sus afilados dedos como cuchillas. La cabeza del comandante rodó sobre el suelo y una estela de sangre dibujó un arco en el aire.

El resto de los comandantes inclinaron sus cabezas respetuosamente.

—¿Cómo se ha podido producir semejante... error?

Nadie de los presentes osaba contestar. Finalmente uno de los oficiales de comunicación se aventuró a intervenir.

—Se trata de una propiedad del código estelar, señor. Mientras hibernábamos Madre nos ha comunicado que sus científicos han establecido que las comunicaciones del código no son necesariamente en el mismo momento del tiempo, las del emisor y las del receptor.

—Explíquese mejor oficial —clamó el Almirante.

—Parece ser que las comunicaciones que tuvimos con aquel ser infantil tenían un desfase temporal.

—¿Un desfase temporal?

—Sí, señor... de cuatrocientos millones de años aproximadamente.

Otra cabeza de margalliano rodó por el suelo. El Almirante estaba dispuesto a seguir con el resto de su comandancia cuando los altavoces reclamaron su presencia de nuevo en el puente.

—Señor, vamos a pasar muy cerca del planeta... seguramente entremos en su atmósfera.

—La espacio-nave aguantará.

—Sí, señor... pero...

—Pero qué —exigió el almirante.

—Posiblemente los módulos 5 y 6 colisionen contra el planeta... eso nos provocará daños fatales.

Zu-Sontag-Mei observó como el planeta rojo iba agrandándose rápidamente en el gran ventanal del puente. Apenas tenía atmósfera apreciable, y sí, iban a pasar muy cerca de su superficie. Si colisionaban uno o dos módulos contra la misma la Thuadin-Ar saldría muy malparada... posiblemente se convirtiera en un amasijo de

hierros ingobernables destinado a consumirse en el espacio... o a caer irremisiblemente en aquel pequeño sol amarillo.

Un estruendo atronador sacudió la cosmonave. Todos salieron despedidos, sacudidos como una bola en un cascabel. La gigantesca mole de metal estaba cortando la superficie de aquel planeta polvoriento como un cuchillo corta el pan. Una inmensa nube de fuego y calor emergía al paso de la nave espacial, como si estuviera rasgando un arado enorme una porción de un erial de tierra roja. La nave a su vez empezaba a resquebrajarse incapaz de soportar esa tensión. El almirante, pasada la sacudida inicial, logró enderezarse. Observó los paneles. Indicaban importantes daños estructurales, que se propagaban por toda la arquitectura de aquella inmensa colmena en descomposición. Fugas de aire, incendios, módulos que se desprendían... y todo bajo unas sacudidas terribles y aullidos de metal. Los margallianos se mantenían firmes en sus posiciones como podían, sin siquiera emitir un gemido, aguardando sus órdenes, que no llegaban porque nada había que hacer.

El paso por el planeta finalizó. Lo que quedaba de la cosmonave era su parte central, quebrada en varios puntos y sin propulsión. Navegaba a la deriva, acompañada por los módulos, la mayoría de los cuales se habían quebrado sobre sus ejes, convirtiendo a la nave espacial en un borrón, una caricatura, de lo que poco antes había sido una fulgurante estructura de metal.

—¿No es ese el módulo biológico? —preguntó el almirante al observar que uno de los módulos se había desprendido del resto de la nave e iniciaba una singladura en solitario.

—Sí, señor —corroboró el suboficial más cercano.

El almirante la observó. Allí se encontraban las simientes con las que esperaban colonizar el planeta al que se dirigían para conquistarlo. Ahora iban a perderse por el espacio.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó el almirante en voz baja.

El suboficial tardó en contestar.

—Caemos hacia el sol, señor.

Los sistemas eléctricos empezaban a fallar. Se hizo la oscuridad en el puente. Sólo los monitores permanecían encendidos.

—Señor... por si le interesa saber... el módulo biológico...

—Siga —ordenó el almirante mientras volvía la cabeza hacia el inoportuno suboficial.

—Sigue una trayectoria que... posiblemente alcance el tercer planeta... ese al que nos dirigíamos.

Un tenso silencio reinó en el puente. Finalmente hasta los monitores se apagaron. Sólo la lejana luz del sol iluminaba los rostros de la aguerrida tripulación.

—Sí, el tercer planeta —dijo casi para sí Zu-Sontag-Mei, y acto seguido hizo la maniobra de Jatsido, que consiste en un suicidio ceremonial que en la cultura margalliana traduce como «el no temor a la muerte».

Y como es costumbre en esa raza, el resto de la tripulación que aún permanecía con vida, hizo otro tanto.